Marta
Orriols
Ese lugar al
que llamamos casa
DESTINO

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Lema
Un simple esquema
El tapón
Aquella luz nueva
El abrazo que aún no nos hemos dado
La teoría del geólogo
¿Qué haces tú aquí?
Lo peligroso es no tener nada que perder
Un puente
La versión larga
Destrozar un idioma
Pecar
Me refiero a la disculpa
La cazadora
Noche de paz
Una frialdad analítica
Europe
«A car bomb, as usual»
Lenta
El aspecto más corrosivo del amor
Todo este tiempo aquí
Agradecimientos
Notas
Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de
la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

Una periodista que cubre la zona de Oriente Medio regresa a Barcelona después de mucho tiempo. Quiere reanudar el contacto con la familia, pero lo que de verdad necesita es tomar distancia de las guerras, de un tipo de periodismo que no la convence y de una periodista italiana de quien se ha enamorado. Una vez en casa, se reencuentra con su padre, que está enfermo, con una madre siempre distante, una hermana que le echa en cara la lejanía y el hombre que había sido su pareja. En definitiva, vuelve a un lugar que nunca ha considerado propio, en el que quisiera estar. Son días para poner las ideas en orden, reconciliarse o no con el pasado, y también para mirar hacia delante y decidir si retoma la vida en Barcelona o si vuelve a marcharse.

A veces hay que volver a casa para descubrir hacia dónde queremos ir.

Una voz literaria única que retrata nuestras emociones como pocas.

Ese lugar al que llamamos casa

Marta Orriols

Traducción de Manuel Pérez Subirana

Ediciones Destino

Para ti, Miquel

Comprendo que pueda ser políticamente irritante, pero, al mismo tiempo, siempre me ha parecido un poco romántico: el romanticismo de dejar que la experiencia individual de deseo adquiera más preeminencia que la categoría.

MAGGIE NELSON,
Los argonautas

Existe en Occidente la falsa idea de que el ser humano es un ente aislado que elige su camino y lo recorre solo. Lo cierto es que siempre estamos en algún lugar, y ese lugar siempre está en nuestro interior.

SIRI HUSTVEDT,
Recuerdos del futuro

Un simple esquema

Es de arcilla. Datada en el siglo VI a. C. Una tablilla babilónica que, según dicen, es el mapa más antiguo que se conoce. Técnicamente se trata de un diagrama que combina el mapa central con la descripción de siete islas míticas que, situadas en medio del océano, conectan la tierra con el cielo. Mientras espero el vuelo de enlace, me entretengo leyendo un artículo sobre cómo el arte representa cartografías que cuestionan las fronteras y las procedencias geográficas. La antigüedad de la tablilla me lleva a pensar en nuestra ancestral necesidad de situarnos y en cómo desde siempre, para encontrarnos, lo hemos colocado todo en una posición determinada en función de los puntos cardinales. Sabemos orientar terrenos, dibujar planos, descubrir rutas, correr campo a través, contrarreloj y sin itinerarios preestablecidos. Nos obligamos, incluso, a pasar por los controles marcados en un mapa. Poseemos la destreza, los instrumentos. Conocemos los mecanismos y las medidas. Representamos diagramas, calculamos distancias, minimizamos el margen de error. Dominamos la cartografía y, aun así, en nuestras vidas a menudo vamos sin rumbo hacia delante y hacia atrás.

Yo nunca he sabido muy bien quién soy, pero no por eso he sido infeliz. Tenía mis certezas, la intuición, las ganas, la alegría. De algún modo, ese no «saberme» me definía. Nunca he estado demasiado segura de lo que debo esperar de mí misma, y tampoco es que eso me inquietara mucho. Hasta ahora no me han faltado las fuerzas para sobreponerme a los momentos de pesimismo, que afortunadamente han sido pocos. Pero nunca he sabido quién soy. Me he estado buscando durante toda la vida.

Cuando pierdo todo aquello que vagamente me define, vuelvo. Lo hago ahora cuando el desasosiego entreteje las noches y

los días. Regreso vacilante. No lo equiparo con ningún nubarrón negro y espeso, con ningún lugar oscuro. No es que la vida me pese. Es más impreciso que todo eso: me he desencaminado. Podría reducirlo al desbarajuste profesional que desde hace meses se ha apoderado de mí, alterando todas mis decisiones y desencadenando consecuencias personales que empiezan a revelárseme mientras paso el control de seguridad en este aeropuerto europeo. Por supuesto, podría negarlo y concluir que mi regreso se debe a ella o a todo lo que ella ha hecho que se tambalee. Si intento ponerle un nombre conocido, como crisis existencial, crisis de identidad o crisis de los cuarenta, todavía se hace más grande, más parte de algo. Pero soy yo la que se ha perdido de esta forma singular. ¿Y cómo puede una reencontrarse cuando nunca ha sabido muy bien quién era?

Es conveniente dejar la puerta abierta a lo desconocido, pero cuando lo inexplorado es uno mismo hay que proveerse de herramientas lo bastante precisas como para poder trazar el mapa de la geografía más íntima, esa que delimita quiénes somos más allá de los otros. Escribe la periodista Leila Guerriero: «Se mira hacia atrás con vértigo. Hacia delante con curiosidad. Nunca a los lados. Y se sigue y se sigue». Pero no tiene en cuenta la posibilidad de quedarse atrapada. Lo más seguro es que los míos quieran respuestas. ¿Te quedas aquí ya para siempre? ¿Dejas la corresponsalía? Si me preguntan, y lo harán, les diré que mis padres ya están mayores; no seré capaz de ir más allá y explayarme con todo eso de las ganas de echar raíces, la confusión o la extrañeza. Excepto en el trabajo, no es necesario decir siempre toda la verdad. Así pues, quedamos en que mis padres ya están mayores.

Una manera menos brusca de pasar de Oriente a Occidente es volar desde Beirut haciendo escala en Estambul. Esa ha sido casi siempre la primera opción cuando en los últimos años he ido a visitar a la familia o a los amigos. Me parecía que de este modo iba difuminando los contrastes a un ritmo más adecuado para aclimatarme a cada una de las realidades. Hoy, en cambio, lo hago pasando por Francia para evitar una despedida definitiva. Creo que

es importante recordarme a mí misma que esta vez es diferente, mentirme y fingir que, si bien regreso, dejo cosas pendientes, aunque sea algo tan minúsculo como las puñeteras migas de pan de Hansel y Gretel.

En el aeropuerto de París se respira el orden anodino del viejo continente. Beirut queda ya lo suficientemente lejos como para convertir esta escala en un ensayo general: peinarme y maquillarme un poco para que parezca que los estragos del rostro reflejan solo el cansancio del traslado, de las semanas que llevo cerrando temas, llenando cajas físicas y mentales. La terminal recibe a todos los que estamos de paso con el espíritu inconfundible de los espacios que nunca duermen. Los pasajeros se convierten en figuras temblorosas frente a los grandes ventanales recalentados por el sol. Hombres y mujeres anónimos arrastran maletas, buscan la puerta de embarque, comprueban los pasaportes. Algunos viajan unidos por el tedio, otros con ilusiones recién estrenadas; hay solitarios incorregibles y profesionales de todo tipo que pasan deprisa y corriendo, que pierden vuelos y llegan tarde a congresos que vuelven a celebrarse en la otra punta del planeta. Las corbatas torcidas, la ropa arrugada, las hombreras desgarbadas. Fortalezas y debilidades en tránsito, todos dirigiéndose a algún destino en esta encrucijada de relaciones humanas, y las cintas transportadoras que siempre, sin excepción, tienen claro a dónde van.

La terminal como el camerino donde retocarme antes de subir al escenario dentro de unas horas e interpretar la comedia amateur que será mi vida a partir de ahora. Pero no retocaré nada, no lo haré. Estoy demasiado cansada y esta vez viajo de mala gana. Además, para mí los aeropuertos son una especie de campo base donde nunca he necesitado fingir nada. Soy fiel a pocos lugares, pero soy fiel a los aeropuertos. Me adapto siempre a ellos como un guante. Me acomodo a las esperas eternas, a los cambios de horario dramáticos, a los equipajes perdidos. Todo lo que son inconvenientes a los ojos del mundo, a no ser que vaya con prisas detrás de una noticia, yo lo recibo como una buena excusa para permanecer un rato más en esta casa de acogida, en esta lanzadera

hacia lo desconocido o lo poco familiar, hacia el inicio o el final de algo.

El azar ha querido que los altavoces de la terminal llamen a unos pasajeros que deberían estar embarcando en un vuelo con destino a Roma. La alusión italiana me provoca una punzada de emoción. «*Piemontesa, di Torino*», te presentaste la primera vez. Vuelves a estar irremediablemente dentro de mí, haciendo que afloren sentimientos que me reducen a una adolescente incapaz de obedecer a ningún freno. Un puñado de culebras revoltosas me hacen mover los pies cuando me siento en el taburete alto de la barra de la cafetería. Miro al camarero. La tendencia a ver las cosas desde el punto de vista de mi profesión, y mi mente entrenada para mantener conversaciones con desconocidos, provocan que no pueda evitar preguntarle si es de París, si ha notado más movimiento en el aeropuerto ahora que se aproximan las fiestas. Contesta con timidez, un tanto sorprendido de que alguien le dirija la palabra para algo que no sea saciar el hambre o la sed. Después le imploro con la mirada que me dé la oportunidad de contarle algo, pero no lo consigo. Ejecuta su trabajo con diligencia. Los movimientos de sus brazos alrededor de la máquina de café son extraordinarios. Podría dirigir una orquesta, pienso. Lleva las mangas de la camisa arremangadas y un trapo de cocina atado al cinturón del delantal, y su dinamismo mientras prepara las comandas queda suspendido por unos segundos cuando deja delante de mí la taza blanca sobre el platillo. Me mira y sonríe. Hablar con desconocidos siempre me sosiega, pero él no parece advertir que la periodista está perdida, que no encuentra las palabras ni los modos. Todavía esta mañana, en la ducha: si te preguntan no les dirás nada de esta tragicomedia anímica, tampoco que de pronto te cuesta escribir sobre el miedo, analizar la guerra, hallar palabras que conmuevan. Mis padres ya están mayores. Grábatelo a fuego, si es necesario. Aquí nadie pregunta nunca nada, como mucho si quieres azúcar con el café. Podría detenerlo todo aquí. Pararlo todo ahora, en este punto. Quedarme en este no lugar o volar hacia otro destino, reinventarme, empezar de nuevo... Pero ¿acaso no es eso lo que he estado haciendo durante media

vida? «*No, sans sucre, merci.*» Con la mirada fija en el café, intento animarme diciéndome que tengo por delante todo un futuro por estrenar, insuflarme emoción, un aliento de espíritu pionero, pero es una moto que no consigo venderme, más bien me estremezco al pensar que todo lo que dejo atrás caerá silenciosamente en el pozo del pasado. Es verdad que hay una familia que me espera, y también está el asunto de mi nuevo trabajo, y los amigos, pero cuando pienso en ello solo siento un triste confort.

Debería empezar a enviar mensajes para anunciar que ya estoy en Europa. Hago un amago de abrir el WhatsApp y saludar a mi madre con un «*Marhaba habibti*, estoy en París, casi ahí», pero ya no tiene sentido. Las lenguas son las almas de los lugares, y sus sonidos, la estructura sobre la que transcurre la vida. Durante los últimos años he adornado la comunicación con los de este lado del Mediterráneo con algunas pinceladas de árabe, pequeñas señales para no tener que explicar que yo pertenecía ya un poco a allí, que quería pertenecer a allí. Les enviaba muestras del léxico local como si fueran regalos de Oriente Medio. Era un intento de compartir con ellos lo que tanto amaba: el lugar, las gentes, las costumbres. He establecido una relación íntima entre las palabras y la forma en que percibo el mundo. Cuánto amor en cada grafía. Si lo supiesen. Si lo pudiesen sentir como yo lo he sentido. El árabe. También eso tendrás que ir guardándolo en algún rincón. Primero fue mi nombre de derecha a izquierda, con la inagotable plasticidad de su preciosa caligrafía, como el pelo de un niño pequeño: negro, fino y rizado. De derecha a izquierda. Parecía extraño hasta que se convirtió en normal. Siempre es así. Todo es nuevo hasta que deja de serlo. ¿Quién eras antes de marcharte? Aquí irás de izquierda a derecha. Las cintas transportadoras. Solo tienes que seguirlas. Gírate. Empieza por aceptar que fue más fácil irse que volver.

Cuesta creer que en el intervalo fugaz del vuelo las cosas habrán cambiado para siempre. No quiero dejarme aturdir por esa idea. No admitiré que vuelvo hasta que el avión no haya dejado una gran cicatriz escrita en el cielo. Va, será mejor que lo dejes, solo te falta ahora darte aires de poeta. Es demasiado tarde incluso para convertir todo esto en la metáfora de algo. Si mirase hacia

atrás, tal vez llegaría a la conclusión de que he vivido bastante intensamente. Eso podría justificar de algún modo que a mi edad esté regresando a casa de mis padres, que ya me encuentre en París mostrando el pasaporte en la puerta de embarque. Pero no hay marcha atrás ni poesía. Lo único que hay es incredulidad y un nudo en el estómago. Es el concepto de casa en sí. Resulta extraño volver, sobre todo por esta sensación de no haber estado antes allí. De lejos, la idea de casa puede parecer una unidad clara, pero a medida que me acerco la veo como un lugar donde pasar cuentas conmigo misma. Hasta hace unas horas, mi casa era el apartamento del barrio de Hamra en el que he vivido todos estos años. Mi casa era Beirut, el olor a *za'atar* escapándose de la tienda de especias que hay tres calles más arriba, la decadencia urbana con sus tonos grises y, sin embargo, de pronto, el estallido de color, siempre la sorpresa del color y la vivacidad en un patio, en una nueva cafetería, en una sonrisa amiga. ¿De dónde llegó aquel impulso? La determinación de dejar Beirut, de dejar el trabajo, a los amigos, también de haberla dejado escapar antes a ella. No existía un argumento claro, solo la sensación de haber exprimido una etapa, de querer ser sensata y reconocer mi cansancio en voz alta, esa incomodidad con la forma de ejercer el periodismo y conmigo misma, incapaz de poner orden, de entenderme. Pero ¿era necesario volver? Recupero los discursos que me he dedicado estas últimas semanas y ya no me parecen tan convincentes, es como si de pronto, ahora mismo, buscando el asiento 14 B a bordo de un avión que me llevará a Barcelona, todo lo que me dije y me repetí hubiese sido fruto de la embriaguez y ahora estuviese pagando el precio de una resaca sin precedentes.

El ruido de las turbinas y del tren de aterrizaje lo inunda todo. El avión preparándose, multiplicándose, convirtiendo esto en algo mucho más grande de lo que yo querría. A mi lado, un hombre corpulento que no para de resoplar quiere cambiarle el asiento a una chica de otra fila para poder sentarse junto a su mujer. Sin ningún tipo de consideración, ocupa todo mi espacio, incluso el vital. Me roba el aire que me corresponde, ignorando que si regreso a casa para quedarme seré un pez fuera del agua y

que ya he empezado a asfixiarme. Se lo pide con insistencia: «*My wife*». Señala a una señora mayor y muy maquillada sentada unas butacas más allá, y después se da unos golpecitos en el pecho. «*She and I. Sit together.*» Su inglés plano y funcional no conecta con ningún paisaje real. Interviene la azafata, pulcra y severa, y finalmente la chica cede resignada, pese a que ya se había acomodado y tenía varias revistas esparcidas sobre la bandeja. El hombre, al levantarse, tira mi bolso al suelo. No se disculpa, y no puedo evitar la visión de su barriga peluda cuando alza los brazos para alcanzar algún bulto del interior del portaequipajes. Ahora es el turno de la chica, que, cargada con una bolsa de mano, auriculares sin cable y un montón de revistas, se dispone a instalarse a mi lado. He de replegar las piernas sobre el asiento y agarrarme un momento las rodillas para que ella pueda acceder al lado de la ventanilla. Me da las gracias con un francés que sí conecta con un mundo viejo y cansado. Lo reducido del espacio, la incomodidad y un ligero olor a sudor del hombre que acaba de alejarse hacen que cierre los ojos durante unos instantes. Cuando al fin la chica se sienta, mi bolso vuelve a caer al suelo y de su interior salen disparados mi bloc de notas y el teléfono móvil, que van a parar debajo del asiento de delante. «*Pardon*», se disculpa. Me saco una sonrisa de la manga. Hay un mensaje y es tuyo. Lo he esperado tanto, lo he imaginado tantas veces, que soy capaz de identificar tu nombre incluso de reojo y medio a oscuras sobre el suelo de un avión de Air France, pero a miles de kilómetros de distancia intento que «Valeria» sea ya otro nombre, uno que no contenga el peso de los días compartidos. Fracaso en el primer intento. Marea un poco recoger del suelo cada una de las letras italianas y poner el modo avión como un escudo con el mensaje sin leer. Cuando dejas de creer en el amor, el desamor es una sorpresa totalmente inesperada.

Miro a la francesa de reojo. Ha personalizado el espacio con sus pertenencias y parece absorta en un universo de serenidad. Me siento acorralada en mi butaca y hojeo el periódico con cierta dificultad de movimiento. Hablando de la canción *Faith Healer*, dice la cantante Julien Baker en una entrevista: «Me di cuenta,

mientras seguía escribiendo esta canción, de que no solo nos automedicamos con el alcohol y las drogas, también lo hacemos con las relaciones, con ideologías políticas fanáticas, con atracones de programas de televisión, y con el aislamiento». Recorto con las manos el trocito de periódico donde explica que existen muchas maneras de sentirse mejor, aunque sea a través de decisiones perjudiciales. Me lo guardo en el bolsillo. De eso se trata, pienso. Aislarme. Separarme de todo y de todos una buena temporada.

Cuando por fin el avión despega, empieza a caer sobre París una lluvia fina que salpica la ventanilla con una granizada de gotas horizontales. La ciudad se va alejando a través de un cielo apagado. Tengo la esperanza de que a vista de pájaro podré ver el mundo simplificado y bien definido. Siempre provoca en mí un efecto anestésico que todo lo que hay ahí abajo se transforme en un simple esquema, en una serie de líneas y volúmenes que me hacen pensar que las cosas se pueden ordenar, que puedo conseguir que funcionen y sean comprensibles, pero hoy las nubes apenas me dejan distinguir el cielo de la tierra. Me invade de nuevo esa sensación de engaño voluntario, de ser tan solo una sombra de la que yo era cuando estuve aquí por última vez.

Yo tenía una vida ágil, vivía con ganas de vivir, lo que siempre he creído que no era poco, y de pronto soy lo más parecido al triángulo de las Bermudas: una anomalía magnética que atrae todo tipo de errores. Recuerda: mis padres ya están mayores.

El tapón

Primero es el silencio. Después el olor. Entonces la veo. Un pequeño bulto que prácticamente no altera las sábanas de la cama del hospital. Un bulto coronado por una cabecita en la que ya solo quedan unos cuantos pelos blancos y un rostro consumido. La persiana está a medio bajar y por las pequeñas rendijas se cuela el último sol de la tarde, que dibuja un entramado de luces y sombras geométricas en la pared de la habitación. Cierro la puerta tras de mí y se alejan los sonidos de la rutina hospitalaria provenientes del pasillo. La vida, todavía ahí fuera. Dentro, solo la abuela y yo. También ese tiempo suspendido que genera la espera de un final. No puedo creer que la mujer entusiasta y trabajadora que vivía con una voluntad de hierro haya quedado reducida a tanta fragilidad e inconsistencia. Toda ella recluida en el interior de esa cabeza pequeña y redonda, y todo me dice que ya nunca más podré volver a apreciar aquella presencia tan imponente de mi recuerdo. Querría sentir pena y aflicción, pero me perturba tanto su imagen encogida que el desconcierto frena incluso mis ganas de llorar. O tal vez sea una estrategia más, una de las muchas que utilizo, desde que aterricé hace un par de días, cada vez que me tropiezo con emociones demasiado explícitas.

Me acerco a la cama con cautela y con la esperanza de que esté durmiendo. «Quizá la encuentres dormida porque está muy medicada», me ha advertido la enfermera. «Qué lástima —le he contestado—. Tenía tantas ganas de verla y hablar con ella.» Otra estrategia. Para mí resultaría mucho más cómodo encontrarla dormida y tener que dar media vuelta, así podría decirle a mi madre que al menos lo he intentado. No se mueve, y pienso que ojalá la enfermera tenga razón.

Me falta apenas medio metro para situarme junto a la

barandilla de la cama cuando ella emite un sonido minúsculo. Podría ser una cría de gato dentro de una cesta, pero es mi abuela o lo que queda de ella intentando aferrarse a la vida. Entonces siento algo parecido a la ternura, algo muy tenue que se evapora enseguida, pero basta para que me arme de valor y recorra la distancia que me falta. El medio metro se convierte en un espacio que no se acaba nunca. Estoy junto a la cama, junto a mis orígenes, y tengo la impresión de que, por eso, quiero huir. En un primer momento he de apartar la mirada de ese cuerpo raquítico. Cuando asumo el cambio drástico, vuelvo a intentarlo. La mano afilada y un brazo escuálido. Una vez que la carne empieza a desaparecer, ¿dónde van a parar los gestos? Los roces, las caricias, los dedos hábiles pelando patatas, la mano a modo de visera sobre mi frente para evitar que me entrase champú en los ojos, la que me subía el cuello de la chaqueta cuando los inviernos todavía eran fríos, sus dedos juguetones buscándome las cosquillas. La mano convertida en una herramienta pequeña y precisa, capaz de encajar el diminuto cierre del pendiente que siempre se me desprendía de la oreja. La mano protectora, o la mano orgullosa que tantas veces me había agarrado la barbilla: «¡Mira qué nieta tan preciosa tengo!».

Sobre la mano lleva una vía sujeta con un parche transparente que tensa toda la piel de alrededor. Más arriba, un gotero con un pequeño dispositivo intercalado para hacer visible, gota a gota, la caída del líquido. Me hace pensar más en las agujas de un reloj que van marcando la cuenta atrás que en un remedio contra el dolor. En la mesilla de noche, una crema hidratante para el cuerpo, un vaso con la dentadura postiza en remojo y un dispensador de colonia de plástico de color rosa. Colonia para ocultar el olor a muerte. Me traicionan los nervios y mis pensamientos me horrorizan. Al parecer, alguna visita le ha dejado una estampita con los gozos de la Virgen del Remedio: «*De la terra bella aurora, jou dolcíssim de la Llei: de tot mal, gentil Senyora, sigueu Vós nostre Remei*».[1]Trago saliva. Como si aún estuviese a tiempo de curarse, pobrecita. La esperanza, que nunca se pierde. Vuelvo a oír el maullido y consigo distinguir un tono, un eco cansadísimo. Le cojo la mano procurando no tocar la vía. La piel tirante, el tacto frío y

las uñas llenas de crestas. Las uñas siempre me han dado mucha grima: las limpias, las sucias, las jóvenes, las viejas, las mordidas, las esmaltadas y, sobre todo, las amarillentas y con estrías. Al instante, la visión de las uñas queda ligada al recuerdo de un estudio científico que leí hace poco en el que se afirmaba que existía una correlación entre la reacción de asco y la orientación política. Según dicho estudio, los conservadores mostrarían una reacción cerebral más intensa al asco que los progresistas. No soy conservadora, así que aparto la mirada de las uñas y me digo que no son más que tonterías.

—Abuela —le susurro para que sepa que estoy a su lado.

Entonces ella se conecta, regresa del lugar en el que se encontraba y abre con dificultad sus ojos legañosos. Algo se reblandece en mi interior. Era ella la que curaba los míos con manzanilla cuando yo tenía conjuntivitis de pequeña. ¿Quién custodiará todos aquellos remedios? Parpadea sin mirarme. Parece más la mirada curiosa de un bebé que la de la mujer atareada que trabajó en la ferretería del pueblo desde que se casó con el abuelo, que la había fundado unos años antes. Más de media vida con la raya de los ojos bien marcada y sus pechos exuberantes detrás del mostrador, despachando sin cesar hilos de cobre, cerrojos, serruchos y tornillos. Y he aquí la anécdota de nuestra discreta arqueología familiar, con el inevitable ornato de los años, que la infla o la desinfla según el ánimo de la sobremesa: una vez, cuando hacía muy poco que se habían casado, un cliente, que acudía con frecuencia a comprar a la tienda porque era proveedor de uno de los hoteles de la costa del Maresme y que cuando el abuelo se giraba para ir al almacén aprovechaba para lanzarle piropos a la abuela, le dijo: «Yo podría sacarte de aquí». Ella lo miró desafiante y, a continuación, cogió un cúter del cajón, deslizó la cuchilla y, poniéndosela a la altura del rostro, le soltó: «¡Y yo a ti, hijo de mala madre! ¡Sal de aquí ahora mismo!». El abuelo se enfadó muchísimo porque perdieron un cliente muy importante. Hasta aquí la anécdota. Ella la contaba siempre como si fuese la cosa más sórdida que había hecho en su vida. Hay familias en las que nunca pasan grandes cosas. Eso debería ser un alivio, la calma de la

normalidad, pero a veces las vidas carentes de singularidad corren el peligro de caer en el tedio.

Mi abuela, que había sido fuerte y bellísima a la manera de una Sophia Loren del Maresme, y mírala ahora, envejecida de un modo indecoroso: la piel entre la nariz y el labio superior recuerda un accidente geográfico, un acantilado, un peñasco rocoso y escarpado con algún que otro pelo desmañado que malogra toda su fisonomía, antes tan fina. Y a los pies del acantilado, una cueva oscura: esa boca sin dientes que intenta decir algo ininteligible. Pronuncio su nombre, que también es el mío.

—Valentina, soy yo.

Y entonces me mira y dice:

—¡Que no, Valentina soy yo, bandarra! —Y ríe sin hacer ruido, únicamente con esa gruta oscura y los ojos que se le alargan como dos grapas, y parece una niña, y parece la japonesa más longeva del mundo, y parece una tortuga viejísima y sabia, y parece mi abuela. Mi abuela encogida, mi abuela moribunda y cómica, mi abuela consumiéndose en una habitación que tiene el olor que desprenden los cuerpos cuando se deshacen. Lo que siento me incomoda y no sabría decir por qué, pues siempre ha habido y todavía hay amor y admiración. No sabría decir por qué en esta familia nunca nos ha parecido relevante verbalizar lo que sentimos. Y sé que resultaría inadecuado, pero querría salir de aquí ahora mismo. Tal vez porque me cuesta reconocerla, o porque me cuesta reconocerme en ella. Una vez más, ahí donde aparece un condicional yo vislumbro una estrategia, la posibilidad de una huida.

Morirá al día siguiente, por la noche. «Menos mal que te has podido despedir», oiré decir varias veces. De la abuela Valentina me despedí hace años, un día que fui a verla a la residencia donde permanecía por voluntad propia, y me confundió con mi madre y, mientras su cerebro atravesaba aquella laguna, me dijo que no había querido tenerme y que solo más adelante había aprendido a quererme. Allí le dije adiós, no por esa flecha envenenada, sino porque comprendí que ya no regía. Me pareció que enseguida rectificaba, o que al menos lo intentaba, haciendo un esfuerzo

sobrehumano con una sonrisa extraña, perdida. Pensé que todavía conservaba algún destello de la gran mujer que siempre había sido, y si en algo creo es en despedirme cuando todavía despunta la dignidad del que se va. Le dije: «Hasta mañana, abuela», sabiendo que «mañana» era un tiempo inventado por mí que delimitaba todo lo que ella y yo habíamos compartido hasta entonces, y que nada de lo que viniese después desvirtuaría mi recuerdo.

Me preocupa mi madre. La veo vulnerable, pendiente de todo el mundo. Eso que hace con las manos, ese gesto protector con ella misma a la altura del vientre; vete a saber si durante los años que ha estado cuidando de la abuela a esta no se le escapó lo que me dijo a mí, que en un principio no la había querido. Vete a saber si le dijo que en realidad no la quiso nunca, si la demencia no era más que la capa que necesitaba ponerse encima para poder decir toda la verdad.

Me siento atrapada entre el velatorio y el pasillo en el que se mezclan los familiares y los amigos de todos los que han muerto entre ayer y hoy. Susurros, alguna risa inesperada, mucha americana, mucha corbata, algunos rostros más afectados de lo que querrían mostrar y algunas palabras que sí salen del corazón. Mi padre me reprocha que no lo haya comunicado en el trabajo. Quizá esperaba algún rostro conocido de la televisión rondando por este purgatorio, pero no lo expresa así, se limita a señalar mi poca mano izquierda en determinadas situaciones.

—Tina, mujer, que ya tienes una edad. No puedes descuidar estos detalles.

Me sorprende su reacción. No suele ser tan directo, y me saca de quicio. A alguien que ya tiene una edad no le recuerdas que ya tiene una edad, aunque lo que en realidad me molesta es que tiene razón, que debería haberlo dicho en el trabajo y que no sé gestionar las cosas importantes. Y esta lo era. Mi plan consistía en aislarme, no ver a nadie durante un tiempo a no ser que fuese estrictamente necesario, y aquí estoy, rodeada de vivos y de muertos. Tengo la boca seca. Intento retirarme a un rincón con una botellita de agua en la mano para poder tomar nota de la situación: *Dentro están los muertos, y fuera los vivos. Y los exhibimos. No*

sabemos hacerlo mejor. Quizá no tenga tanto que ver con compartir el dolor por los que se van como con demostrar que lo sentimos. Siempre esa sublime obligación con respecto a los demás. Saco el bloc del bolso y lo escribo. No sé si a mí me gustará que me exhiban una vez muerta y que venga toda esta gente. Preferiré irme de este mundo como me voy siempre de todas partes, completamente sola, o, mejor dicho, conmigo misma, que no es precisamente lo mismo.

Percibo las miradas de quienes no son familia. Me sonríen con esa timidez prudencial de «Sabemos quién eres porque te vemos por la tele». Yo les devuelvo únicamente un breve movimiento de labios. Tantos años dando la cara frente a la cámara y todavía esta incomodidad cada vez que me siento objeto de la atención de alguien que me ha reconocido. «Menos mal que te has podido despedir.» Y una vez más digo que sí, que es verdad, que menos mal, pero que estoy bien, que ya se sabía que la abuela no podía durar para siempre, que ya tenía noventa y seis años, que ha tenido una buena vida, hijos y nietos y dos bisnietos. «Menos mal que te has podido despedir», insisten, y yo también, que sí, que qué suerte, pero que es lo que hay, que es ley de vida. Y los ojos secos, como la boca, como la garganta. Ni una sola lágrima. Lo repetiré una, dos, tres, cuatro veces hasta que se acerque mi hermana Glòria y, agarrándome por el codo, me lleve dentro de la sala, donde no hay nadie, solo nuestra abuela muerta.

No sé en qué momento mi hermana decidió emular el estilo de una becaria de la Casa Blanca. Todas esas perlas en el collarcito que se repiten en los pendientes. El jersey negro de cuello alto. Sus treinta y nueve años, que no conjuntan con las hombreras de la americana negra ni con el aire de los noventa. Hace rato que observo con admiración su saber estar, esa combinación de tristeza y corrección protocolaria. Es algo que simplemente algunos poseen. Otros nos mostramos ineptos a la hora de compaginar emociones y público. Algún detalle de su aspecto me distrae, el eco de alguien, de un escándalo sexual politicosocial. Monica Lewinsky. Era eso. Durante unos segundos me siento culpable por ese pensamiento tan inoportuno. Se acerca a mí y yo he de esforzarme por no ver en ella a la becaria norteamericana.

—No hagas esto, Tina.

—¿El qué?

—Lo de no darle importancia.

—Sí que le doy importancia, solo intento que la situación no sea tan dramática.

—Pero no tienes por qué hacerlo. Es una descortesía.

—Glòria, lo siento, pero creo que no he dicho nada fuera de lugar. Tenía noventa y seis años, por Dios; ha tenido una buena vida y, joder, ha muerto acompañada por todos nosotros. ¿Qué más se puede pedir? Si supieses la cantidad de muertes injustas que he...

Pero me interrumpe. Levanta un brazo con la mano muy abierta a la altura de mi cara y mi hermana pequeña me detiene. Con su collarcito de perlas, me detiene. Con sus ojos vidriosos y sus labios temblando, me detiene. Y le digo: «De acuerdo, perdona». Tal vez percibe que en el fondo de mi disculpa late con fuerza mi discrepancia, pues se da media vuelta con una mirada teatral y me deja con la abuela, y entonces, a solas ya con ella, le susurro que lo entiendo. «Tu muerte no es comparable, pongamos por caso, a la de la chica yazidí que estuvo en cautiverio durante años con unos extremistas del Estado Islámico, quienes la vendieron y la violaron varias veces en Al Raqa hasta que ella se suicidó. No llorarte con el pretexto de que tu muerte es mejor que la suya denota en mí una actitud profundamente reaccionaria, abuela. Glòria tiene razón al levantarme la mano. Despreciar tu muerte porque en el lugar de donde vengo siempre hay alguien que está peor, alguien que ha muerto peor que tú, es un argumento falaz, abuela, una pésima excusa para no implicarme emocionalmente aquí y ahora. Una estrategia como otra cualquiera para no ver cómo se me desgarra el corazón una vez más en tan pocos días. ¿Lo entiendes? Tú eres, o más bien eras, una mujer práctica y trabajadora, y seguro que me entiendes. Y abro paréntesis, abuela, porque estoy segura de que también entiendes que me duele mucho tu muerte, pero que has nacido en el lado bueno y, de alguna manera, mueres con la tranquilidad con la que todos mereceríamos morir.»

Doy un sorbo de agua y, cuando quiero cerrar la botella, se

me cae el tapón de plástico sobre el cristal del féretro. Las mejillas me arden. Me siento ridícula, y la angustia me paraliza cuando intento alargar la mano para recuperar el maldito tapón. «No puedo, abuela», digo. No puedo cogerlo, no puedo respirar, no puedo seguir aquí, no puedo querer como quiere todo el mundo. Creo que no sé hacerlo. Contemplo a mi abuela, que debe estar desternillándose de la risa con mi ofrenda de plástico. Salgo escopeteada justo cuando entran dos señoras que, cabizbajas, se santiguan. No comento con nadie el incidente del tapón. Las piernas me tiemblan hasta bien entrada la noche. También habrá lágrimas. Me aterrará no saber si son por mi falta de sentimiento o por mi falta de fortaleza, si son por mi abuela o por todo lo que acabo de dejar atrás.

Aquella luz nueva

Beirut, Líbano, julio de 2020

Recién despertada, sentada a los pies de la cama, me preguntaba tímidamente si algún día, con la excusa de la incomodidad del sofá, me atrevería a proponerte que durmiésemos juntas. Sospechaba que todo sería más fácil desapareciendo en habitaciones de hotel, pero me apresuraba a descartarlo ante la mera idea de sentirme atraída por ti. Cómo se añoran todas las posibilidades que ofrecía el pasado cuando se mira hacia atrás con la lente de la nostalgia... Desde la azotea de un edificio vecino, un poco más allá, se oía el peculiar silbido del palomero ordenando a las palomas que echasen a volar. Enseguida haría ondear una bandera negra para orientarlas durante el vuelo en medio del azul intenso del cielo estival. Con las cortinas echadas no lo podía ver, pero me sabía la coreografía de memoria. El aleteo de las palomas regresando a la azotea y el sonido de los silbidos de aquella tradición milenaria acabaron instalándose con los años en mis despertares en Hamra, al igual que el aroma del primer café, la llamada a la oración o el impertinente sonido de las bocinas, que resonaban como pájaros de plástico por toda la ciudad.

Era sábado y el día auguraba calor. Aunque el sol todavía no había llegado al balcón, dentro del apartamento había esa luz nueva que venía de ti. Me había distraído mirándote mientras terminaba de vestirme. La jamba de la puerta de mi habitación y la propia puerta, que estaba entreabierta, formaban un rectángulo estrecho que te enmarcaba de perfil, casi entera, sentada en un taburete ante la mesa de la cocina. Tecleabas en tu portátil, resuelta, con determinación. Como pijama llevabas una camiseta larguísima de un grupo de rock italiano que yo no conocía. Ibas

descalza, siempre ibas descalza, y la visión de tus pies moviéndose en el suelo me hizo sonreír; debió de ser esa muestra de intimidad, la desnudez de la piel y tu pelo revuelto. Que estuvieses en un escenario que hasta entonces te había sido ajeno, que estuvieses ahí en el sentido estricto de existir, que de pronto formases parte de mi puesta en escena matutina, me producía una ilusión casi pueril y me recordaba la emoción de cuando era pequeña, ese aire tan diferente que adquirían los días cuando mis padres dejaban que alguna amiga de la escuela se quedase a dormir en casa. La extrañeza de la intimidad. Compartir el espacio y las confidencias hasta altas horas de la noche. Los nervios, las risas y esa afinidad tan inocente, ajena a cualquier dictadura emocional. De ahí debían venir la luz y la ilusión que sentía contigo: de un bosquejo de amistad auténtica; pero sabía que también encontraba una enorme satisfacción en el hecho de poder tenerte en casa y, de alguna forma, proveerte y cuidarte.

El pacto era que yo dejaba que te quedases en el apartamento el tiempo que necesitaras durante el verano y tú cocinabas para las dos. De hecho, yo te ofrecí el piso siempre que vinieras a Beirut, fuiste tú la que se apresuró a limitarlo al periodo de verano. La primera noche, llena de entusiasmo, me dijiste que intentarías molestar lo menos posible, que tenías previstas algunas salidas de más de un día y que, por tanto, no te vería demasiado el pelo. Que cuando en otoño regresases a Italia reclamarías algunas mejoras, tal vez incluso más protección laboral, y que esperabas solucionar el tema del alquiler. Yo puse los ojos en blanco y tú te echaste a reír. Todo el mundo sabe que en España mis compañeros periodistas a la pieza carecen de cualquier tipo de regulación y trabajan con una precariedad vergonzosa. Pero no era momento de lamentaciones, estabas realmente agradecida y dijiste convencida que, además, te tenían que pagar trabajos pendientes y me compensarías el favor, pero yo no quería oír hablar de dinero. Por supuesto, Valeria, no te dije nada sobre el hecho de que no me gusta compartir mis espacios; ni tampoco que de entrada no me considero la persona más generosa del mundo, pero ante la posibilidad de que te fueses del Líbano y no volvieses a vivir allí

era capaz de superar en abnegación a la madre Teresa de Calcuta.

«*Oh, by the way!*», dijiste de pasada cuando ya hacía rato que habías terminado de fijar las normas de tu estancia en mi piso, «cuando tengas plan con alguien, yo me esfumo». Me guiñaste un ojo y me preguntaste: «"Esfumo". Se dice así, ¿verdad?». Agradecí que no profundizaras más en el tema de las relaciones; intuía que las tuyas poseían la energía de la juventud, que eran intensas y, por lo que sabía, con mujeres. Que dieses por hecho que tendría planes me reconfortó, y que no notases que atravesaba una perenne racha de soledad hizo que mi ego se elevara; pero tu frase provocó un ligero temblor que, con el paso de los días y la convivencia, se convirtió en una brusca ruptura de mi base emocional: pronto descubriría que el único plan que me interesaría sería aquel que te incluyera.

Así pues, te observaba en secreto aquella primera mañana después de dormir bajo el mismo techo. Yo en mi cama y tú en el sofá. Cuando entré en la cocina ya te estabas riendo. «*Ma guardati! Buongiorno, bella!*» No estaba segura de poder estar a la altura de tu ritmo y tu ánimo. Te levantaste como un rayo para mostrarme el café aún humeante y el zumo de naranja recién exprimido. Me contaste divertida que habías soñado que ibas en una pequeña barca de pescadores con tu padre y que atrapabais atunes. Te echaste a reír de tu propia incongruencia y me pusiste la mano en la espalda para aclararme que jamás en tu vida habías pescado y que a saber qué opinaría Freud de los atunes. Recuerdo todavía aquella mano, el contacto, la presión específica.

Yo prestaba atención a todas tus palabras y expresiones. Hablabas rápido y lo hacías con una mezcla de inglés, italiano y castellano que, lejos de dificultar la comunicación, la volvía viva y alocada. Después me mostraste el texto que esperaba en el portátil. Te quejaste de que con la pandemia los temas se habían vuelto reiterativos. Estabas escribiendo sobre cómo habían proliferado el cultivo doméstico y los huertos urbanos en las terrazas y balcones de los libaneses, como excusa para hablar una vez más de la subida astronómica del precio de los productos básicos, de los recortes salariales y de la depreciación de la libra libanesa, todo lo cual

había transformado a la clase media libanesa en pobre. Era temprano y por la puerta del ventanal que daba al balcón entraba una brizna de aire fresco que al instante se esfumaría y daría paso a un calor sofocante. Era agradable sentir aquella brisa sobre nuestras piernas desnudas. Me resulta fácil establecer un símil contigo, con tu frescor. Me gustaba cómo gesticulabas, cómo abrías mucho los ojos para aclarar los conceptos, me gustaba incluso que sin darte cuenta te colocases el lápiz detrás de la oreja mientras seguías hablando enérgicamente. Me sentía afortunada y contenta de haberte ofrecido mi casa. La tapa de la pantalla de tu portátil estaba repleta de pegatinas: una de ellas, en el centro, reproducía *El hombre desesperado* de Gustave Courbet, con aquellos ojos desorbitados; había otra con la bandera arcoíris; también una negra con letras blancas que decía: «*Nessuna persona è illegale*», y una de Snoopy escribiendo a máquina encima de su casita roja. Todo aquel imaginario, pensé, los colores de la bandera, los golpecitos de tus dedos contra las teclas... Esta es ella. Esa debías ser tú.

Todavía no nos conocíamos demasiado, ni siquiera habíamos pasado largos ratos juntas, exceptuando aquella primera cena con todas las otras periodistas, cuando todavía eras la pareja de Maggie, y después las veces que te había visto trabajando: cuando nos habíamos cruzado por Beirut porque había ocurrido algo noticiable, cuando habíamos coincidido cubriendo algún conflicto, unas elecciones, alguna revuelta. En el aeropuerto, de madrugada, con cara de sueño y rodeadas de otros periodistas y productores, arrastrando bolsas de mano y mirando cómo los móviles echaban humo. Intercambiar cuatro palabras, las ganas de llegar al lugar para contar lo que ocurría y el miedo premonitorio a lo que nos encontraríamos. La complicidad y el entenderse sin necesidad de demasiadas palabras. Desearnos suerte. Después, semanas, tal vez meses sin vernos, y de pronto reencontrarnos por casualidad persiguiendo una noticia, invitarnos a un café, siempre breve, siempre profesional, pero todo también tamizado por la calidez, las sonrisas cada vez más amplias y una confianza que iba en aumento.

Dejar que el azar controlase nuestros movimientos se había convertido en un placer que no nos confesábamos, pero que las dos redescubríamos cada vez que nos encontrábamos de nuevo en alguna rueda de prensa o en alguna manifestación descontrolada. Lo normal, entonces, era no acordarme de ti durante semanas, pensar en ti de una manera cíclica, y cuando lo hacía siempre me pillabas desprevenida, pelando una fruta, poniéndome un calcetín. ¿Por dónde andará? ¿Estará en el Líbano? Y enseguida ese ligero ardor intuitivo que importunaba algo en mi interior que no quería entender y a lo cual todavía ahora me niego a darle un nombre. Llegaría, más adelante, aquel terrible día en la Franja de Gaza: los gritos, los disparos, el miedo, y también tu aparición de la nada. Y una vez más llegaría el silencio, en todas partes se decretaría el estado de alarma, al que seguiría el confinamiento, y no sabría nada de ti hasta que el tsunami planetario se relajara un poco y el Líbano, al borde del colapso, se abriese de nuevo por tierra, mar y aire.

Y entonces, un día, el verano volvió y tú también volviste. Tenías una pequeña pupa en la boca, el labio superior levemente inflamado y toda la comezón contenida en una costra que ibas tapándote con los dedos cuando nos encontramos aquella mañana nublada y me contaste que el primer confinamiento te había pillado en Turín. Me dijiste que habías perdido a gente conocida: la madre de una de tus mejores amigas, un tío que ya tenía la salud delicada. Habías adelgazado y una sombra envolvía tu mirada. Entramos en el Barzakh Café, al lado de casa. Los cortes de luz y de internet habían convertido las cafeterías de Beirut en oficinas y salas de estudio. Una prueba más de la resiliencia libanesa. Los clientes aprovechaban la electricidad y la pequeña biblioteca del Barzakh. Las mesas estaban repletas de portátiles y de apuntes esparcidos aquí y allá. Rodeadas de plantas, muebles de madera antiguos y libros, me contaste que estabas al límite por un tema económico, que los gastos de los viajes de los últimos años a Afganistán, Siria, Haití o aquí, al Líbano, habían sido superiores a lo que habías podido facturar. Después, girando las palmas de las manos hacia arriba, indignada, insultaste a un tal Paolo, el director

de una revista milanesa que te había propuesto escribir una doble página sobre unos refugiados de Kosovo que vivían en Suecia. Y lo hiciste pensando que de ese modo te saldrían otros temas aquí, en Oriente Medio, y que te los pagaría, o al menos eso te había insinuado él; pero el tal Paolo se desentendió de ti. «¿Y tienes idea de lo cara que es la vida en Suecia?», protestaste. Al final, el italiano ni siquiera te había publicado el reportaje sobre el síndrome del refugiado. «*Stronzo di merda!*», sentenciaste mirando hacia el ventanal que daba al ajetreo de la calle. Y te enjugaste una lágrima con el dorso de la mano.

Cuando volviste a girar la cabeza hacia mí te habías convertido en una chiquilla vulnerable. Con voz afligida continuaste explicándome que hacía años habías pedido un crédito, que todavía lo estabas pagando y que habías amortizado poco más de la mitad. Este trabajo era lo que más te gustaba en el mundo y no querías dejar Oriente Medio. Me dijiste que ya no te podías aventurar de este modo con el dinero, que ni siquiera podías pagar tu parte del alquiler del piso que compartías con unos conocidos. Entonces te interrumpí. De fondo sonaba la envolvente voz de la eterna Fairuz. Te agarré las dos manos, que agitabas como si fueran un ventilador.

—Deja que te ayude.

Al fin y al cabo, Valeria, ofrecerte mi casa gratis fue un acto de egoísmo con un doble objetivo: por un lado, impresionarte, y por el otro, evitar que te fueses lejos. No sabría decirte el porqué, pero te quería cerca. No olvidaré el alivio de tus facciones cuando te hice la propuesta, el agradecimiento en la mirada y tu capacidad para recuperar el torrente positivo de tu oratoria: los inmediatos proyectos de trabajo, un plato que me prepararías si teníamos la suerte de encontrar los ingredientes, la propuesta de acercarnos más tarde en taxi hasta el campo de Shatila para ver a Khabat, una siria amiga tuya que era ilustradora y que querías presentarme. Después me agarraste por los hombros y me prometiste que no serías un estorbo, que serías discreta, que te acababa de salvar. «*You just saved me, Valentina.*» Y yo pensé que quien salva, en el fondo, queda también redimido del riesgo que habría supuesto no

haberlo intentado.

Tras cuatro días viviendo conmigo ya te habías adaptado ágilmente al ritmo de mi apartamento. Yo había pensado que quizá me costaría acostumbrarme a tener a alguien en casa, pero resultaste ser una presencia fácil. Envidiaba la calma que te permitía la prensa escrita. La televisión y la radio imponen un ritmo trepidante, vivir pegada a internet y al móvil, y la angustia constante del tiempo tiranizando los días con las dos citas ineludibles de los informativos del mediodía y de la noche. Tú tampoco dejabas de trabajar, de contactar con traductores y *fixers*, de teclear y hacer llamadas, pero para moverte tan solo necesitabas perderte entre la gente equipada con tu libreta y a veces con la cámara de fotos, lo que consumía buena parte de tu jornada laboral. Me gusta trabajar en equipo, pero no negaré que pagaría por coquetear con la soledad que te permite la prensa escrita. Cuando llevabas una semana en mi apartamento, yo ya estaba a gusto con tu presencia y empecé a relajarme; encontrábamos temas de conversación sin necesidad de buscarlos y descubrí que me podía mostrar ingeniosa, protectora, divertida.

Una tarde te hablé de mi situación laboral. De un posible cambio de ubicación de la corresponsalía y de mis dudas sobre renovar para cuatro años más. Te comenté que si sumaba los años que había estado fuera, en diferentes países, pronto llegaría a los veinte. Que me perturbaba decirlo en voz alta, pero que me parecía que por primera vez en la vida me sentía quemada. Los matices eran importantes; de hecho, lo eran todo. Poco antes de tu llegada a Hamra, yo había empezado a padecer insomnio y bastante ansiedad; dudaba de mi capacidad para aguantar más tiempo, dudaba incluso de cómo se hacían las cosas en nuestra profesión, sustentada siempre por una perspectiva demasiado limitada —el militar, el político, el refugiado—, el exceso de emotividad y una observación de la realidad que partía de una teoría previa, de una información imprecisa y sin fundamento. Pero enseguida me di cuenta de que, aunque hacías el esfuerzo de ponerte en mi piel, te costaba entender el alcance de mi malestar, así que desvié la conversación hacia otro tema. Pensé que yo también había tenido

treinta años y había querido comerme el mundo creyendo que la fuerza impetuosa de la ola me arrastraría hasta el final. Aquella fe indestructible en mi propio potencial. No sabía cómo decirte que para mí el mundo cambia más descaradamente ahora que antes, y que el periodismo, siempre a remolque de las políticas de reducción de costes y de la tiranía del clic, no hacía sino poner de manifiesto todavía más esa realidad. No te quise hablar de mis crecientes dudas sobre si estaba dispuesta a adaptarme a eso, en parte porque ¿quién era yo, desde mi privilegiada posición de corresponsal en plantilla, para decirte nada? Me violentaba hacerte ver que la adoración que sentías por tu trabajo era injustamente proporcional a unas condiciones laborales insostenibles.

No quería que pensases que la energía que tenías en ese momento formaba parte de un ritual de paso para acabar como yo. No quería amargar tu preciosa juventud. No, no es eso. Más bien tenía que ver con el pragmatismo que proporciona la madurez y que en mi caso, una vez cumplidos los cuarenta, se tiñó de cierto desánimo. Empezaba a preguntarme con inquietud si los que erais *freelance*, tan jóvenes y habituados a la precariedad laboral, aún seguiríais ahí al cabo de una década, cuando la vida os plantease nuevas necesidades y tuvieseis que asumir el coste de una guardería, una hipoteca o un seguro médico con crónicas a cincuenta o setenta euros la pieza, pero no quería ensuciarte con estos pensamientos oscuros, que, por lo demás, seguro que ya te habías planteado en alguna ocasión. Te consideraba lo bastante inteligente para llevar sola las riendas de tu vida, y además desconocía las circunstancias específicas de Italia, aunque confiaba en que, como en otros países de Europa, la situación de los periodistas fuese mejor que la de mis compañeros españoles.

Leía todos tus artículos y a menudo los compartía en Twitter. Quería echarte una mano, destacar tu trabajo como periodista, que todo el mundo se fijase en lo que haces y en cómo lo haces. Eres buena, y posees ese aire de la vieja escuela que se caracteriza por intentar dar visibilidad a lo que no se quiere contar, a lo que no se puede reducir a una simple noticia. Ojalá pudiera plantar en una maceta un esqueje de tu forma de hacer periodismo para que

brotara por todas partes. Deseo que acabes convirtiéndote en una de esas veteranas que siempre he admirado porque sencillamente no pueden dejar de explicar el mundo a pesar de las circunstancias. No espero menos de ti.

Y sí, tras poco más de una semana ya compartíamos lecturas y música y me alimentaba de todo lo que tú cocinabas, algo que según me dijiste habías aprendido entre los fogones de tu abuela paterna. Una copa de vino a solas era excelente, una copa de vino en tu compañía se convertía en una fiesta. Las risas, cuando llegaba tarde y cansada, eran contagiosas. Siempre que he quedado atrapada por alguien ha sido porque ese alguien ha conseguido previamente que aflorase la mejor versión de mí misma. Cuando me gusto siento una felicidad indescriptible que hace que nazca en mí una fijación hacia quien ha conseguido que me sintiera así. ¿Se trataba de eso, Valeria? Empezaba a preguntármelo viendo nuestros carnets de prensa juntos con las cintas enredadas sobre la repisa de la entrada. ¿Se trataba de esa red afectiva que extendiste bajo mis pies mientras me hacías señas para que me lanzara de cabeza? Intentaba pensar en una teoría, pero tan pronto empezaba a construir un discurso basado en ella todo saltaba por los aires, porque las teorías son papel mojado cuando la práctica viene cargada de cocina piamontesa, de tu fe ciega en la música, de la redondez de tus rodillas, de tu piel morena y fina. Eras algo absolutamente nuevo para mí. Una revolución en medio de todas las cosas anodinas.

Un mediodía, en la oficina, le dije a mi equipo —formado por Ivan, el cámara, y Samir, el productor de la zona— que nos tomásemos un descanso, que fuésemos a picar algo y que después ya continuaríamos. Hacía mucho calor y llevábamos toda la mañana peleándonos con un problema de edición a propósito de unas locuciones que teníamos que insertar. Algo fallaba en el sonido. En otras circunstancias me habría mostrado arisca y no habría parado para comer hasta conseguir solucionarlo. Bajamos por la escalera porque los ascensores estaban estropeados. Los escalones eran altísimos y, desde el último, di un salto enérgico mientras canturreaba y acabé aterrizando a los pies de la escalera.

Samir, con la confianza de los años y la amistad que nos unía, me preguntó con ironía si había follado, pues últimamente me veía de muy buen humor, y aunque no me apetecía nada seguirle el juego, en un intento por desviar la atención del tema, le guiñé un ojo y él hizo entonces grandes aspavientos para celebrarlo, insistiendo en que le dijese quién era esta vez el afortunado y asegurando que, si seguía así, Tinder acabaría poniéndome una alfombra roja.

—Pero ¿qué dices? Si hace meses que no he estado con nadie.

Me oí a mí misma justificándome y todo se impregnó de un regusto hipócrita. Me sentía como una farsante. La banalidad sexual había empezado a actuar en mí como un antídoto contra el erotismo. Todos aquellos hombres, todas aquellas citas huecas que había tenido, habían sido como una pauta, un modo de formar parte del supuesto mandato de la libertad, pero ya hacía tiempo que me había hartado. Aunque Samir sabía que ahora, provisionalmente, estabas viviendo en mi casa, en ningún momento se le pasó por la cabeza que pudieses ser tú la causa de que estuviera todo el rato canturreando. Y en situaciones como esta yo percibía los obstáculos como una sombra al acecho. Sentía muy dentro de mí una balsa de aguas turbias, un aviso de que debía empezar a poner orden.

Dos semanas en casa y me sorprendía una noche en el baño cerrando los ojos para aspirar el olor del frasco de tu crema facial, veinte días en casa y ya habíamos adquirido pequeñas costumbres basadas en la convivencia de dos mujeres razonablemente ordenadas, que se pasaban la mayor parte del tiempo trabajando y se habían embarcado a ver juntas *The Sopranos*. Teniendo en cuenta la extensión de la serie, la mala conexión del apartamento y que no podíamos ser demasiado constantes debido a nuestros horarios, el objetivo era como una promesa de convivencia eterna. Las dos con las gafas puestas, tú por un poco de astigmatismo y yo por una pizca de miopía. El reflejo de la luz del ordenador iluminaba los cristales y nos empequeñecía los ojos. De fondo se oía el murmullo del generador. Estábamos a oscuras y habíamos encendido una vela. Nuestros pies casi se rozaban sobre la mesita donde siempre colocábamos el ordenador. Acabábamos de reírnos

con un comentario de Tony Soprano, las dos a la vez. Te dije que me parecía que Tony Soprano, sin necesidad de disimular su fuerza bruta, debía ser el primer hombre que había empezado a deshacer la masculinidad tóxica del imaginario colectivo. Me contestaste que no sabías demasiado sobre las complicaciones de los hombres, que de hecho no te interesaban. No entendí si te referías a las complicaciones o a los hombres en general, pero en todo caso tuve que llevarme un puñado de palomitas a la boca a modo de freno, como una barrera, porque me habría lanzado sobre ti como un animal y te habría mordido el cuello de pura ansia. Te habría preguntado si también tú te dabas cuenta de lo que me estaba pasando, de lo que me estabas haciendo, de esa cosa absolutamente vaga que crecía en mi interior y devoraba a la que yo había sido hasta entonces.

El abrazo que aún no nos hemos dado

Volver a vivir en el piso en el que creciste cuando ya eres mayor es como intentar ponerte unos zapatos al menos dos números por debajo de tu talla. Les tienes cariño, pero resulta imposible que te encajen, y, si eres tozuda o por el momento no tienes otro lugar en el que instalarte, aceptas la incomodidad y que se te atrofien los dedos, como aquella terrible tradición del vendado de pies impuesta en el pasado a algunas mujeres chinas. Terminas por desistir cuando intentas caminar, y entonces, como no podría ser de otro modo, afloran los daños colaterales. Para empezar, te enfrentas a un viaje en el tiempo que mortifica el momento crítico de salir de la cama: «Dúchate ahora, Tina, que hoy tu padre tiene partida de dominó y querrá ir al lavabo antes de marcharse». Es la información precisa que me proporciona mi madre cuando abre la puerta de la habitación sin avisar, antes de continuar andando por el largo pasillo, diligente y cargada de toallas esponjosas y bien dobladas. La frase me chirría a la altura del pecho. Tengo que encontrar un piso cuanto antes.

Ayer estuve perdiendo el tiempo para coger el tren de las siete y no volver a casa de mis padres tan temprano. Deambulaba por los alrededores de Santa María del Mar y, cuando giré por la calle de Santa María, me topé con unas letras rojas sobre la pared de piedra gótica: TOURISTS GO HOME. Por un momento me sentí señalada. Cada mayúscula me salpicó la cara de rojo. Me detuve en la palabra *home* y la reacción fue inmediata: me inundó por completo la nostalgia de Beirut, del barrio de Hamra. Intenta decir Hamra en voz alta. Pocos nombres son detonantes tan precisos del caos y la excitación, del estallido de vida y de todos sus vericuetos y matices. Hamra.

—Te he dejado el desayuno preparado en la cocina. El suelo

está recién fregado, así que haz el favor de pisar por los papeles de periódico.

Todos estos años que he estado fuera no ha habido nadie que me recordase cómo tenía que comportarme. Las palabras de mi madre son una eclosión clarísima del pasado, que, si bien nunca fue terrible ni perturbador, sí arrastra un peso que tiene que ver con esta casa, con este rincón del mundo. Su voz, cuando estoy aquí, es un altavoz que se esfuerza en recordármelo y que me obliga a sentirme orgullosa de mis orígenes, de mi tierra. A lo largo de nuestra vida adquirimos la costumbre de situarnos en función del orden que nos asigna el sitio en el que hemos nacido, de este modo nadie cuestiona nunca nuestro lugar en el mundo, aunque algunos convengamos que la vida nos ha hecho como somos gracias a los otros lugares en que hemos residido.

El alma de la casa está formada por todos los deseos y las manías inconscientes de quienes la habitan, y mi madre la habita y la gobierna, siempre ha sido así. Hay cosas intocables. El cuidado casi ofensivo por el orden. Que la casa tenga siempre una apariencia de control, de perfección. Los objetos siempre inmutables. Los rituales que recordarán a la invitada su desamparo. Los papeles de periódico en el suelo después de fregar. La vidriera de la puerta que da al comedor hecha de vitrales verdes y amarillos con el aire inconfundible de los ochenta, la misma figura de cerámica de una pastora sentada con una sonrisa que no ha cambiado en cuarenta y tres años; también siguen ahí las dos ovejas que yacen a un lado y a otro de su falda extendida sobre un prado inexistente, y las fotos ya amarillentas de mi primera comunión. De la comunión de Glòria, en cambio, no hay pruebas gráficas; la primera comunión de mi hermana ha quedado más al fondo de la estantería. Su vida sacramental ha evolucionado canónicamente, y eso en esta casa se premia. Una serie de fotos en primera línea muestran a Glòria vestida de blanco sosteniendo un ramo de novia con aparente pureza. Glòria con una barriga descomunal. La nariz redonda, la expresión pletórica. Glòria con un recién nacido, como un animalillo. Las facciones todavía poco definidas. Glòria con dos hijos y la mirada cambiada, protectora.

Los hijos de Glòria con mi madre, los hijos de Glòria con mi padre. Los hijos de Glòria con la abuela Valentina. Ahí estamos todos, la familia nuclear, si bien yo he quedado congelada en los nueve años, con las manos en posición de plegaria y una cruz de madera al lado. En mi mirada llena de prejuicios se puede leer mi desacuerdo con el mundo, así, en general. El resto no fue hecho aposta, quiero decir que la discusión sobre mi existencia como bala perdida de la familia tuvo lugar hace años y fue intensa, pero mucho antes, mi decisión de estudiar lo que realmente quisiera aunque me lo tuviera que pagar yo misma me situó en un contexto peculiar: la fragilidad de mis vínculos y el deseo precoz de emanciparme nunca fueron premeditados. Me gustaba, y juraría que todavía me gusta, que la vida viniera determinada por las circunstancias, pero la proyección profesional a la que podíamos aspirar las dos hermanas, según las condiciones que nos marcaba la familia, quedaba limitada a la ferretería. Eso siempre fue una fuente de tensión y de conflicto. Nos animaban a estudiar Empresariales o cualquier otra cosa que pudiese sacar adelante el negocio, esa era la consigna, y me negué en redondo. Se trataba de una discusión estéril que me sacaba de quicio, pero yo no era hábil discutiendo. Nunca lo he sido.

No es que fuese un verdadero drama familiar, estábamos a finales del siglo XX, no tenía un padre omnipotente ni una harpía por madre, no vivía sometida a una horda primitiva de familiares enfadados, sino rodeada de los miembros de una pequeña tribu muy aferrada a sus convicciones que, según decían, se preocupaban por nuestro bienestar asegurando la continuidad del negocio y proveyéndonos de un trabajo seguro y noble. A mí la palabra *negocio*, con toda su connotación antigua de asunto comercial, de sacar provecho, de empresa familiar, no me provocaba ninguna motivación, más bien me oprimía.

Había trabajado en la ferretería algunas Navidades, sobre todo a partir de que la demanda de artículos de decoración y bricolaje aumentase con respecto a la compra profesional mayoritaria de años atrás, pero no se me daba bien envolver regalos, y lo único que conseguía era que las colas se hiciesen

eternas, con los consiguientes resoplidos de fondo de la clientela. Si insinuaba que quería estudiar esto o lo otro, mi madre criticaba mi atrevimiento al apostar por todo aquello que yo quería que ocurriese, que según ella no me reportaría ni estabilidad ni dinero y, por tanto, aseguraba, no me haría feliz. A ella la irritaba profundamente oírme decir que trabajar en la ferretería era una limitación, y no servía de nada que le repitiera una y otra vez que en ningún lugar estaba escrito que yo tuviera que terminar detrás de un mostrador o «sacando adelante» el negocio.

Nunca he sabido hasta qué punto era yo la beligerante o era mi madre la que hacía que lo fuese con esa manera suya de entender la vida como una serie de responsabilidades heredadas que deben afrontarse. De aquella época ha quedado un velo entre mi madre y yo que nunca ha llegado a desaparecer del todo. Ninguna herida concreta. Solo aquel desacuerdo que las dos exageramos, y la pasividad y la falta de interés que ella mostró durante mis años de carrera y mis primeros pasos como periodista. Después, la vida siguió su curso. El impulso que yo sentía por salir del pueblo era semejante a una necesidad fisiológica, se parecía a la sed, al hambre, a un deseo que debía satisfacer por completo. Se trataba de una ilusión aparentemente muy razonada. Resulta especialmente difícil cuando eres el primero de la familia en romper con aquello que ha prevalecido de generación en generación. Has de aprender a esquivar las emociones desde una edad temprana, y en la negociación has de conseguir que cedan, que te coronen como portadora de los cambios. A veces te juegas el orgullo que pudiesen sentir hacia ti, te juegas la cantidad de fotos en las que aparecerás y que se expondrán en el mueble del comedor. Al igual que la pastorcilla de las ovejas, yo también aprendí a mantener las formas y la sonrisa de arcilla cocida. Pero la prueba de fuego empieza justo ahora. Con cuarenta y tres años no puedes ir por la vida como la adolescente rebelde que interpretaste hasta bien entrada la edad adulta. ¿Dónde has estado? ¿En quién te has transformado? Has vuelto con todo un mundo a cuestas que es tuyo y que llevas dentro y del cual ellos solo conocen los contornos. Estados Unidos, Bélgica o el Líbano.

Por mucho que lo intenten, no los pueden inmortalizar en una imagen.

En la cocina, la mesa preparada para el desayuno desde la noche anterior. Mi madre lo ha hecho siempre así. Una mañana le conté a modo de anécdota, no como una lección, que en los países de Oriente Medio, en general, no está bien visto poner la mesa antes de que todos los comensales estén listos para empezar a comer, y entonces se enfadó. De hecho, pareció enfadarse con el mundo árabe al completo. Me esperan las rebanadas de pan tostado en una pequeña cesta de mimbre, dos mermeladas de sabores distintos, mantequilla, azúcar blanco, azúcar moreno y la cafetera humeando. Ha pensado incluso en la pastilla del hierro. Poner la mesa es una forma de querer. Como simbología vital funciona. Es una forma tan válida como cualquier otra, y sin embargo resulta contradictorio recibir amor así y tener que combatir la peligrosa sensación de no sentirme en casa. Por mi parte es una perversidad, pero no puedo permanecer aquí. Si lo hago, si hago el esfuerzo de aceptar este desayuno como el abrazo que todavía no nos hemos dado, es porque quiero imaginarme que las tostadas y el café recién hecho son la particularidad de algo más relevante: su grito de súplica para que no vuelva a marcharme tan lejos.

Desayuno rodeada de las hojas de periódico que me han servido de pasarela. Me fijo en las noticias revueltas: el brazo de una diputada en plena discusión, la repetitiva imagen de hombres grises que gobiernan el mundo con traje y corbata o la firma de un artículo que, a juzgar por su extensión, seguramente no leerá nadie. Pienso en mis compañeros de redacción intentando aportar su impronta personal, un enfoque diferente, y en la correspondiente bronca del jefe por no contar precisamente lo que está contando todo el mundo. Junto a los fogones hay un par de hojas de Internacional. Leo sentada con las piernas dobladas sobre la silla para no tocar el suelo. Una lectura cenital. Da igual de qué país se trate, el periodismo parece ir siempre a remolque: las mismas noticias que he visto de madrugada en Twitter cuando el insomnio hacía de las suyas. Por todas partes hay amenazas

pandémicas, de cambio climático, conflictos militares que no acabarán nunca... Y mi sospecha de que, cuanto más amenazador es el mensaje, más impermeable se vuelve quien lo lee. Información deteriorada, banal, efímera, papel para no pisar un suelo recién fregado.

—Tina, no te sientes así que se te encorvará la espalda.

Agarro a mi madre de la mano y ella ha de detener el paso. La acaricio. Noto cómo se tensa.

—A estas alturas, la espalda ya va por libre, mamá.

Y se va al fregadero a continuar con sus tareas porque nos cuesta tocarnos. ¡Solo nosotras sabemos lo que nos cuesta! Ambas somos muy reservadas en presencia de la otra. Y sé bien de dónde procede eso. Después de tantos años, me castiga de forma sutil. Conozco el aspecto de su orgullo y su obstinación, que son un no decir del todo, un silencio ambiguo, un reproche reprimido. Mi pecado: haberme dedicado al periodismo para, según ella, marcharme lejos de casa. Comenta algo de la espalda, de la joroba de la abuela Valentina. Oigo «joroba» y oigo «abuela» mientras pienso en lo que le querría decir: que pretendía ser una caricia conciliadora, una caricia para decirte que te he echado de menos, mamá. No ahora. Toda la vida te he echado un poco de menos. Pero ella sigue allí, refugiada entre el agua caliente y el tintineo de un par de tazas en remojo, refugiada detrás de su propia voz, teorizando sobre la herencia genética y sobre una tía lejana que padecía una escoliosis descomunal. Después se queda callada y a las dos nos invade el silencio y la tristeza contenida por la muerte de la abuela. Nos atrapan la pequeñez y los tonos grises de tantas quejas antiguas y ya sin contornos. Las agujas del reloj de la cocina resultan escandalosamente incisivas: «Qué-haces-aquí, Va-len-ti-na, qué-haces-aquí».

La teoría del geólogo

Solo salgo a la calle para rebajar el exceso de mí misma. En casa me estorbo, me tropiezo conmigo por todas partes. Siento mi cabeza como un cuarto de paredes angulosas contra las que choco si intento pensar. El corazón, como un animal desorientado que busca adaptarse al desacoplamiento. Sigue latiendo, y con eso debería bastar. Me digo que ya pasará, me dejo arrastrar, cedo sin discutir ante planes que me proponen y que no quiero llevar a cabo. No me pronuncio al respecto, me encojo de hombros, acepto. Cuando Glòria cierra la puerta de su coche quedo atrapada por el peso del hermetismo, por el reducido espacio del vehículo. Se pone el cinturón de seguridad. Tararea una canción cualquiera. Acompaña el cinto con la mano desde la espalda, lo cruza sobre su voluminoso pecho y encaja el cierre a la altura de la cadera con un sonido concluyente. A continuación pone el pie sobre el freno, con su zapatito de Cenicienta versión hora del baile, y finalmente arranca.

Nos incorporamos a la carretera justo cuando el semáforo se pone rojo. Baja un poco el espejo retrovisor y se busca dentro estirando ligeramente el cuello. Con el índice y el pulgar se toca las comisuras de la boca. Pintalabios en su sitio. Al parecer se había pasado un poco de la raya. Dos movimientos ligeros de cabeza, uno a la derecha, el otro a la izquierda. Observa algo en su peinado que no la convence y se pasa los dedos en zigzag como si fuera un peine. Así, rápido, dos o tres veces hasta que parece quedar satisfecha. El color impecable; las uñas también pintadas. Lleva varias pulseras, que tintinean y se le deslizan muñeca abajo. Me fascina la determinación que pone siempre en intentar alcanzar lo que ella debe de entender como la feminidad absoluta. No son detalles arbitrarios, es toda su imagen al completo. Se da cuenta de

que la observo. Las dos vibramos al ritmo del motor encendido.

—¿Qué miras?

—Nada.

Yo también me pongo el cinturón. Es sábado y mi hermana me lleva a un centro comercial nuevo y descomunal a comprar comida para su casa y para la de nuestros padres. En los asientos traseros, dos sillas infantiles vacías y llenas de restos de galletas y de una especie de pegatinas con purpurina que están esparcidas por todas partes. Con solo mirarlas puede una percibir el eco de las pataletas matinales y los tirones de pelo, todo ello rematado por la magia de un unicornio de peluche multicolor que descansa en el suelo. El trazado de la N-II recorre el pueblo en paralelo y separa las playas y el tren del núcleo urbano. Para poder ver el mar he de estirar el cuello y saltarme la silueta entera de Glòria. El mar es una franja de un azul denso recortada por el busto perfumado de mi hermana. Desde que estoy aquí lo busco de una manera engañosa, en la creencia de que el mar es una línea con dos extremos que delimitan dos formas de vida: la que vivo y la que deseo vivir.

Entonces mi hermana me expone la situación. Pero hay un preludio: esos minutos de tregua, dos o tres a lo sumo, en los que circulamos para salir del pueblo. Durante ese rato todavía no me dice nada. Durante ese breve intervalo desconozco todavía que mientras he estado fuera estos años mi padre ha empezado a tener problemas neurodegenerativos. «Todos han surgido en el último año y medio», añade.

—¡Pero qué estás diciendo, Glòria! Si yo no le he notado nada extraño.

Esa es mi gran aportación familiar. Y lo digo con torpeza porque la noticia me ha pillado desprevenida. Ella pone los ojos en blanco.

—Tina, ni siquiera llevas una semana aquí y nunca estás en casa. ¿Qué quieres notar?

Asegura que el diagnóstico es bastante claro y que, pese a ser de evolución lenta, al parecer es irreversible. Miro hacia el lado opuesto del mar, después observo las vías del tren. Esta mañana he

leído en el periódico local que el cambio climático obligará a trasladar las vías desde la línea de la costa hasta el interior de Badalona, así como la opinión de un geólogo que aseguraba que si mueves las vías puedes ganar en seguridad y además liberas un espacio que podría acabar convirtiéndose en una nueva playa natural. Glòria ha dicho «irreversible» y yo me aferro con fuerza a la imagen de una playa nueva y natural. Me quedo en silencio unos instantes. En la vida es importante contar con un buen repertorio de tangentes por las que poder escabullirse. La calidez de la arena, el festival de azules del cielo y el mar, las voces distendidas, la buena vida, la fruta que papá nos traía pelada y fresca hasta la orilla cuando no queríamos salir del agua y, tozudas, comíamos mojadas para no tener que hacer las dos horas de digestión. Necesito quedarme allí un momento más. Noto la mirada expectante de mi hermana clavada en mi nuca.

Le digo a Glòria que la actual vía del tren del Maresme tiene los días contados. Le hablo de la teoría del geólogo, de la playa nueva y natural, y con la mirada fija en la carretera, me contesta que no puedo estar hablando en serio. Es como si no se dirigiese a mí, lo dice con una autoridad tan impertérrita que da la impresión de que está al mando de la indignación mundial.

—No sé, chica, creía que era una buena noticia que hubieses vuelto, pero si tu ayuda va a ser esta...

No termina la frase. Dentro de mí deseo que la acabe, que pronuncie en voz alta «ya puedes volver a largarte», pero la deja en el aire con el condicional interrumpido. El arte del silencio es marca de la casa, denominación de origen. Hemos ido alejándonos del pueblo y ahora, si miro hacia atrás, puedo verlo entero. El campanario de la iglesia expectante como un espantapájaros. El perfil bajo de un pueblo que me aprisiona, con el campanario que emerge desde el centro para provocar el duelo entre la hija perfecta y la hija errante. Estoy demasiado cansada, demasiado asustada, demasiado lejos de quien podría abrazarme, y hay algo en este paisaje que se me queda dentro. Que me incomoda y me desmonta.

—Perdona, Glòria. Es que no me lo esperaba para nada —

consigo decir, grave y sincera.

Problemas neurodegenerativos. Ese es el nombre, de momento. Un nombre hecho de plurales que lo convierten de entrada en algo inconcreto y genérico que contiene más de un núcleo al que atacar. No asimilo la noticia, solo pienso en la inmediatez de los males conocidos y en sus remedios: el brazo derecho que me fracturé de pequeña al caer de un tobogán y la escayola que todos me firmaron; la cesárea en el bajo vientre de mi madre, que ella lucía orgullosa en biquini junto al mar; los moretones renegridos en las piernas de mi abuela cuando se quitó las vendas tras la intervención por las varices. Males y remedios. Pero «problemas neurodegenerativos» es una gran mancha de aceite que flota en medio del océano, es un destino, un lugar en el que quedarse. ¿Cuánto hace que se esconde invisible en el interior de la cabeza de mi padre? ¿Ya estaba ahí cuando me fui hace tantos años? Un día vuelves y gobierna la vida de los tuyos, y de pronto te domina también a ti, con un nombre que lo único que indica es que la cosa solo puede ir a peor.

Al cabo de un rato, cuando mis disculpas ya la han colocado de nuevo en su podio de superioridad moral y vuelve a creerme digna de mantener una conversación, me habla de trastornos. Pronuncia con cuidado cosas como «descartar un alzhéimer», «zonas cerebrales afectadas», «déficits de la memoria episódica y semántica», «riesgo vascular», y la novedad de esas palabras me insta a espabilarme, porque muy pronto tendré que hacerlas mías; es más, si quiero estar a la altura de las circunstancias, tendría que asimilarlas ahora mismo, aquí, encerrada en este coche que huele a toallitas infantiles. Y es entonces cuando comprendo que la cadencia que mi hermana utiliza en su explicación y la seguridad con la que habla denotan que ha tratado antes infinidad de veces lo que para mí todavía es una sorpresa, y que probablemente lo ha hecho con multitud de personas antes que yo.

La revelación resulta dolorosa. Siento en mi interior el descontrol y la imposibilidad de contenerme; le ordeno que se calle un momento, noto el corazón en la garganta y una ola de indignación que sube desde muy adentro, y entonces empiezo a

preguntarle a gritos: «¿Por qué demonios no me habéis dicho nada hasta hoy? ¿Por qué habéis esperado casi dos años antes de decírmelo? ¿Por qué jugáis con los silencios de esta manera?». Y le suelto verdades sin dejar de gritar: «He venido en verano, he venido todas las Navidades, hemos hablado por Skype casi semanalmente. ¡También es mi padre!». Cuando termino, vuelvo a guardar a la bestia dentro. Tengo la garganta irritada y hay algo, no sé muy bien qué —tal vez las exclamaciones exageradas, el repertorio de gestos furiosos con las manos, la pausa después de cada pregunta—, que hace que me sienta falsa y abominable. Quién sabe si dentro de los gritos había también un paquete lleno de la contundente pena por haberme alejado de Beirut. Tal vez ese dolor es el que tendría que gritar primero. Tal vez debería buscar las palabras concretas que describiesen esta sensación de llevar una malla mojada pegada al corazón, antes de esculpir a gritos la culpa que me hace sentir mi hermana, el sobresalto amargo de saber que mi padre está enfermo solo cuatro días después de enterrar a la abuela, solo una semanas después de dejar el Líbano con el corazón del revés.

Oigo que Glòria intenta balbucear algo, quizá trata de mostrarse afectuosa, pero, sumida en mi fatiga mental, hago un gesto con las manos que quiere ser una expresión de súplica. Debería bastar para hacerle entender la situación. Soy alguien que vuelve para quedarse después de vivir y trabajar en diferentes países durante casi veinte años. En el trato conmigo, Glòria siempre impone cierta distancia, la justa para dejar claro que yo no sé prácticamente nada de las exigencias de lo que ella entiende que es la vida. No me veo capaz de reducir esa distancia; ahora mismo ni siquiera sabría qué decirle. Los últimos años he vivido rodeada del contentamiento por las cosas y las personas que he acabado haciendo mías, y es este sentimiento de gratitud hacia ellos el que acabó proporcionándome un hogar propio, un lugar y un tiempo a los que llamar casa. Es demasiado complejo, incluso para intentar explicárselo a una hermana. Pero estoy aquí, Glòria, como un pez fuera del agua, y te pediría que te acercases con algún tipo de bondad, como hermana, como familia, que aflojases un poco esa

rabia que has proyectado hacia mí durante casi toda mi vida, porque a mí esto me duele igual o más que a ti, que papá fue mío antes que tuyo. ¿Qué quiere decir «ob-je-ti-vo po-li-cial»? ¿Qué es un «a-ran-cel»? Soy buena informando porque él me enseñó a leer. Me explicaba el mundo sentados en aquel sillón que hay junto a la ventana desde la que se ve el mar. Mis pensamientos agitados contrastan con el silencio sepulcral que se ha apoderado del coche, y me aferro a esta emoción inesperada que, si no es nostalgia, pienso, solo puede ser amor. Mi padre. Mi padre enfermo.

Me enderezo e, inesperadamente tanto para ella como para mí, coloco la mano izquierda sobre su pierna derecha. El tacto sedoso del nailon de sus medias contrasta con la rudeza del vaquero que cubre mis piernas. La perfección estética me bloquea un poco, siempre me ha pasado, pero me esfuerzo por superarlo y me dirijo a mi hermana con toda la serenidad que soy capaz de recoger del suelo. Con un poco de suerte, pienso, podré apropiarme de la purpurina que cubre la parte trasera del coche y soltar algo que se parezca a un mensaje positivo. «Todo irá bien, Glòria», pero enseguida me doy cuenta de que este ya lo agotamos cuando necesitábamos instrucciones del Estado para mantener la esperanza en tiempos de crisis sanitaria. Ahora es una burla que no serviría ni para llevarlo estampado en una camiseta, así que le informo de que puede estar tranquila, que he venido para quedarme, que me pondré al día con todo, que a partir de ahora no estará sola con lo de nuestros padres. Yo también me lo quiero creer, así que intento que no suene forzado. Parece que mis palabras la satisfacen, porque los ojos se le humedecen y, mordiéndose ligeramente los labios, me dice que ya hemos llegado al centro comercial.

—A ver si tenemos suerte con el aparcamiento.

En su voz asoma un atisbo de bondad, una pequeña vergüenza, una tregua. Nuestros padres están mayores. Era cierto y yo no lo sabía.

¿Qué haces tú aquí?

Hay momentos en la vida de un adulto que no trascienden y que en cambio son la base de sus días, la continuidad de algo que, en realidad, no interesa, pero que, a fuerza de repetirlo un día tras otro, acaba convirtiéndose en la vida misma. Esclava de mi mente, pienso en ello desde el primer instante en que pongo los pies en el centro comercial y nos confundimos con la muchedumbre que desfila apática y sumisa. «Usted está aquí», indica una flecha roja en el plano de ubicación de la entrada. Me agarraría a la seguridad que desprende su forma angulosa y cabalgaría por el mundo con su rojo intenso y su brío.

El supermercado está hasta los topes y suena una música de gran superficie, indistinguible, que ayuda a dar forma a un ruido confuso que anula el alma. Arrastro mis pies por los pasillos repletos siguiendo las instrucciones de mi hermana y, al pasar por la sección de frutas y verduras, me desprendo por un momento de mi aire ausente ante la visión de una montaña de berenjenas resplandecientes. En pocos segundos localizo los ajos, los limones, la menta fresca, el perejil, las granadas, incluso podría encontrar pasta de sésamo y pan de pita. Me convenzo de que no resultaría demasiado difícil, y además podría buscar la receta en cualquier página de internet. Es más, de pronto me parece una idea brillante para acercarme a mi madre; creo que su dominio de la cocina hará que se sienta cómoda para hacer algo conmigo, las dos solas, sin que se vea acorralada por todo lo que no sabemos decirnos. Por unos segundos tengo la impresión de avanzar iluminada y guiada por esa ilusión, y me imagino una cena distendida, una conversación sin interrupciones entre las dos, pero enseguida aparecen las contradicciones y todo se desinfla al instante: nunca hemos sabido mantener un diálogo significativo, yo no sé cocinar,

ella no querrá aventurarse con recetas que no domina, y, además, yo no debería echar la vista atrás tan pronto. Esto último es un propósito que a ratos me reconforta y a ratos me contraría, y que me acompaña desde que subí al avión hace cinco días. Me he autoimpuesto un régimen de visitas con mi pasado más reciente. Hasta ahora hace aguas por todas partes, pero quiero seguir insistiendo en ello: cortar de raíz con la vida de antes seguro que será menos doloroso que dar paso a una melancolía de goteo lento. Me digo que no volveré a comer mutabal si no es en el Líbano. Me lo repito mentalmente mientras dejo atrás las berenjenas, y debo confesar que lo considero un pequeño gran paso.

Empujo el carrito, que Glòria va llenando con todas las cosas que ahora mis padres consumen con frecuencia, y me mantengo atenta a su cantinela entre los pasillos como una discípula ejemplar. Ha creído conveniente coger dos carritos. Aquí prevalecen la abundancia y la locura consumista. No parece recordar que hace unos instantes, en el coche, ha pisoteado un trocito de mi alma. Para mí, por ahora, el consumismo y la comida no son una prioridad, pero Glòria se deja llevar por la abundancia y el exceso. Yo tan solo obedezco. Este establecimiento es un laberinto, una pesadilla, un manipulador demoníaco. Marketing olfativo en la panadería, situada estratégicamente en la entrada para activar las glándulas salivales e incentivar las compras compulsivas. ¿Quieres azúcar? Puedes escoger entre cincuenta distintos. ¿Quieres cereales? Tienes todo un pasillo repleto a derecha e izquierda, con centenares de marcas, sabores y posibilidades. Me llegan interferencias desordenadas, imágenes de pequeños tenderetes con trozos de cordero colgados de ganchos oxidados, y un señor ahuyentando las moscas que revolotean alrededor de una gallina deshuesada en los zocos medievales que todavía existen en Trípoli.

En la sección de detergentes mi humor empieza a agriarse, se me está acabando la paciencia y no encuentro el suavizante de talco que me ha encargado mi hermana desde la otra punta del pasillo.

—¿El de fragancia Spa no sirve?

—¡No! ¡De talco, Tina, a mamá le gusta de talco!

Glòria suspira un poco más allá. También yo, harta, giro para probar suerte en el pasillo de detrás, pero entonces ocurre lo que no tenía que ocurrir, lo que era imposible que ocurriese. Apareces de la nada. Te veo de perfil, frente a las estanterías. Tienes un brazo levantado que alcanza algún producto situado muy arriba sin ninguna dificultad. En mis recuerdos nunca eres tan alto. Una pequeña perturbación fugaz y entrecortada emerge de entre las ofertas y las marcas blancas para mezclarse con tu gesto: nuestros partidos de baloncesto en el patio de detrás de la casa de Philippe y Elléa en Bruselas. Aquella dinámica tan tuya de los brazos levantados listos para lanzar, aquella manera de reír y de vivir. Tal vez es alguien que se te parece. Pero tendría que parecérsete muchísimo. Eres tú. Es alto como tú. Es ágil como tú. Es rubio como tú. Tiene el ojo izquierdo ligeramente empequeñecido como tú. No hay duda de que eres tú. Te envuelve una pátina nueva. No se trata de una alteración física, sino más bien de un halo irisado alrededor de la idea de ti, del recuerdo frustrado de ti. Del resultado de todos estos años sin ti, sin saber de ti, sin querer saber de ti. Eres tú, R. No quiero sonar pretenciosa introduciéndote en el relato con una inicial ni darte aires de misterio. Es tan sencillo como evitar escribir tu nombre, no me apetece. Créeme, en mi memoria te queda mucho mejor este toque de resentimiento. Me agarro muy fuerte a la barra del carrito. Los nudillos de los puños completamente blancos. Los oídos llenos de un sonido velado. Por megafonía, una voz de felicidad adulterada anuncia las ventajas de hacerse socio del establecimiento para disfrutar de todas las ofertas en su amplia gama de productos. Me ves. Juraría que el pasillo se hace de pronto más estrecho y que la iluminación es ahora más intensa. Y entonces me doy cuenta. Somos un lugar muy común incluso en esto, con un reencuentro inesperado al cabo de los años en los pasillos de un supermercado monstruoso.

Los dos nos quedamos petrificados, mirándonos el uno a la otra hasta que un pequeño bulto rosa y dulce se mueve dentro de tu carrito. Y es que tú, allí, no solo llevas productos de todo tipo, también llevas una niña sentada en la sillita. Sobresalen dos

piernecitas cortas y embutidas dentro de unos leotardos de color rosa, un anorak rosa, unos mofletes rosas. Tiene tu misma expresión reconcentrada mientras examina un paquete de *fusilli* que prácticamente no le cabe en las manos. Podrías ser tú delante de un ordenador mientras yo te observaba secretamente desde la mesa de detrás en la redacción belga, cuando no éramos más que dos compañeros que no podían prever que lo estropearían todo una vez que se convirtiesen en amantes. Miras a la niña de color rosa y me miras a mí. Acaricias sus cuatro pelos finos y rojizos. Los dos entendemos que es hija tuya y de alguien que triunfó más que yo. Lo entendemos y por eso adoptamos una expresión agridulce, y entonces, de repente, no por ti ni por la niña, sino simplemente por aquella gran roca pesada que había conseguido abandonar en el trastero del corazón, hago lo que mejor sé hacer últimamente: disimulo y te abrazo con falsa franqueza.

—¿Qué haces tú aquí? —te pregunto como si me pareciese graciosa y afortunada la casualidad del encuentro—. ¡Creía que estabas en Madrid! —añado.

No contestas enseguida. Estás procesando algo. Tal vez qué decirme, y como no te las apañas, tonta de mí, te echo una mano; una vez más, tantos años después, te echo una mano.

—Qué preciosidad. ¿Cómo se llama?

Pronuncias un nombre de niña, el de vuestra niña, y tu voz es una vaharada de recuerdos dormidos que justo ahora se despiertan. Absorta en el espectrograma de tu voz, no retengo el nombre de la pequeña. Me distraigo revelando el rico contenido armónico que tanto escuchaba, primero en la radio y después al oído. «Me haces sentir tan vivo», «Podría vivir dentro de ti». La voz te acaba de devolver a la vida. La niña protesta y enseguida se anima con un llanto que no te esfuerzas por aplacar. Prefieres decirme que lo sientes pero que llegas tarde, que si sigo teniendo el mismo número de teléfono y que, si me parece bien, me llamas un día de estos y nos ponemos al día.

—He oído que has vuelto. —Hay una pausa mínima—. ¿Definitivamente?

No estoy preparada para esta pregunta, venga de quien venga,

pero además tú no estabas previsto en este escenario de regreso. No puedo recurrir a la retahíla de respuestas que llevo en los bolsillos y que me salvan cada dos por tres. Contigo me quedo encallada. Noto que me arden las mejillas. Asiento con la cabeza y después me oigo decir:

—Mis padres ya están mayores.

Y me encojo de hombros.

—Claro. Hablamos, ¿de acuerdo? Me he alegrado de verte, Valen —dices alejándote, y de repente te desvaneces entre los productos de limpieza y me dejas allí sola con una mezcla sintética de lejía y embutidos ultraprocesados incrustada en las fosas nasales, con los pies clavados en el linóleo, incapaz de atenuar la derrota absoluta que se me viene encima, cubierta por los escombros grises arrebatados a lo que queda de la historia de amor más esquilmada y mediocre de Centroeuropa.

De vuelta al coche, Glòria me dice que tienes dos hijos más, los gemelos que van a la misma escuela que mis sobrinos. «Te has puesto las pilas, chato», pienso. Que vivís en una urbanización del pueblo de al lado, justo en la zona limítrofe, en la amplia avenida de los plátanos que une las dos poblaciones. Que os encontrasteis en una fiesta de la escuela para recaudar fondos para unas mesas de pimpón que la AMPA propuso para el patio. Se entretiene bastante con los detalles de la fiesta: que organizaron un partido de baloncesto para los padres y tú participaste, que todavía juegas bien. Continúa elucubrando sobre la AMPA y las mesas de pimpón, dice que eran un capricho que no se podía sufragar con los presupuestos de la Generalitat porque en realidad lo que necesitabais era una nueva rampa de acceso, ya que cuando llovía..., y la pierdo, pierdo a Glòria porque tengo la cabeza demasiado llena y me he quedado exhausta después del esfuerzo que he hecho contigo. Estoy muy tensa, y me irrita profundamente el mundo de mejoras escolares de Glòria. ¿Mejoras de qué? Me viene a la mente la imagen de los niños yazidíes desplazados en campamentos caóticos y destartalados en la región de Duhok, al norte de Irak. La lluvia empapando sus ropas, la tierra húmeda y enfangada, y ellos corriendo descalzos hacia nuestro coche, riendo

y haciendo el símbolo de la victoria con los dedos. Una angustia constante roe los bordes de mi corazón, y un temor me sobrevuela: volver ha sido un error. Lo sé por la pereza mezquina que me provoca oírla hablar de colegios y asociaciones de padres y madres, pero también por cómo me acabo de quedar atascada en los pasillos del supermercado.

No vuelvo a conectar con el universo de Glòria hasta que la oigo decir que tu mujer es pelirroja y alta como tú, y que —y aquí reduce un poco la velocidad y suelta el volante para abrir mucho las manos y remarcar así el mérito del asunto— quiere presentarse a alcaldesa. Y entonces, como si fuese un ítem más del catálogo de novedades tuyas y de tu mujer naranja, añade que no me dijo que estabas por aquí porque no sabía si me apetecería saber de ti. Su pragmatismo me exaspera. Hablando por los codos, sin dejarme espacio para reflexionar sobre el pequeño desastre que acaba de tener lugar en el supermercado, me pone al día sobre un par de amistades que ella y yo compartimos y que también han dejado la ciudad para venirse a los pueblos del Maresme. El teletrabajo y eso, dice. «Eso» hace referencia a los últimos años de remontada, que tan duros han sido para tanta gente. «Eso» te ha traído al pueblo de al lado de casa cuando tenías a tu disposición toda la superficie terrestre para clavar tu dedo en un punto, en cualquier punto del mundo, y decir: aquí.

Tienes una hija y le acaricias el pelo.

Lo peligroso es no tener nada que perder

Mosul, Irak, 2017

Un día de finales de marzo de 2017. Yo era más joven que ahora y tenía más fe en casi todo. Mosul estaba custodiada por soldados armados de mirada severa. La tensión se palpaba entre la población civil, y también entre nosotros. No había ni rastro de los tenderetes de algodón de azúcar ni de los vendedores de globos de colores. En la penumbra de una tienda de campaña militar encontré una bandera de Irak sucia y arrugada que sobresalía de una mochila abandonada en un rincón. Tenía muy presente estos versos árabes: «Blancos son nuestros actos, negras nuestras batallas, verdes nuestros campos y rojas nuestras espadas». Los escribió el poeta Safi al-Din al-Hilli en el siglo XIV y yo los llevaba anotados junto a otras tantas cosas que iba tomando de aquí y de allá sobre aquella región que acabaría conociendo al detalle como si fuese mi casa. Los colores de la bandera me los habían traído a la memoria. Además de estudiar a fondo la política y las sociedades de las zonas en las que iba a trabajar, tenía la costumbre de tomar pequeños apuntes, pinceladas de los hábitos sociales, del marco cultural e histórico, de la población civil; en determinados lugares, la cosa más mínima podía ser importante para intentar descubrir cómo seríamos recibidos o qué pensaría la autoridad local de mi equipo o del medio para el que trabajaba. Cuantos más matices, más contexto, y cuanto más contexto, mejor podría enmarcar la noticia.

Había empezado a trabajar como corresponsal en Oriente Medio. Apenas hacía medio año que vivía en Beirut y ya me sentía más o menos aclimatada. Atrás quedaba la sensación de desconcierto de las primeras semanas, cuando tuve que alojarme

en un hotel mientras buscaba piso; en aquel tiempo, caminar por según qué barrios azotados por la guerra, una guerra que en determinadas zonas de la ciudad parecía que hubiese tenido lugar anteayer y no décadas atrás, me parecía chocante y fascinante a la vez: las huellas de la metralla en las fachadas de algunos edificios convertidos en testigos silenciosos del horror, el desbarajuste de toldos quemados, los escombros amontonados sobre el asfalto. Y aun así, todo aquello convivía con la vivísima energía de la ciudad actual, que me obligaba a registrar la entrada de información sensorial, siempre penetrante y recién estrenada: los olores, los ruidos, la hospitalidad de la gente con el forastero, la humildad y el respeto, y tantas personas nuevas que iba conociendo sin saber todavía que algunas de ellas se convertirían en parte importante de mí. La excitación era máxima, y las implicaciones de trabajar para una radio y para una televisión —siempre con el tiempo justo, corriendo de un lugar a otro, grabando, editando y enviando las crónicas a tiempo para los telediarios en unas condiciones logísticas poco favorables— me parecían un reto apasionante. Me fascinaba lo que hacía. Creía en ello, y no solo me divertía sino que también me llenaba, así que me implicaba a fondo.

En marzo de 2017 ya había transcurrido medio año desde mi llegada, y, mientras caminaba por Beirut con Ivan y Samir para buscar lugares en los que rodar, ya no me quedaba atrás embobada observando lo que para mí ahora era normal. Recuerdo mis primeros días allí. Los veía andar delante de mí cargados con el trípode, el pie del foco, la cámara, los cables, los micros, y miraba a Ivan —que era tan forastero como yo— hablando con la calma y la sensibilidad de quien se ha acostumbrado a formar parte de un determinado ambiente. Yo me quedaba cada vez más rezagada, pues no daba abasto observándolo todo: las casas antiguas, que tan bellas habían sido, abandonadas ahora entre la hiedra y las palmeras desvalidas; los palacetes sostenidos tan solo por los arcos de sus balcones, derrumbándose eternamente como esqueletos en medio de bloques de edificios destartalados; los pescadores de caña en las rocas; los fumadores de pipas de agua desprendiendo por todas partes el dulce aroma a manzana y ceniza; las discretas

mezquitas con su media luna en lo alto, un punto de referencia en el que fijar la mirada y decir: «Estoy aquí». Yo estaba allí, y mientras veía las siluetas de mis compañeros de equipo mimetizadas con aquel entorno que todavía absorbía mi atención, me preguntaba si algún día yo llegaría a ser un elemento más del paisaje humano que conforma Beirut. Si algún día formaría parte de la ciudad, en el sentido estricto de ser una partícula más de todas las que armonizan su tejido sin sentirme una turista accidental. Pero tras unos meses ya me movía con bastante decisión.

Los días pasaban como una exhalación. Integrada casi por completo en un paisaje que iba haciendo mío y que me gustaba, me sentía imbuida de una sensación de logro. Ideológicamente, me encontraba en un momento en el que todavía creía que los detalles más mínimos podían explicar las más grandes gestas, pero en la región que cubría las alianzas cambian sin parar, las revoluciones desembocan en guerras civiles y los territorios se ganan y se pierden desde siempre; en parte debido a ello, yo no le veía sentido a que los actos pudiesen ser blancos si su ejecución pasaba por negras batallas. La libertad, allí, es una consigna preciosa, pero en su nombre se cometen las peores atrocidades.

Así pues, era una noche de finales de marzo en Irak. Estaba sola en la tienda militar, donde había improvisado una pequeña redacción y una sala de edición. Todavía era una debutante, no como corresponsal, pero sí en un conflicto armado. Pese al frío, sentía la necesidad de ducharme, como si el agua pudiera borrarme las malas premoniciones u otras cosas terribles y más mundanas: las imágenes que había visto durante la tarde. Yihadistas muertos junto a sus vehículos, y la preocupación grabada en el rostro de los militares, la mayoría de ellos jóvenes, mucho más jóvenes que yo. Un rastro de sangre, amplio y delineado como el meandro de un río sobre el suelo, se me había quedado clavado en el recuerdo, y cada vez que intentaba empezar la crónica, aquella sangre, que no era mía y que no tenía ningún vínculo conmigo, me impedía concentrarme en la escritura. Me impresionaba el tono marrón, el destello todavía rojo de la hemoglobina oxigenada sobre el polvo y

los escombros de una ciudad en ruinas. Tendríamos que volver al día siguiente.

La ofensiva contra el ISIS estaba conformada por el ejército de Irak y por milicias kurdas e incluso chiíes y suníes, todo ello con el apoyo de Estados Unidos. Farug, productor de la zona y experto en seguridad, nos informó de tres ataques suicidas en las últimas horas y nos aseguró que era demasiado arriesgado. Habíamos preproducido la pieza días antes en Beirut, en medio de la euforia por haber conseguido el permiso para entrar en Irak en plena campaña de expulsión del Estado Islámico de Mosul. Ese primer contratiempo que nos anunció el *fixer* echó por tierra el trabajo de muchos días, y el frenazo nos desanimó a los tres. Profesionales y experimentados, Samir e Ivan no protestaron, pero yo intentaba convencer a nuestro contacto en Irak de que era mucho mejor rodar ese mismo día, de que podríamos llegar sin problemas y de que nadie nos podía asegurar que al día siguiente la cosa estaría más tranquila. De ese modo podríamos regresar lo antes posible a casa, insistía yo, y si era una cuestión de seguridad, regresar siempre era lo más seguro y lo que todos deseábamos.

El enfado y los nervios hacían que el idioma quedase limitado a cuatro súplicas mal formuladas y sin fuerza que de ningún modo me servían para convencerlo. Tenía la sensación de que me empequeñecía, de que mi voz nada varonil y aquellos saltitos que daba para interponerme en su camino hacían añicos todos mis argumentos. Todavía no sabía que él acabaría convirtiéndose en alguien muy querido para mí y en una garantía de seguridad en Irak. Samir no hacía nada por intentar que cambiara de opinión, así que, ridículamente equivocada, se lo reproché. Ya hacía meses que Samir y yo trabajábamos juntos casi a diario, y entre nosotros había ido consolidándose la condición de colegas y la consiguiente confianza, que nos permitía decirnos las cosas a la cara sin tener que ser demasiado diplomáticos. Pero él, impasible como si yo fuera una simple y engorrosa mosca, me iba apartando de su camino agitando la mano a modo de abanico mientras se abría paso hacia el coche. Se suponía que, de los tres, él era el que dominaba este tipo de situaciones y, además, ya me conocía lo

suficientemente bien como para saber que si había algo que me hiciera perder los nervios era ceder a las primeras de cambio. Habíamos pactado una muy buena entrevista con el jefe de las milicias y no llegaríamos a tiempo. Yo estaba furiosa y era incapaz de disimularlo. Ivan, por su parte, se había apartado a un lado y, dando el día por perdido, se estaba liando un cigarrillo.

Con el ánimo del equipo por los suelos, iba creciendo la sensación de que las condiciones de trabajo serían muy complicadas, y poco a poco los tres nos fuimos sumiendo en un mal humor más que evidente. Permanecimos en silencio durante todo el trayecto a la base militar de Gayara, donde pasaríamos la noche. El conductor del coche blindado en el que viajábamos tenía la radio puesta y escuchaba las noticias de la ofensiva. Hacía lo que podía por esquivar los socavones de la carretera. Farug nos iba traduciendo las noticias o simplificándolas en grupos de pocas palabras. El ejército kurdo avanzaba hacia Mosul desde el norte y algunas divisiones militares iraquíes presionaban desde el sur. Cada vez nos encontrábamos con más coches destrozados, carros de combate y neumáticos quemados. Nuestros cuerpos se sacudían de un lado a otro con cada golpe de volante y de vez en cuando teníamos que agarrarnos donde podíamos para no golpearnos la cabeza contra el techo. Queríamos maldecir en voz alta aquellas sacudidas, pero, resignados, continuamos en silencio. No lo rompimos hasta que vimos el primer cuerpo. Los tres blasfemamos y resoplamos, los tres nos asustamos. *Ante un muerto siempre hay incredulidad; no es más que la manera que tenemos de mirar a las víctimas aisladas de cualquier relación con su contexto o con nosotros mismos. Un muerto siempre nos perturba por el final rotundo que representa.* Lo anoté en el bloc. El hombre yacía tumbado boca arriba, con una pierna ligeramente flexionada, como si se tratara de un bailarín ejecutando un último *piqué* desde un dulce *plié*, con un brazo sobre el pecho y el otro en una posición retorcida e imposible.

Miré fijamente aquel primer cuerpo sin vida, buscándole el rostro justo al pasar por delante. La boca abierta y la vida joven escapándosele por los ojos petrificados. El conductor, que había

estado callado durante todo el trayecto, me sonrió por el espejo retrovisor. Sus cejas dibujaban una línea negra y espesa, y tenía los ojos encendidos como dos castañas al rojo vivo. Me había dedicado aquella sonrisa llena de significado, una expresión que lo situaba en un bando y no en el otro, y me lo hacía saber. Todo el mundo da por hecho que las guerras se ganan porque otro las pierde, pero nunca nadie gana ninguna guerra. A veces la línea es muy fina, y los periodistas deberíamos ser capaces de transmitir las medidas exactas, porque sin el rigor ni el contexto lo más probable es que quien nos lea o nos escuche acabe reduciéndolo todo a un duelo entre buenos y malos o a nuestros intereses; a todos nos facilita mucho las cosas tener un enemigo al que demonizar, simplificarlo todo en dos bandos, pero nunca es tan sencillo. Con aquella sonrisa, el conductor me invitaba a participar en una guerra que no era la mía. Podía devolvérsela o permanecer impasible, pero yo solo tenía que informar, ser neutral, pese a que sobre el terreno, con el paso de los años e insuflada con el espíritu de rivalidad de todas las violencias, he acabado entendiendo muchas sonrisas como la suya y he aprendido a mirar hacia todos los bandos. Me dedicaba una sonrisa delante de un hombre muerto, ninguna palabra balsámica. No hay palabras de consuelo en la guerra, solo corazas y venganza.

Cuando todavía somos mortales, percibimos los actos justo en el momento en que ocurren. Vivimos instalados en el presente. El yihadista muerto, en cambio, ahora ya un bailarín inmortal, había vislumbrado el futuro. Cuando me pongo intensa, rompería todas las hojas.

En el coche seguíamos la ruta establecida con el ruido del motor y la radio de fondo. Samir me tocó la pernera de los tejanos con la punta de la bota, pero no le hice caso. Volvió a hacerlo varias veces. Yo seguía molesta con él. Y aquella era su manera de proponerme que fumásemos la pipa de la paz. No paró hasta que le di un golpe en el brazo sin mirarlo, pero se me escapó la risa. La muerte también tiene estas cosas, nos alerta sobre la necesidad de humanizarnos lo antes posible.

—Mosca cojonera —me dijo.

—Pero muy cojonera —añadió Ivan desde el asiento del copiloto.

Pese a que notaba que aquella muerte ajena todavía me rasgaba el corazón, dentro del coche se había reordenado nuestra peculiar armonía. Volvíamos a ser el triángulo infranqueable de siempre.

Una única mujer. Centenares de hombres. Una guerra de hombres, como tantas, como todas. Estar en medio de tanta testosterona requiere un estado muy preciso de singularidad. Ese esfuerzo extra de aplomo al que ya estoy habituada. Vaciarme de mi peculiaridad de género, forzarme a mí misma a demostrar no sé muy bien qué después de tantos años. Pero estaba allí, y el que parecía ser el caporal de todos aquellos militares exhaustos que trajinaban en la tienda me ordenó que me fuese a dormir a otra separada de la de los hombres y, por tanto, separada también de los hombres de mi equipo. Le supliqué a Samir que hablase con él, que me hiciese un sitio en su litera, le prometí que no hablaría, que me dormiría enseguida; pero en el contexto militar las normas son bastante sagradas. Enfurecida por segunda vez en pocas horas, dejé que el caporal me acompañara hasta la que sería mi tienda. «*Good night, madam.*» Una mujer, una única mujer sola en una tienda lo bastante grande como para albergar a un ejército entero, e incluso a un circo.

El atardecer se iba apagando en un cielo demasiado hermoso para la realidad que nos rodeaba. En la lejanía, un helicóptero sobrevoló el lienzo anaranjado hasta que desapareció de nuestra vista y nuestros oídos y llegó finalmente la calma. Y entonces la noche cayó sin miramientos, porque la vida empuja sin ninguna prudencia, y tras una ducha tan helada que me provocó incluso dolor de huesos, y con el ensordecedor ruido de los ventiladores gigantes que me impedía cerrar los ojos más de media hora seguida, me puse a trabajar. Sentía la tensión de tener que reorganizar la crónica de mi vida, de llegar a conseguir todos los testimonios para la entrevista y regresar los tres al Líbano sanos y

salvos.

Cuando cogí el móvil para avisar a mis jefes de Internacional de que estábamos todos bien e informarlos de la ruta que tomaríamos a la mañana siguiente, mi teléfono personal vibró en el bolsillo de los vaqueros. En la pantalla aparecía la invitación a una boda. Me quedé ahí plantada como si fuese una broma, con la guerra en una mano y una boda en la otra. Era tu boda, R. La conexión a internet era penosa, parecía de juguete, pero el mensaje de tu invitación había conseguido reunir las ondas electromagnéticas necesarias y se había topado contra a saber cuántos repetidores de señal hasta rebotar cerca del Tigris y aterrizar en pleno campamento militar para estallarme en las manos como la más temible de las bombas: que te casabas. Que estaba invitada. Y como la crueldad tiene distintos niveles, lo rematabas con un gran lazo rojo: que te haría muchísima ilusión que pudiese asistir. La intuición debería ser una asignatura obligatoria, así una podría preparar mucho mejor el terreno y conocer el momento exacto en el que se estrellará. El rastro de sangre sobre el suelo gris me había estado alertando sobre ti durante todo el día. «Rojas nuestras espadas.» Me acababas de convertir en una herida abierta.

Al día siguiente vi salir el sol delante de mi tienda, recostada en un pequeño muro de piedras desmadradas junto al coche mientras esperaba a mis compañeros y al conductor. Reinaba el silencio. Desde allí, no parecía que se estuviese librando ninguna batalla. Concentrada como estaba en el trabajo, cargaba en el interior de mi cabeza una mezcla de angustia y de ganas de llegar a nuestro destino, de verlo todo y contarlo todo, pero aquella noticia digna de la prensa rosa, que me había mantenido despierta toda la noche, me incomodaba enormemente. Con la cara limpia y la noche en blanco manifestándose bajo mis ojos, estaba dispuesta a ser un elemento más del juego y a llegar a primera línea de frente, no para reconquistar Mosul como los miles de efectivos, las milicias y las unidades de refuerzo que participaban en la ofensiva, sino para ser capaz de encontrar imágenes que tuvieran suficiente fuerza expresiva, realizar las entrevistas adecuadas, editarlo a toda

prisa y después enviarlo, confiando en que al mundo le interesaría. En aquel entonces todavía creía que la gente quería conocer otras realidades, que como ciudadanos sentían el derecho y el deber de conocer la verdad, de conocer las historias de primera mano.

En medio del terreno polvoriento y el ambiente lleno de tensión, un flash se disparaba intermitentemente y anunciaba lo que se acabaría convirtiendo en una migraña crónica: «Me haría muchísima ilusión que pudieras asistir». Me esforzaba por alejar ese pensamiento de mi cabeza. Hurgué dentro de mi mochila para asegurarme de que llevaba todo el material y, con un gesto ingenuo, acabé acariciando las letras del logotipo de la corporación que estaba impreso en el cubilete del micrófono. Las acariciaba como se acaricia algo en lo que necesitas confiar mientras colocas una decisión en la casilla de salida: el trabajo como un escudo protector detrás del cual viviría a partir de entonces. Tampoco se alejaba tanto de mi idea de realización vital ni de lo que había estado haciendo hasta entonces. Aquello era Irak y todo a mi alrededor funcionaba como una máquina de terror, pero estaba allí y, lejos de querer alimentar el mito del amor por el trabajo, sentía que me encontraba donde deseaba. Quise convencerme a mí misma de que la realidad de la que me hablabas —la boda, el amor— estaba totalmente fuera de lugar.

Removí un poco de tierra con el pie. Tenía las botas llenas de polvo y el aire era limpio, revelador, pero tú volvías una y otra vez. «Te esperaré el tiempo que haga falta.» Eso habías dicho mientras me colocabas un mechón de pelo detrás de la oreja bajo la gorra de lana. Estábamos en mitad del Grote Markt de Bruselas y nos despedíamos abrazados. Tratábamos de convencernos de que los meses pasarían rápido y enseguida habría transcurrido un año. Tras semanas de muchos tira y afloja emocionales, habíamos acordado que el tiempo y el espacio jugarían a nuestro favor. Tú habías decidido dejar Bruselas y luchar por la plaza de Madrid. Ya hacía tiempo que te habías cansado del clima, de los temas jurídicos, legales y políticos, y, sobre todo, te habías hartado de quedarte hasta altas horas de la madrugada cubriendo todo tipo de cumbres.

—Bruselas no tiene ningún glamur —dijiste entre risas refiriéndote a la corresponsalía—. Ya puestos, prefiero Madrid. Podríamos vivir juntos allí cuando tú regreses.

Lo soltaste de corrido, como unos versos recitados de memoria. El compromiso que encerraban aquellas palabras era algo tan lejano que todavía no me lo creía y, por tanto, ya me parecía bien. Un año era toda una vida, teniendo en cuenta que yo debía tomar el primer vuelo a Beirut al cabo de un par de semanas y todos mis esfuerzos se concentraban en abrir correctamente la puerta de la novedad. No era una despedida definitiva, tan solo dejábamos las cosas en el aire para que más adelante fueran mejores, aunque si te he de ser sincera yo observaba con cierto recelo la vida en pareja de nuestros amigos casados, Philippe y Elléa, con quienes solíamos pasar muchos ratos, como si intuyera que eso de vivir juntos no acabaría de funcionar con nosotros. Nos gustaban los términos de nuestra relación, tú en tu casa y yo en la mía. Esa vaguedad que adquieren las cosas cuando las entrevés en un horizonte que nunca has llegado a tocar. Piensas que ya aterrizarás algún día en esa realidad, que el presente ocupa por ahora todo tu espacio y que ya te gusta que sea así. Es cierto que mi estreno en Beirut fue mucho mejor de lo que me esperaba y que poco a poco me di cuenta de que estar allí, vivir allí, me sentaba bien, y que los días que se sucedían uno tras otro funcionaban como una goma de borrar que iba difuminando las imprecisiones afectivas de hacía unos meses. La actividad apresurada de los inicios no me dejaba espacio para nada más, y ya me venía bien entreverte en un futuro lejano. Pero en Bélgica habíamos estado juntos de aquella manera imprecisa durante al menos tres años y medio, con todos sus veranos, otoños, inviernos y primaveras, y con toda la nobleza y franqueza de sentimientos que el paso del tiempo crea. Habíamos estado enamorados de una manera clásica y habíamos empezado a desinflarnos también tirando de tradición. La franqueza. Sabías la importancia que yo le daba, sabías que siempre he batallado por la verdad. Para nosotros, que nos dedicábamos al periodismo internacional, la franqueza debía ser a la fuerza el sustituto de lo que en cualquier relación se sella con la

intimidad: la franqueza debía ser nuestro beso con lengua.

Una boda implica un camino previo del cual yo nunca había llegado a saber nada. No sé muy bien cómo fue todo, solo recuerdo que, empujada por las circunstancias de una corresponsalía nueva que exigía toda mi atención, había ido posponiendo la conversación que me reclamabas desde hacía tiempo; así pues, no puedo saber quién empezó a decepcionar a quién. Me hubiera bastado con una ruptura verbalizada, escrita o telemática, una representación formal de que efectivamente estábamos poniendo punto final a la historia que habíamos compartido. Nos queríamos. No podía imaginarme que ya estabas llenando aquel silencio intermitente de los últimos meses con alguien más.

Más adelante, a medida que fueron pasando los días, los meses e incluso algún año, comprendería que lo que me fustigaba y escocía como pequeñas arterias obstruidas eran todos los matices que escondía el hecho de que, en general, todo el mundo —incluido tú, a quien creía erróneamente conocer tan bien— caminaba en una dirección y en pos de unos objetivos determinados, mientras que yo prefería permanecer en el interior de un paréntesis que me acogía y me acunaba, pero que al mismo tiempo tal vez me estaba encadenando.

El mensaje de la boda me pareció de una bajeza indescriptible. Dolida, bajo el cielo rosado del amanecer, me froté los ojos rápidamente con el dorso de la mano para que no se derramara todo aquel mar de súbita tristeza. Una tristeza que me pillaba del todo desprevenida y que revelaba una serie de grotescas contradicciones: el compromiso del que había huido aparecía de pronto ante mí como una necesidad.

Los hombres empezaron a salir de las tiendas vestidos con tonos verdes, marrones y ocres. No todos los soldados llevaban uniforme, también había mucho pantalón vaquero, mucho jersey viejo y deshilachado, mucho zapato desgastado y con agujeros. Anotaría en algún momento de la jornada: *La pobreza y la guerra. Nunca hay que olvidar que lo peligroso es no tener nada que perder.* Los hombres iban apareciendo con el aspecto exhausto de quien cumple órdenes a desgana; la guerra convertida en un trabajo

rutinario. Poco a poco, el grave murmullo de sus voces fue apoderándose del terreno. Nadie me miraba, nadie me saludaba, nadie sabía que me habían traicionado. En medio de una batalla colectiva, mi drama se encogía hasta hacerse invisible. La indiferencia de los soldados me puso en mi lugar. Vi a Ivan y a Samir entre ellos. «Mis chicos», pensé, y más que nunca tuve la necesidad de anteponer el posesivo. Samir se acercó y me pellizcó el brazo, como hacía siempre, y después llegó la carantoña en el pelo para despeinarme y hacerme rabiar y para recordarme que me apreciaba sin tener que decir ni una sola palabra. Mientras cargaba la caja metálica que contenía los cascos y los chalecos antibalas en el coche, soltó, como quien no quiere la cosa, que se preveían más ataques y que teníamos que salir enseguida si no queríamos volver a casa con las manos vacías. Ivan se acercó a nosotros con su aire distraído.

—Buenos días, guapa —me dijo medio afónico y liándose ya el primer cigarrillo del día.

Hubiera pagado por el beso en la mejilla con que solíamos saludarnos a diario, pero el contexto no era el adecuado. Mejor así. Habría bastado un solo gramo de ternura para delatar mi estado. Desmoronarme allí habría sido nefasto. Al frente se va llorado de casa. Por eso le hablé de los ventiladores y del ruido que hacían y le dije que no había conseguido dormir ni una hora seguida. Cuando llegamos a nuestro destino, la realidad era tan evidente que ni siquiera tuve que proponerme olvidarme de ti, R. El olor a pólvora y a aceite derramado, mezclado con la autoexigencia, fue la mejor arma para dejarme de tonterías. Tuvimos que echar a correr y buscar refugio en lo que quedaba del museo de Mosul. Convertido en campo base de los militares, estaba en ruinas, como todo lo que nos rodeaba. Las fuerzas iraquíes lo habían recuperado después de que grupos armados del Estado Islámico lo hubieran ocupado durante unas semanas. Nos advirtieron a gritos de que había riesgo de morteros por la zona, y yo, por primera vez, me dejé llevar por la adrenalina o por el miedo, en todo caso por la alerta, por la acción incesante entre hombres de miradas y cabellos oscuros, por la tensión de sus gestos, por sus armas imponentes,

por los rugidos de la violencia. Esperábamos entre los combatientes. Las rodillas me temblaban. Estábamos rodeados por grandes bloques de piedra gris desprendida, de hormigón, pero también de algún tesoro destrozado. Desde donde estaba podía ver los restos de la estatua de un lamassu, el símbolo de protección que custodiaba las puertas de las ciudades y los palacios asirios. Solo quedaban los pies. La leyenda dice que estos animales fantásticos mataban a todo el que se acercaba, excepto a los hombres puramente buenos. Saqué el bloc: *Destruir deliberadamente la magia, las leyendas y los símbolos que la conforman. Dejar solo el testimonio de la brutalidad de los hombres.*

Pese a la desolación del espacio, las ventanas con los cristales rotos que rodeaban parte del edificio dejaban pasar la luz, que de un modo nada forzado embellecía la penumbra que nos acogía. Recuerdo haberme avergonzado de mí misma. Me parece aberrante buscar la belleza en medio de una guerra, y, sin embargo, ¡la he encontrado tantas veces! Rodeada de aquella tensión inquietante, observaba los ojos de los hombres, todos tan jóvenes. ¿Qué experimentaban al percibir el peligro tan cerca? Esperaban callados detrás de sus miradas de preocupación. Todavía quedaba en ellas una chispa de candidez, un rastro primitivo que nada podía borrar. Qué jóvenes, me repetía, e inevitablemente pensé en sus madres, en las violencias heredadas, en el sufrimiento de tener a un hijo luchando en el frente. Escribe Svetlana Alexiévich: «No puedo desprenderme de la sensación de que la guerra es un producto de la naturaleza masculina, muchos de cuyos aspectos me resultan incomprensibles. Pero la cotidianidad de la guerra es grandiosa».

No necesité demasiado tiempo en Oriente Medio para entender que lo que pasa en el frente se puede contar con muy pocas palabras, que es igual en todas las guerras, en todos los combates. Un mal domesticado orquestado por hombres. Enseguida me di cuenta de que la historia que quería mostrar al mundo solo la podría hallar si me iba a las zonas civiles, abarrotadas de mujeres, de viejos, de niños. Como mujer periodista, me podía permitir el privilegio de entrar en terrenos generalmente vedados a

mis compañeros. Experimento un gran sentimiento de deuda hacia todas las mujeres que me abrieron las puertas de sus casas y me confiaron sus historias, convencidas de que sus voces marcarían la diferencia. Podía hablar con ellas, con las madres, con las esposas, con las hermanas, con las hijas. Testimoniar no solo el papel que desarrollan en el frente, sino también en la retaguardia, mostrar su colapso emocional, así como el de los civiles desesperados que escapan de determinados regímenes. Escribiría más tarde: *Los hijos no hablan de guerra sino de conflicto armado para tapar la connotación terrorífica que contiene una guerra, para no invocar el horror que la propia palabra* guerra *encierra. Las madres, en cambio, dicen: «Mi hijo está en la guerra».*

Todavía creía que el terror no me afectaba, que era un estadio pasajero del cual una se recuperaba, pero el miedo, como todo, también lleva implícito un aprendizaje, y con el tiempo me he dado cuenta de que no era que no me afectara, sino que trabajaba con la osadía de las primeras veces y con un instinto para nada afinado; no era valentía, era solo que no sabía prever cuándo vendrían mal dadas. Simplemente intuía los riesgos del oficio y me bastaba con agarrarme a la cuerda del respeto por la situación y de la confianza en mi equipo. Lo único que me preocupaba era que Ivan estuviera captando con la cámara lo que yo absorbía con los ojos y quería contar, y que Samir estuviera al tanto de todo lo demás. De pronto, el ambiente se alborotó. Los militares empezaron a repeler los disparos de un francotirador del Estado Islámico camuflado en la mezquita que se divisaba más allá de lo que quedaba de las paredes del museo. Todavía concentrada en la acción que se estaba desarrollando a nuestro alrededor, no pude esperar a anunciar algo que de pronto tuve muy claro.

—No quiero volver. Renovaré contrato.

Tumbados como podían en el suelo, Samir e Ivan intentaban llevar a cabo su trabajo y no se inmutaron.

—¿Lo habéis oído?

Les lancé un puñado de cascotes de piedra a sus espaldas. Se giraron molestos.

—¡Haz el favor de quedarte quieta!

—¿Estás loca o qué te pasa? ¿Qué cojones quieres?

—Que me quedo en el Líbano. Me quedo en Beirut con vosotros.

Pensé que el comportamiento del hombre en la guerra es básico y mezquino, y esa idea me acercó de nuevo a ti, R., supongo que debido a la forma en que me habías dejado: también básica, ruin, sucia y hostil. Pero estaba allí, endurecida por el peligro de la situación, en medio de un presente muy concreto, y me pareció que debía concentrar mis esfuerzos en captar la atención del mundo sobre lo que estaba presenciando. En Irak, en aquellos momentos, existía una violencia profunda en el corazón de las cosas, y esa angustia propia del tiempo histórico era imposible de conjugar con esa otra angustia mía del tiempo personal. Y paradójicamente, sin que tú esperases mi regreso, en medio de la tensión y la crispación, experimenté un encaje perfecto con el entorno y me sentí a salvo y en el lugar correcto.

Un puente

—¿Entiendes lo que quiero decir, Valentina? Volver a casa es como cruzar un puente entre tu antigua vida aquí, antes de irte, y la persona que eres ahora, después de todos estos años fuera.

Berta trajina en la cocina mientras me habla. Del interior del armario saca dos tazas grandes y el tarro de la miel. Me impresiona hasta qué punto está familiarizada con el espacio en el que se mueve. Que por ejemplo sea capaz de mirarme para decirme algo y, al mismo tiempo, gire su cuerpo en la dirección opuesta para realizar algo totalmente distinto, como verter agua en el hervidor, colocar en un jarro el ramo de flores que le he traído o cerrar el cajón con un simple golpe de cadera mientras corta minuciosamente dos rodajas de limón. Yo, apoyada en el quicio de la puerta de la cocina, observo el ajetreo frenético de mi amiga, que contrasta con el letargo que arrastro desde que he vuelto.

Un puente. Mucho antes de que un puente fuese una estructura debió de ser un deseo, un concepto, una idea para llenar un vacío entre dos lugares y poder desplazarse sobre el agua, reducir las distancias o encontrarse con un ser querido. Un tronco en el suelo, un puñado de piedras sobre un río, quién sabe. No sé nada acerca de la historia de los puentes, pero supongo que un día, más adelante, alguien quiso perfeccionar aquella hilera de guijarros sobre el riachuelo, se la imaginó elevada y decidió llevarlo a cabo. Con ambición, siglos después, el hierro entraría en escena, y más tarde alguien añadiría unos cables hasta que, mira por dónde, aparecemos tú y yo en escena, dos puntos diminutos sumergidos en la espesa niebla que envuelve el Golden Gate, un octubre de hace muchos años, tozudos y decididos a atravesar, pese al frío y el viento, los siete kilómetros que separan la bahía de San Francisco del océano Pacífico. No puedo creer, R., que vuelvas

a estar agazapado en mis pensamientos por culpa del paralelismo que acaba de hacer Berta con los puentes.

Me acusaste de daltónica porque yo lo veía naranja y en la guía ponía que lo habían pintado de rojo para que los barcos lo distinguieran bien. No te lo dije porque no quería desbaratar tu buen humor, pero en aquel momento pensé que estaba un poco harta de tener que ver el mundo siempre del mismo color que tú. Que mi idea de compartir la vida no tenía nada que ver con observarlo todo desde el mismo prisma. Tú empezabas a reclamar un mimetismo entre nosotros que yo sentía como una camisa estrecha y entallada que me tiraba de las axilas cada vez que intentaba alargar mis brazos a mi manera o sin ti. Cuando nos íbamos de viaje no nos atraían las mismas cosas: tú eras más de hacer rutas y colas y de cumplir horarios, y yo más de postergar todo lo que habíamos planeado, remolonear en la habitación del hotel y dejar que el azar acabase descubriéndome los lugares de donde fuera que hubiésemos ido a parar. Me gustaba perderme por las calles, cruzarme con desconocidos e iniciar conversaciones. Conocer los lugares a través de las personas. Tendría que haberte advertido de que yo la vida la sentía un poco así, que la iba descubriendo a través de los ojos de los otros.

Si hubiésemos hablado a tiempo nos habríamos ahorrado un mal final, pero ¿acaso habrías entendido algo de las palabras que hubiera utilizado para traducir una sensación tan personal? Además, no tenía ganas de estropear las cosas, de poner obstáculos a las buenas costumbres que habíamos ido adquiriendo. Pensaba que regresaríamos a Bruselas y que tal vez nos daríamos un poco más de aire, y que, si las cosas no se torcían, encontraríamos enseguida la manera de reconducir la situación. Me gustabas lo bastante como para querer seguir con «lo nuestro» y elevarlo de categoría. Sobre el puente aún iba todo bastante bien, al menos hasta que la niebla del Golden Gate se apoderó de nosotros. No se trataba solo de esa sensación anodina de ir de turista sin que nada me conmoviera, en lugar de recorrer a mi aire los lugares inesperados que quedaban fuera de la guía. No. Era esa nube espesa y húmeda que parecía viciar el aire que hasta entonces

habíamos respirado juntos, una nube que había permanecido al acecho esperando un momento de distensión, de vacaciones, de rutina alterada. Fue espesando la atmósfera y ya nunca más permitió que se renovara. El cuadro de síntomas de las geografías envueltas en la neblina no tardó en manifestarse: estábamos tensos después de que aquellos niños disfrazados nos pararan en la calle al grito de «*Trick or treat!*», y tú quisieras hacerles una foto que tenía que ser espontánea pero que no conseguiste que lo fuera. Las cosas no siempre son como uno las planifica, y lo cierto es que a ti te costaba bastante entender que a la vida venimos a improvisar. Nos mostramos todavía más irascibles en la puerta de embarque, de regreso a Bruselas, discutiendo por un jersey que me pediste que te sostuviera cuando pasamos por el control de seguridad, y que yo, al parecer, perdí de vista y no volvimos a ver más. Tampoco tardaríamos en manifestar nuestro agobio y nuestro desencanto en los espacios que habíamos hecho nuestros, tu piso y mi apartamento en Bruselas, que nos esperaban a la vuelta y que por aquel entonces reconocíamos como nuestra casa.

—Un puente entre tu idea del lugar al que llegas ahora y todo lo que significa para ti.

—Berta, reina, estás pisando peligrosamente la frontera entre la amistad y la psicología. Si continúas por ese camino, tendrás que cobrármelo como terapia.

—Ay, Valentina, es que estás tan apagada que ni siquiera te reconozco. Es un cambio muy bestia, has estado mucho tiempo fuera, y es normal todo ese desánimo del que me hablas. Necesitas distancia temporal y, sobre todo, emocional.

—Lo estás volviendo a hacer…

—Tienes razón, tienes razón. Pero es que quiero que te quede clara una cosa: volver a casa definitivamente es como resucitar una manera antigua de hacer y estar que guardabas en algún lugar y con la que ahora has de saber reencontrarte. Y no lo ha de hacer la Valentina de antes, ¿entiendes lo que quiero decir? ¿Qué? ¿Qué pasa? ¡No me mires con esa cara! ¡No te rías de mí, cabrona!

—¡Berta, olvídate de los puentes!

No le digo que la memoria acaba de transportarme a una

mañana fría en el Kurdistán sirio. En Manbij, un poco más al norte, nos esperaba un militar que debía contarnos cuál era la situación en la línea de frente, pero antes de cruzar el puente las fuerzas de seguridad detuvieron nuestro vehículo ante el puesto de control. Habían encontrado una veintena de explosivos repartidos en medio de la vía y en las cunetas, y minas antipersona y bombas adosadas bajo el puente. No se sabía si los artefactos los habían colocado el Estado Islámico o las milicias árabes apoyadas por Turquía. Por supuesto, nos prohibieron el paso. En la cola de coches en la que nos vimos atrapados, la mirada de Ivan contrastaba con mi cólera. Su calma. Su afable sonrisa mientras preparaba la cámara. Siempre resolutivo: «Tal vez la noticia la tengas aquí y no en el otro lado del puente. En la población civil que se encuentra cada dos por tres con este tipo de problemas y ya se lo toman como parte de su rutina desde que Estados Unidos anunció la retirada. ¿Qué te parece si lo enfocamos por ahí?». Echo de menos a Ivan, su temperamento, su lucidez, su afecto vinculante.

Ahora es Berta la que me sonríe, pero a continuación se recoloca las gafas y adopta una expresión más seria.

—No entiendo que no os hagan pasar por un reconocimiento psicológico sistemático antes de marcharos y a vuestra vuelta. Debería darte el contacto de una colega, a ver si a ella te la tomas más en serio que a mí.

—Tengo entendido que a los corresponsales norteamericanos, o a los de la BBC, por ejemplo, sí que les hacen uno, pero aquí nada de nada.

—Es que es de cajón. Yo sería lo primero que haría. De verdad, Valentina, deja que te dé el contacto de una compañera. Te ayudará.

Reflexiono sobre la oferta de Berta, pero sé que es bastante improbable que alguien pueda ayudarme. Opto por quitarle hierro a la conversación.

—Creo que ya es tarde para eso, Berta. Además, ya sé cuál sería el diagnóstico: usted padece libertad congénita.

Pone los ojos en blanco.

—Vale, bromas aparte, quizá tengas razón. Si me prometes

que no me hablará de puentes, me apuntaré su teléfono.

Ríe y hace chistar la lengua mientras coge las dos tazas de té y me da una. Soy buena esquivando las cuerdas que me lanzan, colgándome de las tangentes como un espíritu libre que huye de liana en liana. Con los años he ido depurando la técnica, haciéndola cada vez más contenida, pero ojalá ahora mismo ella insistiese un poco más. Estaría dispuesta a reconocer que finalmente me he dado de bruces contra el sistema de mentiras que yo misma he ido construyendo a lo largo del tiempo, con ese «estoy bien» como primera respuesta para todo. La forma en que intenta presentarme el panorama me parece exagerada, pero al mismo tiempo sé que contiene una buena dosis de verdad. El factor humano suele olvidarse bastante en las compañías periodísticas, y a mí siempre me ha costado reconocer ese aspecto, en parte porque también siempre me ha costado verme caer. Lo consideraba una señal de debilidad y de falta de profesionalidad, y seguramente así es como he ido trampeando las situaciones, pensando que de todas formas no me espera nadie al otro lado, y que, si hay alguien que puede estar lejos de su casa y asumir ciertos riesgos, esa soy yo, pero algo que no sabría decir con exactitud qué es, intuyo que la acumulación, la suma del relato de todas las malas experiencias —las muertes, la pobreza, los regímenes autoritarios, la violencia, la destrucción, el caos a mi alrededor—, todo ese cúmulo que no me pertenece, ha ido calando muy hondo en mí. Resulta difícil albergar algo más. Resulta difícil, asimismo, no experimentar cierta culpa a raíz de las quejas cuando son otros los que sufren las heridas reales. De ahí el silencio.

Hago un esfuerzo y me recompongo. Me alegro de estar en casa de Berta, de poder disfrutar por fin de su amistad sin distancias de por medio, de verla tan exultante y en buena forma. No creía que me reconfortaría tanto comprobar que ciertas cosas son inamovibles. Celebro que ella siga exactamente igual que la última vez que estuve por aquí de paso. Tras los gruesos cristales de sus gafas, un par de ojos astutos siempre dispuestos a ofrecerme la respuesta correcta. La montura negra y extremada que pone de relieve su gusto por la extravagancia. Su figura pequeña y ágil,

delgada. Tiene que comprar algunas prendas de ropa en la sección de niñas porque le cuesta encontrar de su talla, pero camina siempre sobre zapatos de tacón que producen vértigo y resultan estéticamente atrevidos, zapatos que yo ni siquiera me plantearía ponerme. Le pregunto a qué hora llegarán Guillem y Sara, que tengo muchas ganas de verlos, y mientras da un pequeño sorbo de té, mueve la otra mano como queriendo decir: «No tengo ni idea, ya llegarán», y se apresura a preguntarme de nuevo por mi padre. Su interés es real y la conversación se va haciendo cada vez más triste a medida que entro en detalles y ella añade el enfoque psicológico, que esta vez valoro sinceramente. Trabaja como psicóloga en un centro penitenciario de mujeres, y siempre me sorprende que esté dispuesta a seguir aconsejando con pericia profesional una vez que se cierran detrás de ella las puertas metálicas y abandona por unas horas las cámaras de videovigilancia, los complejos expedientes de las internas y la normativa del centro. Se muestra dulce cuando me dice que todo en la enfermedad de mi padre parece todavía muy embrionario, que vayamos día a día, paso a paso, y su dulzura, así como el uso de la segunda persona del plural, me emocionan profundamente.

—Berta, te he de contar algo.

Los nervios hacen que, justo cuando acabo de pronunciar esas palabras, se me escape una risa nerviosa. Ella arquea las cejas y deja la taza sobre la encimera. Noto que las axilas me arden, escondo el rostro entre las manos y tomo aire para soltarlo ruidosamente.

—¡No me digas que te has enamorado!

Cuando lo oigo, tengo la impresión de que no puede estar hablando de lo que necesito contarle. Que la distancia entre su pensamiento todavía ilusorio y el enredo de mi corazón es excesiva. Podría haber dicho: «No me digas que estás con alguien», o «No me digas que a tu edad te has quedado embarazada», y yo habría podido refugiarme en la objetividad más absoluta y decir que no con la seguridad propia de quien conoce al detalle las cosas

que le pasan en la vida. Pero ha hablado de enamorarse. Ha dicho: «No me digas que te has enamorado», y no puedo responderle a algo que no he sabido responderme a mí misma durante estos últimos meses.

—¿Prefieres la versión larga o la corta?

Lo pregunto con toda la jocosidad que soy capaz de fingir. No me atrevo a mirarla a los ojos y mojo la rodaja de limón en el té. Es una experta en lenguaje no verbal y confío en que sabrá salvarme sin tenérselo que pedir, pero antes de que me conteste oímos las llaves en la cerradura y enseguida el espacio se llena con las alegres voces de Sara y Guillem. Berta pasa por mi lado en dirección a la entrada y, con una sonrisa pícara, me señala amenazante con su dedo índice. La conversación queda pendiente. Me acerco a la hija adolescente y al marido de Berta, que es casi un hermano para mí. Dedicamos un rato bastante largo a los saludos y los abrazos. Entre expresiones de sorpresa, comparamos la altura de Sara la última vez que nos vimos, cuando me llegaba a los hombros, con la de ahora, que ya me ha atrapado. Guillem y yo nos tocamos levemente el rostro con caricias que ponen palabras allí donde no llega el lenguaje, nos alegramos de tenernos el uno al otro y, por primera vez desde que estoy aquí, me siento en lugar seguro.

Sin movernos del recibidor, los tres inician una enrevesada discusión acerca de un asunto que tiene que ver con los horarios de Sara, que hace danza contemporánea y se ha olvidado la bolsa con la ropa que supuestamente Guillem tendría que haber llevado al instituto. Los observo desde fuera, desde mi insondable filtro. Admiro la firmeza con que llevan las riendas de su existencia, el lugar que ocupa cada uno y, sin embargo, la armonía que los tres conforman. Las expresiones de madre e hija, prácticamente idénticas, y el contrapunto tierno y cómico de Guillem, con su galopante alopecia, siempre apurado detrás de las mujeres de su vida. Al observarlos, no puedo evitar pensar en las poderosas raíces de los árboles que cubren algunos templos de Camboya. ¿Qué hay que hacer para arraigarse a la vida de esa manera? Me pregunto si son conscientes de hasta qué punto están saboreando los días, los

años, si se dan cuenta de lo irresistibles que resultan. Y siento un pequeño pellizco, la aguja traidora que me avisa de mis carencias.

Cuando salgo de casa de Berta, el aire es frío. No falta demasiado para el solsticio de invierno y todo tiene un halo de recogimiento. Tal vez sea por mi ánimo decaído, pero parece que Barcelona esté cubierta por una mancha gris que no acaba de irse. Durante estos días, aquí y allá, me han ido contando cosas sobre ella, sobre la ciudad, sobre cómo estaba todo. Caminando por sus calles —persianas bajadas, locales empapelados con carteles de «Se traspasa», la vida cultural a medio gas— tengo la sensación de que ha estado enferma y yo no he permanecido a su lado durante la fase más dura de la enfermedad, pero entonces, irremediablemente, pienso en Beirut, en el colapso absoluto del Líbano por culpa de la misma dolencia, soportada por un sistema de salud deficiente; pienso en la severa y prolongada depresión económica y en las divisiones sociales, que se han agravado aún más y han reavivado el sectarismo y la inestabilidad.

Comparar los países ricos y sus privilegios con los países pobres no tiene demasiado sentido cuando todos claman ayuda, pero ni siquiera puedo encontrar una mínima relación entre la recuperación prácticamente imposible del Líbano y la evidente prosperidad de aquí. Después está todo lo demás, todas esas cosas sin importancia convertidas en cuestiones relevantes. Esta mañana, en el bar, tres hombres han estado a punto de llegar a las manos por la mala racha del Barça, anunciada con grandes titulares en el periódico. En la radio, media hora de tertulia entre los defensores y los detractores del belén de este año en la plaza Sant Jaume. Cada dos por tres huyo hacia todo lo que he visto a pocas horas de vuelo de aquí. Muchas cosas de este mundo parecen tonterías cuando las observo desde aquel otro mundo, desde la preocupación que muchos hemos tratado de explicar y que, una vez convertida en crónica, pasa a formar parte de toda esa pasta espesa hecha de la información que generamos y que devoramos al instante. Esas otras vidas, su dignidad, su lucha ante la pasividad absoluta de

Europa, que somos todos nosotros. También está la contradicción: ¿qué sentido tiene dar testimonio si lo único que ellos reciben a cambio es nuestra indiferencia? ¿Cómo ser justos con una región del mundo, con un continente? ¿Cómo dar cabida a las historias mundanas y de éxito que también tienen lugar allí, más allá del conflicto y la violencia que perpetúan los clichés y las opiniones preconcebidas? ¿Qué estoy haciendo yo aquí, en medio del orden, de la seguridad, de las posibilidades de futuro? Y el egoísmo que brota en mi interior: al menos allí tenía la sensación de llevar a cabo una tarea importante. Berta cree que he regresado porque, al fin y al cabo, me parece más razonable vivir aquí, cerca de mi familia y de mis amigos, en un país con la paz garantizada, que ir dando tumbos por zonas de conflicto. Yo solo tengo la sensación de haber necesitado encontrar una salida y, al mismo tiempo, haberme equivocado de puerta.

El cielo se va oscureciendo y el tráfico es denso. Observo a la gente que sale de un cine. Está compuesta en su mayoría por parejas de edades diversas. La novedad en los ojos de las más jóvenes, el brillo. Las envuelven gestos delicados, la promesa de la noche. De pronto me siento totalmente fuera de lugar y me invade un vacío infinito. Me apresuro para llegar puntual a la visita de un piso. Busco un lugar para quedarme en esta ciudad. He vivido antes aquí, recién salida de la universidad, con la cabeza clara, enfrascada en mil proyectos, siempre trabajando, siempre arriba y abajo, rodeada de amigos y de gente que entraba y salía de una vida alegre. La ciudad seducía. Irradiaba vitalidad, ganas de que la vieran. Transmitía una sensualidad y unas ilusiones que hoy ya no siento, pero aun así prefiero estar aquí, no alejarme demasiado, conquistar el anonimato y el silencio que no encuentro en el pueblo.

La chica de la inmobiliaria llega tarde y en moto. Se disculpa desde lejos mientras se desabrocha el casco y después me cuenta que ha tenido un malentendido con un cliente. Al principio me suelta la misma tabarra que he tenido que escuchar estos días cada vez que he visitado un piso, pero después se saca un juego de llaves del bolsillo y, cuando empuja la puerta, experimento cierta

expectación. Damos unos pasos por el espacio desnudo y decido que este será mi nuevo hogar. Lo sé al instante. Tal vez por lo que ha dicho de que tiene luz por la mañana, tal vez por lo de que acaba de ser reformado, por el parqué, por los acabados, puede que por el precio, que me cuadra bastante, o porque ya me he cansado de visitar pisos de todo tipo, nuevos y destartalados; pero creo que la clarividencia tiene que ver con el hecho de sentirme de pronto rescatada por un sentido de lugar, por una emoción de pertenencia. Existen pocas necesidades humanas tan fuertes como la de pertenecer. Pertenecer a un lugar, a un corazón, pertenecernos a nosotros mismos, sobre todo si somos adultos con tendencia a deslizarnos hacia paisajes que restringen las posibilidades.

Desde la ventana del único dormitorio del apartamento, situado en una tercera planta, contemplo la hilera de ventanas iluminadas de los edificios de enfrente. Revelan todas las vidas que transcurren en su interior, como una vibración, y la mía en medio de ellas, como una más. Mientras la comercial se aleja para hacer una llamada telefónica, abro la ventana y recuerdo mi pequeño balcón en Hamra y, de fondo, sobrevolando los árboles que salpican todo Beirut, el *adhan*, la llamada a la oración con la que el islam convoca a sus fieles. Beirut es muchas cosas, pero sobre todo es este canto desde la mezquita de al lado de la que era mi casa. Los domingos por la mañana, la llamada a la oración musulmana se mezcla con las campanas de la iglesia cristiana, también en el mismo barrio, y el resultado es una combinación delirante y hermosa, de aspiraciones elevadas, con cada religión afirmando sus ideales. Las noches y las madrugadas complicadas —el trabajo, la añoranza— se soportaban mejor si me dejaba llevar por aquel canto parsimonioso. El vaivén de la oración, con su inicio imponente, que alarga todas las vocales y lleva el sonido arriba y abajo, como quien dibuja montañas altas y después traza los valles: *Allahu akbar*. Que Alá fuese el más grande era para mí una simple anécdota; la que custodiaba mi soledad era la voz del almuecín, que me acunaba hasta transformar la angustia en un momento de paz. Aquella conciencia de algo profundo. Puede que aquí vuelva a encontrarla.

La chica de la inmobiliaria me llama desde la cocina. Abre los armarios y elogia el espacio y la distribución, y yo pienso en los nenets, el pueblo nómada e indígena de la tundra siberiana, en la península de Yamal. Pienso en ellos y en sus renos, que soportan temperaturas de más de treinta grados bajo cero. Me dijiste que llevan botas de piel de zorro plateada y que viven en una constante migración por encima del círculo polar ártico. «Me recuerdan a nosotras», añadiste riendo después de que nos contáramos la una a la otra los periplos geográficos de nuestros últimos años. Habías hecho un reportaje sobre ellos hacía unos meses, cuando todavía trabajabas para la RAI. *Antropología del hielo*. Fue la primera vez que aquella risa tuya removió en mi interior algo nuevo, y yo no supe qué hacer ni qué decir, continué hablando como si no pasase nada, evitando ese par de ojos negros tuyos que todo lo adivinan.

Más tarde, en el mismo tren que me veía ir y venir durante la juventud, por ese trayecto irregular de barrios periféricos, grafitis y pueblos de mar atravesados por una carretera, querré escribirte y me convenceré a mí misma de que tengo que hacerlo y que no pasa nada, que está bien comunicarte que acabo de encontrar la que será mi casa. Darte la dirección. Tal vez decirte que *non sono più una nomade*, que tengo un lugar fijo en el que quedarme. Con las amigas se comparten las novedades, las cosas buenas que te pasan, pero cuesta ser tan cauta con los sentimientos. A menudo me resulta cómodo no haber traspasado ninguna frontera física contigo, Valeria, no haberla traspasado sexualmente, quiero decir; de ese modo, al amparo ponderado de la amistad, me permito una libertad extrema acerca de lo que puedo y no puedo decirte. Animada por la oleada de satisfacción y alegría por haber encontrado piso, retomo tu último mensaje, el que recibí en el avión mientras despegaba de París. «¡Hasta la vista!», decías, dejando todo un mundo de puertas abiertas a mi alcance. «Perdona el silencio», tecleo eufórica, pero de pronto me tropiezo con mi reflejo en la ventanilla del tren. Fuera ya está oscuro, y protegida detrás de la pantalla, observo mi rostro iluminado por el móvil. Borro la frase para borrar también cualquier intento de salir de este lugar en el que me he convertido, de esta trampa de mujer en

la que he quedado atrapada.

Busco el chat que compartimos Ivan, Samir y nuestro amigo Jad. Los imagino en el Mezyan, el restaurante donde solíamos terminar nuestras jornadas de trabajo bebiendo un vaso de arak. No puedes hacer tuyo un lugar, amarlo, si no amas a su gente. Jad, un beirutí de treinta y ocho años, casado y con dos hijas pequeñas, se convirtió en mi mejor amigo, en mi hermano en el Líbano. Regenta el Mezyan, para mí sinónimo de casa, el lugar donde más querida me he sentido gracias a su trato y a su amor por la cocina libanesa. Donde más me he divertido las noches de fiesta y música en directo, donde más risas y confidencias he compartido, también donde más he entendido sus ansias de huir. Jad querría irse, dejar atrás su adorado Beirut para asegurarles un futuro a sus niñas, pero el Gobierno prohíbe la salida del país, a no ser que te concedan un permiso institucional o que solicites un visado cuyas condiciones son, como mínimo, disuasorias. Aunque entiendo su deseo y espero que algún día pueda cumplirlo, egoístamente querría retenerlo en ese rincón del mundo para siempre. Sin su rostro bondadoso y su hospitalidad, Beirut perdería un pedazo de su alma.

Así pues, escribo a mis chicos, les hablo del piso y les doy la dirección. Resulta extraño apropiarse de un lugar a través de un contrato y unas llaves, teniendo en cuenta que son los lugares los que siempre se acaban apropiando de mí. Por mucho que lo necesite y que lo invite, sé que Jad no podrá venir, pero aun así lo incluyo en el mensaje porque todo me parece lejano e improbable. Les ruego que busquemos una fecha para encontrarnos. La urgencia de las promesas ha ido languideciendo con el paso de los días, la recupero ahora animada por la novedad del piso. «Os echo mucho de menos. Si no venís pronto, volveré a Beirut y ya nunca más os podréis deshacer de mí.» Una broma frágil de tan cierta que es. Samir me envía enseguida una selfi señalándose la camiseta con una frase estampada que le regalé. Estando en entornos hostiles, y cuando las cosas se ponían feas, yo solía mascullar: «¿No querías caldo? ¡Toma dos tazas!». Cuando se lo dije la primera vez, mientras esperábamos dentro del coche en un puesto de control, le hizo mucha gracia. Aprendió la expresión y la utilizaba siempre

que podía, transformando el dicho en un pequeño receso de paz entre los tres cuando la situación se complicaba.

Cuando recibo la foto en el tren se me escapa la risa. Pido para mis adentros que esta amistad no se acabe nunca. «Al menos ellos», me oigo decir en voz baja. Los otros pasajeros me miran. Ya soy oficialmente una mujer que habla sola. El traqueteo del tren me sosiega. Pienso en los nenets, en sus tierras zarandeadas por el viento, en Berta, en Jad, pienso en el puente. Ali Smith escribió hace poco: «Al parecer, tu naturaleza cuando finalmente te encuentras en la orilla es la misma que cuando te fuiste».

La versión larga

—¿Y cómo están los niños? ¿Vendréis a comer este fin de semana?

Lo primero es el susto. El vuelco del corazón. La pregunta me coge desprevenida. Así que era esto. Esta es la forma que adopta el monstruo escondido en la penumbra del cerebro de mi padre una tarde de principios de diciembre. Así asoma la nariz la anomalía, compleja y enigmática, dentro de la cabeza de un hombre que siempre ha sido sencillo y franco. ¿Cómo actuar sin perder la calma? Fijo la mirada en sus toscas manos, con las que va partiendo almendras con la ayuda de una piedra. Mamá lo mataría si lo descubriese golpeando la piedra sobre la mesa de madera de la terraza, pero él y yo hemos sido cómplices de esta fechoría desde que tengo uso de razón. Propietarios de la ferretería del pueblo y partiendo almendras con una piedra. Tiene una maraña de pelos rizados sobre cada uno de los dedos de la mano. Las uñas redondeadas, pulidas, perfectamente cortadas. No tienen crestas ni están escamadas. Para tranquilizarme decido que las crestas de las uñas son un síntoma de enfermedad, y como las suyas están libres de rugosidades, me permito pensar que mi padre es un hombre sano. Un padre sano.

Cuando era pequeña vi *Gorilas en la niebla*, la película sobre la vida de la antropóloga Dian Fossey, y nunca más he podido quitarme de la cabeza la imagen de la enorme mano del gorila asesinado por los cazadores furtivos. Me vuelve ahora esa escena al ver las manos de mi padre. Se las cogería y besaría sus palmas carnosas si supiese cómo hacerlo, si supiese tener ataques de amor, pero soy mejor con las palabras que con los gestos.

—Papá, tienes unas manos muy robustas. Ahora me has recordado la película de Sigourney Weaver.

—¿Cuál? ¿*Alien*?

La anécdota y la espontaneidad con que lo pregunta hacen que me eche a reír.

—¿Qué pasa? ¿Qué he dicho ahora?

Se lo explico y nos reímos juntos, cómplices también en eso de esquivar la primera pregunta con la que se ha iniciado esta conversación de sordos. Me tiende una almendra recién salida de la cáscara. Acaricio la piel aterciopelada de color tostado y después me la como mientras reflexiono. Lo podría dejar aquí, seguir hablando de cine, que sé que es un terreno reconfortante para los dos, pero mi curiosidad siempre peca de temeraria y no tengo bastante con esa pequeña muestra que acabo de presenciar, necesito saber más para poder tomármelo en serio. Tiene miles de neuronas funcionando que son capaces de relacionar correctamente a una actriz con una película determinada, no puedo entender el desliz de lo de los niños; es imposible que no recuerde que yo no soy la de los hijos, y es demasiado improbable que haya confundido mi aspecto con la sofisticación de mi hermana. ¿Habría algún problema moral en el atrevimiento de seguirle el juego y decirle que los niños están bien? Convertir la mentira en una realidad momentánea, no corregirlo, ignorar su fallo hasta conseguir aniquilarlo. Al fin y al cabo, si la cosa está tan mal, acabará olvidando incluso que me lo ha preguntado.

En Beirut, muy al principio, yendo en taxi, había tenido que recurrir un par de veces a la falsa familia. Me advirtieron de que nunca ocupara el asiento del copiloto, ya que podía interpretarse como una insinuación: la señal de que era una mujer buscando «algo». Como suele ocurrir, me lo dijeron demasiado tarde, pero una vez aprendida la lección, y ya siempre desde el asiento de atrás, en varias ocasiones tuve que inventarme que tenía un marido y un par de hijos esperándome en casa para disipar cualquier tipo de humo que pudiese confundirse con una insinuación en la mente enfermiza de algunos hombres. Si en Beirut echaba mano de aquella familia inventada, aquí puedo recurrir a esto que le acabo de decir a mi padre, que el pequeño tiene otitis y que hoy no lo he llevado al colegio. Me mira con una atención extraña. Yo también lo observo a él. Nos escudriñamos mutuamente. Parecemos dos

detectores de mentiras dispuestos a distinguir entre la verdad y el engaño, pero ya se sabe que los polígrafos son un fraude. Baja la mirada ofendido. No solo se ha dado cuenta de que miento, también he hecho que se diese cuenta de que hace un momento se ha confundido de hija. Mi osadía me deja horrorizada.

—¿Me ayudarás a llevar las cosas al piso nuevo?

Intento corregirme dándole una responsabilidad. Para mí todavía vales, todavía te necesito, papá. Pero el silencio se extiende entre nosotros. El rumor de los coches a lo lejos. No tengo perdón. Podría acusarme de abuso coercitivo y tendría toda la razón del mundo.

—Sé perfectamente que eres Tina, ¿eh? —dice levantando su rechoncho dedo índice—. No estoy tan mal como te quieren hacer creer tu hermana y tu madre.

—Yo te veo bien, papá. Solo estaba bromeando.

El engaño es un bote salvavidas. Continuamos con las almendras y con el silencio incómodo. Me duele constatar que, efectivamente, aunque fuera por un momento, mi padre ha creído que yo era su segunda hija y no la que le regaló la condición de padre por primera vez.

—¿Me echarás una mano o no? Tampoco hay tanto que trasladar, pero así te invito a cenar y me ayudas a preparar un poco la reunión con mi jefe. Tengo que hablar con él después de Navidad.

No creo que pueda acostumbrarme al deterioro de su salud. Yo ahora lo que necesitaría es su consuelo, que me aconsejara en todo esto del trabajo; él siempre me ha dado su opinión, y a lo largo de estos años, pese a la distancia, ha sido siempre un buen consejero. Apartarlo de pronto de cualquier decisión importante me parece propio de una obsolescencia programada. Los papeles se intercambian. El niño perdido es él.

—Navidad... —dice de pronto.

Me asusto cuando deja la palabra en el aire y mira a lo lejos con los ojos repentinamente velados. Un gesto de derrota desdibuja a mi padre. Intento entonces adoptar un tono jocoso, soltar una broma fácil que me permita verlo reír y sacarlo del lugar en el que

ha quedado encallado.

—Has de prohibirle a mamá que te regale estos jerséis de cuello de pico, y sobre todo que te los compre de este color, ¿vale, papá? ¿Sabes qué? Acabo de decidir que este año seré yo la que te regale un jersey para Navidad.

Con un movimiento lento baja la mirada hacia el jersey. Lo pinza con dos dedos y me pregunta:

—¿Qué le pasa al color?

—Que me recuerda al puré de verduras que nos daban en la escuela de monjas.

Hace un sonido nasal que querría ser una risa pero que no acaba de arrancar.

Mira hacia el mar y me dice que las puestas de sol más bonitas son las del mes de diciembre. El cielo rosado que cae sobre nosotros se parece al tono de añoranza de su voz. Cojo las cáscaras de las almendras y me las voy colocando una a una sobre las puntas de los dedos, y a continuación, con mucho cuidado, se la acerco con parsimonia y, poniendo voz de damisela o de como demonios pueda sonar una mujer cursi y seductora, le digo: «*Enchantée, monsieur Joan*». Y entonces se echa a reír y yo también, y las almendras caen al suelo y dice: «Venga, Tina, ya verás si tu madre se encuentra este desastre. ¡Va, ayúdame a recogerlo!». Y movemos las sillas con urgencia y nos movemos rápidamente, nos movemos con desesperación, nos movemos porque nos habíamos quedado demasiado quietos y asustados ante este nuevo mundo al que no queremos pertenecer. Reclamamos nuestro mundo de antes, nuestro mundo de cada día. Con las prisas del frío y las ansias de fingir que estamos bien, entramos en la casa. Un padre y una hija perdidos. Cierra la puerta corredera de la terraza y se me acerca mientras me pongo la chaqueta. Arrastra un poco los pies. También ese peso emocional nuevo.

—Me llevo el coche, ¿vale, papá? Te lo devuelvo pasado mañana.

—¿A dónde vas, a la capital?

Asiento con la cabeza y sonrío.

—Cuando eras pequeña y te llevábamos a la plaza Cataluña a

dar arvejas a las palomas, los días que había mucha gente, a la que nos despistábamos ya te habías ido a husmear por todas partes, te decía que si te perdías te quedaras quieta en un lugar, junto al señor que vendía las semillas y las almendras garapiñadas. Que así no te perderías.

Lo miro perpleja. Constato que mantiene el control sobre el pasado y, por tanto, que afortunadamente mi vida todavía está en sus manos. Lo abrazo agradecida y él me dice al oído: «Si te pierdes vuelve a casa, Tina, que ahora ya eres mayor».

Conduzco por la N-II al límite de la velocidad permitida. El corazón desbocado. Las ganas de pisar a fondo el acelerador. Abrumada y triste por mi padre, lloro en silencio. Ha oscurecido y enseguida me incorporo a las retenciones de entrada a Barcelona. He quedado con Berta en el bar de la esquina de su casa. Llego tarde, pero la preocupación es relativa. El flujo de luces blancas y rojas se vuelve borroso o nítido en función de si me detengo o me muevo. Cientos de personas regresan a casa después de un día de trabajo; el cansancio y la presión a punto de ser compensados por el calor de sus hogares. Enciendo la radio y reconozco la voz de algunos compañeros. Cuando dan las siete en punto salta la sintonía de las noticias, pero desde que bajé del avión me irrita de tal manera que ni siquiera puedo escucharla. La asocio con un torrente de nervios, prisas, urgencias y estrés. Voy cambiando de emisora hasta que encuentro una de música, y aprovecho que el tráfico está parado para mirarme en el espejo y arreglar las sombras oscuras del rímel bajo los ojos. Me doy cuenta de que hacía mucho tiempo que no lloraba por algo propiamente mío. En los últimos años, las lágrimas siempre han sido a escondidas, alentadas por historias que otros me contaban.

«Quiero la versión larga», decía el mensaje de Berta en el móvil. No sabe que la versión larga se basa en la incomprensión en torno a un sentimiento sin definir. La versión corta, en cambio, habla de

una mujer. De la sensación de ligereza a su alrededor. Una periodista italiana decididamente alegre. Escojo la mesa del rincón. Detesto el secretismo que está tomando todo esto. Hay un aire de agotamiento en el rostro de Berta. Me habla del trabajo. Dice que hay días que no puede evitar llevarse los problemas a casa.

—Beberé vino porque todavía he de preparar la cena, pero hoy la cosa está a la altura de un whisky.

No sé si se refiere a su jornada de trabajo en la prisión o al hecho de que hayamos quedado para que le cuente lo que el otro día ella intuyó como una historia de amor. De pronto siento que no quiero hablar. Que no quiero inflarlo con una grandilocuencia que tal vez no merece. No tocarlo, no alterarlo. No compartirlo con una amiga como se comparte lo que sí, lo que es, lo que se pregona a los cuatro vientos con entusiasmo. Sucumbo a mi especialidad y busco una salida: se me ocurre contarle el encuentro espontáneo con R. en el supermercado. Enseguida me arrepiento. No puede creerse que tenga tres hijos y se parte de risa. Siento el orgullo herido. En el fondo, a R. todavía le tengo cierto afecto; además, siempre me ha costado aceptar la maldad gratuita, y cuando así se lo expreso me dice que «De gratuita nada, guapa, que te engañó con otra». Hablarlo en estos términos me provoca una pereza devastadora. Hay realidades que con el tiempo, si bien no desaparecen, sí se convierten en bastante irrelevantes.

Nos sirven el vino y, cuando el camarero se retira, Berta alza la copa para brindar.

—Por ti, por tenerte tan cerca.

Bebemos un trago generoso y ella espera con la mirada baja. Me conoce tan bien que sabe que si me mira fijamente yo me bloquearé. Dibuja círculos con el dedo alrededor de la copa. Espera a que yo empiece. Me gustaría ser una de sus internas y tener un problema realmente importante. Con Berta esperando en la silla de enfrente, sería más conveniente haber traficado con droga o haber apuñalado a alguien con arma blanca. Se reirá de mí y de mi estupidez.

—Está casado.

Afirma al fin en tono concluyente.

—No, que yo sepa sigue soltera.

Consigo decirlo con una sonrisa impostada. El calor en las orejas. Me apresuro a aclarar que no tenemos nada, que es una amistad, y siento cómo esa palabra cojea a la hora de intentar llegar a la verdadera dimensión del asunto, y entonces le cuento muy desordenadamente que no pasó nada, no en un sentido sexual, añado, pero el recuerdo de la llamarada de deseo que sentí entre sus brazos, el roce de sus labios o el modo en que su mano me iba tocando el pelo mientras duró aquel beso iluminan mis pensamientos y siento claramente que estoy mintiendo. Me doy cuenta de que Berta está examinando mi expresión, pero sé que si le doy más explicaciones deducirá un enamoramiento repentino, de colegiala, un anacronismo sentimental que no tengo ganas de desgranar ni de justificar, así que opto por escoger indefinidos y determinar con la menor precisión posible: «Algún beso, alguna vez. Antes la eché de mi casa», y cuando lo digo en voz alta recuerdo lo fría y amarga que me sentí los días que pasé sin ella después de aquello. Le hablo de la explosión, de lo que vino después, añado que es italiana. Me atropello al hablar. Le pido que me entienda, que a mí me educaron como me educaron y que nunca me había planteado algo distinto, que ya he llegado tarde para todo lo otro. Y cuanto más hablo, más siento que ensucio y limito eso tan bonito que no tuvo nombre. Y entonces Berta agita las manos para que me calle de una vez.

—¡Oh, por fin hoy una buena noticia! O sea que estás enamorada. No sabes cómo me alegro por ti, Valentina. —Alarga el brazo y me coge de la barbilla en un gesto maternal. No me acaba de gustar lo que me dice. La simplicidad no casa demasiado bien con lo que me tiene tan alterada desde hace tanto tiempo.

—No, no estoy enamorada, no es eso.

Y sin embargo, recuerdo cómo mi alma fue migrando hacia Valeria, y cómo de pronto me sentí deliciosamente perdida sin mi centro, cómo dejé de ser yo misma en el momento en que algo se cruzó entre las dos. Y el miedo. Aquel miedo que no nacía de no saber cuándo estallaría la enésima mala noticia en la zona, sino de aquel nudo en el estómago, de aquel dulce mareo, de aquella

deriva.

—Es una persona que todo el rato transmite deseo, pero un deseo de estar viva. La deseas siempre por cómo demuestra el afecto, por cómo provoca ganas de demostrarle lo mismo de vuelta, de ti hacia ella. ¿Entiendes lo que quiero decir? Contagia las ganas de vivir.

La mirada de Berta intenta entenderme, aunque por su caída de ojos me doy cuenta de que ella ya ha llegado a su propia conclusión y me reafirmo en mis dudas: no sé hasta qué punto es redundante hablar de amor en voz alta, como si al hacerlo lo expresado fuese inferior, una simple aproximación al sentimiento original.

—¿Y dónde está ahora? ¿Sigue en Beirut o está por aquí?

—Creo que en la frontera entre Bielorrusia y Polonia.

—También es periodista, ¿no?

Asiento con la cabeza. Me termino el vino de un trago. Le digo que no sé nada de ella desde hace tiempo, que solo son deducciones a raíz de los artículos que publica. «Por cierto, se llama Valeria», añado, y siento cierto bienestar, una ilusión. Berta aprieta los labios, acogiendo la ternura, comprendiendo, asimilando. Le digo que intento no contactarla pese a que me muero de ganas, que intento no pensar en ella, pero que no puedo quitármela de la cabeza, que intento olvidarla aunque ya tenga asumido que nunca lo haré.

—¿Y por qué te haces esto?

—Buf, y yo qué sé... Supongo que pienso que nunca podré llegar a estar a la altura de la situación.

—Pero estamos en el siglo XXI, Valentina. La diversidad afectiva es una puerta abierta y te invitan a entrar.

Me encojo de hombros y, pese a que el tono formal que ahora utiliza me provoca cierta aprensión, espero con todas mis fuerzas que siga hablando, ya que mi pensamiento se vuelve más espeso a medida que lo transformo en palabras. Me sobrepasa oírme hablar de mí misma constantemente, es algo a lo que no estoy nada acostumbrada. Ordenar todo lo que pasa en la vida de los otros y convertirlo en una crónica me parece mucho más asequible.

Después la decepción aumenta cuando Berta se enreda en un registro todavía más ponderado hablando de orientación sexual, de identidad y género, de cisgénero, de personas intersexuales, de bisexuales, de género fluido, y no termina, y continúa, y a mí me recuerda la lista de todas las confesiones religiosas que llevaba escrita en mi bloc y que tenía que consultar con frecuencia en los primeros tiempos en el Líbano: chiíes, suníes, alauíes, drusos, cristianos maronitas, melvitas, entre muchos otros. No necesito listados. Todo esto que dice son clasificaciones, y las clasificaciones nunca pueden ser explicaciones. Siento que quiere que me posicione. Y yo venía aquí a resguardarme del caos.

—Berta, no es eso. No te tendría que haber contado nada, ya sabía que no me entenderías.

—Pero, Valentina, si no he dicho nada de ti. Hablaba en general, como...

—Es igual, no lo entiendes. La cosa no va por ahí.

—¡No te pongas así! ¿Qué es lo que he de entender, entonces?

—Nada. No lo sé... ¿No te pasa que hay cosas que tienen todo el sentido del mundo cuando las piensas y que lo pierden categóricamente cuando las dices en voz alta? Pues Valeria es una de ellas.

El dolor, la grieta en el corazón cuando digo esto, y, a la vez, el consuelo de haber conseguido resumirlo de este modo. Es como haber escupido un titular perfecto.

—Solo intentaba decirte que no veo dónde está el problema, que precisamente ahora tienes más libertad que nunca para relacionarte. Puedes hacer lo que te dé la gana. En realidad, a la gente no le importa lo que hagas la mayor parte del tiempo, Valentina. Si crees que no entenderemos tus decisiones vitales, quizá es que en el fondo quien tiene las dudas más íntimas eres tú.

—Ay, Berta, ya vale, por favor, pareces, no sé... Esto que dices es de primero de psicología, joder.

—¿Pero por qué te enfadas? ¿Cuándo te has vuelto así, tan, no sé... tan recelosa? ¡Estás todo el rato a la defensiva!

Se reclina hacia atrás, hacia el respaldo de la silla, y emite una especie de vibración con los labios. Siento una exasperación,

un arranque de locura y soledad, una distancia no solo respecto de las personas, sino de la realidad en general.

Un día, alguien puso nombre a las cosas: viuda, pez, frío, bebé, violonchelo, sueño, y entonces el mundo se ordenó. En cuanto etiquetas un concepto, cambia la manera en que lo percibes. Nadie tendría que haber acotado nunca el querer. Nadie nos tendría que haber explicado nada sobre el amor. Pienso en todos los esfuerzos que hacemos para definir e incluso embellecer lo que nos importa, y en el caos interior que supone tener que encajar dentro. Yo nunca he rehuido el lenguaje en el trabajo, conozco bien la necesidad de encontrar el término exacto, pero me doy cuenta de que, al mismo tiempo, encorsetarme en una palabra me aprisiona. Ponerme un nombre para definir cómo soy o de qué forma me he relacionado con Valeria me parece sentencioso, resultaría incendiario en una historia incompleta como la nuestra. Aunque no negaré que envidio la desenvoltura de los que se atreven a hacerlo, a probarse, a mudarse, o simplemente a no elevarlo todo a categoría. Quizá tan solo es una cuestión de atrevimiento. De dejarse llevar. Al fin y al cabo, somos seres vulnerables que nos necesitamos los unos a los otros.

—La echo de menos. Y echo de menos Beirut. Mucho. Tengo miedo de haberme equivocado con todo. No acabo de entender qué hago aquí. Desde allí me parecía mucho más evidente que lo que tocaba era romper con todo y volver de una vez.

Pide dos copas más de vino y algo para picar. Con una mano me agarra la muñeca para indicarme que no me mueva, que no me vaya, que está conmigo. La seguridad.

Me pregunta sobre el trabajo, sobre si la decisión que he tomado es irreversible.

—Me temo que sí. No les hizo demasiada gracia mi renuncia a la corresponsalía y, la verdad, Berta, he tenido que ser muy franca conmigo misma para reconocer y decirles que necesito parar un poco, pero creo que mi capacidad de decisión dentro del equipo, mi trabajo en general, se estaban viendo afectados por mis cambios de humor, por el insomnio, por la ansiedad. No es por Valeria, eh. Ya sabes de qué te hablo. Me ha costado horrores dejar la

corresponsalía, aunque sea temporalmente.

—Sí, lo sé.

—Me inquieta mucho que lo hayan confundido con victimismo y autocompasión.

—Es una reacción humana, Valentina, no has de preocuparte por ello, y si se lo han tomado así, pues allá ellos, ¿no? Yo creo que un buen profesional ha de saber parar cuando siente que lo necesita, por él y por la profesión.

—Pero es que no quiero que piensen que todo se debe a una insensatez mía, a mi debilidad.

—¿Por el hecho de ser mujer, dices?

—Exacto. No sabes cómo cansa la referencia al género cuando se trata del compromiso profesional.

—Sí que lo sé, créeme. En todas partes cuecen habas.

Pone los ojos en blanco y desliza los dedos por el borde de la copa. Después vuelve a tocarme la mano para recuperar mi atención.

—Y dime una cosa: ¿estando aquí —insiste— qué posibilidades hay de que te reencuentres con Valeria?

Inspiro y niego con la cabeza.

—Ni aquí ni en ningún sitio, Berta. No hay nada que hacer. Llevamos meses y meses sin vernos. Hemos mantenido un contacto mínimo, casi formal, es una especie de acuerdo al que llegamos, porque decía que yo estaba pisando un terreno que ella reservaba para muy pocas personas, que sentía algo muy fuerte hacia mí, y que si yo quería intentarlo ella también estaría dispuesta. Pero creía que antes yo debía pasar cuentas conmigo misma, no quería forzar nada ni que me sintiera incómoda. Cuando hace unas semanas dejé el Líbano, ella ya hacía tiempo que no vivía allí. Le escribí para decirle que regresaba. Solo me contestó «Hasta la vista».

—¿Pero te gustaría estar con ella? Quiero decir tener algo con ella.

—Buena parte de su vida social gira en torno a pertenecer a un colectivo concreto, y yo..., buf, no es que me parezca transgresor, por suerte ya no hay nada que transgredir, no se trata

de eso, es solo que yo no pertenezco a ese mundo, es algo que me viene demasiado grande. Y las palabras me agotan, tener que cuestionarme si soy bisexual o cualquiera de las categorías que me acabas de recitar. Una no da ese salto simplemente porque de pronto una amiga le despierta cosas nuevas, ¿no? No me entusiasma la idea de reinventarme. No me gustan las mujeres, me gusta ella y punto.

—Mira, todo eso está muy bien, pero, para empezar, nadie te ha pedido que te definas de ninguna manera, y, para acabar, todavía no has contestado a mi pregunta. ¿Te gustaría estar con ella?

El vino nos va proporcionando cierta bravura, un soñar en voz alta. Por fin se respira una corriente de felicidad entre nosotras. Nuestra vieja amistad, la calma. Intento imaginarme cómo sería y, sobre todo, dónde sería, y me doy cuenta de que no puedo desligar a Valeria de una determinada geografía, de la lejanía, como si aquí fuese alguien inviable.

—La logística sería complicada.

—La logística es pura organización, querida. ¡Contéstame a la pregunta! ¿Te gustaría estar con ella de algún modo o no?

Sé que más tarde, cuando esté sola, me esforzaré en pensar en esta pregunta; de momento me veo a mí misma como si fuese otra persona abrazada a Valeria, conversando con ella, riendo con ella, cuidándola. Finalmente, digo que sí con la cabeza, en parte para zanjar la conversación. Seguir hablando de ello con Berta no transformará el repunte de incomprensión inevitable que he sentido al hablar en voz alta de un sentimiento que considero único. Entonces ella abre mucho los brazos, los deja caer a los lados y me mira con cara de haber derribado el muro de obviedad que cubría su realidad.

—Todavía no me has contado cómo os conocisteis.

Levanta la copa y me guiña un ojo.

Destrozar un idioma

Beirut, Líbano, 2018

Era una noche de invierno en Beirut. Llovía. Con el paso de los meses había ido adquiriendo ciertos hábitos que se acabarían convirtiendo en mis credenciales como mujer que vivía y trabajaba en Oriente Medio. Beirut contenía todo un universo accesible, la ciudad me hacía guiños y yo me amoldaba a sus calles como los neumáticos se amoldan a un suelo mojado, con cautela pero con una adherencia genuina. No esperaba encajar tan bien en un lugar que para mí era absolutamente desconocido. De una manera afable, Beirut me confirmaba que la ignorancia puede castrar muchos futuros. Antes de llegar, yo no sabía que aquel destino me sería favorable, que la vida que me sentaba bien se encontraba allí; acepté la corresponsalía un poco para no cerrarme todavía ninguna puerta, pero sin pensar en nada definitivo. Más que una decisión, había sido una oportunidad.

En Oriente Medio eclosioné; conseguía sacar lo mejor de mí, me sentía imparable y se me agudizaban todos los sentidos. No estaba limitada ni ligada a nada. Todas las experiencias que acumulaba en los diferentes tipos de sociedades de aquella enorme región, que poco a poco iba conociendo, me resultaban muy útiles para apartar los velos de prejuicios y estereotipos que no nos dejan ver las cosas tal como son. La cultura de todos esos lugares, la música, el cine, la danza. La juventud emprendedora, ya sin miedo pese a las amenazas, las prohibiciones de algunos regímenes y la extrema fragilidad de los derechos de las mujeres en la región. La misma ira, pero inteligentemente transformada. Chicas valientes y pioneras luchando, rompiendo con tradiciones que todavía las desprecian. Quería contarlo, ir más allá de lo que marca la

actualidad: los bombardeos, las milicias, las manifestaciones, la violencia, la ocupación militar. Contrarrestar todo lo que convierte la región en un polvorín noticiable con la dignidad de la vida mundana, lo que nos acerca los unos a los otros, lo que nos iguala. Me cruzaba con tantas personas interesantes que me faltaban el espacio y el tiempo para contar sus experiencias vitales. Más adelante, esa imposibilidad me desesperaría. Libaneses, sirios, palestinos, kurdos, yazidíes, israelíes. Pronto aprendí a no mostrarlos nunca más como un instrumento de la gran política. Me esforzaba por no reducir a ninguna de las sociedades en guerra y en crisis a meros monigotes o clichés.

Siempre madrugaba, reservándome el margen de la diferencia horaria para desayunar y ponerme al día de las noticias. Como buen ejemplar de quien vive fuera de su patria voluntariamente, empecé a pasar mucho tiempo en las cafeterías. El Café Younes de Hamra, con sus paredes pintadas de ocre y el verde de las plantas de su silencioso jardín, era una oficina perfecta. Enseguida lo convertí en mi casa. Cuando no trabajaba, estudiaba: necesitaba aprender mucho más sobre todo lo que ocurría en la zona. Aunque a veces me tropezaba con la frustración, cada vez me movía con más naturalidad para conseguir fuentes fiables y calculaba más analíticamente los riesgos. A veces me pellizcaba para asegurarme de que estaba allí haciendo lo que más me gustaba y me sonreía en el espejo. Me conectaba con la redacción justo después de la ducha, les exponía los temas que quería vender, discutía las crónicas con el redactor jefe, las defendía; en aquellas reuniones a distancia a veces me enfadaba y otras terminaba eufórica. La sensación de estar todo el día arriba y abajo apagando fuegos la tuve desde el principio, pero cuando la situación me sobrepasaba no perdía los papeles, me limitaba a recordarme que era una afortunada. El territorio que cubría era inabarcable, una tierra abocada a los disturbios internos, a los tumultos, a los alzamientos, a la agitación en mayúsculas. Había muchos temas y miles de historias que contar. Procuraba hacerlo desde un periodismo lo más humano posible y basado en las vivencias, y defendía ese enfoque con uñas y dientes, pero me costaba poner filtros a la

magnitud de todo lo que veía y oía, y a menudo me angustiaba a la hora de escoger lo que de verdad era importante contar, que para mí pocas veces estaba en el frente. Compartía con la corporación la decisión de ampliar perspectivas y mostrar lo que normalmente no se quiere mostrar.

Junto a Ivan y Samir hacíamos mucha calle; aprendía a fuerza de escucharlos y fijarme en ellos, que tenían mucho más rodaje a sus espaldas. Trabajábamos siempre los tres juntos, con esa facilidad que generan las piezas bien engrasadas. Compartíamos una especie de compromiso incorruptible de una intensidad profesional y emocional considerable. Era con ellos con quienes hacía vida social, solo con ellos, al principio. Se convirtieron enseguida en imprescindibles, tanto dentro como fuera del trabajo. Todo iba aparentemente bien, pero al final del día ellos volvían con sus familias, y yo, que los había escogido para que fueran la mía, caminaba por las calles de Hamra junto a una pequeña sombra que reclamaba ser atendida. No la dejaba crecer, y muy pronto aprendí a caminar sola. Pero era una sombra, y a las sombras no les gusta desaparecer de forma concluyente: es necesaria una ruptura más profunda y drástica que deje entrar toda la luz. Así que, hostigada por aquella pequeña sombra, cometí algunos errores y empecé a contestar algunos mensajes de R., nada especial, pero los contesté. No correspondí a sus deseos, si es que alguna vez llegaron a serlo, y por supuesto decliné la invitación a su boda. Procuré que «lo nuestro» quedase soterrado en el pozo al que van a parar las futilidades y las cosas sin sentido. Aun así, intenté que entendiera que quizá la nuestra había sido una deriva previsible, pero que mientras caíamos hacia el fondo podría haberme comentado que tenía toda una serie de deseos que yo desconocía, unas prisas y unas ganas de formalidad de las cuales nunca me había dicho nada en Bruselas, cuando todavía nos queríamos.

Hablar con él hacía que me sintiese más sola, amargada, y me arrastraba hacia un lodazal de mal humor que me envejecía y me distraía del trabajo bien hecho, así que empecé a evitarlo, rechazaba sus mensajes, pero R. era insistente como aquellos

amantes antiguos y empalagosos. No era propio de él, así que suponía que el deseo de querer purgar sus culpas lo había trastocado. El problema no era él. La persona que era ahora no me interesaba para nada: era un hombre casado que había escurrido el bulto, que había interpretado la distancia geográfica que nos separaba como un salvoconducto para desaparecer de mi vida; se había convertido en alguien ajeno, un tránsfuga que no merecía mi tiempo. El problema era la persona que era antes, la que compartía la vida conmigo en Bruselas. El problema era él clavado en aquel punto donde todavía quedaban tantas cosas por decirnos, y contra ese él de antes yo luchaba alternativamente para huir y para volver a recuperarlo en silencio con el fin de poder entender por qué me había dejado. La rabia acabó pasando, se fueron aplacando aquellos nervios que me provocaba al principio. «Eres más digna que todo eso», me dijo Berta desde Barcelona. Si no hubiese sido por sus notas de voz, por las llamadas y por las pocas videoconferencias que nos permitía la lenta e inestable conexión de mi piso en Hamra, tal vez R. me habría empequeñecido hasta hacerme creer que yo no lo había sabido hacer mejor. Pero ella me mantenía a flote, su omnipresente amistad impidió que la patanería de un hombre se convirtiese en mi drama.

Y de pronto, un regalo. La luz penetró blanca y brillante y la sombra retrocedió de la mano de Maia, una periodista *freelance* que llevaba años trabajando en zonas de Oriente Medio y que en aquel entonces se había establecido en el Líbano. Coincidimos un día cruzando la plaza Riad al-Solh, al salir de las oficinas del edificio ISOL, donde están instalados los medios de comunicación más potentes y donde básicamente estábamos centralizados porque el edificio posee las infraestructuras necesarias. Allí quedábamos a resguardo de los cortes de luz diarios y, por tanto, teníamos wifi asegurado, que vendría a ser una especie de oxígeno, un elemento más de nuestra biosfera periodística particular. Maia me invitó a una cena en su casa con un grupo de mujeres periodistas que cubríamos la misma zona. En proporción, había más mujeres corresponsales que hombres; de hecho, en el Líbano, éramos muchas más mujeres. Aquella cena fue la primera de muchas otras

que se fueron repitiendo los jueves en casa de una o de la otra. De todas ellas, yo era la única que vivía en el barrio de Hamra. Su autenticidad fue decisiva a la hora de escoger piso. El barrio es caótico y está destartalado, pero para mí resulta magnético. Pese a las diferencias entre los barrios en los que vivíamos, todos nuestros apartamentos eran similares, y en todos ellos podían verse las improntas de nuestras circunstancias particulares, las de personas que se encuentran en Beirut de forma accidental. No hacía falta buscar demasiado para descubrir algún recuerdo o fotografía de nuestros lugares de origen o de nuestras familias, que habían quedado lejos. En concreto, era curiosa la presencia de la maleta. No solo formaba parte de nuestra escenografía de forasteras, sino que todas la teníamos a la vista, casi como una imposición profesional, siempre a punto para meter en ella cuatro cosas y salir corriendo a perseguir la noticia allí donde fuese que hubiera irrumpido la actualidad.

Al lado de todas aquellas periodistas tan aguerridas me sentía joven e inexperta, pero compartía con ellas una elección, una lejanía respecto del país de origen, una pasión, las situaciones límites y, tal vez también, una pequeña soledad que, según cómo, era incluso necesaria. Me impresionaban enormemente las palabras de algunas de ellas. Su amistad me hizo crecer. Tenía la sensación de haber encontrado mi lugar en el mundo, entendiendo por lugar no un territorio concreto, sino mi objetivo vital. Me sentía pletórica, y los días todavía pasaban cargados de promesas. Discutíamos a menudo sobre trabajo, sobre la dictadura informativa que con frecuencia pasa por encima de las historias que querríamos mostrar, sobre la necesidad de disponer de más tiempo para contextualizar la información sin la presión por servir a los medios en los que trabajábamos, pero lo que realmente hacía con ellas era empaparme de todos los matices íntimos que me faltaban para mi acoplamiento personal a la vida en el extranjero. Algunas eran políglotas, otras reporteras de guerra, algunas eran madres, algunas libanesas, y todas atesoraban anécdotas con las que yo siempre había soñado. Eran las mujeres que yo quería ser y me hacían sentir que quizá yo también era una de ellas. Me daban

contactos de gimnasios, me informaban de conciertos, de lugares para salir a correr o a bailar. Me prestaban su mirada no solo para ver el mundo, sino para verme a mí misma. Con ellas estrené un largo periodo marcado por experiencias destacables y divertidas, pero sobre todo inauguré la etapa en la que R. dejaría de ser el hombre al que había amado para pasar a ser el miserable que me dejó. Con ellas no hablaba de él. Me avergonzaba lo que me había hecho. Con Ivan sí que era un tema recurrente porque además lo conocía de la facultad. Él insistía en que ya era mayorcita, que me dejara de imbéciles y me centrase en hombres de verdad. Lo daría todo por poseer la capacidad de síntesis emocional masculina. Pero de alguna manera tenía razón, los años pasan también para ciertos dramas, el tiempo hace que caduquen, así que no volví a decir su nombre, lo eliminé de mis contactos, dejé de seguirlo en las redes sociales. A medida que el tiempo pasaba, ya casi nadie me preguntaba por él. Deduje que el torrente de emociones positivas que les relataba —todos aquellos hombres que conocía y con los que básicamente reía, bebía y con algunos incluso acababa en la cama— les había dado a entender que la cicatriz estaba cerrada. La dificultad radicaba en borrarlo del todo. Era difícil lograrlo. Me gustaba la persona que era yo enamorada de él, así que no se trataba solo de hacerlo desaparecer, sino más bien de forzarme a eliminar las huellas de aquella otra que un día yo había sido. Esa es la principal trampa del amor: lo mucho que nos gustamos a nosotros mismos enamorados de otra persona. Pero tenía fuerza de voluntad y lo intentaba, y me pareció que finalmente lo estaba consiguiendo. La ciudad libanesa que me acogía se convirtió en mi aliada. De una manera difícil de explicar, Beirut acabaría eclipsándolo. Juntas, la ciudad y yo, ganaríamos su ridícula batalla.

Es bien sabido que las cosas buenas no pueden durar para siempre. Las cenas con el grupo de mujeres corresponsales se irían espaciando y diluyendo en el tiempo hasta terminar en lo que son ahora, este recuerdo impecable de camaradería. La felicidad debía

de ser aquellas noches con todas ellas. En una de las últimas cenas, Maggie, que trabajaba para *The New York Times*, se presentó acompañada de una *freelance* italiana recién aterrizada en Beirut. La italiana eres tú, Valeria. Déjame volver a decir que era una noche de invierno. Llevaba lloviendo sin parar desde hacía al menos ocho días. Quizá esta forma escueta de recordar tu entrada en escena solo responda a la necesidad autoimpuesta de mantener a raya mis pulsiones y cumplir así con el espartano objetivo de olvidarme de ti. Soy consciente de la rudeza con la que a menudo muevo la ficha de tu recuerdo. Perdóname. Tengo la impresión de que solo así, con una aspereza inventada y no con la distancia física y kilométrica que nos separa, podré levantar una barrera entre nosotras.

Era inimaginable, Valeria. Para mí lo era. Tú y Maggie estabais encandiladas la una con la otra, con la sensibilidad a flor de piel; os habíais conocido hacía un par de días durante una rueda de prensa. Os brillaban los ojos de novedad y de deseo. Para ti era lo normal, pero yo no me podía imaginar aquel conflicto repentino, la sorpresa de contener otra identidad, y descubrirlo justo antes de estrenar los cuarenta. No era posible entreverlo. A esas alturas de la película yo daba por hecho que nada de mí podía sorprenderme. Yo, que siempre busco señales, que pese a negarlo en público necesito aferrarme a cierta idea de destino; yo, que soy incrédula conmigo misma, ¿cómo podía intuir que aparecerías tú para trastocarme todo lo que se sostenía por sí mismo?

Así pues, era una noche de invierno en la que tú solo eras alguien nuevo. Me deslumbraste del mismo modo que deslumbraste a todas las demás. El orden, por tanto, es este: había la noche y, aunque todavía no era cálida, teníamos las ventanas abiertas para ventilar porque algunas fumaban. Al cabo de un rato se irían apaciguando, pero cuando empezamos a llegar a casa de Clara, en el barrio cristiano de Achrafieh, todavía se oían las incesantes bocinas del tráfico sobredimensionadas por el diluvio. La sensación de alboroto y bullicio de las calles sinuosas aumentaba con la lluvia, que no amainaba. Las estrechas callejuelas del barrio se convirtieron rápidamente en ríos; una

anciana cargada con bolsas de plástico se quejó lanzando gritos cuando un coche pasó a su lado y le mojó los bajos del vestido. Desde la ventana veía paraguas en movimiento y a la gente amontonada sobre la acera, como si aquella mínima altura pudiese resguardarlos del aguacero. Dentro, en cambio, la mesa puesta, las luces bajas y las velas hermosamente colocadas contrastaban con el fragor del exterior.

Pese a que era uno de nuestros jueves sagrados para celebrar la amistad, resultaba imposible olvidarse de que entre el lunes y el martes el régimen de Al-Assad había bombardeado el distrito de Guta, en la periferia de Damasco. Los ataques de aviones no identificados y de la artillería habían causado al menos doscientos muertos y más de un millar de heridos. Se habían producido irrupciones hostiles contra hospitales y escuelas. Era terrible. Siempre es terrible, pero intentaba incorporar el dolor a la profesión, verlo como una circunstancia laboral. Me provocaba angustia y la penosa sensación propia de todo sufrimiento, pero aprendía a considerarlo un inconveniente del oficio y a tratarlo como tal. Aun así, a veces llegaba tan lejos que resultaba insoportable e imposible de comprender. La noche en que te conocí, las Naciones Unidas habían reclamado un alto el fuego inmediato en la zona, pero todas comentamos que la amenaza no había desaparecido. Recordábamos la serie de atentados en Alepo de hacía un año y coincidíamos en que lo peor estaba por llegar, que todo apuntaba a que habría una ofensiva inminente. Se respiraba cierta preocupación por los desplazamientos a la zona que deberíamos hacer algunas de nosotras. Teníamos claro que éramos testigos y transmisoras de lo que sucedía, que el riesgo formaba parte de nuestro trabajo, pero la situación en Siria estaba fuera de control, el país se estaba desangrando. Conformábamos nuestra propia teoría de la conspiración contra el miedo, juntas nos transformábamos en una especie de campana protectora bajo la cual nos permitíamos aflojarnos el uniforme de corresponsales y confesarnos los diferentes aspectos de lo que nos asustaba como mujeres y, al fin y al cabo, como seres humanos. De todos modos, intentábamos que las cenas fuesen una oportunidad para

relajarnos, bromear y dejar fuera las imágenes más siniestras de nuestro trabajo.

Tú y Maggie todavía no habíais llegado cuando alguien abrió el vino y empezó a servirlo. Clara llevaba en brazos a su hija de seis meses, a la que todavía daba el pecho. Sentada en el sofá con la pequeña atravesada como un cinturón de seguridad, le daba golpecitos suaves en la barbilla para evitar que se durmiese mientras la amamantaba. A su alrededor, formábamos un círculo de mujeres que admiraba a la joya de la corona, cuya diminuta boca había quedado entreabierta junto al pezón de Clara, que parecía un platillo. Nada me transmite más paz que observar a un bebé o las llamas en una chimenea. *Las criaturas son un tratado de paz*, escribiría más tarde. Tengo más escritos de aquella noche, notas adicionales que, leídas a través de la distancia temporal, adquieren un tono de prefacio de algo, pero que en aquel momento, en aquella noche de febrero, solo eran frases que te describían, un escrito más de los muchos que realizo sobre las personas que voy conociendo y que, por un motivo u otro, tienen un determinado impacto en mi vida. La nota en la que hablo de ti por primera vez está escrita con una letra que todavía no contiene ninguna urgencia, y pese a ello, al releerla ahora, me parece un tanto premonitoria: *Valeria. Treinta años. «Piemontesa, di Torino», ha contestado cuando le he preguntado de dónde era. Piel morena. Boca grande, incisivos superiores ligeramente separados. Ojalá la fuerza de su mirada quede reflejada en su periodismo. Sonaba Nina Simone cuando ha cogido a Maggie por la nuca y le ha dado un breve beso en los labios. «I Wish I Knew How It Would Feel to Be Free.»*

Cuando llegasteis, Maggie, en un tono travieso, te presentó como un descubrimiento que había hecho hacía unos días en el hotel Commodore. Le pellizcaste el culo, molesta y divertida a la vez. Ibais empapadas de arriba abajo y Clara os dejó toallas y ropa seca. Habías cocinado *vitello tonnato*; todas gritamos de felicidad alrededor de la bandeja que dejaste con cuidado sobre la mesa. Eras la novedad y nos dejamos deslumbrar por tu carisma. Tal vez ayudaba a ello la manera en que modulas la voz al hablar o el halo de simpatía que siempre desprendes. En ese momento aún no sabía

que te recordaría perpetuamente alegre. Hablabas bastante bien el castellano, aunque te encallabas con algunas palabras y expresiones, y lo mezclabas con el inglés y el italiano.

Bien entrada la noche, Clara y yo nos pusimos a recoger un poco. Entre los restos de nuestra cena había biberones y platitos con papilla. Dispersos por todas partes, aparecían objetos de colores llamativos: un sonajero en forma de león, un mordedor amarillo de silicona, una pelotita de Peppa Pig. Las posesiones de una persona de seis meses. Sonreí y le pregunté acerca de la vida con la niña. La ilusión con la que me hablaba me recordó los óvulos que congelé hace años, pero no se lo comenté. Estaba secando un plato cuando, de pronto, se detuvo y la expresión le cambió por completo; me confesó que desde que era madre no sabía cómo esquivar el pánico que le generaba el trabajo. Hablaba de un miedo nuevo. Del miedo a no estar para su hija. Me acordé de lo que me decía Ivan desde que era padre de sus dos hijos, que no podía dejar de verlos en todos los niños con los que se encontraba por la calle, mendigando, llorando, en todos los que esperaban en campos de refugiados. Justo entonces, entraste para echar una mano y te uniste a la conversación. Nos dijiste que a unos compañeros reporteros les habían ofrecido unos cursos de seguridad específicos para periodistas de una empresa llamada Tactical Training. Enseñan cómo afrontar un interrogatorio con violencia o cómo salir de un coche que está siendo tiroteado. «*Things like that*», añadiste. Que por lo que sabías eran carísimos y tú no te los podías permitir, que estabas pelada, pero que te comprometías a darle el contacto. De repente rompiste con el tono informativo de la conversación porque eres lista y supiste identificar la preocupación creciente en los ojos de Clara, le acariciaste rápidamente la mejilla y, muy segura de ti misma, convertiste la ternura en palabras para decirle que los niños traen suerte, que todo iría bien, que podía estar tranquila. Me sumé a tu alegato y entre las dos la animamos, y de este modo estrenamos la compenetración entre nosotras, entre tú y yo, quiero decir. ¿Forma parte la compenetración de lo que se entiende como amor? ¿Es más propia de la amistad? A veces tengo la sensación de que, en lo

que respecta al amor, todo es el resultado de una abstracción inmensa a la que intentamos poner nombres inútilmente. La propia palabra *amor* resulta ya imposible de separar de todas las golosinas tipificadas por las corrientes y las modas. Pero ¿cómo se mide la compenetración? ¿Bajo qué estándares deriva hacia un amor, hacia una amistad o hacia una obsesión? Avenirse, entenderse, impregnarse. Para *compenetrarse*, el diccionario también recoge la acepción de dos sustancias: penetrar una dentro de la otra. He de dejar de hacer esto, Valeria, he de dejar de forzar las definiciones, de colgar etiquetas sobre nosotras.

Volvamos a la Clara alterada, a la lluvia de febrero, al terror del país vecino, a los cigarrillos apagados en el cenicero y a las copas de vino ya vacías. Clara nos lo agradeció con un abrazo. A mí el gesto me pilló por sorpresa y me separé enseguida. Me han enseñado a ser parca con las expresiones de cariño, pero quería aprender, así que de una manera bastante tosca intenté entrar de nuevo en el círculo y me acogisteis sin cuestionármelo, con delicadeza y afecto. El afecto será otra lección inmensa de mis años en Beirut. Te sentaste en la silla y cruzaste las piernas. Te quejabas de cómo te había quedado el flequillo con la lluvia de antes. Te lo ibas tocando, querías cerrar la separación que la humedad había provocado en tu cabello. Un pequeño telón rebelde que se abría en tu frente. Empezaste a hablar de las ganas que tenías de verano y de playa, y tus palabras nos arrastraban hacia tu desenfreno imaginario. Te atreviste con el catalán, y como de momento no te salía, te disculpaste en castellano entre carcajadas y dijiste que lo dejabas correr, que no querías destrozar un idioma. Debería haber anotado algo sobre la atracción visceral que provoca alguien que «destroza» un idioma cuando no lo domina, esa fragilidad manifiesta que más adelante despertaría siempre en mí algo parecido a la necesidad de cuidarte, de socorrerte.

Era una noche de febrero. Había la lluvia y había más guerra. También estabas tú.

Pecar

Hay una mujer sentada sobre una ridícula escalera de tres peldaños. Tiene un rodillo empapado de pintura de color beige. Media pared del salón pintada de ese beige. Un beige que en la carta de colores se veía discreto y elegante, pero que una vez puesto sobre la pared ha resultado tener el tono de las cosas cuando no van muy bien. La mujer recuerda todas las veces que desde muy pequeña le han dicho que es demasiado impulsiva; y en ese recuerdo, una punzada, como si todavía tuviese que hacer caso a un padre, a una madre, a una abuela o a algún hombre, no sabría decir cuál, como si todavía tuviese que responsabilizarse de la opinión que los demás tienen de ella. La pared beige inacabada, como la alegría de la mañana, que ha quedado a medias, la alegría de la mujer sentada sobre una ridícula escalera plegable de tres peldaños. En el suelo cubierto con plástico y cartones, una copa de vino tinto y la botella medio vacía al lado. La mujer habla sola y dice en voz alta que tendría que haber protegido los zócalos con cinta de pintor. También reniega. Murmura cosas como «Maldito sea el jodido beige». Y ahora se pone a llorar enfadada. Llora sin relacionar ese llanto repentino con la dimensión psicológica del color, llora porque, aunque no lo sabía de un modo objetivo, con el beige ella esperaba evocar la estabilidad, y resulta que el tono le sugiere aburrimiento, o falta de gracia, o cualquier otro desastre que pueda imaginarse. La mujer, que ahora se sienta en el último peldaño de la detestable escalera, de esta escalera que es demasiado baja para llegar al techo, soy yo.

«Pecas de egoísmo.» Eso me ha dicho Glòria hace unas horas. Pero el dolor golpea más tarde. Suele ser siempre así. De entrada lo toreas, como al miedo. Es con la distancia cuando te empiezan a temblar las piernas. Me seco las lágrimas con el dorso de la mano y

escribo una nota en el móvil: *El miedo y el dolor se parecen bastante, sobre todo por el tiempo que tardan en manifestarse el peligro y la sensación de daño. Mientras estás en guardia sigues adelante con actitud vigilante, no puedes actuar de otro modo. El miedo y el dolor ya están ahí, pero algo te mantiene alerta e impide que los atiendas enseguida. Estás más pendiente de sobrevivir que de descodificar el dolor o el peligro en sí mismos.* La comparación me transporta a aquel mediodía en Al Raqa, la que tenía que ser la capital siria del califato del Estado Islámico. El grupo yihadista había sido derrotado. Cuando entramos nosotros, semanas más tarde, todavía quedaban muchas células durmientes y muchos jóvenes radicales en diferentes puntos de la ciudad. Yo quería hacer el *stand up* frente a unos edificios derribados, pues me parecía un escenario muy potente que ilustraba la situación dramática que queríamos contar. Amer, nuestro *fixer* en Siria, nos dijo que era un barrio muy agitado, con mucha radicalización, que en todo caso debería salir muy rápido de la furgoneta e Ivan tendría que ir todavía más rápido plantando la cámara, y que no me podía equivocar. No habría posibilidad de repetir. Seguimos sus indicaciones y, justo cuando empecé a hablar, nos vimos rodeados por un grupo de hombres. Oía cómo murmuraban mientras yo informaba mirando a la cámara. No tardaron en mostrar un comportamiento agresivo. Algunos empezaron a rezar en voz alta, y mi tensión aumentó al constatar que en sus oraciones había un evidente tono de resentimiento. Intentaba mantener la calma diciéndome que tenía cerca a Samir y a Amer, ambos eran expertos en seguridad y sabía que al menos uno de ellos llevaba un arma en el bolsillo. Aun así, notaba que estaban nerviosos, se movían de una manera extraña protegiendo a Ivan detrás de la cámara.

Alguien entre la multitud gritó y yo no entendí lo que decía, pero aquel grito encendió los ánimos. Todos se sumaron con gran agitación. La tensión y el desconcierto se hacían cada vez más evidentes, hasta que por fin, en medio de aquel tumulto creciente, pudimos terminar y subimos a la furgoneta a toda prisa. Cuando ya hacía unos minutos que circulábamos, me empezaron a temblar las piernas.

—¿Qué coño acaba de pasar?

Samir nos ilustró sobre cada uno de los insultos que nos había lanzado aquel público improvisado.

—¿Y las plegarias? —pregunté con voz temblorosa.

Amer resumió a regañadientes las palabras de aquellos hombres: Alá les daría puntos a favor si hacían saltar por los aires a los periodistas occidentales. «*They were crazy people. A minority, not good Syrians.*» En su mirada, lejos de toda grandeza divina, había una petición: la de no meter a la población siria y a aquella minoría extremista y radical en el mismo saco. Amer no tenía por qué preocuparse. De hecho, era comprensible que aquella gente nos viese como parte del conflicto. Al fin y al cabo, nos estábamos ganando el sueldo con su tragedia.

Por lo general, en Occidente tendemos a relacionar la supervivencia con la ligereza del día a día, con hacernos mayores, con el derecho a la nostalgia, con cambiar de trabajo, con segundas oportunidades, con amores perdidos. Nos gusta revestir el hecho de sobrevivir con expresiones como «pasar página» o «proyectos de futuro», y si nos soltamos un poco, incluso nos atrevemos a jugar con lo casual: «Era el destino». Ese tipo de cosas. Yo me había llevado a Oriente Medio algunas de estas preocupaciones nacidas en Occidente. Una vez allí, donde en general el mal arrasa con crueldad, esas cavilaciones se transformaron en ratones inofensivos. Fácilmente manipulables, solo tenía que darles algo de calor de vez en cuando para mantenerlos en las condiciones de vida justas y recordar que yo venía del otro lado del Mediterráneo. Pero ahora que estoy aquí de nuevo, los ratones se han convertido en roedores más amenazantes. Me enseñan los dientes y me arañan cuando me despisto. Así que pongamos por caso que me levanto de buen humor, que ahora que ya he formalizado el alquiler del piso voy trampeando el día con gestiones antipáticas para cambiar el nombre del titular de la luz, del gas, del agua. Silbo una canción que tengo en la cabeza y llamo a algún amigo. Hoy no pueden quedar. Rebuscamos en la agenda, intentamos encontrar un hueco antes de las vacaciones de Navidad. Algunos tienen ahora una vida familiar que no me pareció tan relevante la última vez que vine, el

verano pasado. Se alegran mucho de oír mi voz, hasta se emocionan un poco cuando les confirmo que sí, que esta vez he venido para quedarme, pero noto que no acaban de implicarme en algo que no sabría definir qué es, algo que parece tener que ver con una sensación de desconocimiento por mi parte; todos estos años que he estado fuera los han provisto a ellos de algo que yo no tengo. Cuando he venido de vacaciones, esa cosa inmaterial ya estaba ahí, pero no la percibía porque yo tenía mi propia cosa creciendo en Beirut. La mía germinaba en el Líbano, pero no lo confesaba porque sabía que entonces tendría que afrontar la opinión de los otros. De los otros de aquí. La opinión de un padre, de una madre, de una abuela, de algún hombre, no recuerdo cuál. Incluso Berta, detrás de sus gafas de pasta, me ha cuestionado durante todos estos años que la cosa inmaterial pudiese progresar si no le proporcionaba un sustrato más profundo. Pero al parecer hoy nadie puede quedar conmigo y, resignada, no hago más llamadas. No me gusta la derrota. Nunca me ha gustado. El día avanza y dejo de silbar. Sigo peleándome con el cambio de titularidades.

Pongamos por caso que el rato que paso colgada del teléfono repitiendo numeraciones y código y hablando con contestadores automáticos se ajusta mal a la idea que me había hecho de venir hoy aquí: poner música, quedar en el bar de abajo para tomar un café con un amigo, pintar las paredes del salón, empezar a darle un aire hogareño a la que quiero que sea mi casa. Pongamos también por caso que, sentada en una de las dos sillas que de momento tengo, hablo por teléfono con mi hermana, que me ha llamado porque, si me parece bien, ha pensado venir a Barcelona cuando los niños salgan de la escuela, que mañana es sábado y no pasa nada si llegan un poco más tarde a casa. Enseguida me alegro de que quiera venir a verme con mis sobrinos. Siento una tímida alegría que responde a un objetivo de hace años, a algo que nunca he terminado de conseguir: entenderme con Glòria. Todavía sin libros, sin alfombras ni sofás, todo lo que le digo resuena dentro del piso, y mi propia voz me interpela. La animo sinceramente a que venga, sin ningún atisbo de duda, pero lo expreso de tal modo

que parece que lo que quiera sea que se eche atrás. Con ella me falta práctica, a las dos nos falta práctica, y no lo sabemos hacer mejor.

—Claro que sí, podéis venir, aunque todavía no tengo nada. No..., más que nada por los niños, que no sé..., sí, iré a comprar algo para picar. No tengo manteles ni nada, ¿eh? Que sí..., no, no, sí que me va bien. Así te enseño el piso. ¿Para aparcar? Para aparcar fatal, seguro que tendrás que dejarlo en un parking.

Finalmente quedamos hacia las seis, y pienso que si ha de venir con los niños es mejor que no pinte las paredes hasta que se hayan ido. Cojo la chaqueta y la bufanda y salgo hacia el supermercado. Una vez allí, siento que me ahogo. Otra vez la luz agresiva de los fluorescentes, otra vez la irritación, otra vez la sensación de incomodidad, de que todo es postizo. Vuelvo a sentirme perdida entre mujeres que compran con una determinación que queda fuera de mi alcance. Consultan las etiquetas de los productos con las gafas en la punta de la nariz, pesan las verduras y saben cómo se llama el corte específico que han de pedir en la sección de la carne. La cosa inmaterial. Parece que ellas también la poseen. Yo me limito a comprar unos paquetes de galletas y la botella de vino que me estoy bebiendo unas horas más tarde, sentada en el último peldaño de la escalera plegable. Salgo escopeteada del supermercado. Todavía no conozco mucho el barrio y, por un momento, me parece una casualidad extraordinaria que tres puertas más allá de mi bloque haya una pequeña juguetería. Cuando salgo de nuevo a la calle, analizo en un instante de euforia lo que siento llevando en las manos las cajas de Lego envueltas en papel de regalo. Es ilusión y es real. Mis sobrinos son un privilegio que me apetece mucho ganarme. «Pecas de egoísmo», me dirá Glòria en unas horas, pero ahora, por el momento, solo me preparo para hacerlo bien, lo quiero intentar, disfrutar de la sensación de tener dos sobrinos a los que ver crecer.

Dudamos un momento antes de darnos dos besos cuando llega con los niños. La hago pasar. A continuación me apoyo en el marco de la puerta y les cierro el paso a mis sobrinos. Les digo que no los dejo pasar hasta que me hayan dado al menos diez besos.

Exaltación, gritos, la piel suave, esos ojos tan vivos, los gestos torpes con los que intentan que me agache y me ponga a la altura de sus tres y cinco años. El pelo despeinado, la ropa impregnada de olor a viernes por la tarde, de lápices y manos sudadas, de colegio y chocolate. Glòria se ha quedado plantada en medio del salón. Con el zapato de tacón de aguja marca su ubicación sobre el plástico que cubre el suelo de mi piso, de lo que será mi hogar. Parece una generala del ejército señalando el país que está a punto de conquistar. Mira al techo. ¿Qué espera encontrar? Mira a su alrededor mientras se desabrocha cada uno de los botones del abrigo. La madre de mis sobrinos es Napoleón Bonaparte. Me pongo nerviosa, deseo que le dé su aprobación al apartamento.

—A ver, estos chicos tan guapos... Vuestra tía os ha comprado una merienda que solo la pueden comer los que tienen poderes mágicos. ¿Algún poder mágico por aquí?

Gritan y levantan la mano. Me he llamado a mí misma tía y me pruebo el sonido de la palabra como un vestido que te pones por primera vez, y me parece que me queda bien. El mayor me ha hecho un dibujo y me lo entrega sin dejar de saltar. Los niños se mueven. Los niños hacen girar el eje de la Tierra con sus saltos. El dibujo quiere representar una figura humana. Está hecha con palos, circunferencias y garabatos. De uno de los muñones que hace de mano sobresale un objeto confuso.

—Eres tú.

—¡Oh, me encanta! ¡Y me has dibujado comiendo una piruleta, con lo que me gustan!

La mirada experta de Glòria desaprueba mi comentario. El tacón de aguja contra el plástico continúa clavándose en el suelo del que ha de ser mi hogar.

—Que nooo, Tina. Míralo bien. No es una piruleta.

La Glòria madre. La Glòria que es más pequeña que yo. La hija segunda que siempre es la primera. La Glòria que sabe interpretar los palos y los círculos como si fuera una experta en los pictogramas de la escritura cuneiforme. La Glòria que posee la cosa inmaterial.

—¡Un chupa-chup! ¡Es un chupa-chup!

Grito exaltada, alejando el mal humor que me provoca su tono de maestra repelente. Los niños dicen que no gritando y riendo, moviéndose y multiplicándose por el espacio cubierto de plástico y cartón. El bote de pintura beige que creo que me proporcionará tanta estabilidad sigue esperando al lado de la escalera de tres peldaños.

—¡Un micrófono, chica! ¿Es que no lo ves?

La Glòria impaciente se adelanta siempre a todo.

—Eres tú, en la tele, dando las noticias —añade mi sobrino pequeño.

Y entonces lo cojo y lo lleno de besos. Yo en la tele dando las noticias. Yo, en la que en estos momentos es ya otra vida. Un palo y un círculo y dos muñones por manos. Antes de que la nostalgia me engulla corro a buscar los paquetes y se los doy a los niños.

—Ala, Tina, pero si dentro de cuatro días es Navidad. ¿Tenías que comprarles un regalo?

La Glòria aguafiestas rodeada de la alegría de sus hijos. Rompen el papel con la vista clavada en el paquete y, una vez que lo descubren, levantan las cajas como si fueran dos trofeos. Examinan la de uno y la del otro para ver si hay diferencias.

—¡Venga, va, más Lego!

Pone los ojos en blanco. Se da cuenta de mi mirada y trata de corregirse:

—¿Qué se dice, niños?

La Glòria que me harta. Me voy a la cocina a buscar las galletas y los zumos de manzana. Desde allí le pregunto si quiere una cerveza o una copita de vino, la otra opción es agua del grifo.

—Es que todavía no tengo nada, Glòria. Pensaba instalarme el lunes.

Las disculpas. Su aprobación. Asomo la cabeza por la puerta de la cocina. Se me acerca y me dice que tiene que conducir, que no quiere beber nada. Que para no tener nada, piensa que voy bastante bien servida de alcohol. Coge una galleta. Le enseño el piso con los paquetes de galletas en las manos. Parece que le gusta. No lo expresa abiertamente, pero la conozco. Lo sé por sus dos comentarios sobre la luz y el espacio del salón, por la serenidad

con que los suelta y, sobre todo, por lo que hace con la barbilla, ese gesto de beneplácito. Revisa los zócalos con la mirada. Es una auténtica entendida en materiales y temo que halle algún defecto que yo debería haber detectado, pero no. Asiente en silencio mientras se lleva una mano a la altura del pecho y toquetea el enorme medallón dorado que cuelga de su collar.

Napoleón tenía cien soldados,
Napoleón tenía cien soldados,
Napoleón tenía cien soldados,
marchando al mismo paso.

Se me escapa la risa, no sé si por la canción que me viene a la memoria cuando la observo con esa pose marcial o por la satisfacción de que mi futuro hogar reciba la aprobación de mi hermana. La opinión que los demás tengan de mí. Gustar en el trabajo, gustar también aquí.

Y merendamos. El tiempo pasa. Ella sentada en la silla, contándome algo de la ferretería, nosotros de rodillas en el suelo, rodeados de piezas, comiendo galletas de todos los tamaños y colores. Hago tonterías con los niños. Les hago cosquillas. Tumbados boca abajo, los asusto con muecas cómicas, me giro los párpados hacia arriba y pongo los ojos en blanco. Gritan espeluznados y lo intentan hacer también ellos. Mi hermana protesta un poco y oigo que dice algo que termina con la palabra *asco*, pero he visto que se reía a escondidas.

—Espero que la vuelta no sea tan complicada, porque tela para llegar hasta aquí.

Se queja del tráfico, del atasco en las rondas, del aparcamiento. Lo dice igual que los que vienen cada día a Barcelona a trabajar o a comprar los fines de semana, empeorando el tráfico, los atascos de las rondas y el aparcamiento. Y por la tarde regresan a lugares donde la calidad de vida es superior, naturalmente.

—Glòria, chata, es Barcelona. Haber venido en tren.

—¿Y si hay una urgencia?

Al principio no la entiendo. Continúo construyendo la nave con las piezas de Lego sin prestar atención a lo que acaba de decir. Azul, verde, rojo, amarillo, naranja. Se queda callada, así que la miro esperando que me aclare su pregunta. Tiene la vista perdida más allá de la ventana.

—¿Una urgencia? Si tengo una urgencia iré al Clínico, que está a cinco minutos de aquí.

Coloco dos piezas azules juntas. Encajan. La diferencia entre el Lego y la vida es que en el Lego siempre encaja todo. Y entonces es cuando lo dice:

—¡Que tengas tú una urgencia no, burra! ¡Joder, Tina, me refería a papá, por el amor de Dios! ¿Lo ves? Siempre pecas de egoísmo.

Todavía no acuso el golpe, de momento me concentro en sobrevivir. Le digo que ni que viviera en China y ella abre los brazos hacia los lados y los deja caer con fuerza sobre las piernas mientras con la cabeza hace un movimiento más propio de una cantante de rap que de una madre de la AMPA. Lo de China ha sonado infantil, ciertamente, pero solo yo sé hasta qué punto me odio por no haber sido capaz de corresponder con una respuesta más contundente al escupitajo de leche agria que ella me ha lanzado a la cara.

—A ver: vuelves porque papá está enfermo y todos tan contentos, y entiendo que no quieras vivir en su casa a tu edad, pero ¿no podrías haber alquilado algo en el pueblo? No, ella ha de irse al culo del mundo. Siempre. Bien lejos.

Ella soy yo. El culo del mundo, Barcelona. Ni siquiera puedo mirarla. Aparto la vista y la fijo en las cabezas de los niños, concentrados en las piezas, los dos juntos; dos remolinos de cabellos castaños, dos galaxias de pelo suave. Cojo una pieza amarilla y la aprieto dentro de mi puño hasta clavarme las puntas de sus cuatro ángulos.

—No he vuelto porque papá esté enfermo. Te recuerdo que no me dijiste que lo estuviera. La cuestión es que he vuelto y quiero estar cerca del trabajo porque tendré que ir todos los días. No sabía que papá estaba enfermo. Él no va a necesitarme a diario. Y mamá

tampoco, Glòria, ya lo he hablado con ella.

El rubor en la cara. Todavía no lo he hecho. He pensado en hacerlo, le he dado vueltas, pero todavía no he hablado con mi madre. Recuerdo cada una de las veces que desde muy pequeña me han dicho que soy demasiado impulsiva, que las casas no se pueden empezar por el tejado. Hablar con mi madre y alquilar el piso. Ese debería haber sido el orden. Pero todavía no atiendo al dolor. Sigo con el reto de sobrevivir, por eso digo muy convencida que si pasa algo urgente me puedo plantar en el pueblo en media hora, y que además la doctora lo visita aquí y no allí, que no se ponga tan dramática. Que es una exagerada de cojones, le digo, la reina del drama. Entonces coge el abrigo que había dejado sobre el respaldo de la silla, se levanta y se lo pone con cara de enfado.

—Va, Glòria, ¿en serio?

Les dice a los niños que lo recojan todo, que se ha hecho tarde. Los tacones clavados en el plástico que cubre el suelo del que había de ser mi hogar. Napoleón enfurecido. Una de las pocas cosas que recuerdo de la caída de Napoleón es que fue recluido en Santa Elena, una isla del sur del océano Atlántico. Cuánta información que no necesito para nada tengo siempre al alcance de la mano, y, en cambio, qué poca empatía. «Pecas de egoísmo.»

Las estancias del piso se llenan de silencio. Un silencio que en realidad es una pesadilla enorme y fea que le transmite todo el dolor y le comunica a la mujer sola que ha de hacer algo. Beber vino es lo único que se le ocurre. La mujer sentada sobre la escalera de tres peldaños piensa que el color de la pared es como ella: quiere aparentar estabilidad, pero solo atiende al interés propio, o al tono quemado de la desesperación melancólica. Se pregunta si quedándose en ese piso recuperará a la mujer alegre que había existido previamente a la de ahora, si alguna vez desaparecerá la sensación de provisionalidad. Si dejará de decir *piso* y conseguirá llamarlo *casa*.

Egoísta es un reproche letal. Mortifica porque habla de un amor excesivo hacia una misma. En una entrevista, le preguntan a Rosa María Calaf si tiene algún antídoto contra el dolor, y la mítica periodista y corresponsal, de quien tantas lecciones he aprendido,

responde elegantemente que el único antídoto contra el dolor es sentirlo.

Me refiero a la disculpa

«El miércoles tengo una comida en Barcelona. Tu hermana me ha dicho que ahora vives allí. ¿Nos tomamos un café a media tarde?»

Ese es el anzuelo que muerdo gracias al cebo artificial hecho con tres frases que no pegan nada juntas. El tono medio distraído y en el fondo totalmente intencionado de la primera, cierta gallardía en la pregunta que cierra el mensaje, que más que de invitación tiene un regusto de orden, y el extravagante secretismo que aporta la hermana como intermediaria dentro de los límites de un encuentro entre dos personas que un día se quisieron. En un primer momento dejo caer el móvil sobre la cama y me digo que no pienso contestar, pero pasan las horas y, pese a que intento distraerme con todo tipo de tareas para ir acomodando el piso, no me quito a R. y a su indecente propuesta de la cabeza y, finalmente, muerdo el anzuelo. Lo muerdo porque no he llegado a entender el final de «lo nuestro», y aunque creía que sí, lo cierto es que no parece que haya aceptado que me abandonases. Lo muerdo porque los peces que estamos fuera del agua nos agarraríamos a cualquier cosa que nos recordase al mar.

El miércoles aparecerás cuando yo ya me haya acabado el café y haya desintegrado el sobre de azúcar en mil pedacitos dignos de un mosaico. Aparecerás con tu cálida presencia y disculpándote por el retraso. La comida se ha alargado y, a juzgar por la ligereza con la que entras de lleno en la conversación y el tufo a alcohol que queda suspendido entre nosotros, parece que las bebidas también se han alargado. Sonríes mientras te quitas la chaqueta y me miras fijamente a los ojos. Tendría que estar prohibido. Tendría que estar prohibido mantener contacto visual con quien no puede dar con las palabras correctas y, al mismo tiempo, centrarse en el rostro de la persona que lo ha abandonado.

Hay una interferencia entre mi mirada y mi tartamudeo que a ti no parece que te afecte.

Levantas el brazo para llamar al camarero y sonríes, oh, cómo sonríes, Dios mío. Me vienen a la cabeza todo tipo de estupideces, y para salvarme me aferro a la falsedad con la que adornabas tu nombre público con aquello de Hemingway: «La mejor manera de saber si puedes confiar en alguien es confiando en él». Lo pusiste en tu perfil de Twitter. Y yo, fuera del agua, buscando aire desesperadamente, decido confiar en ti esta tarde de diciembre, más por no morir en el intento de estar tomando un café con quien follaba conmigo cuando era el periodista soltero e impasible que hacía radio en Bélgica, que por retomar cualquier tipo de confianza conocida con quien me abandonó para convertirse en todo un padre de familia.

Tienes los ojos enrojecidos y los párpados ligeramente hinchados por las copas de más que te has tomado antes de venir aquí, pero mantienes el encanto de siempre enmarcado en esa sonrisa que te dulcifica la expresión. Es una sonrisa profundamente sexual. Evítala, por lo que más quieras, no sonrías así, te diría, pero yo también sonrío como una tonta. Mi dignidad puesta en riesgo por cómo se te armonizan las facciones; en el fondo, sonreírnos de esta manera absurda tal vez sea el único intercambio sano que saldrá hoy de aquí.

—Valen, cómo me alegro de que hayas podido venir.

Valen es un apodo odioso. No me gustaba antes y todavía me gusta menos ahora. Bajas la mirada y coges algunos de los trocitos del sobre de azúcar que he desmenuzado antes. El gesto me resulta un tanto violento, como si te estuvieras apropiando de mi nerviosismo. Espérate a que traigan tu sobre y lo destrozas tú mismo, guapo.

—Me enteré de lo de tu abuela. Lo siento.

Dejo que el lenguaje corporal conteste a tu comentario, que me pilla desprevenida. Pierdo la mirada más allá de la ventana. Mi abuela supone todavía un pellizco de dolor en mitad del corazón, un recuerdo tierno. Hay transeúntes cargados con bolsas, una furgoneta mal aparcada que despierta la ira de los conductores que

esperan, las luces de Navidad encendidas intentando disfrazar un mundo herido. La vida de ahí fuera no sabe nada sobre la incomodidad de aquí dentro. Añades que el otro día, en el súper, no supiste cómo reaccionar. Rápidamente te rascas la ceja porque no sabes qué hacer con las manos y llamas de nuevo al camarero. Que yo era la última persona con la que esperabas encontrarte, y que aunque no lo pareciese te hizo mucha ilusión verme.

—Yo tampoco pensaba encontrarte, ni en el súper ni en el pueblo. ¿Qué fue de todos aquellos planes que te tenían que llevar de Bruselas a Madrid? Se esfumaron, supongo.

Doy un volantazo brusco para reconducir la conversación hacia ti, por si tenías la intención de que fuera yo la que llevara la voz cantante. Contestas, pero no te escucho. No me interesa lo que puedas decir. Solo quiero que me hables de aquel vacío en el que me dejaste caer. Que me hables del porqué. Mientras divagas acerca de la rocambolesca casualidad de que un conocido te ofreciera no sé qué trabajo en un estudio de grabación de aquí, yo me entretengo observando cómo el tiempo ha empezado a teñir de gris y blanco algunas zonas de tu pelo tan rubio. Ya no eres un hombre rubio rubio, rubio amarillo o rubio dorado. Tendré que encontrar una subcategoría nueva para ti. Mi ex es rubio ceniza. Hay un estudio de un antropólogo canadiense que afirma que al final de la última glaciación el pelo rubio se expandió muy rápidamente debido a la selección sexual femenina; así que cuando empiezas a preguntarme lo que no te quiero responder sobre qué planes tengo en el ámbito laboral, te suelto la explicación del antropólogo. Ríes de forma contenida. No te rías, por lo que más quieras.

—Veo que sigues coleccionando teorías para cada ocasión.

Y a continuación pones tu enorme mano sobre la mía. No completamente, solo la arqueas como una jaula con los dedos, pidiéndome permiso para el contacto. Llevas una alianza de las clásicas que todavía brilla mucho, demasiado para mi gusto. Me pregunto si tendrá algo grabado en el interior, alguna frase que compartís, una fecha, un lugar, el nombre de alguna canción que pusiese en marcha lo que sois ahora. Te miro y te ordeno con la

mirada que me quites la mano de encima. Cómo me cuesta disimular lo mucho que me ha gustado notar la presión suave de tu piel. Siempre tenías las manos calientes, nunca llevabas guantes y cuando caminábamos juntos yo introducía mi mano dentro de tu abrigo para encontrar la tuya. Seguramente no te dabas cuenta cuando me explicabas cómo pivotar o coger rebotes, pero a mí el baloncesto me interesaba básicamente por tus manos, por toda aquella fuerza que desplegaban sobre la pista, y toda aquella suavidad de después buscando la parte interior de mis piernas, acariciando mi bajo vientre y mesurando la copa de mis pechos a través de las sábanas. Me enderezo totalmente alterada.

—Mira, la verdad es que no sé qué hacemos aquí. ¿Por qué querías quedar?

Y es entonces cuando suspiras, miras a la mesa y tuerces el gesto. No me parece que estés haciendo teatro, pero no consigo relajarme cuando me dices que por nada en concreto, que desde que nos encontramos en el supermercado has estado a punto de levantar el teléfono cada día, pero que no querías ser un estorbo.

—¿Lo soy? —preguntas empequeñeciendo los ojos, y yo suspiro desganada.

—Todavía no lo sé, depende. ¿Tienes algo importante que decirme?

Me refiero a la disculpa que me debes desde hace años, pero tú arqueas las cejas y me cuentas que has tenido tres hijos. Coges la taza y te escondes detrás de un sorbo. Claro, los hijos. Son una cosa importante, está claro. Mis óvulos congelados, que ya deben de haber caducado, dentro de los tanques de nitrógeno en el fondo de una nevera de laboratorio. Recibí una fotografía digital con la imagen de los ovocitos vitrificados. Era como una de esas tarjetas regalo, pero con fecha de caducidad. La calidad de los óvulos preservados no se había visto alterada por el paso del tiempo, pero yo sí. Tampoco te dije nada. No habíamos llegado a esa fase, nos quedamos en esa otra en la que todo lo que todavía no habíamos hecho poseía el poder de la ilusión. Pero el tiempo biológico limitado y el estilo de vida que me imponía el trabajo hicieron que me inclinara por la prevención perversa de gastarme los pocos

ahorros que tenía en la azarosa industria de la maternidad. Comprar tiempo, postergar. Un error, quizá: sin la posibilidad de congelar los óvulos quién sabe si habría intentado tener hijos antes. Probablemente contigo. Cuando me dejaste ya no supe cómo hacerlo, y ahora es demasiado tarde. No sé si sirve de mucho congelar las posibilidades, lo que sí sé es que resulta útil comprender que la culpa es fragmentaria y se puede distribuir para después imponer el castigo adecuado a quien corresponda. Decido satisfecha que una parcela de la culpa que arrastro por no haber hecho sitio a un hijo te pertenece a ti.

Me toca a mí preguntar.

—¿Te hacen feliz?

Vuelves a sonreír y juegas con el asa de la taza.

—Y yo qué sé. Supongo que sí. —Te encoges de hombros antes de continuar—. Voy más de culo que otra cosa, pero los quiero muchísimo.

Después cambias de tono y te despiertas de golpe, hay una pequeña explosión de color en tu forma de hablar, como si yo fuera la artista invitada, alguien de quien se esperan grandes noticias, historias exóticas provenientes de muy lejos.

—¿Y tú qué? ¿Qué me cuentas? ¿Estás casada, tienes hijos?

Confío en que con la expresión de mi cara ya tengas suficiente, pero por cómo abres los ojos estás esperando que diga algo. La trayectoria y la planificación de la vida en las relaciones personales que se espera de una persona nacida en los setenta, el intento de calcularlo y dominarlo todo, supongo que por el miedo a no estar a la altura en una generación educada con la perspectiva del crecimiento entre ceja y ceja. Al fin y al cabo, cuatro décadas deberían poder servir para mirar hacia atrás y hacer una lista de todo lo que uno ha ido cosechando: una o dos exparejas, los títulos, los trabajos, una mujer, tres hijos, la casa adosada. Y yo perdida todavía por caminos poco convencionales, incapaz de calcular las consecuencias de lo que siempre me han dicho que eran decisiones impulsivas, intentando que la angustia de quedarme rezagada no se materialice ahora, en esta mesa, contigo delante, tan ordenado y con la promesa eterna a una mujer naranja de una vida sin

sobresaltos. Y he de irme lejos a buscar aquella armadura metálica construida con el paso de los años que al menos cubre las partes vitales. Escudada por un pasaporte y el mapa de tantas ciudades en ruinas, protegida detrás de mi propio muro, donde podía moverme, temblar, reír, hablar. Las preguntas que me haces, el nombre que pronuncias, ¿dónde quieres ir a parar? Todavía tienes el poder de entrar en mí y perjudicarme. Todas mis defensas corroídas por cada intento tuyo de restar importancia a lo que me hiciste. Me miras con curiosidad, pero yo sé que se trata de una curiosidad falsa. Has hablado con mi hermana. No creerás que no sé que tienes toda la información que necesitas, así que solo emito un gruñido que no llega ni siquiera a expresión, un esfuerzo monumental por resumirte casi toda una década, con su herida y su supuesta cicatriz.

Percibes mi predisposición a adoptar una estrategia de evasión ante cualquier pregunta que puedas hacerme, así que le das otro sorbo al café con leche y, con los labios brillantes, dices que no te sientes nada orgulloso. No tengo por qué saber de qué hablas, pero no puede tratarse de tus hijos. Anteponiendo una levísima tos para aclararte la garganta, confiesas que no supiste cómo gestionar la situación, que tenías la impresión de que con la corresponsalía en Oriente Medio yo había encontrado lo que buscaba y que nunca más regresaría a Europa, que me gustaba tanto Internacional que estabas convencido de que, si dabas algún paso adelante, yo no te seguiría, y que entonces, sin buscarlo, la conociste a ella, «Helena —me aclaras—, mi mujer, la madre de mis hijos». Cuántas cosas posees, R., pienso. La cosa inmaterial: ¿tú también la has encontrado? Dices que fue todo muy rápido porque os colgasteis mucho el uno del otro, y utilizas ese verbo, *colgarse*. Me pregunto si mi error fue ir lenta como una tortuga con esto del amor y si yo me llegué a *colgar* en algún momento de ti. De los ritmos y de tu manera de interpretar mis actos más o menos ya habíamos hablado en un precario intercambio de mensajes durante aquel primer año en Beirut en el que me hiciste saber qué era sentirse patética. Tenerme aquí en carne y hueso debería servir para que me explicases algo más arriesgado. Todavía espero tu

disculpa, pero tú continúas con la oportunidad que os surgió de comprar una casa adosada de una promoción que estaban construyendo en el Maresme, muy cerca de la casa de tus padres, y de pronto te empiezas a encoger delante de mí, te haces pequeño, poca cosa, insignificante. En ningún momento intentas pedirme perdón, prescindes de las habituales pretensiones que se entretejen cuando uno ensaya una coartada, una defensa. Eres el hombre predecible. Menguas, como el dorado de tu pelo. Hombre ceniza. Con todo el espacio que ocupabas entonces. Ahora entiendo que te hiciste mucho más grande cuando desapareciste de mi vida. Comprendo que el vacío de los que deciden desaparecer ocupa siempre mucho más espacio que la presencia de los descarados que un día vuelven como si no hubiera pasado nada.

—Pero créeme, Valen, te merecías algo mejor que lo que yo te podría haber dado.

Ahora sí que quedas reducido a una mancha insignificante. Dadas las circunstancias, podría permitirme algunas licencias, pero supongo que es demasiado tarde para girarte la cara de una bofetada. Suenan villancicos yanquis de fondo y de las ventanas de la cafetería cuelgan unas guirnaldas de lucecitas que me tienen embobada, sumergida en una especie de estupor nada propicio a la agresividad. No sé de dónde saco la fuerza para agarrarte:

—Mira, intenta poner la boca así.

Aprieto los labios como si fuese a pronunciar la letra pe. Te encoges de hombros y te ríes sin entender nada.

—Tú pruébalo, ya verás que no cuesta tanto: «Perdón, Valentina, perdóname por todo el daño que te hice». Inténtalo tú solito, va.

A continuación recojo un puñado de papelitos del sobre de azúcar y te los lanzo a la cara, enfadada. Tú te ríes, pero ahora te cubre un velo parecido a la vergüenza y la timidez. Vuelves a tocarme los dedos y esta vez te los agarro fuerte. Sé que bajo esta versión reducida de ti mismo ya eres inofensivo, y solo ahora empiezo a comprender que en su día tal vez estabas perdido, como lo estoy yo en este momento, y que huiste, como también yo he huido. Nos sostenemos la mirada para dilatar ese segundo de

redención y yo lucho para que no se manifieste la dependencia insana que tengo hacia ti o hacia la idea de un tú que según Berta debería haber superado hace ya mucho tiempo. ¿Cómo puede ser? ¿Cómo puede ser que no haga ni media hora que estamos juntos y ya te haya perdonado sin que tú me lo hayas pedido? El amor debe ser también eso, ¿no crees? Y es que de pronto parece tan prosaico que nos pongamos a hablar de lo que pasó con «lo nuestro». Supongo que no hay que intentar encontrar explicaciones racionales para según qué cosas. Así pues, si te parece, hombre ceniza, huye de mí. Si no volvemos a coincidir, recuérdame con esta sonrisa agridulce y esta mirada que intenta decirte que la tenacidad del amor no se aguanta por ninguna parte. Al menos, no entre tú y yo. Pero entonces sonríes, oh, cómo sonríes. Tu encanto es un cúmulo de expresiones faciales asociadas a la alegría, los buenos recuerdos y la satisfacción. Me levantas la barbilla. Me he de repetir a cada latido que me degradaste. Te degradó, Valentina, te degradó. En tus ojos hay litros de alcohol.

—Cómo te prueban los cuarenta, Valen.

—¿Eso es todo lo que has venido a decirme?

—Y cómo te prueba perdonarme.

Te miro con un gesto desafiante. Tu desvergüenza me provoca aversión, pero, después, todo lo que hay en ti de refrenable me hace estallar en una carcajada. Desencaminarse también debe ser esto, perder los papeles y expresar la emoción opuesta.

La cazadora

Franja de Gaza, abril de 2019

Todavía en Beirut. Los meses pasaban sin nada destacable más allá del trabajo, que ya solía serlo bastante por él mismo. De repente, la primavera, fiel, volvió a estallar. Siempre me sorprendía cuando lo hacía. La placidez de los atardeceres de Beirut. Las charlas en las terrazas, la música alegre, el fucsia de las buganvilias trepando por las paredes desconchadas, el festival de rosas y azules de las puestas de sol en la Corniche, la esbelta silueta de las palmeras, la vasta y azulísima serenidad del Mediterráneo a los pies, y allá, lejos, las cimas todavía nevadas de la cordillera del Líbano. Mis padres estaban en Beirut. Los tenía instalados en mi piso de Hamra desde hacía un par de días.

Era la primera vez que venían desde que yo estaba en el Líbano. Las dimensiones del piso eran reducidas y les había cedido mi habitación. Yo dormía en el sofá con el orgullo de la hija que cede la comodidad a los padres, con el entusiasmo de lo que quedaba de la niña que intentaba agradarlos, seducirlos. También estaba ahí la universitaria exasperante que seguía buscando que la perdonasen a través de lo evidente: «Mirad dónde estoy, mirad todo lo que hago, mirad la mezquita, mirad las oficinas, mirad la pequeña tienda de láminas de artistas locales, mirad mis compañeros de trabajo, mirad este restaurante de pescado». Pero ellos veían una cucaracha en el balcón, veían la mancha de humedad que había aparecido en una pared del comedor tras unos cuantos días de lluvia, veían mi congelador lleno de comida precocinada, veían a los refugiados sirios mendigando en nuestra calle, veían los cortes de luz diarios que les dificultaban la conexión instantánea con la otra hija, que los quería mantener

informados sobre unos pedidos del negocio familiar. Cuando llevaba tiempo sin verlos pensaba que aquello se podía reparar. Que aquello que siempre acababa estropeándose entre ellos y yo, sobre todo con mi madre, se podía reparar.

Un miércoles volvíamos de comprar un montón de cosas en el supermercado porque mi madre quería cocinar. Estábamos contentas. Nos habíamos detenido en un Barbar, toda una institución del *fast food* en Hamra, y caminábamos compartiendo un *manaqish* de queso. Yo iba señalándole cosas aquí y allá, saludando orgullosa a los conocidos con las expresiones que me sé en árabe, y aunque ella apenas decía nada, su silencio era más bien revelador. En su mirada había satisfacción; yo quería creer que ella se iba acomodando al tejido humano y sensorial que me acogía desde hacía un par de años. Pensé que con aquel paseo constataría la solidez de mis días, todo lo que les daba sentido y que estaba hecho de aquellas cosas que habitaban tan lejos de su casa, de nuestra casa. Sentí agradecimiento. Había una complicidad, una satisfacción, una conexión madre-hija que tenía que ver con el acortamiento de las distancias geográficas, con la tranquilidad de una madre que, pese a los peligros que intuía cuando me veía o me escuchaba en los informativos, ahora, paseando a mi lado por aquellas calles, tenía la impresión de que se desvanecían y era capaz de reconocer que yo estaba justo donde debía estar.

Cuando estábamos a punto de llegar a casa, se me acercó dando saltitos la niña siria de las trenzas que siempre metía su mano en mi bolsillo mientras me guiñaba el ojo, más que nada como un juego. «*Madam, madam, please.*» Juntaba los dedos y se los acercaba a su boca de piñón. Noté como mi madre, incómoda, se ponía rígida a mi lado. Se relajó un poco cuando vio que yo conocía a la niña y que jugueteaba con sus trenzas, que sacaba un puñado de caramelos del bolso y se los daba. Entonces, del callejón de detrás, aparecieron como flechas dos niñas más. Las había visto otras veces. Caminaban decididas hacia nosotras, con las chanclas gastadas y las piernas sucias de haber pasado todo el día sobre el asfalto. Las tres nos rodearon y nos impedían andar con facilidad. Desgreñadas y con ropas demasiado anchas, mendigaban con una

cantinela aprendida de memoria sin dejar de mirar en todas direcciones. A mi madre se le aceleró la respiración. Le pedí riendo que por favor se tranquilizara, que solo eran niñas. Al parecer, aquello no le hacía ninguna gracia. Ellas, mientras tanto, permanecían atentas a mis gestos, observando si sacaba o metía las manos en la bolsa o en los bolsillos. Eran vivaces, despiertas, rápidas, se movían con la actitud adulta de la alerta, del deber de buscarse la vida, hartas de todo aquello. «*Madam, please, one dollar*», decían estirando la manga del jersey de mi madre, y ella me miraba inquieta, agarrándose con todas sus fuerzas a su bolso de cuero.

—Mamá, por favor, que son niñas del barrio.

—¡Dales cuatro chavos y se irán, venga, Tina!

Yo no quería darles dinero. Les di algo de la comida que llevábamos en las bolsas, como había hecho alguna otra vez. La de las trenzas sonrió y se alejó alegre dando de nuevo aquellos saltitos, con las manos llenas de fruta y un paquete de queso rallado; las otras dos dijeron algo con cierto rencor. Después miraron a ambos lados de la calle y, sin prestar atención a los coches, desaparecieron entre la gente. Mi madre se recompuso y murmuró: «Criaturas de Dios», con más recelo que compasión. La familia está hecha de un material poroso por el que siempre se acaban filtrando las carencias y las verdades. Me di cuenta de la fragilidad del cordón umbilical que nos unía, de lo poco que dura la dulzura de mi conciencia familiar, una dulzura fina como una capa de azúcar quemado que se agrieta al golpearlo suavemente con una cucharilla.

Más tarde ella estaba cocinando y canturreaba perdida en su universo particular. El alivio, el susto superado. Mi padre, que no habla una palabra de francés, inglés o árabe, había trabado una amistad basada en el lenguaje gestual con Omar, el conserje de la finca. No sé cómo lo hacían, pero se pasaban horas charlando y riendo. Yo, enfurruñada, ponía la mesa. Mi madre, con su reacción en la calle, llena de prejuicios, me había exasperado. Me pidió que probase el sofrito y me acercó el cucharón de madera a los labios. Eran las palabras que había escogido para hacerme saber que se

preocupaba por mí y que me quería. Le dije que estaba buenísimo. Fueron las palabras que yo elegí para decirle que la perdonaba y que no se lo tendría en cuenta. La familia estaba a salvo, pero a partir de entonces experimentaría un inevitable estremecimiento regresivo hacia los años de juventud que me dificultaría mantener las formas con ella durante prácticamente todos los días de su estancia allí.

Al cabo de unas horas llegó el mensaje de Ivan: ya tenía todo el material a punto y Samir había conseguido las entrevistas que yo quería hacer en la zona de la Franja. Saldríamos al día siguiente, a las diez de la mañana. Recuerdo que me tomé aquel mensaje como una especie de rescate. Dejé a mis padres alojados en un hotel del Downtown durante los días que estuve fuera, lejos de las paredes derruidas y muy cerca de las terrazas de madera renovadas y de los apartamentos de lujo.

Era un reportaje ambicioso. Los tres habíamos estado debatiendo sobre el tema de la Franja hacía unas semanas en el despacho, relajados, con cafés de máquina y muchas chucherías. Nos habíamos reunido para montar todo el dispositivo. Podríamos haber hecho todo aquello desde casa, pero tanto mis compañeros como yo teníamos bastante claro que las oficinas, lejos de ser algo obligatorio, convertían la pauta de la amistad en una maniobra de seguridad, en una familia que, en este caso sí, estaba hecha de un material sólido a través del cual nada se echaba a perder. Siempre se producía una comunión extraña y agradable entre nosotros, una sintonía inusual, un afecto a menudo asilvestrado que de algún modo se acabaría convirtiendo en la red que nos sostendría cuando compartiésemos situaciones delicadas, como la que estábamos a punto de vivir muy cerca de los francotiradores y los soldados israelíes. Se conmemoraba el primer aniversario de la Gran Marcha del Retorno, que reivindicaba el derecho de los palestinos a regresar al actual Estado de Israel. Hacía un año, los tres habíamos ido a cubrir la protesta. Un año más tarde, de nuevo Israel y Hamás se enfrentaban a un callejón sin salida, a una situación que conocen de memoria y por la cual los civiles pagan siempre el precio más alto. Estábamos pendientes de los manifestantes, que

llevaban numerosos neumáticos para crear escudos de humo para las protestas. Nos encontrábamos en una gran explanada rodeada por una de las verjas que delimitan la frontera con Israel. Ivan quería colocarme justo delante de una columna de humo para grabar toda la agitación que había detrás. Recuerdo que protesté, veía que el humo estaba demasiado cerca y no me sentía cómoda.

—No me gusta que tomes el plano desde aquí, Ivan. ¿No podrías situar la cámara más cerca de aquella furgoneta? Un poco hacia la derecha, ¿vale?

Me peleaba con mi pelo, estaba nerviosa, había polvo, viento y humo, también un ánimo contenido, una tregua a la espera de que ocurriera algo importante. Ivan insistía en grabar allí mismo, decía que se trataba de un lugar privilegiado. Había tenido que correr para adelantarse a los otros y plantar allí la cámara. Al lado de la furgoneta que yo le indicaba había cámaras de otros medios. Me encontraba mal desde hacía horas. Tendría que haberme tomado el analgésico antes de salir del hostal. Tenía los ovarios en plena efervescencia. Me sentía muy hinchada, paralizada, y estaba demasiado pendiente de mi cuerpo, de aquel dolor focalizado a la altura del vientre y los riñones. Tenía la impresión de que la cabeza me iba a estallar. Sangrado abundante. Llevaba una cartulina llena de notas y me agarraba a ella. La utilizaba de abanico. Estaba mareada y sabía que todavía faltaban muchas horas antes de que pudiéramos volver al hostal. Consciente de que no podría ir al lavabo ni conseguir un analgésico, tomé aire y le pedí de nuevo a Ivan que cambiáramos la cámara de sitio.

—¡Estamos demasiado cerca de la verja, Iván, y además hay mucho ruido!

—¡Valentina, joder! Estamos donde tenemos que estar. ¡Va, que solo serán unos minutos!

Tragué saliva. Me tragué el dolor. Es lo que siempre he hecho para que me tomen en serio. Me siento fracasar por mi incapacidad de decir en voz alta, y entre compañeros hombres, que no me encuentro bien sin experimentar cierta humillación, por formar parte de las que todavía seguimos trabajando, incapaces de confesar que casi no nos aguantamos de pie. Por formar parte de

las que entendimos que ser fuerte era sinónimo de ocultar la debilidad en lugar de manifestarla. Y en contextos donde dominaban los hombres, siempre pendiente de que me valorasen como periodista y no como mujer, aún aprendí más a disimular mi malestar. Daría lo que fuese por haber nacido dos décadas más tarde, con determinadas lecciones aprendidas y los ovarios en su sitio.

A mi alrededor había jóvenes y niños. La gente gritaba, y un grupo de hombres pasó acarreando una camilla para atender a un herido. Un poco más allá de donde estábamos, las mujeres lo observaban todo con la frente arrugada bajo el velo. Hacía viento y frío, y ondeaban las banderas palestinas. Se oía la sirena de una ambulancia que alertaba de lo que estaba pasando junto a la verja. Me habían comprado el tema para la radio y la televisión. Mi jefe esperaba que me superase en cada nueva crónica y yo me quería lucir. Las imágenes que pretendíamos grabar en la verja servirían como colofón para cerrar la pieza, que incluía entrevistas a padres y psicólogos que trabajaban en la zona de la Franja. Era parte de un reportaje más largo que hablaba de la devastación mental y emocional de la mayoría de los niños y jóvenes de la zona.

Ya hacía tiempo que trabajaba en aquella región. Intentaba tener siempre una mirada amplia y nada fiscalizadora, aunque a veces me costaba mantener a raya al ser humano que opina y se lleva las manos a la cabeza. «Si crees entender el Oriente Medio es que no te lo han explicado bien», suele afirmar el admirado corresponsal Tomás Alcoverro. ¡Y cuánta razón tiene! Explicar el Oriente Medio es complicado. Explicármelo a mí misma todavía más. No tengo una ideología fija ni demasiadas certezas políticas, pero sé que lo que se ha de contar tiene que ver con el relato de las personas. El otro relato, el político, el que abre los informativos en todas partes, forma parte de nuestro concepto de su lucha, una letanía de batallitas que funciona bien como resumen pero que cada vez siento más impersonal y genérica. Utilizamos un lenguaje demasiado grandilocuente para narrarlo, un lenguaje que es un cultivo de indiferencia: bajas, gases lacrimógenos, refugiados, protestas, bloqueo, comisión investigadora de la ONU, geopolítica,

proceso de paz. Montañas de palabras, conceptos y bailes de cifras que en realidad no reflejan la historia pequeña, la escrita en minúscula, el impacto directo en el día a día de todos los conflictos, que en este caso concreto interfiere en las relaciones entre las dos grandes comunidades, la israelí y la palestina. El lenguaje periodístico, según cómo, sirve para que teoricemos desde nuestra comodidad, pero el mundo no se puede entender a golpe de titular. Las palabras que explican lo injustificable nunca brillan tanto: hambre, agua contaminada, insulto, hacerse pipí en la cama, miedo, hijo, anemia, restricciones, infección en la pierna, paro, herida abierta, pesadillas, agua corriente, humillación, síndrome de estrés postraumático, cuatro horas de electricidad al día. La urgencia está siempre en el lenguaje más pequeño. Ser testigo de la violencia debe servir para denunciar la violencia. Ser testigo de la injusticia debe servir para denunciar la injusticia.

De repente, vi a Samir caminando furioso hacia nosotros y agitando en el aire un chaleco antibalas. Era el mío. Me lo había olvidado en el coche. Me pidió que hiciese el favor de acercarme y, cuando lo hice, me dijo gritando que era una irresponsable. Quería saber en qué coño estaba pensando, qué cojones me pasaba. Hubiera querido hablarle de aquel dolor que atormentaba cada rincón de mi cuerpo sin el maldito analgésico olvidado, pero yo misma preferí convertirlo en un tema poco digno de falta de atención, así que me recompuse, me guardé mi feminismo mal entendido y me quedé callada. Él estaba fuera de sí, se le marcaban las venas del cuello y me miraba inquisitivo. «¿Eres idiota o qué?» Preferí pensar que tal vez el hecho de hablar en un idioma que no era el suyo le hacía tergiversar a veces el verdadero significado de algunas palabras, pero lo cierto es que su insulto me desmoralizó profundamente. Me arrojó el chaleco contra el pecho y, de malas maneras, me ordenó que también me pusiese el casco. Estaba nervioso, todos lo estábamos, y también estaba enfadado. Por encima de todo, yo debía recordar que él se preocupaba por mi seguridad. Me pasó el casco con fuerza, con sus brazos musculados, y lo hizo justo cuando yo me estaba girando, de modo que, sin querer, me dio un fuerte golpe en la nariz y enseguida empezó a

salirme sangre. Se apresuró a preguntarme si estaba bien. «Perdóname», me decía, pero esta vez se había excedido. Me limpié la nariz con la manga de la chaqueta y lo miré con cólera. Mientras me ponía el chaleco antibalas, me dirigí hacia Ivan, pero estaba demasiado irritada y concentrada en aguantarme las ganas de llorar. Pasé de largó y seguí caminando en línea recta para acercarme a la verja, sangrando sin parar, por arriba y por abajo, indignada por haberme dejado el chaleco y el casco, por la bronca de Samir, por tener un cuerpo que se manifestaba con aquella insolencia. Los dos me gritaron que volviese, que no pasaba nada, que pondríamos la cámara donde yo quisiera, más a la derecha. No podía soportar el tono paternalista, su condescendencia. Quería que el caos me engullera y no dar media vuelta hasta que me hubiese calmado y pudiese terminar mi trabajo.

A mi alrededor, la protesta se enardecía cada vez más, pero había niños por todas partes, también cerca del muro de hormigón. Seguían jugando, y eso aportaba cierta tranquilidad. Se lo estaban pasando bien, algunos lanzaban piedras, pero en todo caso formaba parte de un juego, del entretenimiento propio de los niños, pese a que cuando afiné el oído enseguida me di cuenta de que jugar a «ser mártir» y a «tirar al palestino» era una deformación de la propia idea de ser niño y de su derecho a divertirse. Todavía estaba enfadada y, a raíz del juego de aquellos niños, quise cambiar el enfoque de lo que había escrito. Iba caminando y dándole vueltas al asunto, y solo me detuve cuando oí las ráfagas de balas que abatieron a varios de aquellos niños. El miedo me dejó paralizada. Oía cada uno de los lentos e intensos latidos de mi corazón. Más tarde lo sabría: impactos de bala de fragmentación de piernas; para mutilar, no para matar. El ejército israelí disparaba de manera intencionada a niños, a adolescentes, a sanitarios, a periodistas. Por mucho que me lo hubieran contado, la evidencia era tan cruel que no quería creérmelo. Los niños gritaban de dolor.

Todos aquellos gritos, todo aquel sufrimiento, aquella protesta, ¿supondrían algún cambio para la comunidad internacional? Y toda aquella brutalidad ¿tendría consecuencias

políticas? ¿Los responsables quedarían impunes? Todos los que estábamos allí refugiados bajo el paraguas del periodismo ¿sabríamos narrar la infinidad de matices que contenía el horror de aquel episodio concreto? ¿Reaccionaría de algún modo el público, una vez que hubiera sido informado? ¿Sabría yo contar lo que estaba pasando sin fomentar estereotipos ni caer en la pornografía de la miseria en los dos malditos minutos de los que disponía para la retransmisión? Hacía meses que había empezado a albergar dudas sobre mi trabajo. Cada vez me costaba más mantenerme neutral. Podía seguir dando testimonio de lo que ocurría, pero, al verme incapaz de entenderlo, se alzaba ante mí un mundo tenebroso que me resultaba muy difícil convertir en noticia. En aquellos momentos solo quería correr a ayudar a los niños que se retorcían de dolor en el suelo.

De pronto, los gases lacrimógenos. También para los gases lacrimógenos hay una primera vez, y mi error fue restregarme los ojos. La visión se me volvió borrosa, y el ardor en los ojos era tal que pensé que nunca más podría volver a ver. Un par de chiquillos, que no debían de ser mucho más mayores que mis sobrinos pese a dar muestras de conocer a la perfección las rutinas del conflicto, tiraban de las perneras de mis pantalones, me mostraban botellas de aguas y señalaban hacia mis ojos. Los paramédicos de la Media Luna Roja iban identificados con batas blancas y gritaban haciendo señales con las manos para mostrar que no llevaban nada mientras evacuaban a los heridos. Uno de ellos se detuvo al verme paralizada y me roció los ojos con una solución salina. Intenté recomponerme. Quería llegar a uno de los niños a los que habían disparado, el más pequeño de todos, que parecía no moverse. De pronto percibí todo el peso de Samir, que me agarraba por detrás, impidiendo que siguiera andando. Anunciaba a gritos que yo era periodista: «*Sahafié, sahafié!*». En medio del hedor a neumáticos quemados, distinguí aquella fragancia suya, dulce y excesiva, de la que siempre me burlaba. Reconocí también su fuerza física y la seguridad de su voz. Me obligó a dar media vuelta, pero yo no necesitaba huir de allí, yo solo necesitaba llegar hasta el niño. Forcejeamos, pero era inútil, era como enfrentarse a un oso. Me

cogió, me cargó como una simple garrafa de agua y me llevó junto a Ivan. Me dejó en el suelo y me ordenó que me olvidara de salvar vidas, que me limitara a hacer mi trabajo. Después, el amigo tomó el relevo del colega de profesión y me volvió a pedir perdón por el golpe en la nariz pasando un brazo sobre mi hombro y agachándose un poco para observar mis ojos enrojecidos, que todavía me escocían. El instinto de protección de sus disculpas me ofendió e hizo que estallara mi sentido del ridículo. Fuera de mí, le pegaba con los puños y los pies con todas mis fuerzas. Ivan hizo lo que pudo por intentar detenerme, pero solo paré cuando me llegó con toda claridad el sonido de tu voz. Tu voz limpia, desenvuelta. Visto con la distancia del tiempo, me atrevo a decir que allí, en medio del polvo y el ruido, podrías haber sido un sueño.

—¡Valentina!

Mi nombre en tu boca por encima de los gritos. Tu acento piamontés abrió un espacio en mitad de la confusión. Lo primero que compareció fue la vergüenza de lo que pudieses pensar de mí si habías presenciado el espectáculo que habíamos montado Samir y yo. Después llegó la turbación: me llevaste un poco más lejos y, de un pequeño neceser de tu mochila, sacaste un pañuelo que ibas mojando con agua. Con mucha delicadeza, me sujetabas la cabeza con una mano y con la otra me ibas limpiando. Primero los ojos, después la sangre de la nariz y de alrededor de los labios. No era consciente de mi aspecto. Me apartaste los cabellos de la cara, me peinaste con tus dedos. A continuación me hiciste un gesto para que me quitara el chaleco y la chaqueta; solo entonces me di cuenta de que tenía todas las mangas llenas de sangre.

—*Don't worry* —añadiste.

Te quitaste la cazadora de cuero y me la echaste por encima. Noté su peso como un abrazo sobre mi cuerpo dolorido y cansado mientras me colocabas de nuevo el chaleco antibalas. Después posaste tus manos en mis hombros, te separaste un poco para observarme y sonreíste.

—*Bellisima!*

Debería haber sabido cómo reaccionar, Valeria, pero estaba paralizada. Me limité a observar cómo te acercabas para ajustarme

el velcro del chaleco, y se me puso la piel de gallina cuando me dijiste al oído que acabase lo que había venido a hacer. Una orden pronunciada en un susurro que se amoldó a mis intenciones y a la poca energía que me quedaba. El hecho de que lo supieses, de que pudieses saber tan exactamente lo que necesitaba en una situación tan impropia, hizo que entrases definitivamente en mi vida.

Busqué al niño con la mirada en medio del caos, pero ya no estaba, y cuando me volví de nuevo, tu silueta se estaba alejando rápidamente hacia donde se encontraba el grupo más numeroso de periodistas. Vi cómo te subías a un coche junto a otros compañeros y enseguida os alejasteis. Querría haberte dicho algo, haberte dado las gracias, pero dejar asuntos pendientes contigo sería siempre una manera de reencontrarte. Conseguí dominar el temblor de las manos, tomé aire para intercambiar cuatro palabras con Ivan y evité a Samir. Alejada de la verja, me limité a hacer mi trabajo. A informar sobre una situación desesperada, sobre un abismo moral, sobre la lucha por la tierra. No encontraba la cartulina con las notas, así que improvisé mientras me esforzaba por desprenderme de la angustia, el dolor y la emoción de lo que acababa de pasar. Con frecuencia tenía que recordarme a mí misma que solo somos un puente, simples intermediarios entre la perpetua tensión que se extiende ante nosotros y aquellos que quieren estar al tanto de ello. Finalmente, grabamos, lo recogimos todo y nos fuimos. Nosotros podíamos irnos, y esa libertad hacía que aflorase en mí algo parecido a la culpa o a la vergüenza por el drama que siempre dejábamos atrás.

Poco a poco, el día iba cayendo en Gaza. Éramos muchos los periodistas que nos alojábamos en el discreto hostal regentado por Ayman, que se alegraba de tenernos como huéspedes en uno de los puntos más aislados del mundo. Insistió en que antes de marcharme pasara por el pequeño museo que había en un hotel cercano para ver las piezas antiguas de cerámica que allí estaban expuestas. El hombre se desvivía para que me fuese de aquel lugar con una imagen bonita de ese pedazo de tierra. Deduje que

necesitaba que me olvidase de la visión de las bases de entrenamiento militar de Hamás, o del aspecto del barrio en ruinas tras un ataque aéreo reciente. Le aseguré que lo intentaría.

En el hostal había un pequeño patio con cuatro mesas y cuatro tumbonas que un día habían sido nuevas y relucientes. Salí a tomar un poco el aire. Al fondo había otros clientes, pero la mayoría eran cámaras, periodistas, traductores o guías. Fumaban cigarrillos que nunca se acababan y bebían de sus copas, cervezas y cafés durante aquella pausa entre fronteras. Seguía evitando a mis chicos, mis amigos y compañeros, la familia que yo había elegido. Los intuía hablando en el grupo del fondo. Sentada en una de las tumbonas oía el rumor indistinto de sus voces. El miedo se aprende, y la lección de aquel día fue de las que no se olvidan; de hecho, inauguró el malestar que sobrevolaría mis días como una mancha oscura y profunda a partir de entonces, la impresión de un peligro indeterminado pero inminente. Cuando pensaba en los disparos pasando tan cerca, una angustia nacía en mi estómago y subía hasta quedarse estancada en la garganta. No podía quitarme de la cabeza a aquellos niños. La fragilidad de la vida. También de la mía, que yo misma había puesto en peligro.

El aire todavía era frío y el cielo no tardaría en oscurecerse. Estaba con los ojos cerrados cuando oí unos pasos sobre la gravilla, y entonces, cuando los abrí, apareciste de nuevo de la nada, con un gin- tonic en la mano y haciendo gala de tu sonrisa, que no sé qué tiene que me absorbe, que me somete, y sentí un leve rubor en el rostro. La luz del anochecer te adornaba y yo me quedé sin aire. Me parecía saber de dónde venía esa timidez mía hacia ti y me asusté, pero tu simpatía es capaz de desarmar cualquier temor, aunque sea momentáneamente.

Después de aquella cena en Beirut, habíamos coincidido un par de veces. Primero en una rueda de prensa: tomamos un café de pie y me comentaste que te salía más cara la gasolina de los desplazamientos que lo que te pagaban por las crónicas como *freelance*, que había días terribles en los que se te pasaba por la cabeza dejarlo todo, y la pequeña punzada en el corazón que me provocó oír aquello debería haberme avisado de que tal vez no me

gustaba la idea de perderte el rastro. Unas semanas después, retransmitiendo en directo desde la frontera de Siria, volvimos a coincidir. Cuando te di recuerdos para Maggie, me dijiste que ya no os veíais. Nos habíamos despedido con dos besos, y como ocurría siempre que coincidíamos, aquel encuentro me dejó una profunda sensación de bienestar.

Me levanté de la tumbona con la intención de vencer la timidez y mostrarte la sorpresa y la alegría de que nos reencontráramos. Te hablé de la casualidad, pero enseguida me hiciste ver que casi todos los de Internacional nos alojábamos en el mismo sitio. Tú habías llegado el día anterior y nosotros nos íbamos al día siguiente, al alba. Todavía no podía saber que siempre existiría ese margen persecutorio del tiempo entre nosotras. Me desvivía por encontrar las palabras adecuadas, quería que me aceptases y, sobre todo, que me recordases cuando me hubiese ido. Mencioné la cazadora, te di las gracias y te dije que la tenía arriba, en la habitación, que esperases un segundo y te la bajaba, pero me tocaste la mano y me aseguraste que no tenías frío. No había segundas intenciones ni ironía en el tono de tus palabras. Después señalaste mi nariz y me hiciste una carantoña. «¿Te duele?», preguntaste, y a continuación le diste un pequeño sorbo a tu gin-tonic. Cuando apartaste la copa, me fijé en el hoyuelo de tu barbilla. Pensé que tal vez ese era el secreto de tu vitalidad.

Te comenté nerviosa que lo que había pasado antes respondía a un cúmulo de cosas, que en realidad no sabía qué me había ocurrido. Que estaba avergonzada de mí misma. «Ven, que te presentaré a unos amigos», dijiste muy serena. La conversación y las risas se alargaron como la noche. Acabamos todos juntos en el patio, con aquella sensación de bienestar, de necesitarnos los unos a los otros, de haber vivido juntos toda una vida. Seguramente bebimos demasiado, pero para intentar explicar el mundo a menudo es preciso atenuar un poco el alma. Samir me abrazó varias veces hasta que logró mi perdón y, achispado, me pidió que le presentase a mi amiga italiana. Tú te reías, sabiendo lo que yo sabía de ti que Samir no sabía. Había bebido lo suficiente como

para sentirme confundida y, al mismo tiempo, ser capaz de decirme a mí misma lo que en otras circunstancias no me hubiera dicho. Y fue entonces, en aquel patio alegre de Gaza, con la debilidad provocada por el susto y el miedo todavía en el cuerpo, las ventanas del hostal iluminadas al fondo, tu cazadora reposando sobre la cama de mi habitación, cuando sentí que empezaba a perderme.

—*Arrivederci*.

Te despediste cuando ya todos empezaban a esfumarse hacia las habitaciones.

—¿La cazadora?

Pregunté señalando las escaleras. Me pediste que te la guardase. «Nos volveremos a ver seguro.» Y yo asentí obediente. Comprendí que contigo me tocaba estar muy alerta, acatar órdenes. Aprender.

Y enseguida, fuera, el espeso follaje de los árboles agitándose bajo una ráfaga imprevista, tal vez la señal inequívoca que precede al cambio o al descubrimiento de las nítidas demarcaciones que sobrevuelan el deseo, tan nítidas y políticas como lo son todas las fronteras.

Noche de paz

Cuando se vuelve a un lugar, ¿a qué se vuelve? Se vuelve a un sonido concreto de la terraza de la casa de tus padres, el del rumor de las olas al otro lado de la carretera y los coches circulando a lo lejos. Se vuelve a una temperatura determinada, al confort de la calefacción encendida una noche de invierno, al orden concreto de una madre. Se vuelve a una casa decorada para la Navidad, con los mismos adornos pasados de moda y, sin embargo, la emoción todavía vigente. Cuando una vuelve a casa no se vuelve a una casa entera, sino al suavizante que impregna las sábanas, al suelo encerado, al particular olor del caldo hecho a fuego lento. La col rizada, la chirimoya, la calabaza. Vuelve al papel de aluminio que forra los fogones y a las cerillas con el fósforo ennegrecido guardadas en su cajita. Y a las manecillas del reloj de la cocina. También a su perseverante cadencia.

Me paseo por las ruinas de los recuerdos mientras espero que mis padres, mi hermana, mi cuñado y los niños regresen de la misa del gallo. Aburrida, con una segunda cerveza en el cuerpo y con el papa de Roma de fondo reclamando ternura y humildad para afrontar la vida, le doy la vuelta a la pastorcilla de arcilla con sus dos ovejas. Cambio algún objeto de lugar: el recuerdo *kitsch* del valle de Nuria lo pongo al fondo, y coloco en primera línea el jarrón azul realizado con el vidrio hecho añicos por la explosión de Beirut que le regalé hace poco a mi madre. Espío con avidez la iconografía familiar. Ahora que oficialmente esta casa vuelve a no ser la mía, el espacio se ha neutralizado, su aire es familiar y ajeno a la vez, pero me muevo por ella más cómodamente que antes.

Por supuesto, la mesa ya está lista para el resopón, con la bandeja de turrones y los barquillos en el centro. El cava en la nevera. El *tió* con la ofrenda de mandarinas que mis sobrinos han

dejado con manos calientes y nerviosas. Me reconforta profundamente que sea el viejo tronco que trajimos del bosque hace décadas y que nadie haya cometido el crimen de pintarle boca y ojos y ponerle una barretina para arrebatarle toda su fuerza telúrica. Observo el belén de cerca. En estas figurillas legendarias que pertenecieron a mi abuelo paterno, siempre me ha parecido que la Virgen María iba «colocada» y que san José era un hippy sacado del Woodstock del 69. Voy al lavabo y cojo el talco para resaltar la nieve sobre el trozo de corcho, que representa un relieve geográfico. Se me va un poco la mano y queda todo más blanco de lo que se espera de una nevada en Belén. Si los niños dicen algo aprovecharé para hablarles de la emergencia climática. Soplo un poco sobre las figurillas para arreglarlo y, entonces, el talco abre una atrevida puerta olfativa. Detrás encuentro a la abuela Valentina con las manos sobre las caderas. La fisonomía de su época más esplendorosa. El talco. El talco y la faja, la carne exuberante del cuerpo de la abuela, la frescura de su piel levemente sudada en verano, la colonia en la nuca, los polvos de talco en las axilas y los caramelos de café con leche en los bolsillos del vestido. Aquel equilibrio de ternura y autoridad. Antes de que pueda refugiarme en su recuerdo, la matriarca recrimina mi comportamiento absurdo e infantil y me ordena que salga corriendo hacia la iglesia.

La Nochebuena de mis quince años decidí dejar de acudir a la misa del gallo y todo el mundo se sintió ofendido, especialmente ella. Como mujer adulta me arrepiento de haberte ofendido, abuela, pero, a los quince años, rechazar la obediencia a cualquier tipo de autoridad me parecía una necesidad, y todo aquel catolicismo disfrazado de misticismo de cartón piedra no conseguía atravesar mi piel ni mis oídos, y mucho menos mi alma poseída por lo que yo creía que era un gran sentido de la justicia. Pero la muerte es desconcertante, y tu rotunda ausencia hace que me sienta sola mientras estoy aquí perpetrando esta conducta de niña enfadada con el mundo. También afloran el respeto y mi voluntad de hacer piña con los otros en estas primeras Navidades sin ti, por eso le doy un último trago a la cerveza, agarro el abrigo, dejo atrás

a la adolescente rebelde y me encamino hacia la iglesia. He vuelto, y, en mi imaginario, volver siempre implica cambiar. Al menos intentarlo. Durante unos instantes me parece una idea bastante convincente y me siento satisfecha de haber llegado a una conclusión. Me siento poseída por cierta calma. Al pisar la calle, sin embargo, esa idea ya no me resulta tan ligera. Un perro ladra a lo lejos. El frío en el rostro me espabila y enseguida pierdo el pequeño flotador etílico, y me veo entonces como lo que realmente soy: una mujer que ya ha superado la frontera de los cuarenta y que camina sola y con prisas por las calles desiertas de un pueblo en el que todo el mundo, a diferencia de ella, parece saber quién es, de dónde viene y a dónde va. La mujer se apresura para encontrarse con su familia en la iglesia. No tiene a nadie más en este pueblo, y tampoco se le ha perdido nada en la iglesia, tan solo una familia con la que poder cenar en Nochebuena. Una familia es algo lo bastante importante como para quedarse en un lugar para siempre, piensa, una razón, tal vez la razón con mayúsculas. Una familia que te espera debería bastar. Pero lo que ella tiene no es una familia que dependa de ella. No la ha parido ni ha surgido de un enamoramiento. No la ha creado ni la ha buscado. Además, los miembros de su familia reunidos en la iglesia comparten entre sí una intimidad que percibe diferente de la que establecen con ella. Ni siquiera sabe si son tan solo fantasías suyas o si esa sensación de extrañeza tiene que ver con los casi veinte años que ha estado fuera, o incluso si se debe a su incapacidad para entregarse a algo tan determinante como los vínculos familiares.

Los botines de piel desgastados resuenan sobre los adoquines y el trayecto adquiere un aire fantasmagórico. Al fin y al cabo, la abuela de esta mujer anduvo arriba y abajo por estas callejuelas durante toda su vida, y ahora parece que la empuje con paciencia, que la arrastre cogida del brazo e intente apaciguar sus quejas constantes acerca de todas las aspiraciones vitales frustradas. «¿A qué vienen tantas dudas, Tina? ¿A dónde vas cargada de tantas preguntas? Tantos años dedicada a contar la vida de los demás y cuando intentas hacer un esbozo de ti misma te quedas con la página en blanco.»

Cuando llega a la avenida principal, percibe el mar como un rumor lejano, una mancha azul marino casi negro al otro lado de la carretera. Maldita carretera, piensa la mujer. Cualquier elemento material sirve como cabeza de turco para lanzarle encima la furia que le provoca la confirmación de una sospecha: volver no parece que vaya a ser el salvoconducto para la estabilidad prometida, para la calma o para un nuevo comienzo. Y cuando esa idea está a punto de volverse insoportable, gira hacia la izquierda y se encuentra con la ferretería. Enseguida la conmueve que conserve el rótulo original. Las letras doradas sobre fondo negro. El escaparate iluminado con motivos navideños en el que se exponen cajas de herramientas, cafeteras y secadores de pelo. Todavía experimenta cierta culpa por haberse ido de su lugar de origen como una exiliada que matiza las dificultades propias de su exilio. Observa la ferretería detenidamente, intentando mantener alejada toda incomodidad geográfica. Le gustaría que de una vez por todas se demostrara su inteligencia adaptativa con este lugar, con estas calles. Hay paisajes que nunca conseguimos que entren dentro de nosotros, y otros que nos habitan para siempre, piensa. Unos pasos más allá, se encuentra con la biblioteca municipal, únicamente iluminada por las luces de emergencia y una estrella de Oriente sobre la puerta principal. La biblioteca es enorme y el pueblo, pequeño. Esa desproporción la ha reconfortado durante toda su vida. Al pasar por delante, mira al edificio de reojo y la inunda una nostalgia afectuosa revestida de todos los descubrimientos que le ofrecieron los libros cuando era pequeña. Aquella seguridad, aquel silencio. Al final de la calle ya puede ver la iglesia iluminada y engalanada, con la placita enfrente. Necesita detenerse un instante, meter las manos en los bolsillos del abrigo y observarlo todo desde lejos. Desde que ha vuelto, la quietud del pueblo la descoloca, como si el cuerpo y la cabeza no pudiesen asumir la ausencia del estrés, el ruido, la miseria y el caos de la región que han dejado atrás. Y sin embargo, algo en esa imagen la llena ahora de sosiego. Se permite unos segundos de cortesía para ser amable consigo misma, un respiro, por el amor de Dios, es agotador ser pacifista y tener un kaláshnikov por cerebro disparándote sin parar. Hasta

aquí la abstracción.

Oigo de lejos las voces que cantan *Noche de paz*. «Noche de amor», susurro. «Todo duerme en derredor», continúo para mis adentros. Y el corazón se me funde, me deshago y de pronto tengo pocos años de vida y un padre y una madre que me cogen de las manos uno a cada lado, convertidos en un cordón de seguridad indestructible. Todavía soy hija única y estreno zapatos con la cantinela de mi abuela de fondo: «*Per Nadal, qui res no estrena res no val*».[1]El mundo era un lugar hecho de refranes, de bondad, un mundo abarcable donde los otros decidían por ti y siempre acertaban. Ese momento tiene un efecto estabilizador. Tomo aire y echo a andar siguiendo el envolvente rastro del villancico. Cuando llego, ni siquiera ha pasado una hora desde que Jesús ha nacido y medio pueblo se está dando la paz. Mi cuñado me ve y me hace una señal para que me acerque a las filas de delante, donde están los seis. Declino la invitación con la mano, pero ya es demasiado tarde. Todos me han visto, y el rostro de mi madre se ilumina con una sonrisa beatífica. ¿Tan fácil era hacerte feliz? La música del órgano me transporta al interior de una realidad amplificada mientras camino por el pasillo lateral. La acústica resuena, pero, al margen de mí, nadie parece conmovido por su poder. La frialdad del mármol, que siempre me aterrorizaba; la misma pila bautismal; el intenso aroma a incienso, que parece querer tapar todos los pecados, y el toque de naftalina que los hace todavía más abominables.

Cuando llego a su lado, los saludo en voz baja y mi madre me abraza. Tres semanas después de mi llegada me abraza. Es un abrazo breve pero reglamentario. Los besos de mi padre. Se le ve sereno y contento. La enfermedad bajo control. Mi sobrino pequeño duerme en el banco con las mejillas sonrosadas. El otro se queja de que tiene sueño. Cuando todavía no me he recuperado del salto en el tiempo que acabo de experimentar, alguien me coge del abrigo desde la fila de atrás y me encuentro con un ejército de primas y tías que me estrechan sus manos como si en ello les fuese la vida. Me siento tan abrumada por su entusiasmo que fijo la vista en las pinturas del absidiolo, donde se representa la multiplicación

de los panes y los peces. No espero ningún milagro, solo un punto en el que fijar la mirada, un refugio que me proteja del contacto visual con todos los rostros familiares congregados en el edificio.

—¿Te has cortado el pelo? ¡Estás guapísima!

Eso me lo dice Glòria al oído. Me desplomo en la banqueta aturdida ante tanta ternura, pero entonces, en medio del estruendo de bancos de roble y del entusiasmo navideño, todo el mundo se pone de pie y empieza a desfilar hacia la salida. Una vez fuera, resisto con estoicismo los saludos de algunos conocidos y de otros que no lo son tanto, incluido el cura. Mis padres están encantados. Tomo nota mentalmente: *El orgullo hacia un hijo se mide en función de la exhibición que puedas hacer de él ante los demás. El orgullo que permanece de puertas para dentro podría llamarse simplemente amor*.

La salida de la iglesia por Nochebuena, que siempre me había parecido una mascarada, parece haber adquirido, con el paso de los años y la distancia, una autenticidad desconocida para mí. Que aquí me reconozcan como la nieta de mis abuelos tal vez sea un indicador de que mi vida se forma y se conforma en este pueblo y no en los lugares remotos donde yo la he estado buscando.

Cuando me estoy despidiendo de unos amigos de mis padres, aparece el Laca, que da un saltito hacia delante para hacerme saber que es su turno. El Laca, no me lo puedo creer. ¿Cuántos años han pasado? ¿Veinticinco?

—Valentina, ¿te acuerdas de mí?

Le digo que lo siento, pero que ahora no lo ubico. Lo que más me sorprende de la edad adulta es cómo eres capaz de afinar la habilidad para mentir. Cuando se presenta con su nombre real, se convierte en una especie de túnel del tiempo incómodo que me transporta al bar de la facultad. Ni siquiera recordaba su nombre de verdad. Le llamábamos el Laca por la cantidad de ese producto que se echaba en el pelo para fijar un tupé descomunal y, por tanto, ridículo. Éramos jóvenes y a menudo crueles, y esa crueldad mezquina entre amigas, revestida de jovialidad y risas burlonas, es un bumerán de perfiles afilados que siempre acaba volviendo. Valentina, cariño, atrapa este bastón volador un cuarto de siglo más tarde: el Laca, convertido en adulto, mirándote fijamente a los

ojos y esperando tu respuesta. Pregunta de nuevo si te acuerdas de él.

Y tú, que querrías que la tierra te tragara en esta plaza rodeada de moreras desnudas, sacas a relucir uno de tus gestos de sorpresa y citas la promoción universitaria y los nombres de otros compañeros y profesores que tuvisteis en común y que ayudan a dar cuerpo al borroso recuerdo de una época. Y te sientes desconsiderada y, no sabes por qué, también un poco sucia. Tú hacías Periodismo y él, Historia, pero coincidisteis en algunas asignaturas optativas que ya no recordáis. Siempre pegándose como una lapa. El lapa. También así podríamos haberlo llamado. Recuerdo el infierno de los trayectos en tren repletos de pasajeros, del pueblo a la facultad y de la facultad al pueblo, intentando quitármelo de encima, maldiciendo a la Renfe por todas las veces que Cercanías me dejaba tirada con el pesado del Laca, esas ganas de matar a alguien cuando anunciaban el enésimo retraso, todas aquellas mañanas evitándolo detrás de un libro, sentada en el suelo del tren entre la multitud sin poder leer porque, al final, siempre acababa encontrándome.

El Laca. Si quisiese documentar las relaciones humanas de mi pasado, él representaría una de las muchas piedrecillas que se me colaron por accidente en los zapatos. El caso es que los años se han llevado su tupé y, ahora, una barba estudiadamente descuidada dibuja un rostro que no resulta del todo desagradable. Está más viejo y más delgado, e irradia satisfacción. Sorpréndeme, Laca: ¿qué esperas tú en esencia de la vida? Asegura que me ha seguido y admirado durante todos estos años televisivos, y yo tengo la impresión de que está hablando de otra persona. Está claro que la periodista que él tiene en mente no es ese puñado de incertezas con quien habla. Me apresuro a preguntarle toda una serie de cosas formales; al fin y al cabo, la periodista soy yo. Cuando finalmente me disculpo porque mi familia me está esperando, saca el móvil del bolsillo y me mira desbordante de expectativas. Me dice que algún día de estos podríamos tomar un café o una copa, si me apetece. Levanta un poco las cejas y acompaña el movimiento con una leve inclinación de cabeza. Me pregunto si llevo escrita en mi

rostro mi condición de soltera o si es este pueblo de las narices el que le ha proporcionado la información sobre mi estado civil. Que si ya he ido al nuevo local, que está muy bien. Que el primer viernes de cada mes hay música en directo. Intercambiamos los números. Me esfuerzo por escribir su nombre real en los contactos del teléfono.

Nos despedimos con dos besos, y el tacto de la barba y el peso de la mano que pone en mi hombro por encima del abrigo despiertan en mí la necesidad de que me sacudan, de que me castiguen, de que me pongan de cara a la pared. Y tal vez despiertan alguna otra cosa, algo impreciso que tiene que ver con el hecho de que él sea un hombre que huele a hombre y yo una mujer que huele a mujer, a una mujer que hace meses que destila minuciosamente su propio anhelo. Es fascinante cómo esa mujer, en apenas un segundo y con tan solo un roce de la barba, intuye que con este hombre podría convertir el deseo en algo estrictamente personal que, al menos, despertase sus ganas, y que después quizá podría llegar a saber quién es ella y a quién desea; y por ello esta mujer, a la que toda su familia espera de pie detrás de la escena como si fuera un fondo de pantalla, comprende en ese mismo instante que la noche de San Esteban acabará llamando al hombre de la barba que ha perdido el elemento que daba sentido a su apodo y le propondrá ir al local de la música en directo. Y antes incluso de colgar el teléfono la mujer se preguntará si alguna vez aprenderá a identificar las cosas a las que quiere atraer, o si es que se ha convertido en una experta en andar a ciegas por los días e ir coleccionando incongruencias.

Una frialdad analítica

La primera vez que lo dijiste pensé que no lo estaba interpretando bien. Que lo que me sugerías no debía ser exactamente que nos fuéramos a la cama juntas, que la mezcla de idiomas que utilizábamos para comunicarnos —el inglés, tu precario castellano, mi pobrísimo italiano— me estaba confundiendo. En los últimos años, me había convertido en una experta en adaptarme a las diferencias idiomáticas, en concentrarme en las palabras y en su entonación para interpretar el resto de los elementos. Así pues, en un primer momento, creí que me había equivocado a la hora de juzgar las palabras que habías escogido para proponérmelo, que en realidad no podías estar lanzándome aquel mensaje que para mí tenía tanta trascendencia. Traducirte a ti y traducir mis pensamientos me obligaba a poner toda la atención en las palabras de una manera objetiva, intentando no equivocarme con los acentos, por eso, aunque fuera momentáneamente, no fui capaz de vislumbrar el verdadero significado de lo que me estabas diciendo. Y aunque tu mensaje no fue nada críptico —«Te gustaría intentarlo? *Have you ever been with a woman before?*»—, yo lo recibí como quien oye hablar por primera vez en un idioma y no acaba de entender nada. Pero la duda fue fugaz. Enseguida se me formó en el estómago ese nudo hecho de ansiedad y alerta que solo provocan las evidencias y las tentaciones.

Fue el tacto el que delimitó la realidad a nuestro alrededor. El lenguaje describía tus intenciones, pero fue tu mano quieta sobre mi mejilla la que aportó todo el sentido a la experiencia.

—¿Valentina?

Mueve la mano delante de mi rostro.

—Perdona, estaba distraída con la música.

—¿Quieres que tomemos la última copa en mi casa? Está a cinco minutos.

El idioma que utiliza el Laca, en cambio, solo permite una interpretación. Me mira con curiosidad mientras espera la respuesta. Me sacude de mi abstracción y, ante mi gesto indefinido, me aclara que si me gusta la música nos quedamos un rato más, que como yo quiera, pero yo no tengo ninguna intención de retrasar lo inevitable, al contrario, me lo quiero quitar de encima lo más rápido posible, y le digo que ya podemos irnos. Llevo demasiado rato jugando a la coquetería y a la seducción, sonriéndole mientras doy pequeños sorbos a un cóctel que ni siquiera sé lo que es, pero que enturbia mis sentidos. No soy muy buena con el juego, aunque, en el contexto de esta cita estratégica, tampoco es que eso tenga demasiada importancia.

No sé cómo hay que continuar ahora, pero ya me arrepiento. Esta habilidad mía de encallarme en las situaciones incómodas. Por si fuera poco, no me gusta lo que me he hecho en el pelo, y tengo la impresión de que mis pendientes ocupan más espacio que mi convencimiento. Maquillarse y vestirse para otra persona, para desaparecer de una misma. A estas alturas ya solo me queda calcular las dimensiones de mi equivocación.

Cuando todavía estábamos en la fase de la serenidad, con la dosis justa de timidez y precaución, me ha contado que da clases de historia en el instituto del pueblo, que hace tres meses que se ha separado y que es padre de una niña de trece años. La cuestión es acumular, Valentina, me he dicho a mí misma. De momento tienes un piso alquilado, un padre enfermo y un tipo desbocado y ansioso porque tras tres meses de abstinencia ha encontrado en ti una zona de descarga. Un poco después, mientras se desabrocha el cinturón y deja caer sus tejanos al suelo, le agradeceré a la bebida el efecto de irrealidad. El Laca adulto y de medida real tiene un piso vacío lleno de cajas de cartón, algunas medio abiertas y otras todavía por abrir. Además de las cajas, una televisión de dimensiones considerables preside una sala de estar gélida y transitoria.

Dice David M. Buss que la hembra de la mosca escorpión no

copula con el macho si este no le trae un insecto muerto. Mientras copulan, aproximadamente durante veinte minutos, el macho sostiene el insecto muerto, que la hembra va consumiendo, y cuando esta termina de zampárselo, huye volando. El macho de la mosca escorpión ha desarrollado la capacidad de escoger un insecto como regalo que sea lo bastante grande para tener tiempo de depositar el esperma en la hembra mientras ella se lo come; si el insecto fuese demasiado pequeño y se lo acabase antes de los veinte minutos, la mosca macho no podría conseguir su objetivo de reproducción. El insecto muerto que me trae el Laca es su urgencia, sus ganas inaplazables de hacerlo conmigo. Se muestra adulador, sorprendentemente divertido, y mientras yo perciba su desesperación física por repantigarse dentro de mi cuerpo, me entregaré a él y a este brusco baile de extremidades y lenguas; pero cuando ya sabe que me tiene, cuando ya no le tiemblan las rodillas y se pone protocolario, me doy cuenta de que el insecto ha sido insuficiente y huyo hacia mi laboratorio mental para diseccionar, con frialdad analítica, la incomodidad que me genera el escenario impersonal de su piso. No opongo resistencia, pero no soy cuerpo, soy toda cabeza. Es terrible tener sexo así: que alguien te esté llenando de todo su impulso mientras tú te dedicas a pensar en si le pedirás el coche a tu padre para no tener que pasar la noche en el pueblo e intentar olvidar este encuentro. Quiero alejarme de aquí, dinamitar la parte inminente que toca ahora, dejar de pensar.

La pregunta, Valentina, es si te gusta lo que te hacen sentir este olor acre de las axilas, esta erección, esta barba, estas piernas fuertes con todos sus pelos. Entonces él empieza a jadear un poco, pronuncia mi nombre y yo siento que nombra a otra, que la que sale de sus labios no puedo ser yo de ninguna manera. Su voz, sin embargo, parece franca, resulta bastante atractiva, y me digo que sí, que si no me observase a mí misma con lupa sería capaz de disfrutar bastante de esta noche con un hombre como lo he hecho siempre antes con aquellos que no suponían más que un poco de diversión. Claro que el Laca es un viejo conocido y la cosa cambia. En los contactos a través de las redes sociales encuentras diversión y también bastante estafa. Hombres arrogantes que después dejan

al descubierto todas sus carencias. Hubo un tiempo en que las citas sirvieron para superar periodos dolorosamente solitarios, pero esta temporada no la salva ni siquiera lo que estoy dejando que pase ahora. El Laca tira una manta al suelo justo en el momento en el que identifico lo que no le corresponde, lo que no va a poder darme: una intimidad más reposada.

Caminábamos por los alrededores de Mar Mikhael intentando encontrar un taxi que nos llevase a mi piso en Hamra. La bulliciosa calle principal, con sus bares, clubes y restaurantes a ambos lados de la calzada, reunía en aquel punto de fiesta permanente de Beirut a jóvenes de todas las comunidades. Yo me había pintado los labios de rojo y me había perfumado las muñecas por aquel hombre surgido de la virtualidad que tanto me había hecho reír. Hay gestos que me desarman, y él repetía continuamente uno que era muy libanés, el de llevarse las manos al corazón en señal de gratitud. Tras tomar una copa, caminábamos el uno al lado del otro por el centro de la calzada, que en Beirut es un acto mucho menos temerario que hacerlo por las aceras hechas polvo de la ciudad. De vez en cuando intercambiábamos alguna palabra, nuestras manos se rozaban durante un instante cuando nos deteníamos para dejar pasar a algún coche. Nos sonreíamos. La música y el rumor humano lo inundaban todo. Él era de Beirut y tenía cuarenta años. Me había dicho que era técnico de Recursos Humanos en un grupo logístico. Cuando nos apeamos del taxi, se disculpó para atender una llamada de trabajo que duraría unos minutos, y yo corrí a la farmacia más cercana. Mientras esperaba a ser atendida, lo observaba caminando arriba y abajo hablando por teléfono a través de los cristales de la farmacia. En su perfil destacaba su pasión por los viajes, y hacía un rato, en el bar, me había dicho que, como se había vuelto tan complicado salir del país, quedar conmigo era lo más parecido a realizar un viaje. Me pareció ridículamente bonito, y con eso había bastado. Qué fácil a veces el sexo, y qué difícil siempre el afecto.

La única farmacia que encontré abierta tenía dos

dependientes de aspecto serio. Uno de ellos cobraba y el otro atendía tras el mostrador. Cogí la caja de preservativos y, cuando me acerqué a pagar, el más viejo, que ordenaba medicamentos en un rincón, murmuró: «*Haram*». Lo repitió un par de veces sin mirarme a los ojos, negando con la cabeza en un gesto de reprobación. Esa palabra, que reprocha algún tipo de fechoría, de pecado o de cosa prohibida, se cuela ahora entre mis pensamientos.

—¿Tienes un preservativo?

Se lo pregunto al Laca. *Haram*, digo para mis adentros. No por los preservativos, sino por la carga ética de aprovechar el sexo con un viejo conocido para poner algo a prueba. Y cuando escucho mi propia voz llena de inconsistencia, deseo que diga que no para poder iniciar la retirada e irme a casa con una excusa más o menos comprensible, pero entonces él me mira fuera de sí, dibuja en su rostro una expresión de vaga resignación y, a continuación, alarga el brazo para abrir el cajón de la mesilla de noche. Mientras busca a tientas y lleva a cabo toda la operación para equiparse, no puedo evitar mirar qué guarda en el cajón: una bombilla de recambio, una caja de ibuprofeno, de la cual sobresale un blíster casi vacío, y el libro de instrucciones del aire acondicionado. He de hacer esfuerzos para no ser engullida por la insípida energía de la iconografía que resume su estado actual. Siento la necesidad de huir de un mundo que intuyo rancio y gris. En mi cabeza solo me había imaginado dos cuerpos. No había contado con un espacio que pudiese ahuyentar la libido de este modo. Lo que me aterra del cajón de la mesita de noche del Laca es que en realidad tiene el aire inhóspito que se respira también en mi piso nuevo, el mismo que se debe de respirar en todos los espacios habitados por los que nos miramos en el espejo y no sabemos muy bien qué querríamos encontrar. Inspiro como si fuese a tomar una decisión en voz alta, pero antes incluso de que pueda soltar el aire y empezar a decirle que todo esto es un error, él rueda sobre sí mismo hacia mí y me atrapa entre sus brazos. Me ofrece sus labios, pero me las arreglo

para evitarlos. Ya no los quiero. Ya no lo quiero. Todo me molesta: la aspereza de la barba, el torso de gimnasio recién estrenado tras la separación, el despliegue de miradas cargadas de intenciones poco genuinas. Por muy caliente que pudiese ir yo al principio, también voy con pies de plomo con la autodestrucción. Una cosa es sentirse perdida y otra muy diferente darlo todo por perdido.

Me cuesta arrancarlo de su excitación; hasta que no me aparto de forma brusca, cree que todos esos movimientos de resistencia forman parte del juego. Intento concentrarme en la forma de su omoplato. Es bella, pienso. La curvatura del dorso, Valentina, mírale la curvatura del dorso. Tiene una espalda bonita y equilibrada, podrías continuar, aunque solo sea para ahorrarle un mal rato. Pero no puedo. Recuerdo quién es y con qué fin lo estoy utilizando, y una especie de nostalgia invertida me hace salir de la cama y, con la voz un poco renqueante y la cabeza embotada por el alcohol, le digo que me he de ir. En un impulso muy masculino, se incorpora hasta quedar sentado con las piernas colgando fuera de la cama. La habitación es triste; la situación, fría.

—¿He hecho algo mal? —pregunta atónito.

Mientras recojo la ropa esparcida por el suelo y empiezo a vestirme, improviso algo sobre la bebida, que no me ha sentado bien, que prefiero irme antes de que me ponga peor, pero mentir supone hacer gala de unas habilidades que no me veo capaz de afinar durante mucho tiempo más, y su expresión de incredulidad hace que me suban los colores. Nunca se me ha dado bien mentir.

Se pone de pie y se aparta el pelo de la cara. Se aclara la garganta y, ofendido, busca a su alrededor su ropa interior. ¿Qué hago yo aquí, con este hombre surgido de la memoria? En el fondo lo encuentro atractivo, desvalido y un poco cándido. Ha desaparecido aquel estudiante pesado que guardaba en mi memoria. Querría decírselo: que pese a todo se ha convertido en un recuerdo mucho mejor que el que tenía. Que algo hemos avanzado. Cuando levanta la rodilla para introducir la pierna en los calzoncillos, su miembro se repliega de pronto y yo siento lástima de verdad. Me acerco a él intentando disimular la compasión que me ha provocado ese gesto de resignación

involuntaria de su cuerpo. Quisiera agarrar su rostro entre mis manos y decirle que no es culpa suya, que lo estaba haciendo de cine, que se supone que existe una manera de enrollarse con alguien y que la forma en que yo lo estaba haciendo no era la adecuada. Que me ha faltado la irracionalidad, la locura del momento, que estoy socialmente desentrenada. Pero no le digo nada.

Lo cojo por la cintura, arrinconándolo contra la pared. Cierro el cajón de la mesilla de noche con una fuerte patada y, de nuevo, nos dejamos caer sobre la cama. Todavía conserva el calor en la piel del torso cuando le acerco mis pechos. Le acaricio con los dedos el pliegue que se le forma en la ingle y él me aparta un instante y busca mi mirada sin entender nada.

—Ya me encuentro mucho mejor.

Sonrío para arreglar lo que él ya debe saber, que con una sonrisa las mentiras ganan en verosimilitud. En mi cabeza me repito que es Navidad y que lo estoy haciendo con él por piedad, como quien da limosna a los pobres en estos días y se olvida de ellos el resto del año.

Más tarde, en mi piso, ya de madrugada, y tras una ducha que servirá para olvidar la culpa y la humillación, abriré el cajón vacío de mi mesilla de noche y guardaré allí el misbaha que me regaló el viejo de la esquina de la calle donde vivía en Hamra. Aquel viejo, al que saludaba todos los días, se sentaba en una silla de playa destartalada y hacía esta especie de rosarios que, compuestos por cuentas de plástico unidas por un hilo, suelen llevar los hombres musulmanes en las manos. Había visto algunos muy bonitos hechos con materiales más nobles, pero la esquina de mi casa era un reflejo de la realidad de buena parte del Líbano, y mi artesano trabajaba con plástico y unos simples alicates, rodeado de contenedores metálicos y gatos que se pasaban el día rebuscando entre las basuras y el mal olor de la porquería esparcida por todas partes. Conozco muy bien ese olor, lo detestaba con todas mis fuerzas, sobre todo en verano, cuando el calor lo hacía todavía más pestilente. Mi viejo vecino era entrañable y me trataba con afecto. Cerca de él solía encontrarme también a dos vagabundos más, el

sirio esbelto y elegante que vivía en un coche descolorido y vendía quincalla bellamente expuesta en el maletero, y Raimund, que según decía era artista. Raimund alimentaba a los gatos, y los otros querían que se fuera de allí. Siempre estaban medio peleados, y cuando yo entraba o salía de la casa me contaban acalorados sus disputas. En el fondo no hacían otra cosa que protegerse entre ellos, cada uno desde su rincón y desde su propia honradez.

Me apresuro a colocar el misbaha dentro de mi cajón. Decía el anciano que si deslizas las cuentas hacia fuera, rezas o ruegas por alguien, pero que si las deslizas hacia dentro, entonces invocas a Dios en beneficio propio. Me obsesiono con el espacio vacío del cajón y, todavía con el pelo empapado sobre el albornoz, busco cosas para llenarlo de vida. Es lo único que se me ocurre para consolarme. Añado una foto de mis sobrinos de hace un par de veranos construyendo un castillo de arena en la playa larga, un broche de la abuela Valentina y el pasaporte. También poseo todo esto.

La naturaleza delicada de tu mano detenida sobre mi mejilla, Valeria. Las uñas redondeadas, limpias, con una naciente media luna blanca en la parte baja de la del pulgar. Un sistema táctil para representar un deseo, un código parecido al braille para comunicarte conmigo, que debía parecerte que estaba ciega ante la evidencia. Recuerdo el esfuerzo que hice después para no otorgarle demasiada importancia a todo aquello, los aires de normalidad que me infundía a mí misma, cómo me intentaba convencer yo solita de que cada minuto, en el mundo, alguien debía descubrir que era diferente de como había creído. La arquitectura social que me rodeaba —los amigos convertidos en familia, el trabajo absorbente, Oriente Medio y su sensación de distancia— me ayudaba a pensar en esa remota posibilidad. Pero la inseguridad es un territorio muy denso, un laberinto mental con derechos y deberes propios que te convierten en un roedor que hace girar la rueda eternamente en el interior de una jaula hecha de reproches.

Te cogí la mano, te la apreté, y después te dije que debías irte,

que a mí no me gustaban las mujeres. Justo en el momento de decirlo ya me había arrepentido. Te pusiste tensa. Te metiste las manos en los bolsillos del pantalón e hiciste un gesto de resignación. «Entendido», dijiste mirándote la punta de los zapatos. Utilizaste una fonética peculiar sobre la letra te que me desarmó. Estaba segura de que me había equivocado de respuesta, de idioma, de código, de que las palabras eran ahora más importantes que nunca, y lo primero que yo te ofrecía era un rechazo tipificado. Era tan sencillo como intentar explicarte que al pensarte más allá de la amistad te hacía orbitar sobre un elemento moral que surgía de mí de un modo imprevisto, de no sé dónde pero de mí, y que lo detestaba. ¿De qué estaba hecha entonces mi barrera? ¿Qué era lo que me frenaba? Cuando recogiste todas tus cosas y te marchaste dándome las gracias por aquellas semanas, me quedé sola. Odiaba mi reacción. Con la cabeza hecha un lío, decidí que al día siguiente, después de entregar en la redacción los temas que habíamos pactado que podrían entrar en la escaleta de los informativos, te buscaría e intentaría hablar contigo para como mínimo empezar a delimitar el perímetro de los sentimientos que sí entendía, para decirte que volvieses y te quedases en casa siempre que quisieras, pero de nuevo apareció el tiempo, el tiempo asimétrico que se interponía entre nosotras: al día siguiente, a las seis horas, veinte minutos y dieciocho segundos de la tarde, hora local, Beirut saltó literalmente por los aires.

El misbaha. Vuelvo a sacarlo del cajón y pienso en una función más mundana para mantener las manos ocupadas y no morderme las uñas. Deslizo las cuentas hacia fuera para rogar por ti, que estés bien y a salvo, y vuelvo a hacer lo mismo para mi padre, apretando el misbaha en el puño; a continuación, deslizo los granos hacia dentro para favorecerme a mí misma, para encontrar el camino, para saber qué tengo que hacer ahora. Y así me adormezco, con el cuerpo cansado y manoseado por un hombre que ya se ha desdibujado, y el corazón en alerta, a la espera de alguna nueva temeridad.

Europe

En la sala de espera tomo un *National Geographic* viejo y desgastado. Me llama la atención la foto de un animalito de ojos enormes. Me detengo en la imagen. Se llama dic-dic y es un antílope en miniatura. Cuando se asusta emite ese sonido: dic-dic. El dic-dic es pequeño, no suele sobrepasar los treinta o cuarenta centímetros de altura y pesa poco, entre tres y siete kilos.

El dic-dic come brotes, frutas y bayas. El dic-dic habita en zonas tropicales del África subsahariana. El dic-dic vive en pareja: escoge una y ya se queda con ella el resto de su vida. El dic-dic utiliza la orina y los excrementos para conseguir que un lugar cualquiera huela a hogar. El dic-dic marca su territorio con lágrimas.

Esto último me produce un sentimiento de extrañeza y un montón de deseos enfrentados. El dic-dic hace que mis ojos se empañen, pero justo en ese momento la doctora nos llama desde la puerta.

—Él insiste en que tropezó con la alfombra, pero de todos modos estamos esperando los resultados de las analíticas para asegurarnos de que la caída no la provocase una bajada de tensión, un efecto secundario de los diuréticos.

La doctora mira a Glòria mientras habla. Pese a que mi madre y yo también estamos aquí, se dirige claramente a mi hermana. Siempre ha tenido la imagen de una mujer con empuje, tal vez sea por el maquillaje impecable, o por ser tan ornamental, con sus adornos en la orejas y en el cuello, con sus anillos. La manera de llevar los pantalones de pinzas y los zapatos de tacón. Quién sabe si todo el conjunto la convierte en una representación del liderazgo. Yo nunca he conseguido desprenderme de la ropa cómoda, los brillantes minúsculos que la abuela Valentina me

regaló el día de mi bautizo, los vaqueros y los jerséis amplios; puede que mi conjunto me convierta en alguien físicamente neutro, invisible, y el rostro cansado de mi madre no debe de resultar demasiado receptivo, a juzgar por cómo la doctora pasa de ella. Es jovencísima y lleva el pelo negro recogido en una cola de caballo alta. Aprieta un portanotas contra el pecho y, cuando le veo las uñas, pierdo el hilo de la conversación: manicura francesa con la franja superior pintada con un esmalte lleno de purpurina plateada. Me la imagino ante el espejo rugiendo como un animal salvaje con sus garras de plata. Su voz no regresa hasta que nos informa de que esta noche se lo quedan ingresado; me enderezo inquieta y pregunto por el motivo. Quiero adelantarme a Glòria.

—La fractura de los dos dedos del pie no es grave, pero la contusión en las costillas ha sido fuerte y nos quedaremos más tranquilos si lo mantenemos en observación.

Está en un box de urgencias porque no hay habitaciones disponibles, y solo podremos entrar de una en una. Mamá nos manda para casa con un hilo de voz, pero ni que decir tiene que no le hacemos caso. Se suceden entonces las indicaciones de las dos hermanas, y mamá las acaba aceptando. La diligencia femenina convertida en estrategia. Entre las tres, no tardamos en tener la noche bajo control. Haremos turnos. Ahora que hemos fijado un orden y una supervisión, mamá parece más animada. Adivino su agradecimiento a través de una tímida mirada que me lanza de reojo. Glòria y yo le pedimos que cuando entre no corra la cortina enseguida, para ver si podemos saludar a papá desde el pasillo. Seguro que en cuanto alguien del personal nos vea allí plantadas nos dirá que nos marchemos, así que le pedimos que se dé prisa. Al entrar en la unidad, da unos pasos nerviosos que pretenden ser rápidos, con su ropa de madre mayor, de esposa mayor, de abuela mayor. Mi madre es una mujer mayor y yo no la he visto envejecer. Solo he percibido una pequeña transformación física cada vez que he venido de paso. La primera vez que la noté cambiada yo regresaba de Bélgica por Semana Santa y ella se había convertido en una persona distinta. Tenía el rostro más decaído y la piel de los párpados le daba un aire triste a su mirada. La

familiaridad de siempre seguía ahí, pero con una apariencia de recuerdo. De pronto mi madre era una mujer mucho más madura. Tuve la sensación de haberme perdido el último coletazo de su juventud. Si hubiese permanecido junto a ella, no habría sido consciente de la rápida transformación que implica envejecer. La segunda vez es ahora, mientras se aleja de nosotras y no consigo reconocerla en su caminar. Enfundada en una chaqueta de color gris oscuro que saca del armario cada invierno, adivino su silueta, que se ha ido encogiendo hacia dentro y le ha ido arqueando ligeramente la parte superior de la espalda. El declive físico. Mi madre ya es una mujer vieja. Esta vez me he perdido el último coletazo de su madurez. Me pregunto si ella habrá tenido esta misma percepción del paso del tiempo en relación conmigo, si los hijos envejecemos a ojos de nuestros padres o siempre somos criaturas que no dejamos de crecer.

Deja las cosas en la silla de al lado de la cama en la que está papá y se vuelve hacia nosotras. Después mira a las enfermeras, que trajinan ocupadas, y nos hace un gesto con la mano. «Esperad», nos dice con una inesperada cara de niña traviesa. Muy poco a poco, ayuda a papá a incorporarse. Desde donde estamos, Glòria y yo lo saludamos. Una bata fina de color azul cielo le cubre el cuerpo. Le sobresalen algunos pelos blancos del pecho por la abertura de la parte superior de la bata, que le va demasiado holgada. Es grande y bueno. Su aspecto tiene siempre algo de Copito de Nieve. Nos saluda con su mano de gorila afable. Glòria da unos saltitos. Lo hemos conseguido. Celebramos nuestra minúscula victoria. Yo me emociono y le lanzo besos con la mano. Como estamos en un lugar prohibido, no podemos hablar en voz alta ni hacer demasiados aspavientos, así que se nos escapan pequeños sonidos que a duras penas podemos sofocar, como cuando éramos pequeñas y nuestros padres nos llevaban al zoo de Barcelona y las miradas humanas de los primates, al otro lado del cristal, nos provocaban una alegría agridulce.

Un enfermero con las horas de guardia grabadas en su retina nos avisa de que no podemos permanecer en esa zona. Antes de empezar a andar hacia la sala de espera echo un último vistazo y

los veo abrazados, mi madre sentada de perfil en la cama, con la punta de sus zapatos sin llegar a tocar el suelo. Me sorprende la apariencia de bloque macizo que adquieren así juntos, un amor fuerte y antiguo como el del hombre y la mujer de *El beso* de Brancusi, fundidos en un abrazo y en un beso de mármol. Siento una punzada en el corazón ante esta visión de mis padres tan fuera de contexto, inocentes y cariñosos en medio de otros enfermos solitarios: la señora con respirador y la mirada perdida, el hombre consumido que emite unos gemidos de dolor que rompen el alma, y ese otro hombre robusto que camina arriba y abajo agarrado al soporte del gotero. Mis padres ya son mayores, mayores de una manera real, no como yo los imaginaba. Abrazados sobre la cama del hospital parecen uno solo, pese a que me cuesta pensar en ellos como un conjunto. Siempre he diferenciado muy bien a mi padre de mi madre. Ella, bastante áspera, siempre organizada, un tanto obsesiva con el día a día, al mando de la ferretería hasta hace poco. Él, en cambio, dócil y de movimientos lentos, esforzándose por llegar a todo. Un hombre hecho de pequeñas costumbres, de aquel olor a pan tostado y a papel de periódico. Viéndolos así abrazados, comprendo que el matrimonio no es más que otra versión de la libertad. Y un escalofrío de envidia atraviesa mi pecho: un día alguien te abrazará muy fuerte, le prometo a la periodista. Trago saliva.

—Voy a buscar un café a la máquina, Glòria. ¿Quieres algo?

Glòria se lo piensa un instante y finalmente me pide un capuchino. Mi Glòria golosa. El espacio de la sala de espera es reducido y todas las sillas están ocupadas. Buscamos un rincón junto a la máquina expendedora y acabamos sentadas en el suelo con los vasos de plástico en la mano. Consulta su reloj de pulsera y suspira. Han pasado varias horas desde que mamá la ha llamado. Los años que mi padre y mi madre llevan juntos han creado una constancia física. El matrimonio también debe ser esto, notar un hueco en la cama a medianoche. Se lo ha encontrado tumbado boca abajo, a los pies de la mesa baja que hay frente al sofá. Yo

estaba leyendo en la cama cuando Glòria me ha llamado desde la ambulancia, de camino al hospital. Enseguida me ha tranquilizado insistiéndome en que no parecía nada grave, pero me he asustado tanto que, en un gesto espontáneo, he buscado con urgencia el móvil libanés que ya no tengo. Ha sido un reflejo extraño que me ha dejado una sensación de vacío y dolor, como si padeciese el síndrome del miembro fantasma por una parte del cuerpo que ya no está. No consigo acostumbrarme a no estar pendiente del trabajo. Me he quedado a oscuras, intentando digerir el susto por lo de mi padre y mezclándolo con las consecuencias de haber dejado de golpe mi trabajo de periodista, todavía enganchada a la manía enfermiza de ir todo el día con el móvil en la mano, revisando notas de agencia y redes sociales por si me estoy perdiendo algo. En Beirut dormía siempre con los dos móviles sobre la mesilla de noche, el español y el libanés, y si pasaba algo, como el ataque de Donald Trump en Irak de madrugada para castigar a Irán con el asesinato del general Soleimani o un desastre natural en cualquier parte, y un redactor de guardia u otro corresponsal me tenía que avisar a altas horas de la noche, yo ya estaba a punto para coger el pasaporte y la maleta y poner el piloto automático. Cuando Glòria ha colgado, me he vestido en un segundo y me he sentido perdida, sin saber qué hacer ni con quién coordinarme. Ha sido como vivir el reverso de una llamada de madrugada en el Oriente Medio: no tenía que correr, no tenía que contrastar informaciones, no tenía que concretar nada en palabras. No tenía que hacer otra cosa que esperar a que llegasen al hospital de Barcelona en el que nos encontramos ahora. Después de tantos años de estar de paso en tres corresponsalías diferentes, cuando he colgado el teléfono se me ha venido encima una rotunda sensación de permanencia. Pero no he sentido ningún alivio. La adrenalina, tan funcional e interiorizada durante todos estos años fuera de casa, no batalla contra los sobresaltos del mismo modo cuando se trata de un padre ingresado a diez minutos de casa. Me pregunto si a partir de ahora todo lo que ocurra, todo lo que haga, tendrá su réplica en el recuerdo.

—¿Los niños están con Toni?

Ella me mira como queriendo decir: «¿Y con quién iban a estar?», y después añade que ni siquiera se han enterado de que ha salido de casa. Que ya hacía un par de horas que dormían. «Mañana hay colegio», dice, no sé si con ironía. Se produce un silencio incómodo entre las dos.

—Papá me comentó que estáis buscando gente para la ferretería.

Ella intenta acomodar la espalda contra la pared con un gruñido, y después me dice que no sabe qué hacer.

—Contratar más personal, justo ahora que empiezan a fallar todos los suministros, con el incremento del precio de las materias primas, es muy arriesgado.

—¿El incremento del precio de las materias primas? —pregunto con curiosidad.

Chupa el palito de plástico con el que ha estado removiendo el capuchino durante todo este rato y le da un sorbo al café, y de pronto le cambia el ánimo cuando empieza a explicarme que el material que más ha subido es el acero, porque las principales acererías han estado aceptando pagar por el hierro el doble o más a las compañías mineras que lo suministran. Hace una pausa y me mira abriendo mucho los ojos para saber si la sigo. Asiento con la cabeza y ella continúa. «La demanda se ha incrementado mucho desde que los grandes grupos siderúrgicos indios y chinos han irrumpido en el mercado», dice, y a partir de aquí ya pone la directa y se explaya con sus razonamientos, y yo, mientras habla, no puedo evitar observarla con la atención con que se observa a una persona por primera vez. Cada movimiento —porque o bien se tira el pelo hacia atrás en un tic, o bien utiliza sus manos para redondear una explicación— hace que se desprenda de ella una nota de su perfume Yves Saint Laurent, el que ha utilizado toda la vida, y no puedo evitar sonreír. De pronto me siento muy orgullosa de ella, de mi hermana. Me doy cuenta de que, al menos en mi vida adulta, es la primera vez que reconozco esta sensación hacia ella, y me pregunto si he ejercido alguna vez de hermana mayor, si

alguna vez he sido una hermana con todo lo que esa categoría implica, el afecto y la indulgencia.

—El otro día, en tu casa..., siento lo que pasó.

Le digo que da igual, que no le demos más importancia de la que tiene, que yo lo pasé mal sobre todo por los niños. Glòria suspira con todo el peso del susto de papá en el cuerpo. Me doy cuenta de que no ha de ser fácil hacerse cargo de la ferretería, ser la madre competente que es y haber estado al pie del cañón con nuestros padres en los últimos años. Querría decirle que, aunque no lo parezca, entiendo que su realidad y la mía no pertenecen a la misma escala de responsabilidades, pero me callo. Me da la impresión de que desde que he vuelto estoy cargada de ínfulas de superioridad moral que me convierten en una pedante.

—No me correspondía a mí hacerte saber que papá tiene el diagnóstico que tiene, Tina. Estaba segura de que mamá te lo había dicho hacía tiempo. Te juro por Dios que pensaba que ya lo sabías, y justo cuando llegaste nos estábamos coordinando con mamá para fijar la fecha de una prueba que le tienen que hacer a papá el mes que viene, y te critiqué delante de ella. Le dije que no podía entender que nunca me preguntases cómo estaba la situación, que esperaba que al menos con ella sí mostrases algún interés. Que estaba muy bien eso de sentir tan a flor de piel las desgracias de los demás, pero que, sinceramente, toda esa humanidad que mostrabas en tus crónicas no tenía ningún sentido si no eras capaz de mostrarla hacia los tuyos. Y entonces mamá hizo eso que hace tantas veces, tirar pelotas fuera, ya sabes a qué me refiero, ¿no? —Asiento desconcertada por todos los matices que contiene el relato —. Y entonces me dijo, quitándole importancia, que no te había dicho nada, ni de las pruebas, ni de los médicos ni de nada de nada. Que para qué molestarte si de todos modos tú, desde allí, no podías hacer nada.

Me quedo en blanco e intento no precipitarme. La periodista sabe bien que ha de huir de los prejuicios basados en informaciones poco fundamentadas, sabe que no debe utilizar expresiones injuriosas ni difundir datos imprecisos o sin una base sólida que puedan menoscabar la dignidad de las personas. La

periodista se ha de poner en contacto con los afectados para ofrecerles la oportunidad de una respuesta. Mi madre y yo tenemos una conversación pendiente desde hace décadas, y, sin embargo, cuando me la imagino allí dentro, en el box, envejecida y abrazada a mi padre, la ambivalencia de su carácter refrena mi determinación de hablar con ella.

—No se lo tengas en cuenta, ¿vale? —añade Glòria con cara de preocupación por haber criticado a mamá—. A su manera, lo ha hecho tan bien como ha podido. ¿Te acuerdas de aquel matrimonio que vivía en la torre de la playa honda, la que al final el Ayuntamiento derribó pese a las protestas de los vecinos y todas las firmas que se recogieron?

Asiento con la cabeza y espero con curiosidad a ver con qué me sale ahora.

—Tenían una gata negra y de vez en cuando nos dejaban ir a verla para jugar con ella un rato. ¿Lo recuerdas?

—No.

—Es igual. El caso es que la gata tuvo gatitos y los escondió en un cesto, detrás de una lona del garaje. Una tarde fui a verlos y cogí en brazos uno con mucho cuidado. Era negro, como la madre, pero tenía los piececitos blancos, parecía que llevase peúcos, era monísimo.

—¡Joder, Glòria! ¿Qué me estás contando?

—Que la mujer, que en paz descanse, me lo hizo devolver inmediatamente al cesto y dijo que los gatitos no se podían tocar porque la gata madre los rechazaría. Y durante muchos años, siendo pequeña, pensé que quizá a mí me habían cogido en brazos demasiado nuestras tías y por eso mamá se mostraba tan distante. Con los años la he conocido mejor y sé que nos quiere muchísimo, Tina. Lo que pasa es que lo hace a su manera. Así que prométeme que no se lo tendrás en cuenta.

Intento asimilar las palabras de Glòria. Nunca he dudado de que nuestra madre nos quiere, pero conozco de sobra la sensación de la que me habla. Se lo prometo. Después le sonrío y le doy las gracias por haber estado al pie del cañón todos estos años. Una hermana pequeña puede ser una hermana mayor. Se sacude alguna

cosa del pecho mientras murmura que no tengo que agradecerle nada.

A medida que el tiempo pasa, la sala se va vaciando y ahora tenemos cuatro sillas para las dos. Estamos esperando a que mamá nos avise de que papá se ha dormido, así ella podrá venirse a casa conmigo a descansar un rato. Glòria se quedará en el box por si él se despierta. No queremos que se quede solo y se desoriente, ahora que parecía tener la memoria bastante en su sitio. Por la mañana, si todavía sigue en urgencias, me quedaré con él unas horas más y Glòria volverá con mamá.

Toca cambio de turno y las chicas de la recepción de urgencias hablan animadas entre ellas. Se ríen de algún comentario que han hecho las dos compañeras que entran. Las veo encuadradas detrás de un mostrador engalanado con lucecitas y pequeñas figuras de Santa Claus hechas con papel maché. Hay un árbol de Navidad rodeado por una tira de luces que parpadean a diferentes ritmos y velocidades. La iconografía de la Navidad adquiere en el contexto hospitalario un tono de tristeza infinita. Las dos recepcionistas que terminan su turno pasan por delante de nosotras camino de los vestuarios. La más bajita tiene el pelo muy rizado. Glòria la sigue con la mirada y de pronto se echa a reír disimuladamente.

—¿De qué te ríes? —le pregunto.

—¿Recuerdas que cuando éramos pequeñas no paramos hasta que mamá nos dejó hacernos la permanente?

Me reclino hacia atrás, contra el plástico incómodo de la silla, y también yo me río.

—¡La permanente! ¡Qué fuerte, ya no me acordaba! Parecíamos dos escarolas. Fui yo la que me emperré con aquello. Me había enamorado del cantante de Europe.

—¡Europe! ¡Es verdad! Utilizábamos las escobas como si fuesen guitarras eléctricas y sacudíamos la cabeza y el cuerpo hacia delante y hacia atrás, con todos aquellos rizos falsos. Parecía que estuviésemos poseídas.

El recuerdo me provoca una carcajada tan fuerte que la señora que espera unas filas más atrás nos lanza una mirada de

reprobación. La nostalgia se nos echa encima desde un lugar amable que ya no recordábamos.

—*The Final Countdown*, madre mía..., pero tú eras más de *Carrie* —le digo animada por la complicidad—. Confiésalo, Glòria: solo te gustaba aquella puta balada.

Cantamos *Carrie* al unísono, en voz muy baja, entonando el estribillo con un micrófono imaginario. Después ella se detiene, se quita su vistoso pendiente dorado de la oreja y se frota levemente el lóbulo mientras dice que en realidad a ella no le gustaba Europe, ni *Carrie* ni nada de nada. «Yo lo único que quería era ser como tú. Hacer lo que tú hacías. Yo quería ser tú, Tina.»

La hermana mayor la abraza un poco turbada por la falta de costumbre y, al cabo de unos segundos, nos vibran los teléfonos móviles a la vez porque las dos somos hijas de un mismo padre y una misma madre, que ahora nos avisa de que él ya duerme. Formamos parte de una misma familia que compagina las formas clásicas del amor con las incongruencias de sus vacíos y sus silencios. Los velos y las cosas no dichas se heredan, del mismo modo que se heredan unos ojos azules o una peca.

Ya en casa, cansada y todavía estupefacta después del rato compartido con Glòria, preparo la habitación de mi madre.

—Fíjate, el piso todavía huele a nuevo —dice mientras coloca las sábanas.

La vieja tangente por la que siempre se escabulle de puntillas antes de que pueda atraparla. Le doy una manta que también se empeña en remeter por debajo del colchón, tensándola una y otra vez, ciñéndola a la cama, mientras yo me pregunto de dónde saca las fuerzas para hacerlo, para apretujar de este modo lo que tendría que ser un refugio holgado con espacio para los errores y la ternura.

—No me dijiste nada de lo de papá.

Le da golpes a la almohada que acabo de enfundar como si quisiese sacudirle la culpa. Tiene el rostro aterciopelado, el rictus serio, la expresión afligida. No puedo soportar más que no nos miremos a la cara. No me contesta. Me hubiera gustado, con el paso de los años, haber sido capaz de descubrir y entender la

estructura de sus tensiones, pero es algo que nunca ha querido mostrarme. Mi madre me ha proporcionado pequeños saberes: asegúrate de que te devuelven bien el cambio cuando compras el pan, así se hace una trenza, esta es la cantidad de agua adecuada para regar una planta, diecisiete no es múltiplo de tres porque el resto no es cero.

—Ay, señor, Tina. —Ahoga un suspiro cuando finalmente se decide a hablar—: ¿Acaso tú me lo decías, cada vez que te ibas a lugares en los que caían bombas? ¿Acaso no me has enviado mensajes diciéndome que todo iba bien y luego me contaban en la carnicería que te habían visto en mitad de una peligrosa manifestación, o en la panadería que te habían oído por la radio con el sonido de los disparos de fondo?

Me mira como si estuviera oyendo mi pensamiento y añade:

—No quería que te preocuparas, eso es todo.

Coloca la almohada en la cama y alisa la tela. Nos quedamos con el silencio entre las manos, sin saber muy bien dónde ponerlo, tal vez ella descubriendo que la ternura es un buen lugar desde el que hablarse, y yo reconociéndome en la misma incapacidad para llegar a ella, en la misma zafiedad sentimental, impasible y muda, que le sirve de refugio y que tanto le he criticado siempre. Ha perdido a su madre hace pocas semanas, me reprendo. No supe cómo transmitirle el dolor que me causaba verla tan hundida al lado de su madre muerta. «Es ley de vida.» Glòria tenía razón: lo repetí demasiadas veces. Me comporté con la misma severidad que tanto le recrimino a ella.

—De todas formas, ahora he vuelto y puedes contar conmigo para todo lo de papá y para lo que haga falta.

—Yo no te he pedido nada, ¿me oyes, Tina? Tú lo que tienes que hacer es dedicarte a tu trabajo, que nosotros ya saldremos adelante. Tú ocúpate de lo tuyo, que eres muy buena periodista.

Que mi madre es poco dada al refinamiento a la hora de decirte algo es algo que ya sabía. Que te lo suelta como si fuera un halago que esconde una segunda intención que no parece inmutarle, también; y también sé que yo nunca me he visto diferente como persona que como periodista. En cualquier caso, lo

que me duele es que ella excluya a la persona, a la hermana, a la hija, a la amiga y me deje solo como periodista a secas. Supongo que es el precio que tengo que pagar por haber estado fuera tantos años, por haber sido alguien que solo pasaba por aquí de vez en cuando en horarios de visita. Una sombra, una imagen fija en una videollamada a la hora de soplar las velas, una voz al otro lado del teléfono.

Le doy un beso en la mejilla, que ella me devuelve, pero tarda tanto en reaccionar que yo ya he girado la cabeza y el gesto queda suspendido en el aire. La piel no, tampoco el tacto. Pienso en lo que ha dicho Glòria. Solo se trata de su incapacidad para hacerlo de otro modo. En el imaginario colectivo, las madres cuidan de sus hijas, pero aun así le digo: «Venga, mamá, vamos a dormir. Intenta descansar, que mañana nos espera un largo día. Buenas noches». Y, sin embargo, quizá este sea el máximo rendimiento que le sacaré al instinto maternal que me reservaba para algún día, por si acaso. Después, con las indicaciones prácticas sobre dónde está la luz del lavabo o el vaso de agua y cómo puede regular la temperatura si lo necesita, retomamos una distancia más cómoda. Veo que ha dejado preparada la pequeña mesa de la cocina. La taza boca abajo sobre el platito. La cafetera lista sobre el fogón.

Me siento un rato en el sofá. Tengo tanto sueño que no puedo dormir. Pienso en el lugar que ocupa mi madre, es discreta, nunca ha querido ser el eje dramático de nadie. Me pregunto si ese ha sido el problema. La contención, quizá. Desde aquí la oigo respirar y reflexiono de nuevo sobre los saberes que los padres transmiten a los hijos. Algunos son poco tangibles y no están garantizados. Compararse con un progenitor puede ser perturbador y farragoso, pero hay algo rotundo en el hecho de sentir que un deseo no ha sido satisfecho, una fuerza violenta que te sobrevuela hasta adquirir la capacidad de corregirte, de querer hacerlo todo de una manera totalmente distinta a como lo haría ella. Nosotras dos podemos vivir con ello, con esta sensación indefinida, con este punto de incomodidad. Estamos acostumbradas, y, sin embargo, no hay nada que me impida cambiarlo. Quererse un poco mejor también es un acto de amor. De amor propio, al menos.

«A car bomb, as usual»

Beirut, agosto de 2020

Parecía el fin del mundo y para algunos lo sería, pero la noche antes, ajenos a todo lo que había de venir, estábamos sentados en torno a una larga mesa en el jardín del Salon Beyrouth, un restaurante con el aire elegante de los años veinte que sirve de espejo a una ciudad llena de contrastes. De los salones interiores nos llegaban el jazz en directo y las animadas charlas que no podían presagiar nada malo. Éramos un grupo de unos diez periodistas, entre corresponsales, *freelancers* y fotógrafos, y la cena debía servir de despedida antes de las vacaciones de verano, pues algunos ya no volveríamos a coincidir hasta septiembre. Esa noche me vuelve a la memoria en forma de luces y sombras, y precipita el recuerdo de lo que nadie podía prever. Sobre nuestras cabezas, una guirnalda hecha con pequeñas bombillas daba un aire acogedor a aquella velada veraniega y nos envolvía en un momento etéreo pero inmensamente feliz. Tú habías aceptado la invitación como se aceptan los cumplidos, y tal vez por ello yo me había recogido el pelo en un moño alto y me había pintado un poco los ojos y los labios. Me sentía guapa y repartía sonrisas a todo el mundo. Esas eran mis fronteras, los límites de mi atrevimiento.

Llevabas casi un mes viviendo en casa y yo me aventuraba a pensar que las horas en que coincidíamos cada vez adquirían más peso. Sospechaba que las noches que tenías libres preferías pasarlas conmigo en el apartamento y que de algún modo ahora era yo la que concentraba tu vida social, que tan activa me había parecido en un principio. De vez en cuando salíamos a cenar con colegas del trabajo o nos apuntábamos a pasar con ellos el domingo en las playas del norte, en Biblos o en Batrún, pero en general la casa era

el objetivo del poco tiempo libre que teníamos. Un hogar puede ocupar un lugar místico en la mente, y esa imagen de nosotras dos como un par de ancianas recluidas en el comedor de casa era para mí un buen ejemplo de ello. Empecé a sentir como nunca la necesidad de tener un horario, con tiempo libre al margen de la constante lluvia de noticias o llamadas urgentes al móvil. Me encantaba mi trabajo, pero por primera vez acusaba la ausencia de una vida regular, de cierta constancia, y pensar en casa era dar alas a la noción de refugio. Tú le dabas sentido a tener uno. Quedarnos en el apartamento las noches en que coincidíamos fue nuestra manera de ir entrando la una en la vida de la otra. Me gustaba la atmósfera que se creaba entre nosotras cuando te veía preparar algo de comer, la atención que ponías en las cantidades, cómo regulabas el fuego o amasabas lo que fuese mientras nos poníamos al día de lo que habíamos estado haciendo. Era un momento de recogimiento en el que, desinhibidas, compartíamos las lecciones de humildad que recibíamos a menudo por el hecho de ser mujeres occidentales en un mundo que no era el nuestro. Me descubriste la música de Mashrou' Leila, y nos reíamos intentando cazar al vuelo palabras árabes mientras sonaban sus canciones, que hablan de lucha y de libertad de expresión.

Éramos fieles a nuestra cita en el sofá para adentrarnos en la secuencia de apertura de *The Sopranos*. Había algo de misterio y de promesa en la melodía y en la voz del cantante que acompañaba al gran James Gandolfini mientras conducía desde Nueva York hasta su barrio residencial de Nueva Jersey. No recuerdo la razón exacta por la que dos corresponsales en Oriente Medio, dos mujeres prácticamente desconocidas en la esfera de la intimidad, decidieron empezar a ver juntas aquella vieja comedia familiar disfrazada de serie de mafiosos. Posiblemente se debió a que ninguna de las dos la habíamos visto todavía, pero también tuvo algo que ver un comentario tonto sobre nuestros nombres del que he olvidado los detalles. Yo, que me comportaba un poco como una niña que busca semejanzas con la amiga a la que admira, te dije: «Valeria y Valentina empiezan por uve». Entonces tú formaste la letra con los dedos y, entornando los ojos, dijiste: «V de

vendetta». Me gustó cómo lo pronunciaban tus labios, y tuve que apartar la vista de su color tan mediterráneo, porque tenía tus ojos negros muy cerca y si me hubieses pillado mirándolos con aquel deseo me hubiera muerto de vergüenza. Adoptamos ese apelativo inconexo, Vendetta, para dirigirnos la una a la otra. Lo utilizaríamos durante aquellas semanas con ese regocijo que genera la pequeñez de una experiencia compartida que nadie más entiende. En todas las relaciones ocurre lo mismo: nace un idioma privado condenado a extinguirse a medida que el amor, con el paso del tiempo, se va desvaneciendo en una línea paralela. Sé bien que resulta excesivo hablar de amor, pero teníamos al menos un apelativo, y quien comparte un apelativo comparte algo más; ese algo nuestro era breve, hecho de amistad y complicidad, pero también de ese muro entre las dos que se encargaba de retener la delirante sensación de posibilidad. Se trataba de algo evidente y contenido, como la enigmática sombra de un animal al acecho que controlase todos nuestros movimientos. Sea como fuere, con la broma de *V de vendetta* empezamos a hablar de cine y de venganzas, y terminamos hablando de la mafia italiana, así que eso era lo que nos limitábamos a hacer juntas, comentar la insurgencia de los talibanes en Afganistán o la eterna crisis humanitaria en Siria y tragarnos la ficción como un jarabe, un bálsamo para rebajar tanta realidad.

El mundo seguía enfermo. Aun así, ya se nos permitía regresar a nuestros países de origen. Pese a que el Líbano estaba asfixiado y en bancarrota, se respiraba cierta atenuación, puede que provocada por la ligereza del verano o por la libertad de movimientos, que desde hacía algún tiempo todos habíamos visto cortada. Aquella noche me sentía resplandeciente, pese a que arrastraba en mi interior una carga que no era nueva, una carga que cada año pesaba un poco más y que solía aparecer cada vez que se acercaban unas vacaciones largas. Seguramente no era la única que la experimentaba, pero en cualquier caso todos nos esforzábamos por disimularla. ¿Quién se atrevería a admitir en voz alta que la familia y los amigos del otro lado del Mediterráneo no representaban el lugar al que tenías ganas de ir cuando necesitabas

unos días de descanso y desconexión? Volver a casa debería ser el deseo natural del que vive fuera, pero no es extraño que la distancia y la ausencia sostenida en el tiempo moderen la necesidad física de contacto. La casa es el lugar al que no has podido dejar de volver durante todos estos años, y, sobre todo, una casa es lo que yo veía a mi alrededor aquella tercera noche de agosto junto a mis amigos y compañeros. Mi casa eran todas esas caras familiares con las que compartía las interioridades de aquel confuso mundo que tanta humanidad y generosidad me había ofrecido. Quizá observarlo desde tan adentro, compartir el compromiso de describirlo, de filmarlo o de fotografiarlo para que gente situada a miles de kilómetros de allí abriese los ojos y reaccionase, hacía que nos necesitáramos también en los pocos momentos de ocio de los que disponíamos; de algún modo, la verdad que intentábamos hacer emerger a través de nuestro trabajo nos atraía los unos a los otros, como si solo manteniéndonos juntos pudiésemos digerir la perversidad del mundo. Pero aquel verano, en la contradicción de tener que alejarme del Líbano durante las vacaciones, también estabas tú: la novedad, el aliciente, la atracción repentina y desbocada a la que me aferraba con todas mis fuerzas sin saber a dónde me llevaría... Y ese no saber era de una belleza indiscutible.

Hablábamos de las vacaciones, algunos ya tenían las maletas hechas y se iban a la mañana siguiente. Los que nos quedábamos bromeábamos a propósito de una frase del mítico Tomás Alcoverro, que siempre dice que un periodista no se puede ir de Oriente Medio durante el verano porque con el calor siempre pasa algo importante. Mi equipo y yo nos habíamos tomado del 15 de agosto al 15 de septiembre, así que todavía nos quedaban por delante un par de semanas de trabajo, y tú, querida Valeria, lo habías dejado todo en el aire. Aludías a tus estrecheces económicas y a toda una serie de incompatibilidades de agenda.

En mitad de una carcajada general por alguna tontería que alguien había dicho, vi que me observabas y que tus pensamientos estaban muy lejos de todos los otros. Te llevaste la mano a la nuca y la tocaste muy lentamente. Interrumpí de golpe mi carcajada,

que se convirtió en una sonrisa dirigida solo a ti. De nuevo noté aquel nudo en el estómago, pero entonces alguien levantó la copa para brindar por la magia del verano, y la noche siguió adelante. Celebrábamos la vida y la amistad, y las horas iban cayendo sobre la mesa, repleta de *mezze* y copas de vino. La conversación sin fin, el tintineo de los cubiertos, el humo de algún cigarro. En el interior, los músicos habían dejado de improvisar y ahora tocaban conocidas melodías de bandas sonoras. En lo alto del cielo brillaban cuatro o cinco estrellas. El día siguiente sería soleado.

Nos levantamos de la mesa entre abrazos, besos y promesas de pasárnoslo bien y aprovechar las vacaciones, y cuando nos quedamos a solas, ya de camino a casa, elogiaste a mis amigos. El cableado laberíntico de las callejuelas de Hamra nos abría el paso. De los árboles se desprendía un olor dulce. Hablamos durante un rato de Souad —la pareja de Jordi, el fotógrafo—, que era libanesa y profesora de Derecho Empresarial en la Universidad Saint Joseph de Beirut. Te había parecido divertidísima. Yo te dije que ellos también se habían conocido aquí. Las dos fijamos entonces nuestras miradas en el suelo y continuamos caminando en silencio. Ya en casa, nos sentamos en el sofá y estuvimos hablando hasta altas horas de la madrugada, atravesamos la noche contándonos cosas de nuestras familias, de nuestra infancia, de nuestros planes y nuestras esperanzas, con esa sensación inequívoca de correspondencia, como si el entendimiento entre nosotras fuera absoluto. El sol no tardaría en salir. Íbamos descalzas y en un momento dado nuestros pies entraron en contacto y no hicimos nada para separarlos. Ruborizada, me quedé en silencio de golpe. Sentí una agitación íntima. Pusiste tu mano en mi mejilla y la dejaste allí, quieta, mirándome fijamente a los ojos. Estaba segura de que podías oír cada latido de mi corazón, y entonces, cuando el almuecín dio inicio a la llamada a la oración y la melodía empezó a elevarse sobre los terrados de Hamra, lo dijiste: «¿Te gustaría intentarlo? *Have you ever been with a woman before?*».

En un silencio caben maletas, temores, expectativas, cremas hidratantes, las llaves de una casa, noches y días. Un silencio puede ser la semilla de un nuevo proyecto de vida o una máquina

que dinamite cualquier tentativa. Tu mano enmarcada en mi silencio. Todavía recuerdo la temperatura exacta de tu piel. La cogí y la apreté y te dije que tenías que irte, y después la maldita obligación de posicionarme recurriendo a aquella imprudencia obsoleta: «No me gustan las mujeres». Sorprendentemente, en un primer momento me sentí fuerte y a salvo tras aquellas palabras, pero se trataba tan solo de la tregua momentánea que te concede la cobardía, que al instante siguiente se vuelve del revés como un guante oscuro y te llena de un aire irrespirable hecho de arrepentimiento y culpa. Tras recogerlo todo silenciosamente, en un tono apagado y sin un ápice de súplica, me diste las gracias por todas aquellas semanas. Después, la puerta se cerró detrás de ti.

La ciudad empezaba a despertar. Me pasé bastante rato contemplando el apartamento desde la entrada, mordiéndome las uñas con una angustia atroz. Enseguida empezaría a sonar el móvil del trabajo, llegarían mensajes, tendría que coordinarme con el equipo, ir a la oficina para recoger el material de rodaje, pero ni siquiera sabía cómo ponerme en marcha. Tenía la cabeza embotada por no haber dormido y la amargura se iba abriendo paso en mi interior. Malhumorada, abrí el correo y enseguida me entró un mensaje en el móvil. Lo leí al instante pensando que tal vez eras tú, pero se trataba del jefe de sección desde Barcelona diciéndome que lo llamase en cuanto pudiera. La crónica que habíamos vendido al telediario de la noche de aquel martes finalmente había caído. El rey emérito había abandonado España el día antes y eso dejaba a Oriente Medio fuera de la escaleta. No podíamos competir con un asunto tan truculento. En lugar de la frustración que me habría generado esa misma situación cualquier otro día, llamé a Barcelona para recibir la confirmación y después me puse en contacto con Ivan para decirle que trabajaríamos desde casa. «No tenemos crónica, avisa a Samir.» Tras soltar cuatro improperios y concretar algunas cuestiones de trabajo, me habló de ti, de la noche anterior. «¿Qué rollo os traéis vosotras dos?», preguntó divertido. Ivan es un amigo en el que puedo confiar, lo aprecio lo suficiente como para compartirlo todo con él, pero estaba demasiado ofuscada, me sentía incapaz de contarle nada, solo quería colgar el teléfono y

dejarme arrastrar por la sensación de hundimiento. Debió advertir el peso que ocultaba mi silencio, porque no continuó con el tema, se limitó a soltar un escueto «En fin» muy aspirado y enseguida pasó a otra cosa. Me recordó que aquella tarde habíamos quedado en pasar por casa de Nadia, una amiga siria a la que de vez en cuando le llevábamos comida, ropa y alguna otra cosa para los cuatro hijos que tenía a su cargo. Tiempo atrás habíamos hecho un reportaje sobre los refugiados en el Líbano con ellos como protagonistas, y desde entonces había nacido entre nosotros una hermosa amistad. Le dije que no me veía capaz, que había dormido mal y que prefería ir a verlos cualquier otro día. Empezó a criticar mi manía de postergarlo todo y lo interrumpí de malas maneras. Pensé que tenía razón, que en parte mi problema era esperar siempre un momento idóneo que no llegaba nunca: al fin y al cabo, la idoneidad es como la felicidad, un pez haciendo luz de gas sobre el mar azul con el lomo brillante pero demasiado escurridizo.

Me sentía cansada, desbordada por el agotamiento. Respondí a algunos correos relacionados con los informativos de la tarde y también un mensaje de Berta en el móvil a propósito de una amiga en común. Se había separado, con el agravante de que no hacía ni un mes que había sido madre. La historia me sonó lejana e irreal. No sabía encajar la noticia que me daba Berta con lo que yo callaba. Le escribí diciéndole que ya hablaríamos más tarde, y me limité a tomar un café y a dejar que las horas pasaran. No sabía qué hacer conmigo misma: iba de la silla al sofá, del ordenador al móvil, de la cafetera al botiquín para coger un ibuprofeno. Las bocinas lejanas y el sol iluminando distintas zonas de mi minúsculo piso habían ido marcándome las horas del día hasta llegar a la tarde. Era una mujer sobreexcitada por la cafeína y el autoengaño que quería salir a buscarte y a la que, al mismo tiempo, ya le parecía bien haberte dicho que te fueras; una mujer confusa a quien por unos segundos, los segundos durante los cuales el suelo tembló por primera vez bajo sus pies, la nebulosa mental que arrastraba desde primera hora de la mañana le hizo pensar que quizá lo había soñado todo, que nunca te había conocido, que el mundo a su alrededor era una gran mentira y que aquel temblor no

era más que una manera perversa de hacer que se despertara.

La potencia de la sacudida hizo que me dejara de tonterías al instante. Pese a que nunca había vivido ninguno, deduje que aquello solo podía tratarse de un terremoto. Pude atrapar el portátil al vuelo, pero la taza de café cayó al suelo y se rompió en dos pedazos limpios. Al cabo de unos minutos, el movimiento empezó de nuevo, esta vez acompañado de una fuerte explosión, un estruendo atronador que se expandía incontenible, como algo de lo que hay que protegerse. Permanecí sentada en el suelo y, en cuanto comprobé que ya no se movía nada más, cogí los dos teléfonos, el carné de prensa, la mochila con la documentación y salí a la calle. El escenario era dantesco: la gente corría arriba y abajo, surgían de la nada figuras desorientadas y llenas de sangre, el suelo era un mar de cristales hechos añicos, había estructuras retorcidas y muchas paredes se habían venido abajo, los coches estaban cubiertos de escombros y enseguida empezaron a multiplicarse las sirenas y las alarmas por todas partes. Ivan no respondía al teléfono y, de repente, como un espejismo en medio del caos y la confusión más absoluta, vi a Omar en la puerta de la finca. Estaba apoyado en la pared de la entrada observándolo todo como si fuera algo que ya hubiera vivido antes centenares de veces. Me sorprendió su quietud.

—*What's going on, Omar? What's happening?!*

—*A car bomb, as usual.*

Su calma contrastaba con la urgencia que se extendía a su alrededor y con el tono asustado de mi voz. Se encogió levemente de hombros. No era un gesto de indiferencia, sino más bien de resignación. Un gesto que conectaba con la guerra civil, con las revueltas del octubre anterior, con las turbulencias, con las penurias de un país que ya las había visto de todos los colores y que, no obstante, todavía sobrevivía y daba por hecho que, de vez en cuando, la armonía podía saltar por los aires. ¿Un coche bomba? ¿Dónde, Omar? No sabía nada de Ivan. Envié un mensaje a la redacción de Barcelona para informar de la detonación, por ahora no podía decirles nada más, pero creía que se trataba de algo muy gordo. Las manos me temblaban y las piernas no me sostenían

de pie, le temía al propio miedo que me iba invadiendo, al hecho de no saber. En medio de los gritos y las ambulancias te llamé, pero no contestaste. Te escribí precipitadamente: «Por favor, dime si estás bien. ¿Necesitas ayuda?», pero la batería de mi móvil personal estaba prácticamente agotada y me apresuré a enviar otro mensaje a mi madre avisándola de que, escuchase lo que escuchase sobre Beirut, yo estaba bien, que no se preocuparan por mí. Y la pantalla se fundió a negro.

Enseguida empezaron las especulaciones, el humo periodístico, la incertidumbre. No podía quitarme de encima una fuerte palpitación en las sienes ni la desesperación por no tener tu número a mano. La incomunicación me mataba. Había decenas de personas con las que me urgía contactar para saber si estaban bien, pero solo era capaz de obsesionarme por ti. Te había echado de mi casa. Yo, la mezquina, la dictadora, la mentirosa. La angustia me acechaba por todos lados. Corrí hacia el Mezyan para buscar a mi amigo Jad. Lo encontré en la calle con las manos en la cabeza, aturdido. Su mujer y sus hijas estaban en casa de los abuelos, fuera de Beirut, repetía sin parar. Nos abrazamos muy fuerte. Al restaurante no se accede directamente desde la calle, sino a través de un pasaje que funciona a modo de vestíbulo y que, afortunadamente, había parado el golpe. El restaurante estaba intacto. Desde que llegué por primera vez a Beirut, Jad solo me había aportado cosas buenas. Era imposible quererlo más. Ahora, sin embargo, respiraba fuerte y sus fosas nasales se ensanchaban de espanto y de miedo. Un aire de fatalismo envolvía su rostro. Para mí, en Beirut, él era la fortaleza, la persona a la que acudir cuando todo se tambaleaba. Ver la desesperación en sus ojos hizo que me sintiera perdida. Le prometí que regresaría más tarde. Tenía que ir a las oficinas. Caminé como pude hasta el barrio de Achrafieh para cerciorarme de que Clara y su familia estaban fuera de peligro. En el trayecto, aproveché para recopilar toda la información posible mientras me reconcomía la angustia por no estar ayudando a los heridos. Tenía que ir recordándome a cada instante que mi trabajo era informar. Necesitaba saber urgentemente qué había pasado.

En la plaza Riad al-Solh pude por fin contactar con Ivan y

Samir. Cuando coincidimos enfrente de las oficinas, teníamos las caras tan desencajadas que parecíamos tres desconocidos. Nos abrazamos en medio del caos y, al mirar hacia arriba, no fue necesario que dijéramos nada para expresar lo que pensábamos: el hecho de que no nos hubieran comprado la crónica para los informativos de la noche seguramente nos había salvado la vida. No quedaba ni una sola ventana intacta. Ante las estructuras derruidas del edificio, y tras confirmar que se trataba de una explosión en el puerto, me topé de frente conmigo misma; me asaltó un pensamiento anómalo que, por si fuera poco, no me provocó ningún remordimiento: suerte que esto ha pasado estando yo aquí. Suerte que todavía no estaba de vacaciones y puedo retransmitirlo. Me gustaba ese convencimiento surgido de lo más hondo de mi interior, el arrojo y la fuerza, y estaba contenta de poderlo cubrir en persona. No deseaba estar en ningún otro lugar, y pensar en lo que implicaba para los míos que yo estuviera allí no era una cuestión prioritaria. Y así, el susto, el miedo y la desesperación de haberte perdido se entrelazaron en una maratón de días y noches sin prácticamente dormir, de horas que pasaban gracias a la adrenalina, la cafeína y una férrea urgencia periodística por contar lo que había pasado. Declararon el estado de emergencia durante dos semanas, y el reto profesional fue, una vez más, la cuerda a la que agarrarme para no perder la cordura con todo lo que sucedía a mi alrededor.

La explosión de tres mil toneladas de nitrato de amonio en un almacén del puerto supuso un punto de no retorno para aquel país sumido en el caos, pero también fue la gota que colmó mi vaso y puso en evidencia todas mi dudas e inseguridades. ¿Hasta qué punto la gente se entera de las cosas porque desde la corresponsalía yo las puedo contar sobre el terreno? ¿Hasta qué punto apreciaban los espectadores o los oyentes recibir información puesta en contexto y contrastada con fuentes fiables, con testigos y con la propia población? El poder de internet y su inmediatez hacen que a veces parezca que los corresponsales ya no pintamos nada en el periodismo. La vida es un directo hecho de la urgencia de la última hora. Siempre que me preguntan por la

explosión, siempre que me preguntan si yo estuve allí o cómo fue todo, me irrita profundamente que todo el mundo sitúe Beirut no sobre un mapa, sino sobre su imaginario particular del espectáculo periodístico. Muy pocos son capaces de decir algo acerca del país o de su sociedad, de dónde viene o hacia dónde va, pero incluso un niño occidental sería capaz de relacionar un montón de imágenes concretas con un nombre: la explosión de Beirut. La proliferación de fotos de agencia hizo que las coleccionásemos como cromos: la novia a la que estaban retratando en el momento de la segunda explosión, los espontáneos que grababan desde los balcones hasta que todo saltó por los aires, las estructuras monumentales de los edificios del puerto retorcidas como figuras de plastilina, las carreras en las puertas de los hospitales, la destrucción y la desolación.

El horror lleva implícita cierta fascinación. Es posible que la información, y ese es el temor que me impulsó a buscar un billete de vuelta, en lugar de humanizarnos, a fuerza de deteriorarse, de hacerse más efímera y de perder su contexto, nos vuelva más crueles, más dispuestos a consentir la contemplación del desastre en ciertas geografías injustamente castigadas. Deberíamos luchar por obtener buena información, por conseguir crónicas que tuviesen un efecto espejo y en las que los espectadores, los oyentes, los ciudadanos se viesen reflejados. Es la única manera de que tomen conciencia de la realidad que hay ahí fuera. Después vendría todo lo demás, ese regusto amargo de la degradación ética y vital al descubrir que una vez aquí las realidades lejanas se perciben realmente así, lejanas. Resulta difícil saber cuánta verdad podemos soportar, y en esa verdad está también incluido el minucioso escrutinio de nuestra empatía.

Un vaso cae y se rompe. El tintineo de las copas sobre una bandeja inestable en manos de un camarero, el crujido de la escoba sobre los pedacitos de cristal que repican débilmente contra el recogedor detrás de una barra. Por mucho tiempo que pase, basta con el sonido de los cristales para detonar el recuerdo de todos los días

que vinieron después, días de monumentales grietas en los corazones y en las paredes, de desconsuelo, de amigos heridos, de angustia, de reconstruir y sacar escombros, de lamentarse de tantos años de negligencia política, de la inmensa humanidad de los centenares de voluntarios de la ciudad. Días de enterrar a los muertos, de trabajar obsesivamente, de mirar el teléfono con ansiedad y encontrarlo repleto de mensajes de amigos y colegas que me enviaban fuerza y ánimos, y una vez leídos, mirarlo una vez más con desesperación y encontrarlo vacío de ti. Días de buscarte por los hospitales, en las listas de desaparecidos, en las clínicas móviles instaladas en los puntos más devastados de la ciudad, en los rostros de todas las mujeres jóvenes de Beirut.

Un atardecer regresé a casa arrastrando la mochila y los pies. Subí las escaleras sin aplomo ni ánimos y, cuando levanté la vista para introducir la llave en la cerradura, te vi en el rellano, sentada en el suelo, aún más cansada y llena de polvo que yo, con el brazo en cabestrillo y una tirita en la ceja izquierda. Si hubieras estado en casa no te habría pasado nada, me culpé en silencio. Me agaché para ponerme a tu altura. Comprobar que estabas fuera de peligro, respirando delante de mí con una sonrisa apagada, me conectó de nuevo con algo parecido a la vida. «El teléfono quedó hecho añicos —dijiste en un castellano alegre y dulce—. Hecho añicos, se dice así, ¿verdad?» Después nos miramos en silencio. Parecía que nos estuviéramos diciendo cosas que nunca antes había dicho nadie, pero lo que escondía nuestro silencio era tan antiguo como las montañas. Tenías una herida en la barbilla. Intenté no tocar los puntos de sutura mientras acogía tu rostro entre mis manos. Después cerré los ojos y fui hacia atrás en el tiempo hasta el momento en que nuestros pies se habían encontrado en el sofá unos días antes.

Todavía existe controversia entre los antropólogos sobre si el beso tiene un origen instintivo o cultural, pero todos coinciden en que hay un componente olfativo y en que el beso en la boca y con lengua es exclusivamente humano y, muy posiblemente, la culminación de un ritual, un gesto trascendente. Cuando separamos nuestros labios había entre nosotras una mirada de

confirmación, pero también una clara asimetría. Yo te ofrecía de nuevo mi casa. Tú habías venido a decirme adiós.

Lenta

No sé si es más adecuado escribir los recuerdos en presente para mantenerlos vivos o hacerlo al cabo de un tiempo y dotarlos de una nostalgia embellecedora; lo que está claro es que funcionan como prisma de distanciamiento. Somos bastante injustos recordando, exageramos o recortamos la realidad hasta que conseguimos dejarla a la medida de nuestros intereses presentes. Las cosas que nos pasan, sin embargo, son concretas cuando nos pasan, y lejos de la fabulación de la memoria, lo cierto es que lo que ocurrió, en la medida en que tuvo lugar, fue del todo real. Y sin embargo, lo que no llegó a pasar poseía idéntica legitimidad y no fue del todo insustancial.

Había otra vez aquella luz, pero el despertar era nuevo. Me desvelé con una sensación de duermevela, bordeando el sueño, acentuada por las cortinas de la habitación, que se agitaban ligeras como si el peso de todos aquellos días hubiese quedado suspendido ahora que continuabas existiendo. De fondo, la ciudad se despertaba desfigurada y herida, pero muy viva todavía, digna pese a todo. La mañana se derramaba sobre tu pelo negro a través de una claridad difusa que nos enmarcaba a las dos en mi cama de Hamra.

Meses atrás, sin noticias de ti, había salido a las calles de Beirut abrigada con tu cazadora de piel. Su peso y su abrazo servían de réplica a la sensación de cobijo que había experimentado cuando me la pusiste por primera vez en Gaza. Paseaba por la avenida de la Corniche con la idea de ti en el pensamiento mientras miraba a las otras mujeres. Me analizaba y no sentía nada. Estaba segura. Aquellas mujeres de Beirut en bicicleta, saliendo a correr o hablando animadas en el vestuario del gimnasio. El culto a la estética en muchas de ellas, los escotes

espectaculares y la cruz colgada en el cuello, las rinoplastias todavía con los vendajes o ya al aire, las narices perfectamente delineadas que las hacían superlativas de un modo anómalo. En otras la mirada franca, los ojos negros y las sonrisas amables enmarcados por el hiyab. Ninguna de ellas éramos nosotras, pero todas me llevaban a ti a través de todo lo que las dejaba al margen de lo que me pasaba. Caminaba rodeada de mar, con las manos en los bolsillos, rebuscando en el cuello de la cazadora alguna partícula tuya, un rastro obstinado de ti. Me bastaba con esa fantasía. Era mucho más precisa que ninguna palabra para expresar la naturaleza de lo que creía sentir.

Y ahora dormías a mi lado con las pestañas inmóviles y una innegable reserva de juventud en tus facciones. La expresión de niña que había entrevisto en otras ocasiones cuando te relajabas y te alejabas de tu carácter enérgico te acompañaba ahora mientras respirabas tranquila entre las sábanas. La herida en la barbilla, la ceja tapada con un apósito. Estabas hecha un guiñapo. La medicación que tomabas te dejaba aturdida, y verte así, tan débil y desvalida, me forzaba a buscar una solución que no tenía a mano. Contigo descubrí que existe un lugar inconcreto a la altura del esternón, un espacio recóndito que se llena de un peso que ahoga, un rincón físico sensible a ciertos pensamientos, y que se activó con una sola frase aquella noche en que la realidad decidió manifestarse en toda su tozudez.

—Tengo un billete de vuelta a Turín para el miércoles que viene.

—¿Cuándo regresarás?

Pregunté con desesperación y sin filtros. Podrías haber contestado con un «Nunca», porque ahora sé que ya no has vuelto a nuestra tierra prometida, pero te limitaste a decir que en casa te reclamaban, que tu familia estaba demasiado preocupada por ti. Necesitabas asistencia médica para el brazo, empezar enseguida la rehabilitación con un fisioterapeuta, y en aquellos momentos el sistema sanitario, como toda la ciudad, colgaba de un hilo. Con más de 7.000 heridos y al menos 218 muertos y 350.000 desplazados, los hospitales públicos estaban desbordados, y como

no te podías permitir un seguro médico, lo más sensato era volver a Europa.

Dormir tres noches abrazada a ti fue sugestivo, una incitación, pero estábamos demasiado agotadas por los días que habíamos pasado, demasiado aclimatadas al trauma colectivo para traspasar cualquier línea. Más allá de la ternura, intentar que aflorase cualquier otra emoción quedaba fuera de lugar; todos llevábamos todavía el susto y el desamparo grabados en la piel, y ni tú ni yo éramos capaces de hacer que el cuerpo actuase de otro modo que a través de gestos templados y apacibles, los mismos que propician el cuidado. Si no estoy falseando el recuerdo, lo cierto es que en aquel sosiego yo manifestaba los límites de lo que era capaz de darte. Ese algo que no tenía nombre, esa amistad tan llena de amor, por utilizar términos que resulten comprensibles, era una emoción que estaba repleta de devoción y ternura, e incluía sobre todo el deseo de protegerte. Te ayudé con la ducha los días que estuviste en casa. Te colocaba una bolsa de plástico en la escayola del brazo para que no se mojase. El primer día me quedé quieta con la esponja en la mano cuando te vi totalmente desnuda por primera vez. Tenías el cuerpo lleno de magulladuras con morados de distinta intensidad y heridas todavía irritadas en los brazos y las piernas provocadas por los trozos de cristal. Sentía escalofríos cada vez que te imaginaba bajo los escombros del balcón en el que te quedaste atrapada, pero aun así desvié la vista por motivos que escapaban a mi control para no mirar tu pubis, tus pechos o cualquier contorno sinuoso que pudiese ceder a la sensualidad. Mi cara debía de decirlo todo, porque te echaste a reír para tranquilizarme.

—*Don't be silly!*

Y me salpicaste con el brazo bueno, haciendo que también yo me riera y consiguiendo normalizar la escena y la intimidad. Sabías cómo facilitarme las cosas para reducir la incomodidad del agarrotamiento en el que me quedaba atrapada con cada pequeño acercamiento físico. Supongo que era fácil deducir lo que me

pasaba, que la rigidez de mis movimientos o el modo en que las palabras brotaban de mí sin ningún orden cuando intentaba decir algo con sentido ponían en evidencia lo que sentía hacia ti. En algunos momentos, muy pocos, el eco erótico de una caricia traspasaba con delicadeza los límites de la amistad, y aun así no era una amistad necesariamente sexual. Al fin y al cabo, para mí el sexo nunca había sido un indicador de la profundidad de los sentimientos. Y aunque me aferraba con fuerza a esta idea, con el tiempo he comprendido que no era más que una excusa provocada por el miedo a estar contigo.

Verte en movimiento pese a lo ocurrido, verte riendo con serenidad, me hizo pensar en cómo las personas podemos llegar a parecernos a los lugares que habitamos. En cómo nos adaptamos al entorno hasta incorporarlo a nosotros como un rasgo más de nuestro carácter. Eras Beirut, hermosa y lastimada, valiente y decidida. En un obstinado ejercicio por retener todo cuanto pudiese de ti, el insomnio me permitió contemplar cómo dormías por las noches y te despertabas cada mañana durante aquel breve tiempo. Me iba de casa muy temprano; tú todavía no podías trabajar. A raíz de la explosión, los horarios volvían a ser intempestivos, había constantes conexiones en directo, teníamos que esforzarnos por encontrar testigos que nos permitiesen contar las historias personales que surgían de entre los escombros de la ciudad, y mi tozudez por informar a contracorriente, sobre lo que importaba y no sobre lo que impactaba, no dejaba de crecer. Después, al final del día, regresaba a casa a toda prisa y te encontraba como un animal salvaje encerrado en una jaula.

Después de que me dijeras que te atraía mucho, pero que no tenías ninguna intención de convulsionar mi vida de aquella manera si no surgía de mí sin esfuerzo, comprendí que ser correspondido a veces asusta y te deja petrificado. Sentía que me hablabas desde un lugar por el que tú te movías con toda comodidad, un lugar que conocías a la perfección, pero que para mí era sinónimo de duda y cobardía. Cuanto más decidida te veía a traspasar la línea de la amistad, más me amilanaba yo. Y no encontraba las palabras. Tampoco para explicármelo a mí misma.

Me encogí de hombros y te confesé que no sabía ni por dónde empezar. Dadas las circunstancias, pedirte un poco de tiempo no era una opción, pero eso fue lo que hice. Te pedí tiempo porque no podía remitirme a otra cosa que no fuera lo que yo ya conocía, y en mi imaginario el amor era algo poco preciso, el amor era movible, mejorable. El amor se podía posponer. Lo imprescindible era el afecto. Pese a ello, no dejamos que el dilema de nuestra historia no vivida llenase los días que nos quedaban por compartir. Asumimos aquel intervalo como una división arbitraria más del tiempo, y supimos encontrar la manera de despertarnos cada mañana y desayunar juntas sin ninguna incomodidad. Siempre que me he ido a la cama con un hombre de una manera casi impersonal, he intentado que se fuera lo antes posible de casa. Recuerdo pocas situaciones más incómodas que la que se daba cuando alguien se quedaba a pasar la noche y a la mañana siguiente, mientras desayunábamos, me daba cuenta de que no teníamos nada en común ni ningunas ganas de seguir hablando a plena luz del día. Contigo querría desayunar siempre, discurrir por las mañanas sin dejar de conversar, comentando las noticias, untando el pan, rellenando las tazas de café tantas veces como fuese necesario. Por alguna razón poética y profunda, R. me vino a la cabeza en algún momento durante aquellos cuatro días. De algún modo, esa paz de las mañanas os igualaba, y pensé en la fragilidad sobre la que se sustenta el hecho de perder o encontrar el amor. Amar y después perder, como una norma no escrita.

Si algo hicimos durante aquellos días fue hablar de lo que habíamos vivido, de la explosión, de las opciones profesionales que tenías sobre la mesa. Aun así en algunos momentos resultaba difícil no quedarse atrapadas en una nostalgia anticipada, en un gesto concreto: la mano de una sobre la de la otra, una mirada particularmente profunda. Tus ojos me parecían insondables y me forzaban a poner orden en los sentimientos que albergaba hacia ti. Sabía que tenía que decidirme de una vez, pero te ibas a ir demasiado pronto como para enredarlo todo tanto. También estaba lo otro, eso que tenía que ver únicamente conmigo y mi inseguridad. Me preguntaba cómo se hacía, cómo se iniciaba una

relación en nuestras circunstancias. ¿Quedaríamos con regularidad a partir de entonces? ¿Cenaríamos en restaurantes y, encandiladas, nos sostendríamos las miradas? ¿Nos haríamos pequeños regalos que compraríamos con esmero? ¿Mantendríamos una relación clásica, o más bien abierta? ¿Planificaríamos nuestro futuro conjuntamente? ¿Y qué pasaría si una de las dos se volvía insaciable? Nunca he sabido qué hacer cuando una emoción me sobrepasa, y me parecía que todo aquello quizá fuese un tanto innecesario. Estaba convencida de que tú, Valeria, eras uno de esos lugares a los que se ha de llegar sin inseguridades, y en aquellos momentos todo a mi alrededor era un desbarajuste. Me había convertido en una desconocida para mí misma. A veces, observando tu risa entusiasta, me preguntaba cómo sería hacer el amor contigo, pero algo me decía que nunca sería capaz de que mi imaginación estimulase la tuya, que siempre pesaría más la sensación de extrañeza, de falsedad. Cada vez que había intentado imaginar cómo sería irme a la cama con una mujer, lo que había vislumbrado, más que deseo, era una burda pantomima del sexo.

La última noche, tumbadas en la cama, con tu rostro apoyado sobre mi espalda, noté que te acercabas y sentí el calor de tu vientre en mi piel a la altura de los riñones, justo donde terminaba la camiseta; permanecimos así mucho rato, sin movernos, hablando adormiladas sobre personas que ambas conocíamos y a quienes la explosión les había destrozado de un modo u otro la vida. Entonces pasaste tus dedos por aquella franja de piel. Esperaste unos segundos. Volviste a hacerlo. Te oía respirar. Yo seguía inmóvil, a la expectativa. Finalmente, empezaste a reír con descaro.

—Valentina.

—¿Qué?

—*Nothing! Your name and you: Va-len-tina. Lentina*, ¡lenta!

Te reíste de tu propia broma fonética a propósito de mi nombre. Lenta. Te parecía lenta. El comentario me pareció insolente. Tenías prisa, tenías planes para el futuro más inmediato, tenías el tema afectivo muy claro y no dudabas de ti misma. Eras joven, enérgica. Aunque me habías ofendido, me incorporé y fingí que no pasaba nada. Te dije que se había hecho tarde y que

todavía tenía que preparar un montón de cosas para el día siguiente. Me sentí vieja y obsoleta. Lenta. Hasta aquel momento no había tenido en cuenta la posibilidad de que no terminase de encajar en tus esquemas, que pudiese no estar a la altura de una mujer joven y libre que debía hacer un esfuerzo para respetar mi indecisión. Lamenté no ser más despreocupada en lo relativo a los sentimientos, no haber sido más rápida a la hora de lanzarme de cabeza a la piscina. Durante la cena no hablamos demasiado, y antes de irnos a dormir me pediste que te ayudase a desabrocharte los zapatos y, mientras estaba agachada, me acariciaste el pelo y me dijiste que me echarías de menos, que había estado muy bien conocernos. Más que eso: «Una suerte». Ninguna alusión más a mi lentitud. Antes de apagar la luz te di las gracias por haber vuelto y, en un último intento por restablecer la armonía entre nosotras, bromeé sobre si había sido una suerte o una desgracia. Te reíste y me diste un beso en la mejilla, y yo me dije que con eso ya había bastante, que si alguna vez tenía una segunda oportunidad, la llenaría de irreflexión y locura. Estaba segura de que esta vez había llegado demasiado tarde.

No me extenderé mucho más, pues así han de ser los intervalos, breves pero intensos. Se sellan con abrazos de madrugada en los puestos de control de los aeropuertos, con promesas de seguir en contacto, de escribirse pronto, intercambiando datos. Empiezan a desdibujarse cuando nos perdemos de vista la una a la otra, andando por los pasillos, hasta que mis ojos ya no pueden distinguir tu silueta que se aleja. Ahí empezaba esa nueva condición, la de dos amigas caminando en sentido contrario, cada una arrastrando su propio aire de abandono.

Tras las puertas de la terminal empezaba a despuntar el sol. Dos bocinazos cortos y ya estaba negociando con el taxista el precio para volver a Hamra. Llamé a Ivan con alguna excusa de trabajo. Solo necesitaba una voz amiga y algún lugar que no fuese mi casa. Lo había despertado y en un primer momento se mostró contrariado. Después, con esa capacidad tan suya para captar los

sentimientos del otro, intuyó algo y se relajó un poco. Como todavía no podíamos acudir a las oficinas, le pregunté si le parecía bien quedar en el Café Younes para trabajar. No me sentía con fuerzas de regresar a mi apartamento. ¿Cómo se vuelve a donde la vida, durante un tiempo, se ha visto elevada a una dimensión superior? ¿Cómo volver a entrar en aquel espacio cuando tú acababas de abandonarlo?

En cuanto colgué el teléfono, el taxista me preguntó de dónde era. Todo me pesaba demasiado, pero hice un esfuerzo por pronunciar Barcelona cuando en realidad quería gritarle: «¡*Habibi*, deprisa. Deshaga el camino!». Esperaba la habitual alusión a Messi y al Barça, pero Beirut hacía días que estaba de duelo y yo hacía rato que me aguantaba las lágrimas; tal vez por ello el hombre tuvo la delicadeza de optar por la música y el silencio. Y sin embargo, de pronto, tras un rato rebuscando en las listas musicales de su móvil, empezó a sonar un tema de Julio Iglesias en francés. Me guiñó el ojo a través del retrovisor e hizo un gesto con los dedos para dejar claro que le parecía una maravilla. Que Julio Iglesias estuviera sonando a todo trapo mientras amanecía y nos incorporábamos a la carretera era, como mínimo, una buena maniobra de distracción. Me pareció un golpe de efecto gracioso. Tu presencia era tan reciente que tenía todo el sentido del mundo imaginarte riéndote conmigo de aquella cursi balada que servía como colofón de nuestra relación. Mi instinto fue coger el teléfono para escribirte y contarte la anécdota, pero justo entonces aquella voz reverberante pareció ponerme en mi sitio: «*Ne me quitte pas, il faut oublier. Tout peut s'oublier*», y la expresión de mi cara cambió. Me lo tomé como un pequeño castigo, un acto de justicia divina por no haber sabido corresponder a tu deseo. Lenta. Había sido lenta.

Te habías ido, y yo nunca he tenido demasiado talento para las despedidas. Con la sensación de estar equivocándome, me perdí de nuevo en el tráfico de la ciudad, en el autosabotaje de todos los meses que vendrían, en mis inclinaciones adictivas hacia el trabajo, en la agitación de las manifestaciones en las calles, en la ferviente indignación de los rostros de la gente y en las eternas noticias

sobre las guerras vecinas.

El aspecto más corrosivo del amor

«¿Te abro?», le pregunto por el interfono. Mis nervios son una calamidad. ¿Qué más puedo hacer con un interfono cuando él ya ha llamado, aparte de abrirle la puerta? R. está abajo y tres pisos más arriba yo me miro en el espejo de la entrada sin querer verme. Oigo que el ascensor se pone en marcha. Vuelvo a mirarme. Me suelto el pelo, resoplo, reniego, me hago de nuevo la coleta. Cuarenta y tres años. Ahora no, ahora la derrota física no. Me gustaría estar aureolada de cierta entereza. He elegido un jersey de cuello alto y ya me arrepiento. Calculo si estoy a tiempo de cambiarlo y corro hacia la habitación, me quito la lana de encima a toda prisa y me pongo una camisa que me abotono apresuradamente. Vuelvo a soltarme el pelo. Cuando salgo, él está plantado en la entrada con un ramo de eucaliptus en las manos mientras yo finjo naturalidad con una extraña contracción de toda la musculatura del rostro.

—No sabía qué traerte.

—No tenías que traerme nada.

A continuación dedicamos un par de minutos a más lugares comunes y a una conversación sobre dónde ha dejado el coche y si ha encontrado el lugar fácilmente. El olor del eucaliptus satura el aire mientras le hago el *tour* que tantas veces he hecho estos últimos días: la luz, el parqué, los acabados. Él no empieza demasiado bien. Tal vez el mercado inmobiliario les sirva a muchos hombres para hablar de sus sentimientos, pero a mí me aburre profundamente lo que R. me dice mientras me persigue por la casa: habla de comparativas de metros cuadrados y precios, de amigos que han alquilado, de otros que seguro que recuerdo y que

han vendido, de pisos por reformar, de hipotecas por encima de las posibilidades de cualquier asalariado..., concluye que un piso en Barcelona es un disparate, que no entiende por qué me empeño «en vivir en la ciudad, con la calidad de vida que tendrías si», y entonces lo interrumpo y, de mala gana, le digo que «supongo que no podemos vivir todos en el mismo sitio, ¿no?».

—Pero ¿por qué te enfadas?

Lo pregunta riendo y, a continuación, me aparta el pelo de la cara y después repliega los dedos. Lo miro fijamente a los ojos y pienso en el atrevimiento tanto de su gesto como del mío: en qué momento se me ocurrió que sería una buena idea invitar a este hombre a cenar, y «así te enseño el piso». Me pongo de puntillas y le doy un beso en cada mejilla.

—Todavía no nos habíamos saludado —le recuerdo—. ¿Quieres tomar algo?

Me escabullo hacia la cocina para retener su olor y sermonearme por dentro: «Pero ¿qué es toda esta coquetería, Valentina? ¡Compórtate!». Después me justifico diciéndome que cuando una regresa siempre ha de cerrar todos los flecos del pasado.

Desde el comedor me pregunta por la franja de color beige que ha quedado en una de las paredes y, mientras pongo las aceitunas en un bol, le explico que pinté el comedor de color beige pero que no me convenció, como si pintar paredes de colores formase parte de mi rutina diaria y no supusiese para mí ningún esfuerzo.

—Lo estoy volviendo a pintar de blanco. Falta esa parte porque no llego y he de pasar por la ferretería de casa otra vez para que me presten de nuevo una escalera alta, pero nunca encuentro el momento. —No le digo nada de las pataletas que he llegado a tener por culpa de las connotaciones equivocadas del color.

—Te puedo echar una mano cualquier día de estos si quieres. Estoy de vacaciones. Solo has de decírmelo.

Los dos permanecemos en silencio. Pienso en todos los esfuerzos que hacemos los humanos por quedar acorralados en

nuestras propias trampas.

Lo veo de espaldas desde la cocina. Todavía lleva la chaqueta puesta. Va inclinando la cabeza para leer los lomos de los libros de la estantería. Saca uno y lo ojea con la destreza de quien lo ha hecho antes infinitud de veces. Es un gesto tan suyo que he de cerrar los ojos por un instante. No puedo evitar que todo se llene de un aire muy belga. Cuando se quedaba a dormir siempre me pedía que le recomendase un libro. Recuerdo aquellos ratos acostados en la cama, cubiertos por el edredón, en silencio, con las ventanas empañadas y las manos sobresaliendo del nórdico sujetando cada uno su ejemplar. Y todas aquellas líneas leídas entre susurros, la satisfacción de que le gustasen la Munro, la Ernaux, la Duras, todas esas grandes mujeres contándole cosas dentro de mi cama. No había nada más sensual que ver su ropa desperdigada junto a los dos libros, que finalmente habíamos dejado caer para entregarnos al sexo y a la calidez ya conocida de nuestra piel.

—Espero que no me estés echando arsénico.

Me llevo un susto al oírlo detrás de mí, tan cerca, y él vuelve a reír. Me pide perdón por el sobresalto; vamos con pies de plomo con las formas, con las palabras, con los movimientos, que exigen destreza de ninja para que nuestros cuerpos no se rocen sobre las seis baldosas que conforman el suelo de la cocina. Coge el botellín de cerveza que le acabo de abrir y lo choca contra el mío. Echa un vistazo a la cocina y, ahora sí, me felicita por el piso. Después cambia de tono para decirme que el martes coincidió con mi hermana en el parque y está al corriente del accidente de mi padre. «Siento mucho todo esto de la enfermedad.» Cada vez que me imagino a Glòria hablando con R. se me ponen los pelos de punta. Además, la imagen de un parque —un espacio que queda fuera de mi control, lleno de niños alborotados, bicicletas y columpios, y en el que los dos hablan de temas que también me implican a mí— aporta cierta dosis de extrañeza.

—No hay manera de que guarde reposo. Según él, los dedos del pie no sirven para nada. Es un cabezota —le digo, quizá un poco demasiado brusca y excesiva. Pero necesito exagerar lo

ridículo de la situación. Si me ablandara ante él, estaría perdida.

—Dice mucho de ti que hayas vuelto para poder estar cerca de tu padre.

Me doy la vuelta hacia la encimera fingiendo querer poner orden en las bandejas de sushi, pero la cocina japonesa ya tiene de por sí un orden enfermizo que no ayuda. No sé qué hacer con las manos. Me arde el rostro, y los pliegues de la ética y la moral me fustigan por todas partes. Me apresuro a llevar la cena a la mesa mientras hablo del frío y el viento. Le pregunto si ha oído que van a activar la alerta por viento en el Maresme. Me dice que me conoce como si me hubiera parido y que si no quiero hablar del tema que lo entiende, que no me preocupe, que podemos continuar con las conversaciones de ascensor durante toda la noche. Lo único que se me ocurre es lanzarle una mueca de burla e invitarlo a sentarse a la mesa. Pero entonces se quita la chaqueta y le digo que me la dé, que la dejaré en la habitación, que todavía no tengo percha.

A tan solo unos metros, la habitación espera como un escenario austero listo para el monólogo. Está llena de espectadores en silencio que, mucho antes de que yo lo haga, presencian cómo estoy a punto de dejar caer una chaqueta, una parca negra con capucha, sobre mi cama. Y allí se queda, extendida, lo suficientemente grande como para que en ella quepa el jugador de baloncesto al que un día amé, un poco deformada a la altura de los codos, donde la tela se ha ido dando a fuerza de doblarse para coger a los niños y llevarlos a hombros, bien sujetos por las piernas todavía blanditas, con los bolsillos abultados por la cartera llena de tiques de parking y descuentos del supermercado, y quién sabe si por el chupete que en ese mismo momento, en casa, no encuentran por ninguna parte. Yo metía mi mano en el bolsillo de tu abrigo cuando solo existían tus manos, R. Aquella seguridad, aquella sensación de firmeza que transmitían. Al final no fueron para mí. Los espectadores aplauden mi aceptación.

Cuando vuelvo, él me está esperando distraído, mirando a través de la ventana y haciendo tamborilear los dedos sobre la mesa al ritmo de la música que suena de fondo. Al oírme, se vuelve

y me sonríe. Y como si durante mi breve ausencia hubiese estado reflexionando sobre cómo debía avanzar la noche, me pregunta muy formal por la reunión que tuve ayer con Ignasi, mi jefe de sección. Probablemente los dos habíamos ya olvidado que ese era el objetivo del encuentro, enfrascados como estábamos hasta ahora en la extraña tarea de adoptar nuevos roles dentro de un espacio doméstico. Los dos se conocían de cuando Ignasi todavía no formaba parte del equipo directivo y no te hablaba desde el otro lado de la mesa con una corbata anudada al cuello, sino que formaba parte del universo de los corresponsales. Han mantenido la amistad durante todos estos años. Le cuento con pelos y señales cómo fue la reunión, también le confieso que me vine un poco abajo, que aunque me había propuesto no dejarme llevar por la melancolía, tras comunicarle que no estaba segura de querer ocupar el puesto de redactora ahora que he dejado la corresponsalía, me derrumbé por dentro. Actualmente, tampoco hay ninguna vacante en ninguna otra corresponsalía del mundo que me interese, y en caso de que la hubiese, no estoy segura de que fuese capaz de hacerme cargo de ella.

—No lloré ni nada por el estilo, ¿eh? —le aviso corrigiéndome o aclarando mis palabras—. Pero sí que le dije que necesito más tiempo.

—Pero antes me has dicho que ya has gastado todos los días de los que disponías, tanto los que te corresponden por el regreso como los que te quedaban de vacaciones, ¿no?

—No, no. Me refiero a apartarme temporalmente de la tele y la radio. Pedirle tiempo al periodismo. Poder ver las cosas desde la distancia y recapitular. Es muy fácil criticar el rumbo que está tomando la profesión mientras sigues dentro haciendo lo mismo y vas alimentando al monstruo.

—¡Joder, pero si durante todos estos años has hecho un trabajo magnífico!

—Pero quiero trabajar de otra manera. No puedo seguir con el ritmo actual, con los tiempos de emisión cada vez más reducidos, yendo a golpe de titular, ya sabes a qué me refiero. —Asiente con la cabeza mientras deshace un grumo de wasabi en la

soja y espera a que yo continúe—. Necesito más tiempo para investigar, para poner en contexto las noticias. Creo que lo que me incomoda es el formato con el que he trabajado hasta ahora. Cubrimos las crisis, pero yo quiero cubrir todo lo que pasa antes y lo que pasará después. Nunca tenemos tiempo para centrarnos en los procesos. Buscamos noticias, pero sabes tan bien como yo que hay cosas que solo se pueden explicar con reportajes, con documentales e investigación. Con tiempo, básicamente.

—Ya, pero, y no te ofendas por lo que te voy a decir, eh, ¿no crees que si lo dejas te acabarás arrepintiendo, Valentina? —Me ha llamado Valentina, eso significa que su interés es real—. Diría que lo que quieres es un trabajo diferente, no estar en una redacción. Echa un vistazo a las crónicas que has enviado durante todos estos años. Tu enfoque en el tema de la explosión de Beirut, por ejemplo: cuando ya todos conocíamos los hechos y lo único que hacían era repetir en bucle los mismos vídeos por todos los canales, ahí estabas tú, poniendo el micrófono delante de las víctimas, indagando, mostrando la realidad. Ofreciendo garantía informativa.

—¿Has seguido mis crónicas? —pregunto arqueando una ceja.

—¿Qué pregunta es esa? Claro, siempre. También las he sufrido. Sin poder enviarte ningún mensaje para saber si estabas bien o simplemente para felicitarte por tu trabajo.

—Poder sí que podías...

—Sí, ya, de acuerdo, pero ya me entiendes.

Lo entiendo y me inflo un poco por dentro. Él juguetea con la servilleta durante unos instantes con la mirada perdida. Después se recompone de golpe, cortando de raíz la entrada al camino de las emociones.

—Tú eres..., eres un animal de calle, y si alguna vez quieres volver a Internacional, porque supongo que eso es algo que no descartas, es muy probable que ya no puedas recuperar el lugar que ocupabas.

Un animal de calle. Por primera vez en la vida, he ahí una buena definición de mí. Un animal de calle que, sin embargo, no sabe qué quiere ni cuánto tiempo aguantará en una redacción. Los

ritmos de oficina, el ordenador, las mismas caras todos los días. También las mismas bromas. Ser ahora yo la que complementa y remata el trabajo mientras algún compañero está fuera en la calle a miles de kilómetros. Revisar crónicas y entrevistas, controlar el *framing*. Sin el talento, la vocación y la energía de los redactores yo no era nada. Todo este último año apartando de mí la idea y al mismo tiempo abrazándola. Un animal de calle perdido, en todo caso. La redacción, por el contrario, me proporcionaría un horario fijo. Podría ir al cine, apuntarme a un gimnasio, hacer algún viaje de placer, vaguear, cuidar las amistades, estar cerca de mis padres, tocar con los dedos un poco de esa otra vida que se me escapa. Y, quién sabe, quizá incluso encontrar la cosa inmaterial.

—Tengo ganas de quedarme en segundo plano. Quitarme de encima la presión de los otros, no tener que rendir cuentas a nadie. Tengo ganas de desaparecer.

—Quizá solo estás agotada, Valen. Tómate ese tiempo que dices —contesta despreocupado y haciendo un leve movimiento de indiferencia con los hombros.

Intento argumentarlo mejor con un toque de resentimiento.

—Me gusta dejar abierto el mayor número de puertas posible, pero también tener la libertad de tomar decisiones reales. ¿Me entiendes? Quiero decir: no creo que en la vida se pueda tener todo, ¿no te parece?

Él no lo sabrá nunca, pero, en mitad de ese pensamiento, Valeria me viene a la cabeza de forma clara y precisa.

—¿Pero tú te estás oyendo? —continúa convencido, y hace chistar la lengua en señal de desaprobación—. No tiene nada que ver con estar en primer o segundo plano. Tú sirves para estar en primera línea, jamás serías feliz quedándote quieta en un lugar, y mucho menos en un segundo plano.

—¿Y tú qué coño sabes de mí, de lo que quiero y lo que no quiero, de lo que necesito?

Lo señalo amenazante con los palillos de madera, sin saber de dónde ha salido el grito ni la indignación. Es muy probable que tenga razón y que por eso lo haya invitado hoy, porque necesito oír lo que me está diciendo; siempre ocurría así: él barría las dudas

mientras yo me quedaba admirada por su capacidad para comprender el mecanismo invisible de las cosas. Es organizado, equilibrado, racional. Tal vez por eso hemos terminado tan lejos el uno de la otra. Excepto con «lo nuestro», su integridad es insobornable. De ahí nace el grito, y también de la rabia que me produce que me esté desmontando la mentira que he intentado creerme para poder empezar de nuevo. Me mira desconcertado. Ahí aparecen otra vez los viejos roles: he aquí la mujer resentida a la que abandonaste. «*Tan cert com que tu i jo som altres. Tan cert com que no hi ha res més*».[1]Canta Mishima de fondo, y es un error que existan canciones que hablen todavía de nuestro pasado en común.

—Quizá tengas razón. Perdona. En el fondo no sé qué hacemos cenando juntos. Me sorprendió que me invitases, me sorprendió y me alegró, no te lo negaré. Siempre has sido más buena que yo arreglando situaciones incómodas. De hecho, siempre has sido más buena que yo en todo. Hace años que te debo una disculpa y no soy nadie para decirte nada. Lo entiendo.

—¿Ahora de qué me hablas? —pregunto molesta.

Resopla y se pasa la mano por la cara hacia arriba hasta frotarse un par de veces el pelo, antes tan rubio. «*Tan clar, como que la nit ens espera. Tan clar, com que no ho fa per tothom.*»[2]

—Perdóname por haber sido tan cobarde y por todo el daño que te pueda haber hecho.

—Perdonado. ¿Podemos dejar el tema y seguir hablando de trabajo?

Tose un poco y se endereza perplejo. A continuación abre ligeramente las manos, dejando la pelota en mi terreno. No sabe que en mi terreno la genética no me permite complacerme con su perdón, ni abrazar su vulnerabilidad o dejar que siga disculpándose a mi oído durante toda la noche. La genética no me permite lamerme las heridas tantas veces como sea necesario, hace que pase rápido por encima de su culpa y que crea no ser merecedora de esta contenida ranchera sin sal ni tequila que estaba a punto de ser entonada en esta mesa. En la herencia genética hay unas normas escritas, y las mías me exigen ser práctica y

reconducir ahora mismo la conversación hacia el escudo profesional, rebajar al máximo la intensidad de la situación. Y eso es lo que hacemos. En este punto, Berta se mostraría crítica. Me diría que me detuviese, que hurgase, que gritase y me dejase acariciar, pero quien me habita soy yo, y yo solo sé hacerlo de esta manera.

Pasa el rato y al final salvamos la noche echando mano de una formalidad que se aguanta con pinzas. Sin embargo, no encontramos el momento de levantarnos de la mesa. Finalmente, mira el reloj y dice: «Tendría que ir tirando». La mujer naranja, en casa, preparándose para dar a la gente del pueblo lo que le corresponde, tecleando un programa electoral que le permita hacerse con la vara, los tres paquetitos durmiendo en sus camas de mantas suaves y rodeados de ternura, esperando que su padre, que llegará a casa redimido, les dé un beso de buenas noches. Siempre he creído que yo estaba al margen de un sentimiento tan mezquino como la envidia, y, por supuesto, le regalo la alcaldía, pero envidio las raíces que se entrelazan en su casa, subterráneas, tentaculares, definitivas.

Vamos juntos a mi habitación a buscar su chaqueta. Cuando enciendo la luz, observa y alaba las láminas que he enmarcado y colgado sobre la cama. Son ilustraciones en tinta china de la amiga siria de Valeria. Me gustan sus tonalidades grises conseguidas con la mezcla de tinta y agua, su trazo libre y expresivo. Me gusta sobre todo el recuerdo de aquella tarde, las risas y la calidez del encuentro. Después de repasar las láminas, hacemos que nuestras miradas aterricen cada una en el rostro del otro.

Mi habitación posee el recogimiento de la intimidad, de los espacios pequeños. Estoy segura de que los dos lo notamos. Todavía puede distinguirse el olor de los muebles nuevos, y mi perfume, y también su olor: una leve nota a loción de afeitado. Siento una sacudida de deseo en el vientre y, tras respirar hondo, reposo la cabeza sobre el torso de R. Toma mi cabeza entre sus manos de dedos largos; recuerdo su habilidad con la pelota naranja de la NBA. Si ahora quisiese, podría arrancármela, separar los pies de modo que coincidieran con la anchura de los hombros, flexionar

ligeramente las rodillas, colocarla justo por encima de la cintura y lanzarla con un movimiento fluido hacia delante. Encestaría en el pozo de los deseos frustrados. Pero me la levanta con mucho cuidado. La delicadeza sale del espectro de posibilidades de esta noche.

—¿Ocurre algo?

Podría detallarle los afectos extraviados, la soledad, el bálsamo que supone para mí todo lo antiguo, lo reconocible, lo que me es familiar; nosotros como dos fantasmas a destiempo. Podría decirle también que algunas preguntas llegan tan tarde que se convierten en respuestas.

Esos ojos que me inquieren no me contarán nada nuevo de mí, pero son lo suficientemente mansos como para seguir mirándolos un poco más sin pensar demasiado. ¿Dónde ha quedado ese otro mundo que había empezado a construirme tan lejos de aquí? Tendría que haberme tatuado algo en la piel como recordatorio de la que puedo llegar a ser, más allá de la que soy ahora, más allá de esta mujer que se aprieta contra su cuerpo desconcertada, a punto de cometer otro error. ¿Y si solo soy una vacilante voz interior que lleva toda la vida guiando sus actos de forma equivocada? Qué gran falacia el amor. Supongo que, a través de algún tipo de lógica asociativa, me siento con derecho a obrar con impunidad y darle este beso agridulce en la boca. Al principio parece no resistirse, pero después cierra los ojos para no verlo y me aparta de forma brusca.

—Para, Valentina.

Sale disparado de la habitación y, al cabo de unos segundos, oigo que se cierra la puerta de casa. Yo estoy dentro y él ya está fuera, pero soy yo la que se ha quedado a la intemperie. Ha olvidado la chaqueta. Los espectadores vuelven a concentrarse en la escena de la parca negra, que sigue en el centro del escenario, sobre esta cama doble que por las noches ocupa una sola persona. Entonces entiendo la conexión, el matiz que ellos ya habían captado mucho antes: la cazadora de piel de Valeria sobre la cama de aquel hostal de Gaza, y comprendo de pronto que aquello era una invitación, una posibilidad. Aquí, en cambio, esta chaqueta

quema como una amenaza. Ponérmela y salir a pasear por las calles de Barcelona como me paseé sintiendo el peso de la cazadora de piel por las calles de Beirut sería una aberración. La agarro con odio, salgo de casa y bajo a toda prisa por las escaleras sin esperar al ascensor. El frío helado de la calle se me cuela a través de la fina tela de la camisa. El viento ha tirado al suelo algunas motos y mueve con violencia las luces de Navidad. Lo veo en la esquina, esperando a que el semáforo se ponga verde. Lo llamo con rabia, agitando la chaqueta en el aire. Se acerca con las manos en los bolsillos de los vaqueros y los hombros encogidos por el frío. No me mira a los ojos, como tampoco lo hacían algunos hombres de Oriente Medio cuando los entrevistaba. Quizá ahora también él me considera indigna.

—Tengo ahí las llaves del coche y la cartera. Ahora iba a buscarla.

Mantiene una expresión grave, reservada. Le arrojo la chaqueta sin miramientos, pese a que lo que yo querría sería hacerle una caricia conciliadora, decirle que últimamente me equivoco a menudo con las relaciones y que me he dejado llevar por la necesidad de afecto. Por el contrario, se produce un cambio de sentido que surge de mí como un contraataque que llega también demasiado tarde.

—Ya no recuerdo lo que esperaba de nosotros, R., ha pasado demasiado tiempo, pero siempre te asociaré con el dolor. ¡Me hiciste mucho daño!

—¿Y ahora qué pretendes, devolvérmelo? ¡Me cago en la hostia, Valen!

Coge mi cara entre sus manos y renueva el beso, lo alarga, tengo la impresión de que busca la nostalgia, las alegrías que alentaban nuestros días en común, algún destello del hombre y la mujer que fuimos una vez. Cuando termina, aprieta un poco los labios y me señala con el dedo índice.

—Llevas la camisa mal abrochada.

Muerta de vergüenza, observo el zigzag que dibujan mis botones y recuerdo los instantes previos a que él entrara por la puerta de casa hace tan solo unas horas, cuando me he cambiado

de ropa llevada por una vaga ilusión de calidez. Los dos tenemos las mejillas encendidas. Después él continúa.

—Quizá me equivoqué. Pero escogí un camino. Tenía todo el derecho a hacerlo, ¿no crees? Joder, Valen, al fin y al cabo tú ya habías escogido el tuyo. Al elegir Beirut solo dejaste espacio para breves encuentros cada mucho tiempo, tampoco es que me lo pusieras fácil... Me busqué una vida y es la que tengo ahora. ¿Qué pretendes que haga? Te quiero como a una buena amiga, pero nada más. Diría que tú tampoco, ¿verdad? Siempre he pensado que te merecías a alguien mejor que yo.

—Emplear esa frase es de cobardes. Eres un cobarde. Siempre lo has sido.

Aparto la mirada por miedo a que encuentre en ella el animal perdido. Como una revelación que también llega muchos años tarde, me doy cuenta de que es cierto que yo escogí un camino. Se pone la chaqueta, se esconde bajo la capucha y me desea mucha suerte. Añade un «Ya nos veremos» nada convincente mientras se aleja de mí a grandes zancadas, impulsado por su categórico sentido común y por las fuertes rachas de viento. Me doy la vuelta y echo a andar hacia casa temblando de frío. Ya arriba, me abotono bien la camisa sollozando tímidamente. Sollozo porque siento que he sacrificado por el trabajo parte de lo que todo el mundo tiene. Añoro el trabajo. Sollozo también porque lo añoro como si fuese un ser querido. Sollozo porque no entiendo de qué suerte me habla. Después me recompongo, recojo la cocina, apago las velas, ventilo el apartamento del tufo a error del que se había impregnado y, finalmente, tiro a la basura el eucaliptus, aplastándolo para que quede al fondo de todo. Podría mantenerlo fresco unos días más dentro de un jarro con agua, pero probablemente ese sea el aspecto más corrosivo del amor: estar dispuestos a tropezar una vez más, como si de ese modo quisiéramos reafirmar nuestro desastre. No vale la pena empeñarse en mantener con vida algo que ya murió hace mucho tiempo.

Las paredes me observan de nuevo. Parece que esperen que haga

algo. A estas horas y con el temporal de viento, la ciudad ya está medio dormida. Ahora me iría bien la voz del almuecín envolviendo la escena, pero sucumbo al silencio roto por la sirena de un coche de policía que pasa solo una calle más allá, dejando tras de sí una estela de destellos azules en medio de la noche oscura. Busco la uve con su ángulo de pozo sin fondo entre mis contactos. Clico sobre Valeria y cuando aparecen las últimas palabras que figuran en el chat, «Hasta la vista», se me abre un abismo en la boca del estómago. Ha pasado tanto tiempo que el silencio las ha dejado enquistadas sobre la pantalla. El cursor parpadea. «Hola, Valeria», escribo temblorosa, y es un alivio no escuchar en mi interior ninguna voz que venga a contradecirme. Lo que comienzo como una tragedia soterrada y triste, con la muerte de la abuela Valentina, la enfermedad de mi padre y la hospitalización de estos últimos días, se va aplacando con el rigor propio de la tragicomedia que es la vida. Le hablo sobre la moral hipócrita y sobre mi energía destructiva, sobre esta sensación de estar gravitando alrededor de los errores desde que he llegado. También añado cosas objetivables —cómo echo de menos sus platos— y aspectos que se pueden medir —hasta qué punto ella y Beirut parece que tuvieron lugar en otra vida—. Y finalmente, el atrevimiento: sugerir un intento de vida fragmentada juntas, de geografías alejadas, de visitas puntuales, de mensajes y llamadas telefónicas, de separaciones en aeropuertos, de estaciones de tren solitarias, pero también de reencuentros de madrugada que acabarían dominando todo el resto. Y después, la quietud y el gris mortífero del mensaje sin leer.

Ya en la cama, buscaré el bloc entre los libros que se acumulan sobre la mesilla de noche y escribiré: *Los humanos nos deseamos suerte cuando lo que tenemos delante no es una empresa fácil.*

Todo este tiempo aquí

Existe un nombre para el olor que produce la lluvia cuando cae sobre un suelo seco. *Petricor*. Mi padre sabía estas cosas. Mi padre me las enseñaba. De cuando lo hacía, de cuando era él el que me enseñaba palabras a mí, no guardo más que recuerdos concisos: las notas químicas de la tinta impregnando las hojas del periódico, yo sentada en su regazo mientras él hacía crucigramas, y mis preguntas impertinentes cuando hojeábamos juntos la prensa. «¿Qué quiere decir "ob-je-ti-vo po-li-cial"? ¿Qué es un "a-ran-cel"?».

Del asfalto caliente y húmedo emana la esencia del alquitrán y el aguacero. Cierro la puerta del taxi y el bochorno de fuera, en contraste con el aire acondicionado de dentro, cae sobre mí como una premonición. Mientras espero delante de la terminal a que llegue parte de mi familia en su coche para despedirme, anoto «petricor» en el móvil para enviárselo más tarde a mi padre. La doctora de uñas exageradas dice que en esta fase de la enfermedad es bueno ejercitar el cerebro. Relacionamos palabras y contextos, hacemos listas juntos. Este tiempo que hemos pasado los dos ha sido extraño, amargamente maravilloso: él intentando recordar y yo procurando olvidar. Se oye el eco de un trueno lejano que anuncia que la tormenta de verano empieza a amainar.

Los niños no han merendado y ahora tienen hambre. Los niños son movimiento, un caos reducido, ceras de colores por todas partes, el zapato desatado, las facciones diminutas, la pelea por la carta de Rayo McQueen. Mi madre va repartiendo lo que hemos pedido en la barra de la cafetería mientras Glòria y los pequeños están en los servicios. Insiste en compartir conmigo su bocadillo, pero le digo que ya picaré algo en el avión, que de momento con el café tengo bastante.

—No hagas tonterías con la comida, ¿eh, Tina? Haz el favor, que estás como un palillo.

La comida es solo uno de los muchos escenarios en los que habitualmente nuestra conexión todavía fracasa. Todo este tiempo aquí con ella, a pesar de todo. Casi dos años de testarudo aprendizaje: atentas a la mecánica de la corrección, intentando borrar las diferencias que pudieran ser ficticias, fruto quizá de los silencios mal gestionados. Coge el periódico, que tiene un círculo de café en la portada, lo abre por el final, pasa unas cuantas páginas y empieza a leer las necrológicas en silencio.

—Qué manía tienes con eso, mamá, me parece una lectura tan poco agradable... ¡Pero si además no conoces a ninguno de esos muertos!

—Es para ver las edades, mujer. Mira esta pobre, solo tenía setenta y siete. Dos hijos y seis nietos, pobres angelitos...

Le da un mordisco al bocadillo y continúa leyendo llena de curiosidad, sobrevolando los nombres de los difuntos con su mirada fisgona. Una vez desprovista de sus principios más rígidos, queda esta mujer universal que suma y resta los años de los muertos y calcula cuántos deben de quedarle a ella sobre la tierra. Podría ser cualquier madre, cualquier abuela, cualquier niña a quien los suyos no supieron decirle lo suficiente lo mucho que la querían. Por dignidad o por vergüenza, dos cosas que a menudo se confunden: nunca haber permitido que trascendiera. No levantar la voz, desear las palabras, los gestos. Añorar la ternura. Todo este tiempo aquí, con ella, con nuestro críptico idioma hecho de omisiones, para decirle que la quiero y que deseo que ella también me diga que me quiere. Un pequeño empujón mutuo para convenir, en gran medida, que nosotras nos queremos de lejos, y que al menos así nos funciona. ¿Cómo se le llama a esto, amor o necesidad?

Cuando se da cuenta de que la estoy observando se me queda mirando impaciente.

—¿Ya es la hora?

—No, come tranquila. Pero en cuanto vuelvan del lavabo, sí que tendríamos que ir tirando. O si no hacemos una cosa: os digo

adiós aquí y vosotros continuáis merendando sin prisas.

Cierra el periódico y a continuación levanta los brazos nerviosa y los dirige hacia atrás, hacia la nuca. Se quita una cadenita de oro muy fina con una medalla. Me agarra la mano, pone la medallita dentro y me cierra los dedos bruscamente.

—Era de la abuela Valentina. Es la Virgen del Carmen.

—¿La Virgen del Carmen y yo juntas? ¿Estás segura?

Se ríe, y los ojos se le convierten en una línea fina, como los de la abuela, como los míos.

—Prometió ayudar a todos los que llevaran devotamente su medalla.

—¿La abuela Valentina?

—¡Ay, va, no seas tonta, Tina! ¡La Virgen, mujer! ¡La Virgen del Carmen!

Le cojo las manos sobre la mesa y noto que se inquieta.

—Estaré bien, mamá. Ahora vendré siempre que pueda. Vendré con frecuencia.

—Ya lo sé, pero tú llévala siempre contigo.

Me la pongo y el oro reluce sobre el cuello escotado de la camisa. Todavía conserva el calor de su piel y me concentro en sentir ese cordón umbilical incorpóreo. Pienso en la fe mientras ella dice: «Este jamón no vale nada y nos lo han cobrado a precio de oro». Dieciocho confesiones solo en el Líbano. En la fe, los matices son importantes, y la fragilidad emocional sirve a menudo de puerta de entrada. Agnóstica y con la Virgen del Carmen colgada del cuello, pienso que tal vez la fe puede crearse a voluntad, como cuando no te gustan nada las columnas de un periodista pero las sigues leyendo porque sois colegas. Existe también la otra fe. Mi fe ciega en el trabajo. Todo este tiempo para reconocer y comprender que, en el fondo, algunos no podemos dejar de creer que la profesión nos salvará, del mismo modo que tampoco podemos refrenar el impulso de marcharnos de nuevo cada vez que volvemos, y que detrás de nuestra tendencia hacia la huida solo hay el afán incorruptible de querer saber y querer entender para después poder contarlo. No ha sido necesario restaurar estas creencias, solo darme cuenta de que estaba hecha

de todas ellas, y que precisaba perderme primero para poder después encontrarme.

Sé que nunca me desprenderé de esta medalla que más que remitirme a una virgen me recuerda que soy hija de mi madre y nieta de mi abuela, y que me aferraré a ella cuando llegue la culpa, la añoranza o la duda. Sé también que la acariciaré sin cesar cuando crea haber hecho mío el terreno, cuando crea que ya lo he contado todo y cuando dude de si hay alguien al otro lado que todavía quiera saber qué ha pasado con aquella mujer, con aquella niña, con todos los que viven en los márgenes. Alguien que con un gesto insignificante, tan insignificante como una reflexión personal, quizá consiga suscitar una conversación que pueda convertirse en un debate, y quién sabe si ese debate, alguna vez, podrá dar lugar a una mínima modificación, tal vez un cambio de perspectiva, que acabe revirtiendo en aquella mujer, en aquella niña, en aquellos que sobreviven en los márgenes. Saco el bloc del bolso y rápidamente anoto: *El periodismo es un acto de fe.*

Entran como un vendaval pasando entre las mesas. Sus voces nítidas, la mirada exaltada llena de vida. «¡Tía, en el lavabo hemos visto a un piloto de avión auténtico!» Glòria aparece unos pasos detrás de ellos: una capa protectora siempre a su lado, elegante e imponente. «Chicos, ¿no hemos dicho que no se grita?» Sus manos pequeñas tocando la comida, las migas de pan sobre las bermudas de colores vivos, sus largas pestañas abriéndose y cerrándose atentas a la novedad y a las órdenes, sus risas inocentes. Me pregunto si algún día, cuando sean mayores, recordarán este momento. El día que fueron a despedir a su tía Valentina, que tras casi dos años regresaba al Líbano por su cuenta. Si recordarán que cuando, sentados en el sofá, le preguntaron por qué se iba, su tía les habló como a dos adultos, pese a que los pies ni siquiera les llegaban al suelo. Había ensayado con ellos cómo le comunicaría una semana más tarde al jefe de sección que no aceptaría la corresponsalía de París ni el consiguiente contrato. «Una duración de dos años, que se prorrogará por anualidades hasta sumar un

máximo de cuatro», había dicho él, convencido de que le estaba ofreciendo un caramelo. Ese modo tan rígido de plantear los términos temporales le pareció un síntoma de las estructuras jerárquicas de las cuales quería huir. Le agradeció la propuesta. Ella defendía las corresponsalías, no las consideraba un capricho ni un despilfarro de dinero público, pero necesitaba ser coherente con lo que ahora sabía que creía: que la historia y todas las intrahistorias que contiene poseen sus ritmos, su propio tiempo, y estaba dispuesta a adaptarse a ellos en la medida que fuera posible. Lo que ella deseaba era esa otra dimensión del tiempo. Por lo tanto, adiós a París, adiós al puesto de redactora, adiós a la red de seguridad bajo sus pies.

Me pregunto si recordarán la fuerza exacta con que los atraigo hacia mí y les hago cosquillas mientras inspiro para poder llevarme conmigo este tipo de amor íntegro. Después me dicen adiós con las manos, agarrados a las piernas de mi hermana, que también me abraza y me recuerda que le envíe un mensaje cuando llegue. Me asegura que si las cosas se complican con papá me pedirá ayuda. «Sobre todo, eh, Glòria. ¿Me lo prometes?» Asiente con un movimiento del mentón. Le agradezco una vez más que esté tan cerca, y le prometo que yo lo estaré cuando me necesiten. Llega entonces la revelación de un egoísmo genuino, un rasgo mío que conozco bien y que me corroe por dentro. Desde muy pronto, con la vocación periodística, aprendí a irme rápido y sin promesas; todo este tiempo aquí, sin embargo, ha servido también para que me vaya de otra manera, de esta manera que intuye mi naturaleza y que no puede evitarla. Yo soy esta ambigüedad, y los míos están prevenidos. Es un sentimiento que tendré que arrastrar conmigo, aceptar que soy así y reservarle un lugar en la maleta.

Mi madre espera, obediente, pero en cuanto Glòria se retira se abalanza sobre mí antes de que yo pueda acercarme a ella. Estrena el gesto, pero ya se percibe el impulso que precede al afecto. Sus brazos rodeándome. Los míos la abrazan entera. Ella fue la primera que me acunó, sus brazos fueron el primer espacio, el primer lugar al que llamar casa. Ese es el peso. Esa es la distancia exacta. Esa es la temperatura de la piel. Este es el amor de una madre y una hija.

Le doy un beso en la frente y enseguida se entrega a la actitud de la madre de siempre, firme y seca. Me recuerda que me tome el hierro y balbucea algo sobre el cuello de la camisa, preocupaciones superficiales para no tener que decir todo lo obvio que flota entre nosotras. Atravieso el control de seguridad mirando solo hacia delante. Todavía están ahí. Si me girase, si mirase hacia atrás en estos momentos, podría arrepentirme de todo lo demás.

Así pues, de nuevo sola. Me concentro en mi ritual de los aeropuertos: localizo la puerta de embarque y, una vez ubicada, compro una chocolatina y la prensa en el quiosco. Envío mensajes, adelanto algún asunto de trabajo. Desde que me fui, los libaneses han pasado de la furia a la desesperanza. Mi amigo Jad sigue convencido de que el futuro de sus hijas pasa por establecerse fuera del país. Como él, son multitud los que me animan a que regrese para contar cómo han empeorado las cosas, son multitud los que sienten que ya no hay revolución que valga, muchos los que han perdido las ganas de formar parte de su país. Qué inestable es el periodismo. En el tiempo que he estado aquí, Rusia lo ha llenado todo de guerra, y desde que inició sus acciones militares sobre Ucrania el foco mediático se ha olvidado de Oriente Medio, así como de tantas otras regiones del mundo. Aquí no he sido capaz de retener las cosas, los hechos. Aquí solo me he convencido de que debo continuar haciendo mi trabajo lejos, que he de seguir insistiendo para combatir la desinformación que amenaza la calidad del relato periodístico. Hace más de un año, jóvenes desde Trípoli y Accar hasta Irak se unieron a las filas yihadistas por razones puramente económicas, para dejar atrás territorios devastados por la miseria. No han regresado. Contesto al correo que me ha enviado el *fixer* con el que he contactado para realizar el seguimiento de algunos de estos jóvenes, si bien quiero centrar el reportaje en sus lugares de origen, hablar con sus madres. Me confirma que ha concertado entrevistas con tres de ellas y con un experto de la región que me ayudará a relatar cómo se ha llegado hasta este punto. Me siento viva cuando leo el correo y constato los nombres y los apellidos de estas mujeres que me abrirán las puertas de sus casas. Y es a esta sensación de estar viva

a la que siempre querré volver. A veces no puedes apostar por el compromiso ni por las raíces, pero puedes hacerlo por un trabajo, por una ciudad, por un equipo, y quién sabe si por alguien que de vez en cuando te espere en casa.

Cierro el portátil y jugueteo con el móvil, deslizo el dedo por las fotos, dejo comentarios, coloco corazones, me arrastro a través del ruido del mundo, de la velocidad del mundo, de la vivacidad del mundo y, cómo no, después de tanto tiempo, la encuentro a ella. Hacía más de un año que no la buscaba, desde la última vez que me escribió para contestar a mi mensaje. Después de leerlo pensé que lo mejor que podía hacer era intentar olvidarla. Me doy cuenta de que todavía pervive en mí la naturalidad con la que recibí sus palabras. Me decía que se había ido a Eritrea. «Ya sé que África no vende, pero alguien la tiene que contar.» De momento trabajaría para un periódico alemán y otro inglés, y me detallaba el tipo de reportajes que pensaba hacer para no alimentar la imagen de una África reducida a la pobreza, la guerra y el hambre, y cómo la enervaban las crónicas de veteranos que llevaban allí media vida y eran incapaces de eliminar de su relato el tono anacrónico y colonialista. No puedo evitar oír su cadencia cantarina y evocar nuestras infinitas conversaciones en Beirut. Los pies descalzos, el verano, su determinación, mi incertidumbre. Tomo aire y recuerdo, y lo hago con el peso del arrepentimiento por ese amor que no llegó a dejarse nombrar como tal. Me daba las gracias por mi generosidad y mi amistad, y añadía que esperaba coincidir conmigo en todos aquellos lugares de paso que yo le había mencionado: estaciones de tren, aeropuertos, madrugadas. Pero también recuerdo eso otro que dejó para el final del mensaje, en un fragmento que destilaba alegría. En él me contaba que desde hacía algunos meses no estaba sola, y me aseguraba divertida que a aquella mujer nunca la podría llamar Vendetta. Mientras lo leía, pensé que estaba bien que una palabra fuese el único testigo de que un día nosotras estuvimos allí.

Hay personas que se convierten en una apreciación, que señalan un camino. Son en el fondo un obsequio imposible, pues en realidad ocultan el alma de la persona que habríamos querido ser.

Suspiro y retomo la misión de conformarme con el rastro profundo que dejan las historias no vividas, el poso de todo lo que habría podido ser.

Ya en la puerta de embarque, me siento a observar el trasiego incesante de la gente, la vida de los otros. Imagino quiénes son, a dónde van, a qué se dedican, a quién desean. Pontifico en silencio sobre sus circunstancias. Estamos en julio y el atardecer centellea sobre la pista todavía mojada. La luz dorada del sol impacta portentosa contra el metal de los aviones, bañándolos de ocre y dando a todo un aire de posibilidad. Más tarde, con el cinturón abrochado, no podré evitar desearme suerte a mí misma y repetirme por dentro que esta soy yo, la que viaja sin un billete de vuelta, la que nunca sabe muy bien si se marcha o está volviendo de los lugares que ha habitado.

Todo este tiempo aquí, intentando aferrarme a algún signo exterior que me hiciese sentir en casa, y, pese a haber renovado el contacto con la familia y haberme reencontrado con los amigos, es la escenografía de Oriente Medio la que se me aparece como cotidiana. De pronto, Beirut estaba demasiado lejos. La avalancha de actividad humana, la densidad del deseo y de las sensaciones urbanas que allí había vivido. Es algo que casi en ningún momento he dejado de añorar. Montserrat Roig escribió que «el viaje lejos de casa no es solo fascinación por lo desconocido, sino que tiene horas de tedio y de nostalgia. De una nostalgia egoísta y mezquina. Todo lo que has dejado atrás se vuelve nítido, perfecto, gracias a un proceso de selección». Tal vez sea eso, y también el hecho de que algunos buscamos siempre movernos con cierta inconsciencia. Tener un lugar donde ser nosotros mismos.

Todo este tiempo aquí para entender que lo que llamamos casa no es un lugar fijo. Casa no es más que una sensación, la de no querer irse de un lugar, y cuando entiendes que el deseo de volver a ese lugar se ha convertido en la única fuente de sosiego, descubres también que hay deseos que al final resultan innegociables.

Cuando al fin el avión despega, la distancia empieza a desvelar la nitidez de las formas ordenadas, la claridad de las cosas bajo mis pies, miles de personas en movimiento aferrándose al tiempo, a su día a día. La ciudad como un trazado de líneas perfectas. Quizá el error sea pensar que la vida se rige por algún tipo de orden, pero poco importa, la única certeza es esta luz perversamente bella, tan de aquí y de ningún otro sitio más. Podría trazar mapas con las luces de todos los lugares en los que he estado, seguir partiendo hacia rutas imprevisibles, ceder a la urgencia que me despierta todo lo foráneo, y dejar después que el viaje pierda peso y aflore la nostalgia de lo que me era familiar, para regresar, una y otra vez, a estas luces que son faros, que son mi casa.

FIN

Agradecimientos

Esta historia no hubiera sido posible sin la inestimable ayuda de la periodista Txell Feixas Torras. Corresponsal en Oriente Medio para la Corporación Catalana de Medios Audiovisuales hasta 2021, tuvo la generosidad de aceptar contarme de primera mano las interioridades de una profesión para mí imprescindible. Me gustaría aclarar que todas las opiniones sobre el mundo en general, y sobre el periodismo en particular, son mías, o en cualquier caso de Valentina, no de Feixas, pero también debo señalar que, sin saberlo, el personaje y la persona estaban muy cerca, tanto que la imaginación y la realidad han acabado forjando una dimensión paralela que nos ha regalado ratos brillantes, risas, complicidades, una gran amistad y casualidades que habitan la frontera entre la ficción y la no ficción. Gracias, *habibti*, por estar siempre ahí.

Un agradecimiento muy especial al periodista Agus Morales, que lleva más de quince años informando sobre el terreno y escribiendo sobre conflictos y migraciones, y que no ha dudado en explicarme y aclararme el trabajo de los periodistas *freelance* en ratos y cafés inolvidables. Agus, muchísimas gracias por tu predisposición y por tu lectura tan atenta.

Gracias a todo el equipo de Ediciones Destino, especialmente a la editora Anna Soldevila y al traductor Manuel Pérez Subirana por su excelente trabajo.

A la escritora Laura Ferrero por leer con tanto cuidado y profesionalidad, por la delicadeza de su mirada y por su amistad.

A mis padres, por haberse ocupado de todo mientras yo estaba en el Líbano.

A mis hijos, Ignasi y Oriol, por recordarme que fuera del refugio de la literatura la vida sigue muy viva. Os quiero con todo el corazón.

Notas

1 «De la tierra hermosa aurora, yugo dulcísimo de la Ley: de todo mal, gentil señora, seáis vos nuestro Remedio». (*N. del t.)*

1 Refrán catalán que podría traducirse como «Por Navidad, quien nada estrena nada vale». *(N. del t.)*

1 En castellano: «Tan cierto como que tú y yo somos otros. Tan cierto como que no hay nada más». Mishima es un grupo de música pop catalán. *(N. del t.)*

2 En castellano: «Tan claro como que la noche nos espera. Tan claro como que no lo hace para todo el mundo». *(N. del t.)*

Ese lugar al que llamamos casa
Marta Orriols

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *La possibilitat de dir-ne casa*

© Marta Orriols, 2023
Aquesta edició c/o SalmaiaLit, agència literària

© del diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la cubierta: Herve Gergaud/Millennium Images, UK

© Raval Edicions SLU, Proa

© por la traducción del catalán, Manuel Pérez Subirana 2023
© Editorial Planeta, S. A. (2023)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2023

ISBN: 978-84-233-6282-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!